LOS SECRETOS DE SAN ACACIO

Benjamín Collado Hinarejos

LA PAJARITA ROJA EDICIONES

Los secretos de San Acacio

Benjamín Collado Hinarejos

Tabla de contenidos

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Capítulo I

Érase una vez un gilipollas que se creía escritor.

No se me ocurre mejor comienzo para mi historia, porque he de reconocer que aunque siempre me he considerado bastante de lo segundo y muy poco de lo primero, al final he resultado ser mucho de lo primero y casi nada de lo segundo.

Como nuestro cerebro es caprichoso y se obstina en conducir nuestros pensamientos por caminos no siempre buscados ni deseados, regresaron a mis oídos, sin yo buscarlas, las duras palabras de la capitán Mascaró: «Y no olvide usted que uno de esos cadáveres podría ser el suyo».

Trece palabras que siguen resonando en mis oídos casi con tanta fuerza como la música de Camela en los altavoces del autobús que me lleva de vuelta al monasterio.

Intento espantar esa imagen, la de la muerte rondando al gilipollas, pero mi cabeza regresa tozuda a los acontecimientos vividos en las últimas semanas. No han transcurrido ni veinte días desde mi llegada a Tornajos, y en este tiempo se han sucedido más episodios reseñables en mi vida que en los anteriores quince años vendiendo apartamentos en Oropesa del Mar, por no decir desde que mi madre me trajo al mundo hace ya cincuenta y un años. Cuando recalé en esta bendita casa de locos poco podía imaginar que me iba a ver envuelto en situaciones que solo creía posibles en las películas de acción (bueno, algunas también en las de los Monthy Python); y mucho menos que iba a tener que esquivar una y otra vez las feroces embestidas de las parcas, que se me han presentado en casi todas las formas imaginables, no sé si tratando de cortar el hilo de mi vida o de enredármelo en los pies para que me partiera las narices.

Pero claro, es imposible que ustedes sepan de qué les estoy hablando. Quizá debería contarles un poco más para ponerles en antecedentes, aunque puede que lo mejor sea que empiece directamente por el principio.

Para eso tendríamos que retroceder casi tres meses. Entonces aún

dudaba de cómo se iba a tomar Lola mi decisión de aislarme una temporada de todo y de todos para sacar adelante aquel sueño tan deseado y tantas veces aplazado, pero mis dudas se despejaron de inmediato.

—¿¡Que te vas a ir a un pueblo perdido a escribir una novela!? —exclamó, más que preguntó, mi mujer, incrédula—. Si tú eres capaz de escribir un libro me hago las ingles brasileñas con unos alicates. Antes de una semana estás de vuelta sin haber escrito ni un tebeo.

Fueron estas palabras de ánimo, cariño y confianza las que terminaron de convencerme de que lo iba a hacer; y no solo por mí, también por callarle a ella la boca de una puñetera vez. Le demostraría que no era el pelele inútil que siempre había visto en mí.

Eran muchos los años que llevaba trabajando en aquel libro, mi libro; y muchos los intentos fallidos por terminarlo. Siempre encontraba alguna excusa para justificar su perpetuo aplazamiento; unas veces era el exceso de trabajo, otras la falta de inspiración, el no tener un lugar apropiado... Por eso, había llegado a la conclusión de que la única manera de evitar distracciones, disponer de tiempo y alcanzar mi objetivo era retirarme del mundo durante una temporada para poder poner en claro las ideas que había plasmado en innumerables apuntes y borradores que se amontonaban, escondidos pero pulcramente ordenados, en el fondo de una estantería de mi cuarto.

Después de sopesar diversas alternativas, decidí que lo mejor sería buscar una casa rural en algún lugar lo más apartado posible y, por supuesto, ir fuera de los periodos vacacionales, cuando esos establecimientos se llenan de turistas vociferantes y domingueros atocinados. Como mi estancia iba a ser prolongada y en temporada baja, confiaba en que podría conseguir un precio a la medida de mi maltrecha economía.

Tampoco disponía de mucho tiempo, calculé un máximo de dos meses; y eso si a mis treinta días de vacaciones añadía otro mes de los que la empresa nos enviaba al paro cumpliendo las condiciones del ere temporal pactado con nuestros siempre eficientes sindicatos, y que venía aplicándose desde hacía ya un par de años. La novela estaba bastante avanzada, con lo que si era capaz de revisar los cientos de

folios ya escritos, completar algunos capítulos inacabados y terminar de darle forma al conjunto, debería poder tener lista una versión más o menos definitiva en ese plazo sin mayores problemas. Eso sí, era consciente de que tendría que trabajar de lo lindo para conseguirlo.

Pasé las siguientes semanas inmerso en los preparativos de mi viaje mientras trataba de esquivar como buenamente podía los continuos puyazos de mi mujer, que había recibido mi decisión como un ataque directo a su persona. Un par de meses atrás esto habría hecho mella en mi ánimo, pero mi pública salida del armario literario había tenido también un efecto fortalecedor, había elevado mi autoestima y me había dado el empujón final que necesitaba para plantar cara a Lola y aguantar sus envites sin flaquear. También es cierto que no esperaba que la situación alcanzara tan alto grado de tensión; entre otras cosas porque yo entonces desconocía que sus ataques no estaban motivados únicamente por su animadversión hacia mi persona, que también, sino que en buena medida tenían su origen en un lejano episodio familiar que había enquistado en ella un odio visceral hacia cualquier *juntaletras*, ya fuera este profesional o aficionado. El origen de esta persistente aversión estaba en un brigadista francés de voz melosa e ínfulas de poeta que, allá por los tiempos de la guerra civil, había convencido a su abuela Paca para que lo acompañara al pajar, donde le iba a componer unos sonetos que ya los quisiera para sí el mismísimo Appolinaire. La «experiencia poética» de Paca la dejó compuesta, sin novio y con un bombo que, transcurridos los nueve meses reglamentarios, fue bautizado como Clementina, que así llamaron a la madre de Lola, en cuya casa jamás entraron más libros que el de familia y las Páginas Amarillas, y en la que la sola mención de la palabra «escritor» hacía que saltaran chispas. Para Lola era como si aquel franchute se hubiera reencarnado de repente en mi persona, y todo indicaba que se había propuesto vengar la honra de su abuela en un servidor. Aun así no me dejé amilanar y continué con mis planes.

Elegir entre los miles de ofertas de alojamientos rurales que abarrotaban Internet me llevó bastante más tiempo y trabajo de lo esperado. Solo después de buscar, rebuscar, comparar y recomparar, me decidí por la opción que me pareció más interesante: una pequeña

casa de tan solo cuatro habitaciones independientes con baño y el resto de instalaciones compartidas; los dormitorios se veían bastante amplios y, según se apreciaba en las fotos de la web, disponían todos de una mesa de escritorio con espacio más que suficiente para poder trabajar con comodidad. Aunque lo mejor de todo era su situación, un pueblecito aislado en mitad de la nada, alejado de cualquier lugar de interés y del que no había oído hablar en mi vida: Cascajar de la Somarda. En Google encontré algunas imágenes del villorrio; cuatro calles dormidas en la falda de un pequeño cerro que apenas sobresalía del secarral que se extendía kilómetros y kilómetros a su alrededor. Era perfecto. La inexistencia del más mínimo atractivo natural o cultural en la zona me aseguraba que nada ni nadie interrumpirían mi concentración. Al menos eso creía yo.

Capítulo II

Apenas había pasado un mes y medio desde que tomara mi decisión cuando, por fin, recalaba en Cascajar. El autobús que me había llevado hasta allí, un Pegaso último modelo de 1989 con asientos tapizados en un elegante escay rojo, reanudó su marcha, renqueante, después de dejarme en medio de una pequeña plaza que mantenía un cierto encanto a pesar de estar atravesada por la carretera. La flanqueaban dos enormes moreras, viejas, retorcidas y ahora totalmente desnudas, pero que darían sombra en verano a los bancos metálicos que cobijaban bajo sus ramas. En un lateral se erguía el ayuntamiento, que no se distinguía del resto de casas de la plaza más que por los mástiles de las banderas, tan pelados como las ramas de las moreras.

Estaba anocheciendo y no había nadie a quien preguntar la dirección de mi alojamiento, así que saqué el plano que traía impreso de casa y me orienté como pude. Comencé a ascender por la empinada cuesta arrastrando el *trolley*, que avanzaba pegando botes por el irregular pavimento de hormigón. Tuve que recorrer unas cuantas callejas, apenas iluminadas por la luz mortecina de sus viejas farolas, y desandar varias veces lo andado hasta encontrar mi destino, identificado por una tablilla de madera atornillada en la fachada. En el letrero, rodeado de hojas de hiedra pintadas con poco arte y menos gracia, se podía leer: «Casa Rural los Robles».

Justo frente a la puerta había un BMW con matrícula alemana. Aquello me dio mala espina; la última vez que hablé con el dueño, tan solo unos días atrás, me aseguró que no había más inquilinos en la casa y que no tenía ninguna reserva hasta Semana Santa.

Llamé al timbre. Al instante, apareció un hombre que rondaría los sesenta, con los mofletes y la punta de su gruesa nariz de color picota, sospechoso indicador de una poco comedida afición al vino y que, a la vista de sus manos renegridas y sus ropas gastadas y llenas de polvo, o acababa de llegar de trabajar en el campo o era un cerdo de tomo y lomo.

—¡Muy buenas! Usted tiene que ser Faustino, ¿verdad? Yo soy

Apolonio —dijo ofreciéndome una mano que raspaba como besugo a contraescama—. Ya pensaba que no llegaba. ¿Ha tenido problemas para encontrar la casa?

—La verdad es que me ha costado un poco dar con ella —dije, mientras trataba de evitar que sus efusivos zarandeos me sacaran una escápula de sitio—; pero bueno, aquí estoy.

—Es que en este pueblo somos cuatro gatos y nos lo conocemos como la palma de la mano, así que no necesitamos poner cartelicos con los nombres de las calles, como en la capital. Pero pase, pase para adentro que hace un frío que pela. Ahora mismo le enseño su habitación, ya verá lo apañada que está. —El hombre me precedió por un estrecho pasillo—. Al final no va a estar usted solo como le había dicho. Ayer llegó un matrimonio alemán con dos chiquillos.

—Sí, ya he visto el coche en la calle. Lo cierto es que no me conviene mucho tener compañía. Si he venido hasta aquí ha sido, precisamente, buscando silencio y tranquilidad, y con cuatro personas rondando todo el día no sé yo...

—¡Na! No se preocupe, hombre —me cortó él con convencimiento—. Estos alemanes son gente seria y formal, no como nosotros. Seguro que ni los oye. Además, no van a estar aquí más que una semana y luego continuarán viaje. Entonces se quedará usted solico del todo.

En aquel momento la vivienda estaba vacía, aunque algunos juguetes esparcidos por el suelo y un pañal usado, enrollado y abandonado en una esquina, delataban la presencia infantil. «¡Joder con los alemanes!», dije para mí.

La planta baja estaba ocupada por un amplio salón, decorado en un estilo rústico y sencillo en el que se había integrado la chimenea original. En un lateral se situaban la cocina y un pequeño baño.

—¿Ha visto qué arreglado lo tenemos todo? Los cuartos están arriba; el suyo es el del fondo.

La habitación no estaba mal, era tal como aparecía en las imágenes de Internet, aunque se me antojó bastante más pequeña.

—En un cuarto de hora mi mujer tendrá lista la cena; ya sabe usted que a estos extranjeros les gusta comer y cenar pronto. Bueno, la verdad es que a nosotros también; el trabajo en el campo y con las

ovejas es duro y hay que madrugar, así que nos acostamos temprano, con las gallinas —dijo soltando una risotada—. El comedor está en nuestra casa, es la puerta de al lado. Hala, hasta ahora, voy a asearme.
—Hasta ahora —«Sí, anda», pensé, «que falta te hace».
Cuando me quedé solo deshice la maleta, saqué el paquete de folios que componía mi obra y lo coloqué sobre la mesa junto al ordenador portátil que había comprado para la ocasión. No me daba tiempo a ducharme, así que me limité a lavarme un poco antes de bajar a cenar. En aquel momento escuché la puerta de la calle y, al instante, los gritos de los niños y las risotadas a pleno pulmón de los padres. «Menos mal que los alemanes son silenciosos…»
Coincidí con mis vecinos en la mesa, donde yo ya estaba sentado cuando ellos llegaron. La pareja frisaría los cuarenta, ella alta y esbelta, con piernas de deportista y rotundos senos que desafiaban a la gravedad de forma más que sospechosa para una mujer de su edad que, además, había parido, y supuse que amamantado, a dos retoños. El marido era también alto y fornido, y podría haber pasado por digno representante de la raza aria de no ser porque era negro como un tizón. De tal mixtura habían nacido sus dos vástagos, con piel de color chocolate el mayor, que rondaría los siete años, y canela claro el pequeño, que daba ahora sus primeros pasos.
—Hola, *buonos* días —dijo el teutón con un acusado acento.
—Hola, Günter. Sentaos majos, sentaos. El pobre no sabe decir otra cosa en español —me dijo Apolonio mientras les señalaba las sillas—. Y como yo de alemán ni papa, pues imagínese cómo nos entendemos, por señas, como los indios —volvió a reír mientras gesticulaba con las manos.
—Yo Günter. —Me tendió la mano y señaló a su mujer—. Ebba. —Ella sonrió y me saludó levantando ligeramente la suya.
—Hola, yo soy Faustino.
—*Die kinder heißen Amara und Burke*[1] —dijo Günter.
—*Maybe you prefer to speak in English*[2] —añadió ella.
Yo, que estudié cuatro años de inglés durante mi etapa en la EGB, más otros tres en el bachillerato, por supuesto que ni entendí nada ni fui capaz de articular dos palabras en la lengua de Shakespeare, así que

emití un gruñido, sonreí con cara de bobo y me afané con la coliflor rebozada que Benita, la mujer de Apolonio, nos sirvió en abundancia.
Con la misma rapidez con que engullí la verdura, di cuenta del pollo al chilindrón, mientras trataba de esquivar, con poco éxito, todo sea dicho de paso, los pedazos de comida y las salpicaduras de salsa que eran esparcidos con gran alegría por los retoños germanos.
—Bueno, yo estoy cansado, así que me comeré el postre en mi habitación —dije al tiempo que me levantaba y huía raudo con una naranja en la mano.
—Pero hombre, termine de cenar tranquilo, que aquí estamos en familia —dijo Apolonio con cara de decepción.
—No se preocupe, mañana será otro día —contesté ya desde la puerta.
Salí del comedor casi corriendo y me fui al cuarto dispuesto a comenzar cuanto antes con lo que me había llevado hasta allí: mi novela.
Estaba impaciente por acometer la tarea, así que al instante estaba revisando lo que había traído escrito para tratar de poner orden en aquel maremágnum de folios, pero no llevaba ni un cuarto de hora trabajando cuando los lloros y los gritos de niños y progenitores me hicieron dejar los papeles sobre la mesa. Así era imposible. Me coloqué los auriculares, los conecté al ordenador portátil y me puse *Powerslav*e de los Iron Maiden a un volumen muy superior al aconsejable para la buena salud de mis tímpanos. Los gritos se diluyeron entre los acordes musicales y yo volví al trabajo. Pero con el heavy retumbando en mi cabeza me resultaba imposible concentrarme, con lo que al poco rato tuve que apagar la música. Escuché. Solo se oía a la mujer hablando en voz baja; parecía estar contándoles un cuento a sus hijos. Diez minutos más tarde la casa volvió a quedar en silencio y yo pude centrarme de nuevo en mi tarea.
Pero no había pasado ni media hora cuando volvieron los ruidos, primero risitas, luego gemidos que fueron subiendo de volumen acompañados de gruñidos de somier, transformados pronto en rítmicos golpes del cabecero de la cama contra la pared de mi habitación. «Lo que me faltaba», pensé mientras contaba de forma inconsciente los envites. Al que hacía dieciocho conecté de nuevo los

auriculares y subí el volumen todo lo que me fue posible soportar.

He de decir aquí que desde niño tengo la manía de contar cosas. Pueden ser las señales de la carretera, los pasos que doy por la calle o los regates en un partido de fútbol. No lo hago siempre, pero cuando siento el impulso no puedo reprimirlo. Los médicos llaman a eso aritmomanía; yo no lo llamo de ninguna manera.

Por la mañana me levanté de mal humor. La noche anterior apenas había adelantado nada con mi trabajo, y ya desde primera hora estaban los *kinder*[3] dando guerra.

Me duché, pero en vez de ir a desayunar a casa de Apolonio decidí dar una vuelta por el pueblo. No me apetecía en absoluto ver a mis vecinos. Al bajar del autobús la tarde anterior había visto un bar en la plaza y para allá me encaminé a buen paso. Con un poco de suerte, cuando volviera, los alemanes se habrían ido a hacer turismo a la otra punta de la provincia, o del país.

Como era de esperar, la variedad en el desayuno era casi nula, así que me tomé un café con leche acompañado de media docena de galletas maría, sentado ante un velador con encimera de mármol que había visto pasar ya tantas generaciones de jugadores de tute y dominó que bien podría estar expuesto en el museo arqueológico provincial. El resto del bar no desmerecía de las mesas; sus paredes eran de un color indefinido, y en ellas se hacían más que evidentes los muchos años de permisividad con el tabaco, que las había llenado de churretes amarillentos que llegaban hasta el suelo y que nadie se había tomado la molestia de cubrir con una mano de pintura.

Los seis feligreses que entraron mientras estuve en el local me miraron con curiosidad, eso sí, ni uno solo dejó de saludarme. La gente allí era educada, aunque reservada y poco amiga de las familiaridades con desconocidos, así que no intercambié con ellos más que algunos «buenos días» y varios gruñidos y gestos con la cabeza de ambiguo significado.

Cuando terminé mi desayuno salí de la tasca y recorrí las calles casi desiertas, en las que solo me encontré con algunas mujeres mayores, que me miraron de reojo mientras se afanaban en mantener limpios los alrededores de las puertas de sus casas; con la mano esparcían

agua de un cubo para matar el polvo y luego lo barrían con energía. Saqué el paquete de Ducados del bolsillo interior del chaquetón, me llevé un pitillo a los labios y lo encendí. Después de quince años sin fumar había retomado el hábito pocos meses atrás; y lo había hecho con fuerza, porque un cartón apenas me duraba una semana. Di una profunda calada; pero, para mi sorpresa, el sabor de la nicotina me resultó desagradable, no sentí el efecto estimulante habitual e, incluso, percibí unas ligeras nauseas. Aquello me hizo pensar que, quizá, si había vuelto a fumar después de tanto tiempo no era porque en verdad lo echara de menos, sino tan solo para darle por saco a Lola, que no soportaba el humo ni el olor a tabaco en mi ropa. Apagué el cigarrillo recién encendido y continué con el paseo.

Los acordes de *Highway to Hell* de los AC/DC de mi teléfono móvil rompieron el silencio. Vaya, mi madre.

—Hola, mamá. Dime.

—¡Hijo, como vuelva a encontrarme con la mala pécora esa con la que estás casado, le arranco los pelos de la cabeza como que me llamo Carmen! —La mujer soltó la parrafada de un tirón, sin respirar.

—Tranquilízate, mamá. ¿Qué ha pasado esta vez? —Ya estaba aburrido de una historia que se repetía cada vez que las dos se cruzaban. La situación había llegado a tal extremo que siempre iba solo a visitar a mi madre.

—Pues que cuando salía de la carnicería me he encontrado con esa lagartona, que no te puedes imaginar cómo iba vestida, hijo, enseñando la mitad de las tetas, y con unos *léguines* de esos metidos hasta la matriz, marcándole bien todo, y va y me suelta que como no volvieras pronto a casa te ibas a encontrar tus cosas en la escalera, que ya estaba harta de aguantar tonterías. Ya ves tú, hijo, con lo que has tenido que aguantar y aguantas. Es que me han dado ganas de soltarle cuatro frescas, o cuatro guantazos, que no le vendrían nada mal. Si es que me tenías que haber hecho caso y haberte casado con la Amparito, te lo dije mil veces.

—Sí, mamá, y mil veces te contesté que no me gustaba.

—No te gustaba, no te gustaba... Total, porque es un poco cojita.

—Un poco cojita no, mamá, que cada vez que da un paso arrastra la

oreja por el suelo.
—Pero qué exagerado eres, si…
—Mamá —le corté—, dejemos estar este asunto. Ya conoces a Lola; es como es y no vale la pena que te cojas estos sofocos. Estoy muy ocupado. ¿Me has llamado solo para eso?
—¡Ay!, no, hijo. Es que esa mujer me hace perder el oremus. Es por tu hermana, que va a ser padre.
—¿Que la Yesi va a ser padre?
—Sí, hijo, al final Sebastián se ha quedado preñado. La niña me ha llamado esta mañana. Por lo visto su marido se ha hecho ya tres Preditor de esos y todos se han puesto no sé de qué color pero que quiere decir que está en cinta.
No, no es que mi madre chochee, que para sus setenta y ocho años es la que tiene la cabeza más lúcida de toda la familia. Mi hermana Yesi es la pequeña de la casa; nació chico once años después de mí, aunque ya desde un principio nos dimos cuenta de que lo del rol masculino no lo terminaba de tener muy claro. Por ejemplo, a mi hermano Chimo y a mí siempre nos llamó la atención su manía de hacerle vestidos de novia al Madelman legionario que le regaló el tío Paco; ¡si es que hasta vestía a la cabra de madrina! El caso es que con los años se fue consolidando su identidad femenina, y tan pronto cumplió los dieciocho se fue a vivir a Barcelona, se cambió el nombre y, en cuanto se aprobó el matrimonio homosexual, fue de las primeras en casarse, con Sebastián, nacido Vicky, y que tenía una historia muy similar a la de mi hermana pero al revés (por lo visto, él vestía a las Barbie de leñador). Ahora están ahorrando para el cambio de sexo de los dos, aunque por el momento solo les ha dado para que Yesi se ponga tetas.
Los dos… Las dos… Él y ella querían tener un hijo, y como por su condición sexual les han puesto mil trabas para adoptar, pues al final no les ha quedado más remedio que hacerlo a la vieja usanza, con la diferencia de que ha tenido que ser mi hermana la que ha embarazado a su marido.
—¡Vaya, qué alegría! Estarán contentos, ¿no?
—Pues por eso te llamo, hijo, yo he encontrado a la niña un poco apagada, no sé si es porque no se ha recuperado aún de la sorpresa o

por otra cosa. A mí no me ha querido contar nada; mira a ver si la llamas tú y la animas un poco.
Conseguí cortar la comunicación tras prometerle mil veces que iba a hablar con Lola para que la respetara. Luego llamé a mi hermana, pero el teléfono me daba como apagado o fuera de cobertura. Al tercer intento desistí, ya probaría más tarde. Continué con mi paseo.
Aparte del bar, el único establecimiento con que contaba Cascajar era una tienda de esas que solo se encuentran ya en los pueblos, donde lo mismo puedes comprar un paraguas que una lata de anchoas. Recordé que la noche anterior había echado de menos unas carpetas para ordenar mis papeles, con lo que entré a ver si tenía suerte.
—Buenos días. ¿Qué desea? —preguntó solícito el tendero mientras salía de entre una maraña de albarcas de esparto que colgaban de un clavo del techo.
—Buenos días. ¿No tendría usted carpetas clasificadoras de cartón o de plástico?
—Pues creo que tenía algo por aquí, espere un momento. —Rebuscó bajo una pila de cajas de calcetines hasta que encontró lo que buscaba —. Mire, lo único que tengo es esto. —Sacó unos paquetes con carpetillas de cartón de colores variados.
—Perfecto, me servirán a las mil maravillas. Deme dos paquetes y también dos bolígrafos azules. Por cierto, ¿no tendrá usted tapones para los oídos?
—Pues tapones exactamente no, pero si le molestan los ruidos tengo esto. —De debajo del mostrador sacó unos cascos de los que se usan en las fábricas—. Nosotros los utilizamos cuando cortamos con la motosierra y en otras faenas por el estilo. Depende para lo que sea, igual le sirven.
En un principio me pareció exagerado, pero los probé. Tan pronto me los coloqué fue como si me hubiera aislado en una burbuja.
—Oiga, esto es estupendo. Me los quedo.
—Pues aquí lo tiene todo. Serán veintidós euritos. ¿Qué está usted, alojado en casa de Apolonio?
—Sí, andaré por aquí una temporada.
—Entonces nos veremos más veces, seguro. Yo soy Fermín, y además

de llevar esta tienda hago portes con la furgoneta. Si necesitara usted cualquier artículo que no tengamos, me lo pide. Voy un par de veces por semana a la capital y la gente me suele hacer encargos. Cuando no estoy yo, mi mujer se queda a cargo de la tienda, puede dejarle a ella también los pedidos.

—Pues mire, no le digo que no.

Volví a la casa con energías renovadas; pero, para mi desgracia, allí todo seguía igual. Bueno, peor: frente a la entrada, justo delante del vehículo alemán, había aparcado un coche negro y, en el asiento del acompañante, un tipo calvo como una pelota que cuando vio que me acercaba se giró, dándome la espalda.

Ya dentro, pude comprobar que los alemanes habían ocupado el salón de la casa como si fuera el de la suya propia. Ebba leía una revista recostada en el sofá sin hacer mucho caso a los niños, que correteaban gritando de un lado para otro; mientras, Günter estaba sentado a la mesa junto a una mujer morena y con el pelo muy corto. Parecían estar revisando unos papeles. «Solo me faltaría que hubieran venido más huéspedes», pensé contrariado.

—*Guten morgen*[4]*, Fastino*! —dijo el teutón.

La desconocida me saludó discretamente en español.

Me dio la impresión de que el alemán colocaba una mano sobre los documentos a propósito, como si intentara evitar que yo viera de qué se trataba. Podía estar tranquilo, sus asuntos me importaban una mierda.

Devolví el saludo con desgana y subí a mi habitación con prisa por probar mi invento antirruido, que funcionó a las mil maravillas. Aquello me permitió trabajar durante todo el día, con las únicas interrupciones de las comidas, en las que comprobé con alivio que no estaban ni la mujer española ni el calvo. Durante la cena, Apolonio me explicó que eran unos conocidos de los alemanes. La mujer del pelo corto era natural de Cascajar, aunque ahora vivía en Zaragoza. Era ella quien había recomendado a los alemanes venir a alojarse en Los Robles. Lamenté no poder agradecerle el favorcito que me había hecho trayéndolos hasta aquí.

Los cascos eran tan efectivos que, incluso cuando los germanos

decidieron dar rienda suelta a otra sesión de pasión nocturna, solo me enteré porque los golpes contra la pared hicieron caer el cuadro de la Virgen de las Angustias que estaba colgado justo sobre mi mesa, y que quedó hecho añicos en el suelo. Me lo tomé como la sacrílega señal de que era momento de dejar el trabajo y acostarme. Además, las orejas me dolían horrores por la presión de los auriculares. ¡Qué ganas tenía de que pasara la semana y me dejaran solo de una puñetera vez!

Capítulo III

Durante el desayuno del día siguiente Apolonio me dio la noticia. No solo tenía que aguantar a los alemanes sino que en un par de días llegaban otros dos inquilinos. Aquello ya era demasiado. Así me iba a resultar imposible terminar mi tarea en dos meses, ni en cuatro. Por un momento pensé en marcharme a otro sitio; pero, hasta donde yo sabía y había visto, allí no existía más alojamiento que este, y los pueblos de los alrededores eran todavía más miserables si cabe, con lo que lo tenía muy difícil. De todos modos le preguntaría a Fermín, el de la tienda. Si había algún otro sitio, él lo sabría.

—¿Otro alojamiento por aquí? Puf, pues lo tiene crudo. El de Apolonio es el único que hay en bastantes kilómetros a la redonda. Se tendría que ir usted a un pueblo más grande, como Milindrillas del Marqués, allí sí que hay alguna otra casa rural y también un pequeño hotel.

—No, no, lo que necesito es tranquilidad, y cuanto más grande sea el pueblo, más follón. Bueno, gracias de todos modos. —Me resigné.

Salí caminando calle arriba sin saber muy bien qué hacer. No podía tirarme el día entero con los cascos puestos, acabaría con la cabeza aplastada y dolorida, y si me ponía los auriculares con música a todo volumen terminaría sordo como una tapia.

—¡Espere un momento! —Era Fermín de nuevo, que salía casi corriendo del colmado—. Acabo de acordarme de un sitio donde quizá pudieran darle acomodo.

—Soy todo oídos.

—Verá, en Tornajos, un pueblo que está aquí cerquita, hay un monasterio, y creo que allí tienen algunas habitaciones para huéspedes.

—¿En un monasterio? No sé yo si es lo que más me apetece. No he pisado una iglesia desde el día en que tomé la primera comunión, y me tuvo que llevar mi madre de la oreja.

—Hombre, pues si lo que busca es tranquilidad, le aseguro que allí no le va a faltar. Yo tengo su número de teléfono; si quiere puede llamar. Por intentarlo no pierde nada.

Tuve que darle la razón y, aunque desconocía que pudiera alojarme en un monasterio sin ser fraile, la idea me fue gustando cada vez más. Llamé por teléfono, y tras un breve pero esclarecedor diálogo con el monje que me atendió, quedé en ir a dormir aquella misma noche. Fermín se disculpó por no poderme llevar, pero me dijo que por la tarde pasaba un autobús que tenía parada en Tornajos.

Cuando llegué de nuevo a Los Robles, lo primero que hice fue conectarme a Internet. Quería saber un poco más sobre los alojamientos monásticos.

Para mi sorpresa había muchísima información. Abundaban los artículos, y en la mayoría de ellos se alababan abiertamente las virtudes de las hospederías repartidas por decenas de monasterios y conventos españoles. Algunos de estos alojamientos son verdaderos hoteles de lujo con todo tipo de comodidades, mientras que otros son de lo más sencillo; por no tener no tienen ni servicio de habitaciones, así que uno mismo debe hacerse la cama, encargarse de la limpieza... Los hay también que obligan a los huéspedes a llevar la misma vida que los religiosos, incluidos los horarios de rezos, trabajo…, algo que a mí no me convenía en absoluto; dejando de lado mis más que escasas convicciones religiosas, necesitaba poder seguir mi propia rutina si quería terminar la novela en el plazo que me había fijado.

Después de revisar una larga lista de monasterios encontré el que buscaba. Se hallaba situado a menos de veinte kilómetros de allí, en Tornajos de San Acacio, pueblo que, según la nunca suficientemente ponderada Wikipedia, contaba a finales de 2017 con treinta y seis vecinos, incluidos los monjes.

La hospedería tenía tan solo cinco habitaciones, todas individuales. Por lo que se veía en las fotos, eran pequeñas y más que espartanas en lo que respecta a su equipamiento; no digamos en cuanto a la decoración, que se limitaba a un enorme crucifijo de madera, que rondaría el metro de altura, situado justo sobre el cabecero de la cama. Estas características no la hacían muy seductora para los turistas, la verdad. Otro punto a mi favor.

La información de la web venía a confirmar lo que me había dicho el monje por teléfono: no tenían servicio de habitaciones ni era

preceptivo seguir la rutina monacal, aunque lo contrario se vería con muy buenos ojos por la comunidad, compuesta en estos momentos por tan solo ocho religiosos. Me vino entonces a la mente uno de mis libros favoritos: *El nombre de la rosa*, y pensé que, aun sin ser yo Umberto Eco, la estancia en el monasterio me podría ayudar a concentrarme en mi novela, una historia de intriga ambientada también en la Edad Media.

Otro factor que terminó de convencerme fue su más que módico precio. Al final, la estancia me iba a salir más barata de lo que había previsto.

Dejé mi habitación en Cascajar a primera hora de la tarde, para disgusto de Apolonio, que ya contaba con los dos meses de mi alquiler. Pero no tuve ni el más mínimo remordimiento al incumplir mi compromiso de estancia, ya que las condiciones que me encontré diferían, y mucho, de las que se me habían prometido cuando hice la reserva.

En el autobús que me trasladó hasta mi nuevo destino, más cochambroso si cabe que el de mi anterior trayecto, solo viajábamos cuatro pasajeros. En la primera fila, un anciano trataba de convencer a su vecino, que no le hacía ni puñetero caso, de que había hecho la mili en Sidi Ifni con Jordi Hurtado; mientras, justo detrás de mí, una mujer cincuentona, con la cara enlucida de maquillaje y colorete, canturreaba las canciones de Rosalía que escuchaba por unos auriculares conectados al teléfono móvil.

Ni uno solo de mis acompañantes me dirigió la mirada en lo que duró el viaje. A veces pienso que tengo la cualidad de pasar desapercibido entre la gente; quizás hubiera sido un buen espía, no lo sé; pero lo cierto es que no es una sensación muy agradable y ya empiezo a estar harto. No soy de esos a los que les gusta ser siempre el centro de la fiesta, pero estoy un poco cansado de sentirme ignorado.

Mis tres compañeros de viaje bajaron todos en El Bubillo de San Acacio, el pueblecito anterior a mi destino. Allí no subió nadie, con lo que nos quedamos solos el conductor y yo.

Habíamos recorrido unos pocos kilómetros tras reanudar la marcha cuando, al entrar en una curva, el autobús pegó un repentino bandazo

a la derecha, a la vez que notaba un fuerte impacto y nos salíamos de la calzada entre chillidos de frenos. Fuimos a chocar contra el talud. El segundo golpe me hizo dar con las narices en el respaldo del asiento delantero y rebotar como un muñeco de trapo para terminar tirado en el pasillo, cuan largo era. El topetazo hizo que mi trolley saliera disparado de la bandeja superior y cayera justo entre mis piernas, quedando a escasos centímetros de provocarme una castración traumática.

—¡Me cago en la madre que te parió! —gritó el conductor hacia la carretera sobre su hombro izquierdo.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunté, aturdido, mientras trataba de incorporarme.

—Ese gilipollas, que venía por medio de la carretera y nos ha pegado un buen trompazo —dijo al tiempo que se bajaba del vehículo.

Me asomé por la ventanilla. El coche que nos había embestido también había parado. Era un Mercedes gris oscuro, casi negro, de gama alta. Un tipo salió de él y se puso a revisar los daños en su parachoques sin preocuparse lo más mínimo por nosotros.

Mi conductor se fue hacia el otro y le recriminó a gritos su forma de conducir. Aquel individuo me dio mala espina. Era muy alto, con el pelo rubio recogido en una coleta, y vestía un abrigo largo de cuadros marrones un tanto estrafalario. Contestó algo en un idioma que no supe identificar, pero ni el tono ni la forma eran los de una disculpa, todo lo contrario, me pareció adivinar una chulería fuera de lugar en alguien que acaba de provocar un accidente. Los dos conductores se enzarzaron en una discusión imposible, cada uno en su lengua.

Bajé yo también del autobús. El impacto contra la pared de piedra había doblado el parachoques metálico; pero lo peor era que el golpe del otro coche había plegado la aleta izquierda contra la rueda como un acordeón. No la había rajado de milagro.

Me dirigí hacia los hombres, que seguían con su bilingüe disputa mientras el coletas abría la puerta del vehículo. Alguien habló desde dentro, aunque los cristales tintados impedían ver al sujeto, y al instante el tipo hizo ademán de subirse al coche. Al ver que trataba de marcharse, mi chófer lo agarró del abrigo. Yo corrí en su ayuda.

Aquello no pareció gustarle al fulano, porque se revolvió tirando con violencia del chambergo mientras su mano derecha volaba al bolsillo del pantalón. Cuando llegué junto a ellos, empuñaba ya una navaja de un tamaño más que considerable. Mi conductor y yo retrocedimos al unísono, viendo impotentes cómo el hombre montaba en el vehículo y salía a toda velocidad entre chirridos de rueda, dejándonos tan solo el olor a goma quemada.

Por un instante nos quedamos desconcertados y paralizados, pero al momento reaccioné y le pedí al chófer un papel para apuntar la matrícula antes de que se me olvidara.

—Yo también la tengo —dijo él mientras abría la puerta del autobús, cogía una pequeña libreta y un bolígrafo y anotaba la numeración—. Aquí está.

Solo coincidía una letra y un número con los que yo había memorizado, aun así apunté los míos debajo.

Tratamos de llamar al 112, pero en aquel vallejo encajonado ninguno de nuestros móviles tenía cobertura.

—Nos la ha hecho buena el muy cabrón —dijo el chófer tras revisar los daños—. La aleta toca la rueda, y así es imposible circular. Y sin cobertura tampoco podemos llamar a una grúa. Ya veremos si no nos toca pasar la noche en el autobús o volver al Bubillo andando. ¡Será hijo de perra!

Intentamos separar la chapa que presionaba el neumático haciendo palanca con la llave del gato, pero fue imposible, no quedaba ni un mínimo hueco para introducirla.

Ante lo negro de nuestras expectativas, decidí trepar por la escabrosa ladera en busca de la ansiada cobertura telefónica. Cuando ya no me quedaban fuerzas para lanzar más juramentos ni uñas con las que agarrarme a las peñas, conseguí atrapar un mínimo de señal, lo que me permitió avisar de nuestra situación al teléfono de emergencias.

Un cuarto de hora después aparecía un coche patrulla de la Guardia Civil. Lo ocupaban dos agentes femeninas muy diferentes entre sí; una rondaría los cuarenta y se la veía bregada en todo tipo de actuaciones, mientras que su compañera, más baja y de complexión delicada, tenía aspecto de acabar de salir de la academia —de paisano no le habría

echado más de dieciséis años—. Les explicamos de forma atropellada lo ocurrido y ellas lo notificaron por radio para que pasaran un aviso a las patrullas con las características del vehículo que nos había embestido y el tipo que lo conducía. Comprobaron las dos matrículas que habíamos apuntado y, como me temía, ninguna correspondía a un Mercedes como el que había provocado el accidente. Las posibles combinaciones de números y letras tampoco dieron resultado.

Dado lo apartado del lugar y lo que tardaría en llegar una grúa para el autobús, las guardias nos echaron una mano para que pudiéramos continuar la marcha. Con una robusta palanqueta que llevaban en su coche, supongo que requisada a algún chorizo, la agente más alta consiguió dejar libre la rueda lo justo para que el autobús pudiera circular.

—Más vale maña que fuerza —dijo la guardiacivil con una amplia sonrisa—. Es una broma: es que soy maña, de Calatayud.

Por continuar con las bromas, estuve a punto de preguntarle por la Dolores, pero entonces recordé que a los bilbilitanos no les hace maldita la gracia la dichosa coplilla; y teniendo en cuenta que la Benemérita tampoco se caracteriza precisamente por su sentido del humor, preferí limitarme a sonreír y mantener la boca cerrada.

Las agentes nos comunicaron que no podía desplazarse ninguna patrulla de tráfico hasta allí porque estaban en un accidente grave, así que ellas mismas hicieron unas fotografías con sus teléfonos móviles de la posición del autobús y los daños sufridos y luego nos invitaron a que las acompañáramos hasta el cuartel de Milindrillas del Marqués para presentar una denuncia formal. Aquella era una zona muy tranquila, y no todos los días se daban incidentes como este. Las seguimos en el autobús.

—Y dígame, si no es indiscreción —dijo el conductor del bus mientras circulábamos tras el coche oficial. Ya se le había pasado un poco el cabreo, y el rato de forcejeo conjunto había creado un ambiente algo más distendido entre nosotros—, ¿puedo preguntarle qué le trae a usted por aquí? Por el acento no parece de esta zona, y turistas, la verdad, vienen pocos. Es más, es usted el quinto viajero que llevo a Tornajos en lo que va de mes, y los otros cuatro eran vecinos que

habían tenido que desplazarse hasta la capital por cuestiones de médicos.

—Voy a pasar un par de meses en el monasterio.

—No me diga que se va a meter a monje.

—No, no. Es solo temporal, necesitaba un sitio tranquilo para escribir.

—Ah…, es escritor. —El hombre me hubiera mirado con la misma cara si le hubiera confesado que acababa de llegar de Ganímedes—. ¿Es usted famoso?, ya sabe... ¿Ha publicado muchos libros?

—Bueno…, lo cierto es que este es el primero —reconocí—. Yo no me dedico a esto, ¿sabe? Para mí es solo un pasatiempo, sin más.

Le podría haber confesado la verdad, que escribir ha sido mi pasión oculta desde niño, que desde que tengo uso de razón he querido plasmar sobre el papel todas esas historias que se agolpaban en mi cabeza pugnando por convertirse en tinta, pero que hasta hacía muy poco tiempo lo había hecho siempre en secreto, escondiendo o destruyendo todo lo que escribía, por vergüenza y por no aguantar las burlas de los demás, sobre todo de mi mujer, que no me creía —ni me cree— capaz de contar algo con un mínimo de sentido. Y que si ahora me había animado a hacerlo público era porque estaba en un momento de mi vida en el que me daba igual lo que pensaran de mí y porque mi matrimonio me importaba ya muy poco; bueno, también porque acababa de ganar un concurso de relatos; vale que no era el Planeta, lo organizaba el Club de Colombicultura de Almazora, y el premio había consistido en una edición de lujo de *La enciclopedia del palomo buchón* en doce tomos, pero como comienzo tampoco estaba mal.

Le podía haber dicho todo eso y mucho más, pero me lo callé. El conductor pareció dudar.

—Pues si lo que necesita es tranquilidad, allí va a tener, y mucha —continuó—. Eso sí, ya le advierto de que es lo único que va a encontrar, porque en el pueblo no hay nada en absoluto, ni siquiera una miserable tienda. Había un bar, pero cerró hace ya un par de años, cuando murió Juanón, su último dueño.

—No se preocupe. Eso es precisamente lo que yo busco. Seguro que estaré de maravilla.

—Pues le deseo mucha suerte. Aunque ya veremos si aguanta usted, no me extrañaría volver a verlo subir a este autobús antes de dos semanas de vuelta para su casa.

—Espero que no, hombre, espero que no.

Casi media hora después aparcábamos frente a la entrada del cuartel de la Guardia Civil de Milindrillas, un edificio más que añejo que combinaba muros de ladrillo rojo con otros enlucidos que una vez fueron blancos. Estaba pidiendo a gritos una profunda rehabilitación.

Las agentes nos tomaron declaración por separado. Repetimos de nuevo lo ocurrido, incluyendo algunos detalles que fuimos recordando según nos iban formulando preguntas, pero la verdad es que no fue mucho lo que pudimos sacar en claro.

Sentí una cierta envidia de nuestras interrogadoras. Hasta hacía poco mi hermano había sido Policía Local en Valencia. Y yo también intenté vestir uniforme en mis ya lejanos tiempos de juventud, aunque en mi caso fue el del Cuerpo Nacional de Policía. Por desgracia no superé las pruebas de acceso. Siempre me quedó esa espinita.

Cuando acabamos, el chófer se marchó con el autobús directo a casa sin terminar su recorrido. Las guardias me acercaron a mí hasta el monasterio. Poco antes de llegar les avisaron de una trifulca familiar en una aldea cercana, así que me dejaron en la travesía de Tornajos y se marcharon a toda velocidad con los prioritarios azules encendidos. Pensé que sobraba tanta lucecita, seguro que no se cruzaban con otro coche hasta que llegaran allá donde quiera que fueran.

Con el accidente y la toma de declaración me había retrasado mucho y hacía rato que se había puesto el sol. Ahora estaba por ver que con aquella oscuridad fuera capaz de encontrar el camino al monasterio. Según las indicaciones de las agentes, mi destino estaba a poco más de un kilómetro del pueblo en dirección norte, así que hacia allí me dirigí por la solitaria carretera. No se escuchaba ni el más mínimo sonido, ni siquiera el ladrido de un perro o el canto de un pájaro, solo el viento silbando mansamente entre las ramas deshojadas de los árboles de palo rosa. Aquello me gustó; pensé que, a pesar de lo accidentado del viaje, no podría haber encontrado un sitio más tranquilo en todo el planeta.

Capítulo IV

Me subí la cremallera del chaquetón y me froté las manos. Todavía faltaba más de un mes para que comenzara la primavera y hacía un frío de mil demonios. Aceleré el paso. La tenue luz de la luna apenas me permitía ver nada, solo que caminaba por el borde de una carretera estrecha y mal pavimentada por la que no podrían cruzarse dos coches y de la que parecía que los encargados del mantenimiento hacía décadas que se habían olvidado.

Tras algo más de diez minutos andando a buen ritmo, lo que me permitió sacudirme un poco el intenso frío, me encontré ante el portón de un edificio que supuse el monasterio, aunque no había ningún cartel que lo indicara y la oscuridad solo dejaba entrever unos metros de muro encalado a ambos lados de la entrada.

No se veía luz alguna y, en vano, busqué con la vista y a tientas un timbre en ambas jambas de la puerta. Por fin encontré una herrumbrosa cadena que colgaba a mi derecha. Tiré con suavidad y, de algún lugar muy al interior del cenobio, me llegó el sonido apagado de una campanilla.

Esperé. Tras unos minutos aguzando el oído, sin escuchar otra cosa que mi respiración, el castañear de mis dientes y los gruñidos en mi estómago, repetí la operación, ahora con bastante más alegría, lo que se tradujo en un brioso repiqueteo allá por los adentros. Nada, siguió sin haber la más mínima respuesta.

A pesar de tenerla delante de las narices, no me había percatado de la presencia de una hermosa y bien trabajada aldaba de hierro en medio del portón. No me lo pensé dos veces, agarré con fuerza el pesado angelote, lo levanté y lo dejé caer. El aldabonazo sonó como un disparo, que rebotó por el interior del edificio, multiplicándose cual mascletá valenciana lo que me hizo dar un respingo. Ahora tenían que haberme escuchado, sí o sí. Pero nada, seguí esperando en vano. Caí en la cuenta de que debería haber llamado desde el cuartel para avisar de que iba a llegar tarde, aunque también es cierto que en aquellos momentos mis preocupaciones eran otras.

Empezaba a inquietarme. ¿Y si no me abría nadie? Era impensable pasar la noche al raso. Allí las temperaturas aún bajarían de cero. Por la mañana me encontrarían más tieso que un borracho moscovita.

Ante lo poco halagüeño de las expectativas, y ya sin miramientos de ningún tipo, aporreé inmisericorde la cabeza del querubín contra la base metálica. Ahora los ecos llegaban no solo del interior del monasterio, sino también de los montes cercanos.

Por fin me pareció escuchar algo. Pegué la oreja al helado portalón de madera. Alguien se acercaba. Momentos después, unos hilos de luz se filtraron por las rendijas de la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —preguntó una voz jadeante desde el interior.

—Buenas noches, soy Faustino Polvillo, les llamé esta mañana y reservé una habitación en la hospedería. Siento venir tan tarde.

Oí cerrojos descorrerse y, por fin, el portón se abrió. El monje que apareció, de luenga barba cana que le caía sobre la túnica negra, debía pasar ya de octogenario y tenía cara de muy pocos amigos, aparte de unas vistosas legañas adornándole ambos ojos.

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo se le ocurre venir a estas horas? ¿No sabe que nosotros nos acostamos muy pronto? A las seis tenemos que estar arriba para maitines.

—Discúlpeme usted, pero mi autobús ha tenido un accidente a mitad de camino. Un coche nos ha embestido y el conductor nos ha amenazado con una navaja, hemos tenido que ir al cuartel de Milindrillas y...

—Venga, pase, pase, que nos vamos a congelar aquí fuera —me cortó el monje.

Entré detrás del anciano que, pese a su edad, se movía con agilidad aunque al andar se bamboleaba y avanzaba los pies hacia los lados de una manera que me recordó a Charles Chaplin.

—Sígame, le mostraré su celda.

—¿Mi celda?

—Sí, su celda. Nosotros no tenemos habitaciones, tenemos celdas. Pero no se preocupe, que no lo voy a encerrar —dijo con voz de fastidio—. Además, los cuartos de huéspedes son bastante más

cómodos que los nuestros. Como ahora nos sobra espacio, se unieron dos celdas para hacer cada una de las habitaciones de la hospedería, de la que yo soy el encargado, entre otras cosas.

Tras subir unas amplias escaleras y recorrer casi la mitad de un pasillo apenas iluminado, llegamos ante una puerta que el monje empujó con un chirrido desagradable.

—Como ve, no se abre muy a menudo. Son pocos los que vienen a alojarse entre nosotros. La gente prefiere otros lugares más atractivos y con más entretenimientos.

—Para mí es perfecto, no se preocupe.

Entré en la habitación, que me pareció algo mayor que la de Cascajar, aunque su mobiliario se limitaba a una cama individual arrimada contra la pared de la derecha, un pequeño armario de madera en la esquina y un escritorio con su silla justo debajo de la ventana.

—El baño está al principio del pasillo, junto a la escalera; no tiene pérdida.

—Muchas gracias. Una pregunta: ¿sería posible comer algo?

—¡Ja! No ha dicho usted nada. Nosotros cenamos a las ocho de la tarde, y hasta las ocho de la mañana que desayunamos la cocina está cerrada a cal y canto. Le recuerdo que esto es un monasterio, no un hotel. Hala, hasta mañana.

Allí hacía un frío que pelaba, y tenía hambre. Al mediodía Benita había hecho para comer sopa castellana y criadillas, y ninguno de los dos platos me gusta lo más mínimo, así que apenas había comido algo de fruta en todo el día.

Rebusqué en la maleta y encontré una bolsita de caramelos de regaliz. Me los eché en la boca de uno en uno, los cincuenta y tres. Una pobre cena, aunque menos era nada. «Mañana será otro día», pensé. Me puse el pijama y me metí entre las sábanas, tiesas y heladas. Estaba derrengado, pero, aun así, la tensión acumulada hizo que me costara trabajo dormirme.

Cuando aporrearon la puerta por la mañana no sabía dónde estaba. Tras unos cuantos manotazos por la pared, encontré el interruptor de la luz y la encendí. Al ver la habitación, recordé que aquel iba a ser el primer día de la nueva etapa de mi aventura escritora. Aquello me

puso de buen humor. Los golpes volvieron a sonar apremiantes.
—Ya voy, ya voy.
Me levanté, aterido de frío, y abrí la puerta. Ante ella había otro monje distinto al de la noche anterior y aún más anciano. En el centro de la frente tenía una curiosa marca redonda de un color algo más oscuro que la piel que la rodeaba, como si a un hindú se le hubiera ido la mano al pintarse el bindi, y unas gafas con los cristales tan gruesos que se dirían blindados. A través de ellos apenas se veían unos ojillos minúsculos, justo en medio de una docena de círculos concéntricos.
—¡Buenos días nos dé Dios! —gritó el viejo—. Dese usted prisa si quiere desayunar. El refectorio está en la planta baja.
—Muchas gracias, ahora mismo bajo, en cuanto me duche y me asee un poco.
El monje se dio la vuelta sin esperar a que yo terminara de hablar y se alejó arrastrando los pies. Más tarde me enteré de que la marca en la frente era el resultado de un accidente que sufrió en sus lejanos tiempos de novicio en el monasterio de Silos. Por lo visto, participaba en el volteo general de campanas para celebrar el día del Corpus cuando el badajo de una de ellas se soltó y le dio de lleno en el entrecejo. Estuvo a punto de morir y, aunque se recuperó, su vista y su oído quedaron muy dañados. Con los años la sordera y los problemas de visión no habían hecho más que acentuarse.
Corrí al baño. Las prisas por afeitarme se tradujeron en dieciséis pedacitos de papel higiénico cubriendo otros tantos cortes repartidos por mi rostro. Entonces descubrí que no salía agua caliente, con lo que mi ducha consistió en una sucesión de diez segundos de gritos seguidos de diez minutos de tiritones. Me vestí a toda velocidad y bajé a desayunar.
Rodeé el claustro empujando cada una de las puertas que vi; estaban todas cerradas, pero al alcanzar la última galería comencé a escuchar un murmullo que procedía del portón situado al fondo. Estaba llegando a él cuando se abrió y salieron varios monjes en fila. Dos eran los que ya había visto, pero hubo otro, quizás el más anciano de todos, que al verme se detuvo y se quedó mirándome fijamente con los ojos más saltones que he visto en mi vida, primero con cara de

sorpresa y luego de algo que me pareció temor. El barbudo que me había recibido por la noche se dirigió hacia mí con gesto contrariado y sus andares de pato mientras los demás empujaban al viejo mirón para que continuara.

—Pero, Faustino, ¿dónde se había metido usted? Si no quería desayunar, podía haberme avisado.

—Sí, claro que quiero, es solo que entre que me he aseado y he encontrado el comedor, pues se me ha ido un poco de tiempo; pero ya voy, no se preocupe usted.

—No, no. Ahora ya es tarde. Los hermanos han recogido y cada uno nos vamos a nuestros quehaceres. Ya le dije anoche que esto no es un hotel. Por cierto, le presento al padre Pascual, el abad del monasterio —dijo al ver a este salir del comedor.

El abad, aunque también mayor, era bastante más joven que fray Cirilo, que así se llamaba el hospedero, y su cuidada barba aún conservaba algún rastro de su negrura original. Hablaba de forma pausada, con la pronunciación más clara que he escuchado jamás, quizás herencia de su Valladolid natal. Las pequeñas gafas redondas de pasta negra le daban un aire intelectual muy a juego con su forma de hablar. Luego supe que llevaba veintitrés de sus setenta y dos años en ese monasterio, los últimos ocho como abad.

—Bienvenido, hijo, ya me ha dicho el hermano Cirilo que tuvo usted un viaje movidito.

—La verdad es que sí. Menudo susto. Por un momento pensé que nos íbamos a tener que tirar la noche entera en la carretera.

— Bueno, ahora ya ha pasado todo y está entre nosotros. Espero que haya encontrado el alojamiento de su agrado.

—La habitación no está mal, aunque hace un frío tremendo y encima me he tenido que duchar con agua fría.

—Pero hombre, ¿no ha encendido usted el calentador?

—¿El calentador?

—Sí, el que hay en el baño. Lo pusimos nuevo hace un par de años y funciona de maravilla. Pero claro, hay que encenderlo antes de ducharse y apagarlo después, para no malgastar el gas. Si quiere, luego el hermano Cirilo le enseña cómo funciona. Bueno, hijo, le

dejamos con sus cosas, que nosotros tenemos que empezar con nuestras ocupaciones.

—Verá, padre, es que yo necesitaría comer algo, porque ayer apenas me eché nada a la boca en todo el día. ¿No hay posibilidad de que me proporcionen lo que sea y ya me lo como yo en mi cuarto?

—Lo siento, hijo, pero aquí los horarios son sagrados, nunca mejor dicho, y los hermanos han de atender ya sus tareas. Hasta la hora de la comida será imposible tomar nada. Pero no se aflija —añadió al ver mi cara de fastidio—, nuestro Señor estuvo cuarenta días sin comer antes de comenzar su ministerio; usted podrá aguantar vivo hasta el mediodía. Vaya con Dios.

Los monjes se alejaron en silencio y yo me quedé allí plantado, escuchando los quejidos de mi estómago y pugnando por no contestar al abad lo que me pasaba por la cabeza.

Como en mi estado era incapaz de escribir ni una línea, decidí echar un vistazo al edificio y salir a dar una vuelta. Al menos conocería los alrededores del monasterio y el pueblo, porque por la noche no había podido ver nada en absoluto.

El cenobio se levantaba en torno al claustro románico que acababa de descubrir, y que era lo más meritorio del conjunto. En el centro se abría un pozo con brocal de piedra labrada rodeado de parterres de rosales con bordes de boj. Las treinta y dos rechonchas columnas de las galerías estaban rematadas por capiteles decorados, todos diferentes y muy trabajados. Algunos mostraban intrincados motivos vegetales, con ramas y hojas que se entrelazaban en formas imposibles, mientras que otros representaban escenas con personas y animales, supuse que todas de la Biblia.

Escuché una voz. Detrás de una de las esquinas había un monje hablando en voz alta. Me acerqué sin hacer ruido. Vi que era el mismo que se había quedado mirándome con cara de susto y ojos de sapo un momento antes, a la salida del comedor. Le hablaba a uno de los capiteles, en el que había esculpido un santo con un cerdo a sus pies.

—Que no, que eso de que es escritor no se lo cree ni él. Te digo yo que es Satanás, estoy seguro. Si hasta me ha parecido que olía a azufre. —Levanté el brazo y olfateé mi axila—. Vale, vale… es cierto que

aquella vez me equivoqué, pero acuérdate de que también eran muchos los indicios. Aquel tipo no quería entrar en la iglesia ni me dejaba imponerle las manos. Sí, sí, yo también siento lo que le pasó al pobre, pero fue un accidente, yo no quería hacerle daño, y reconocerás que mostraba signos evidentes de estar poseído. Sí, claro, como tú eres santo y tienes ayuda de arriba, pues no te equivocas nunca. Pero bueno. —Se interrumpió a sí mismo mientras se subía las gafas, que se habían deslizado hasta la punta de su nariz, por cuyas fosas asomaban sendos matojos de pelos tiesos y blanquecinos, como si le hubieran introducido a presión dos brochas de las que solo asomaran sus extremos —, dejemos aquello estar y dime, ¿cómo puedo yo asegurarme de que este no es el Maligno?

Noté que alguien me agarraba del brazo. Era de nuevo fray Cirilo, el hospedero, que tiró de mí hacia el fondo del claustro.

—Es fray Serapio —me dijo señalando al otro con la cabeza cuando nos retiramos—. El pobre perdió la chaveta hace unos años, y lo mismo habla con las esculturas del claustro que se echa una partida a la brisca con un rosal. Por suerte también tiene sus momentos de lucidez.

—Ya veo, ya. Pero, oiga, es que estaba diciéndole al santo ese de la columna que yo soy Satanás. ¿No será peligroso, no?

—¿Usted Satanás? ¿Eso ha dicho? No, tranquilo, Serapio es inofensivo… —Vi la sorpresa reflejada en su rostro mientras desviaba la mirada y se rascaba la frondosa barba. Una lluvia de caspa sembró de puntitos blancos el largo escapulario.

—También decía algo sobre un tipo que parece ser que tuvo un accidente aquí hace tiempo y del que pensaba que estaba poseído. ¿Sabe usted algo de eso?

—La primera noticia que tengo, ya le digo que el pobre chochea un poco. Pero nada, nada, usted ni caso. Mire, le dejo que he que seguir con mis tareas. —Y el monje se largó a toda prisa con su andar bamboleante. Estaba claro que ni quería hablar del tema ni me había contado todo lo que sabía.

Dejé para otro rato el resto del claustro y salí a la calle mientras vigilaba de reojo al anciano monje, que ya se había dado cuenta de mi

presencia y me seguía con mirada escrutadora.
Me abroché el chaquetón y comencé por rodear el edificio que albergaba la comunidad religiosa. Era bastante grande, pero no llamaba la atención ni por su belleza ni por su monumentalidad. Como había entrevisto la noche anterior, la fachada estaba encalada, y solo la puerta principal y la portada de la iglesia dejaban a la vista la piedra rojiza con la que se habían construido.
En la parte trasera tenía adosado el enorme huerto, de un tamaño algo mayor que el edificio en sí, y que descendía con suavidad hacia el riachuelo que discurría por el fondo del vallejo. Una alta tapia de mampuesto lo protegía de visitas indeseadas y de miradas indiscretas.
AC/DC sonó de nuevo en mi teléfono móvil, sobresaltándome. Este tono era todo lo que quedaba de mi lejana etapa heavy; las melenas hacía décadas que habían desaparecido. Era mi hermana. «¡Mierda!», me dije. Me había olvidado de volver a llamarla para felicitarla.
—¡Hola, Yesi! ¡Enhorabuena! Ya me dio mamá la noticia. Estaréis contentos, ¿no?
—Sí, bueno, es que… ¡Ay, Faustino, que desgraciada soy! —Y se echó a llorar con amargura.
—Pero, Yesi, ¿por qué lloras? ¿No va bien el embarazo? —pregunté, temiéndome que hubieran perdido al bebé.
—Sí, sí —dijo entre sollozos—, va todo muy bien, pero es que estoy hecha un lío.
—Venga, venga, hermanita, tranquilízate y cuéntamelo todo.
—Tino, tú sabes que yo estaba deseando tener un hijo. Era lo que más ansiaba de este mundo. ¡Pero quería ser yo la madre! ¡Y no te imaginas lo que es para una mujer tener que tirarse a su marido, noche sí y noche también, hasta dejarlo preñado! —Su voz se había convertido en una sucesión de gritos histéricos y volvía a llorar a moco tendido—. Además, Sebastián se pasa todo el día acariciándose la barriga, y ahora quiere afeitarse la barba, porque dice que le están creciendo mucho las tetas y va a parecer la mujer barbuda del circo. ¡Yo creo que quiere volver a ser Vicky! —La notaba al borde de un ataque de ansiedad.
—Yesi, tranquilízate; seguro que eso son cosas de las hormonas, que lo

tienen un poco descolocado. Hazte cargo de que para él tampoco ha de ser nada fácil esta situación. Un montón de años tratando de ser más masculino cada día y de repente tiene que ser madre, ponte en su lugar. Pero yo estoy convencido de que en cuanto dé a luz volverá a ser el de siempre y hasta se deja crecer otra vez la barba.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, mujer, estoy seguro. Mira, lo que tienes que hacer es hablar con un profesional. Te voy a dar el teléfono de un psicólogo que conozco y te va a ayudar mucho. Luego te mando un mensaje con su número y le pides cita. En cuatro días volverás a estar feliz y contenta como siempre.

Me costó un rato, pero por fin conseguí cortar la comunicación. Así era imposible concentrarse.

Capítulo V

Cuando terminé de dar la vuelta al monasterio eran más de las nueve y decidí dirigirme al pueblo, para lo que desanduve la destartalada carretera que había transitado la noche anterior. Muy cerca pude ver una ermita rematada por una alta espadaña con tres vanos, aunque solo el central conservaba su campana. Se veía muy sencilla, pero pensé que en otro momento podía acercarme a darle un vistazo.

Al llegar a la población eché en falta un bar, porque en aquellos momentos hubiera pagado lo que fuera por un café con leche bien calentito con algo para mojar.

El pueblo era muy poca cosa, media docena de callejas paralelas que le daban una forma más o menos rectangular. En el centro se abría una plaza porticada, en la que quedaban ya muy pocas edificaciones originales. Las que resistían seguían mostrando pesadas columnas de piedra rematadas por capiteles de diversas formas y estilos; pero eran muchas las casas genuinas que habían desaparecido, reemplazadas por otras modernas de más que dudoso gusto, y las columnas labradas habían sido sustituidas por vulgares pilares de hormigón. Entre las nuevas construcciones estaba el ayuntamiento, a todas luces excesivo para las necesidades del lugar. De sus tres mástiles no colgaba bandera alguna.

Un cerro no muy alto servía de telón de fondo al pueblo. Sobre él destacaba un airoso castillo con muestras evidentes de haber sido restaurado recientemente. No era muy grande, aunque por encima de sus muros sobresalía una potente torre del homenaje. En la cara de la muralla que daba a la población se veía una puerta flanqueada por dos pequeños torreones. Lo cierto era que un edificio de semejante porte y en tan buen estado desentonaba de manera clara con el resto del villorrio.

Siempre me ha interesado todo lo que tenga que ver con la Edad Media y soy un ávido lector de novelas de intriga ambientadas en esa época. Me conozco casi de memoria las andanzas de fray Athelstan, el monje detective creado por Paul C. Doherty, aunque, como ya dije

antes, siento debilidad por fray Guillermo de Baskerville, el protagonista de *El nombre de la rosa*. De hecho, esa obra es, en buena medida, la culpable de que mi novela esté ambientada en el Medievo. Es por eso que decidí subir a ver el castillo, para lo que comencé a caminar por la suave ladera, tratando de encontrar algún sendero que condujera hasta la señorial fortaleza mientras esquivaba los cardos y aliagas que parecían tener debilidad por mis canillas; pero un insistente pitido llamó mi atención. Procedía de la carretera y se acercaba deprisa. Aplacé la excursión y me dirigí a la plaza para ver a qué se debía tanto escándalo. Al tiempo que yo llegaba, aparecía una desvencijada furgoneta blanca. Bajo uno de los soportales de la plaza esperaban ya varias mujeres que sujetaban unas bolsas de tela mientras charlaban, lo que solo podía significar que el vehículo que en aquel momento se detenía con un sonoro bufido era el del reparto del pan. Luego supe que la panadería local había cerrado poco antes que el bar del tal Juanón, y que la falta de tahona y demás servicios más o menos esenciales no era exclusiva de Tornajos, sino que era un mal extendido por la mayoría de pueblos de los alrededores.

Mi famélico estómago mostró su felicidad con unos rugidos que me urgieron a dirigirme al vehículo junto al que ya se agrupaban los parroquianos; una docena de mujeres, ancianas en su mayoría, a las que se unían ahora otros tres hombres, también de edad avanzada.

Todos se volvieron hacia mí en cuanto me vieron aparecer. En sus miradas se mezclaba la curiosidad con la desconfianza.

—Buenos días. ¿La última?

—Servidora —contestó una de las mujeres, vestida de negro riguroso desde el pañuelo que cubría su cabeza hasta las ajadas alpargatas, dibujando una estampa que yo creía ya desaparecida de nuestras tierras.

—¿Cómo están hoy las chavalas? —saludó el panadero, un hombre grueso, con la cara colorada y el pelo amarillento que, como él mismo me contó más tarde, todos los días, de lunes a sábado, repetía idéntico itinerario de reparto, recorriendo nueve pueblos.

—Vaya, si tenemos una cara nueva.

Por supuesto esa cara no era otra que la mía.

Los vecinos fueron haciendo sus compras, invariablemente barras de pan y alguna bolsa de magdalenas o rosquillas de candil. Yo era el último, y cuando por fin me llegó el turno el olor del pan recién hecho estaba ya a punto de hacerme saltar dentro de los cestones de mimbre que contenían las barras.

—Buenas, amigo. Qué alegría ver por aquí clientes nuevos. Por lo general es al revés, cada vez se ven menos, conforme los habituales nos van dejando, ja, ja. ¿Qué, a visitar a algún familiar?

—No, que va. Estoy alojado en el monasterio.

—¡Anda! Un aspirante a monje. Pues no tiene usted pinta de eso.

—No, no. Solo estaré unas cuantas semanas. Necesitaba un poco de tranquilidad.

—Pues entonces no se ha equivocado, porque no creo que encuentre otro lugar más apacible que este en toda España. Y ¿qué pasa, se ha portado usted mal y los monjes no le dan de comer? —Se rio de su propia gracia.

—No, es solo que no tenía muy claro el tema de los horarios y he llegado tarde al desayuno. La verdad es que me viene usted al pelo.

Compré una barra de pan, un par de bolsas de rosquillas y dos botellas de batido de vainilla. Pagué y me alejé buscando un lugar tranquilo donde dar cuenta de mi improvisado almuerzo mientras la furgoneta reanudaba su marcha.

Me dirigí a un pequeño y descuidado parque que había visto en la salida hacia el monasterio y me senté en uno de sus bancos de piedra, junto a una fuente con el pilón de granito medio roto y dos caños de hierro desgastados que tenía aspecto de llevar siglos aliviando la sed de los lugareños. Comí aquellos sencillos manjares con tanta ansia como deleite. El pan aún mantenía algo del calor del horno, y enseguida me sentí reconfortado. Y es que el calorcito en el estómago compensaba el frío en el culo por culpa de la piedra helada. Completé mi almuerzo con media docena de rosquillas y casi un litro de batido.

Tras llenar la barriga pude pensar ya con más claridad, así que me centré en el libro. A pesar de lo breve de mi estancia en Cascajar, había tenido tiempo suficiente para poner en relativo orden el sinfín de folios que había traído conmigo. Ahora que sabía bastante bien en

qué punto de la historia me encontraba, podía ir completando las partes que faltaban. Luego habría que terminar de ajustar todo el texto y buscar un buen final. Pero debía comenzar a dar forma definitiva a la novela y hacerlo ya.

Me levanté decidido y me dirigí de vuelta a mi alojamiento con energías renovadas. Por lo pronto, en cuanto llegara pediría al hospedero un horario de las actividades del monasterio, de ese modo evitaría volver a quedarme en ayunas, y tampoco interrumpiría la rutina de los monjes.

Acababa de entrar en la carreterilla de acceso al monasterio cuando, tras una curva muy cerrada, apareció a toda velocidad una furgoneta azul que a punto estuvo de atropellarme. Al verme frenó en seco, escupiendo una lluvia de gravilla al tiempo que yo me lanzaba de cabeza a la cuneta. Para mi sorpresa, descubrí que el conductor era Fermín, el tendero de Cascajar. El hombre bajó su ventanilla.

—Perdone, vamos con un poco de prisa y no lo había visto. ¡Vaya, pero si es usted! ¿Qué tal por el monasterio? —dijo al reconocerme. Lo noté nervioso. Iba acompañado por un tipo con un aspecto un tanto peculiar: cara de bobo, orejas de soplillo, mirada perdida y boca entreabierta. Como diría mi amigo Gustavo, parecía de esos que se toman pastillas aunque no les duela nada. Llevaba también varios tatuajes, de los que solo se le veían enteros un revolver en el dorso de su mano izquierda y tres seises recién tatuados en la parte interior del antebrazo derecho; todavía llevaba el dibujo cubierto con un film transparente. No me saludó; bueno, en realidad ni siquiera sé si me vio.

—Sí, menudo susto me han dado —dije luchando por salir del enebro en el que había aterrizado mientras escupía las bayas que se me habían metido en la boca—. Pero si ayer me hubiera dicho que iba a venir hoy, me habría venido con usted; no vea el viajecito que tuve —añadí, sin entrar en detalles.

—Bueno… —Titubeó—. Es que cuando estuvimos hablando todavía no lo sabía. Me llamaron anoche del monasterio porque hoy sin falta necesitaban entregar un pedido de plantas en la capital.

Miré de manera discreta por encima de su hombro, pero no vi nada

verde en la parte trasera de la furgoneta. Fermín se dio cuenta.
—Lo siento, tenemos un poco de prisa. Ya nos veremos en otro rato. —Y se marcharon.
«Si no quería traerme no tenía más que decirlo —pensé—. No hace falta contar mentiras».
A mi llegada al monasterio me abrió fray Cirilo, que al instante se percató de que venía de buen humor.
—Hombre, trae usted mejor cara. Ya veo que ha pillado al panadero —dijo señalando la bolsa de plástico en mi mano.
—Sí, por fin he podido echar algo al estómago, que ya era hora. Por cierto, Fermín ha estado a punto de atropellarme con la furgoneta ahora mismo, cuando salía de aquí. No gano para sustos.
—Vaya por Dios, lo siento. Ha venido a traernos un pedido que le hice la semana pasada. Como aquí no hay tiendas le encargamos a él todo lo que necesitamos.
Asentí con la cabeza, pero no me pasó desapercibido que no era lo que Fermín me había contado. Tampoco la turbación del monje. No sabía qué se llevarían aquellos dos entre manos, aunque pensé que no era asunto mío.
—No se preocupe, todo ha quedado en un susto sin más. Oiga, ¿sería posible que me dijera los horarios de las comidas? Así no volveré a equivocarme ni les causaré molestias a ustedes.
—Por supuesto, venga conmigo. ¿Tiene algo para tomar nota?
Lo seguí hasta el claustro mientras sacaba del bolsillo de mi chaquetón un cuadernillo y un bolígrafo que siempre llevo encima, por si me llega la inspiración en un momento inoportuno.
—Soy todo oídos.
—Mire. —Señaló lo que parecía un reloj de sol grabado en el muro que miraba al mediodía. Me dio la impresión de que le faltaban horas —. Para nosotros el tiempo funciona de manera distinta que para el resto, nuestros horarios los marcan los oficios religiosos. Eso que ve usted ahí arriba es un reloj de misa, por eso las rayas no coincidirían con las horas de uno de sol normal. Empezamos aún de noche, con el rezo de maitines, que es a las seis, luego meditamos en solitario hasta la hora de laudes y de la eucaristía, a las siete y media. Después de

misa desayunamos antes de comenzar con nuestros quehaceres, cada uno con el suyo: el huerto, la lavandería, el estudio...

—Espere, espere un momento. Eso significa que se desayuna a las ocho. ¿No es así?

—Sí, más o menos. Pero si usted asistiera a misa no llegaría tarde nunca —dijo el monje un tanto contrariado.

—Sí, ya, quizá.

—Continuemos. Luego tenemos la hora de sexta, justo antes de la comida.

—Entonces, ¿a qué hora se come?

—A la una y media —contestó el monje, ya con voz de fastidio—. Seguimos con la hora nona, más trabajo, y las vísperas a las siete y media de la tarde, cuando nos reunimos de nuevo para rezar. A las ocho se cena y, tras el oficio de completas, a dormir.

—Perfecto, todo anotado. Ahora ya no me volveré a equivocar. Bueno, voy a mi celda, a ver si puedo empezar a trabajar.

Ya en el cuarto caí en la cuenta de que, con las prisas, ni siquiera había deshecho el equipaje. Abrí la maleta y coloqué en el más que vetusto armario la poca ropa que había traído. Como no tenía pensado llevar una vida social muy activa solo había echado ropa cómoda: vaqueros, suéteres, un par de chándales y dos pijamas. Con aquello tendría más que suficiente. En previsión de que no hubiera estanco también había comprado tres cartones de Ducados, pero ni siquiera me molesté en sacarlos.

Revisé el ordenador portátil y quedé aliviado al ver que se encendía sin problemas. El golpe de la tarde anterior en el autobús no parecía haberlo dañado.

En el fondo de la maleta estaba lo realmente importante y que me había llevado hasta allí: mi novela. Saqué el taco de folios y lo coloqué sobre la mesa. Después de la primera criba hecha en Cascajar todavía habían quedado unas trescientas hojas, aunque no sabía cuántas podría aprovechar al final.

La novela estaba ambientada en la Castilla del siglo XIV, y narraba una historia de intrigas, luchas de poder y traiciones, con la acechanza de la Iglesia siempre presente. No pude por menos que reafirmarme en

lo que había pensado el día anterior; el entorno monástico y sus antiguas piedras, que rezumaban historia a borbotones, podrían resultarme de mucha ayuda a la hora de situarme en el mundo medieval y eclesiástico. Más, incluso, que los cinco manuales sobre esa época que había traído conmigo por si necesitaba consultar algún dato, y que apilé con cuidado en una esquina de la mesa. También pensé entonces que el día a día de los monjes que me acogían no sería muy diferente del de aquellos que aparecían en mi historia, así que me propuse tomar buena nota de todos los aspectos de la vida monástica que me pudieran servir para ambientar el relato. A pesar de que los comienzos no habían sido del todo afortunados, estaba convencido de que había hecho una buena elección. A partir de ahora todo iría bien. Seguro.

Al mediodía pude, por fin, hacer mi primera comida como Dios manda. Un puchero de gallina con verduras, que me supo a gloria, y pescadilla rebozada de segundo. Todo acompañado con un vasito de vino para ayudar a la digestión, como dijo el monje que tenía sentado enfrente. Y de postre una pera.

El encargado de la cocina era fray Liborio, un orondo valenciano que, según me contó él mismo, había trabajado en sus ya lejanos tiempos de juventud en un restaurante de cierta fama en el Palmar, junto al lago de la Albufera. Disfrutaba cocinando y probando lo que cocinaba, y eso se notaba en su figura. La grasa se le acumulaba en abundancia alrededor de la cintura, lo que le daba un perfil que recordaba a una peonza, o a un tentetieso. Lo que no me dijo es que sintió la «llamada» tras ser el único superviviente de una grave intoxicación causada por las amanitas que él mismo había recogido y con las que había preparado un revuelto para la comida anual de los trabajadores del restaurante. El horror de ver a sus compañeros morir bañados en su propia mierda le hizo ver la luz. Bueno, quizás ayudó también saber que en su puñetera vida iba a volver a encontrar trabajo en una cocina.

En el comedor me presentaron al resto de los monjes de la comunidad. Aparte de los que ya conocía: el abad, el hospedero, el sordo del puntazo en la frente y el cocinero; estaban fray Ignacio, gran

entendido en hierbas medicinales y elaboración de bebidas espirituosas; fray Daniel, el más joven de toda la comunidad y que ejercía como bibliotecario; fray Senén, responsable del huerto; y fray Serapio, el chalado ojosapo que parecía haberme tomado por un endemoniado o algo así. A este último lo saludé con la mano sin acercarme mientras él murmuraba lo que me pareció alguna fórmula en latín con sus ojos clavados en los míos. Me vino de inmediato a la cabeza fray Jorge de Burgos, el monje ciego de El nombre de la rosa, que, como este, esperaba la inminente llegada del Anticristo.

Ya con la tripa llena pude reanudar mi tarea con nuevos bríos, aunque el trabajo avanzaba muy despacio. Seguía encontrando partes que no terminaban de convencerme; pero no hay cosa que más duela a un autor que tener que deshacerse de lo que ha escrito. Es muy trabajoso elegir cada palabra, ordenar cada frase y dar forma a cada párrafo, con lo que luego resulta difícil reconocer que lo que tanto esfuerzo te ha costado no vale y hay que desecharlo. Después de varias horas de trabajo decidí dar una vuelta por el claustro para despejarme.

Cuando bajé las escaleras me encontré a los monjes que salían de una sala lateral, y me quedé sorprendido al ver que llevaban lo que me parecieron unos enormes arcos.

—Disculpe, fray Cirilo. —Me dirigí al hospedero, que salía en ese momento portando una de las armas en la mano derecha y un tubo de tela del que asomaban varias flechas emplumadas en blanco y negro —. No me diga que practican ustedes el tiro con arco.

—Hola, Faustino. Sí, bueno, es un tiro con arco un tanto peculiar. Se trata de kyudo, un arte marcial japonés.

—Pues me deja usted de piedra. Lo que menos hubiera esperado encontrarme en un monasterio perdido es un grupo de monjes ancianos practicando un arte marcial. ¿Cómo ha dicho que se llama, kudu, kidu…?

—Kyudo, se dice kyudo: «el camino del arco». Pero no crea que es un deporte competitivo, aquí lo de menos es la puntería. Se trata, más bien, de meditar de pie.

—Y ¿pueden ustedes hacer esas cosas? Quiero decir, ¿es compatible eso con la doctrina de la iglesia católica? —pregunté, un tanto

sorprendido.
—Sí, claro. Todo lo que sea conocernos mejor a nosotros mismos nos hace también mejores personas y refuerza nuestras vocaciones. Además, uno de los objetivos primordiales del kyudo es el rejuvenecimiento del cuerpo y la mente, que buena falta nos hace. Lo practicamos desde hace un par de años, cuando nos lo enseñó un hermano que había sido misionero en Japón, y hay que reconocer que los beneficios se notan. ¿No le apetece venir y ver cómo lo hacemos?
—Pues sí, la verdad es que me ha picado la curiosidad.
Acompañé al monje hasta el huerto. Allí se encontraban ya los demás religiosos, todos en pie, alineados y en silencio. Portaban los arcos, de un par de metros de altura, en la mano izquierda, y en el suelo, junto al pie derecho de cada uno, descansaban dos flechas.
—El arco se llama yumi, y está hecho de bambú y madera —me explicó fray Cirilo en voz baja—. Las flechas se llaman ya, y las hay masculinas y femeninas.
—Esta sí que es buena, nunca lo hubiera imaginado. ¿En qué se diferencian? A ninguna le veo colgar nada. —Reí.
El abad, que se encontraba a nuestro lado, me echó una mirada que podríamos calificar de cualquier modo menos de amistosa.
—Perdón —dije.
—Bueno —continuó fray Cirilo en un susurro—, las flechas están fabricadas de modo que las masculinas giran en el sentido de las agujas del reloj, mientras que las femeninas lo hacen en sentido contrario. Siempre se tira en primer lugar la masculina.
—Pues no le encuentro mucha lógica, pero ustedes sabrán.
Los monjes se fueron arrodillando, ceremoniosos, y cogiendo las dos flechas a la vez. Luego, con exasperante lentitud, se levantaron de nuevo y colocaron una de ellas en posición de disparo, mientras que la otra quedaba sujeta por el dedo meñique de la mano derecha. Giraron de nuevo la mirada hacia los blancos y, siempre muy despacio, fueron tensando los arcos hasta soltar las saetas, que volaron hacia las dianas sin demasiado tino, todo hay que decirlo. En realidad, el único que acertó en la diana fue fray Abundio, el sordiciego, eso sí, no en la suya, sino en la de fray Liborio, que se encontraba tres puestos a su

izquierda en la línea de tiro. Incluso una de las flechas, que no sabría precisar de qué arco salió, voló, dibujando una parábola perfecta, hasta perderse por detrás de la tapia del huerto.

—Como ya le he dicho, aquí lo de menos es acertar al blanco. —Me recordó Cirilo al ver mi sonrisa, ciertamente sarcástica, tras los generalizados fallos de puntería—. Lo que importa de verdad es el proceso hasta llegar al momento de soltar la flecha. Hay que ser capaces de liberar nuestra mente y de conseguir dejarla en blanco por completo, no pensar en nada.

—Bueno —dije—, pues yo les dejo meditando, y voy a ver si puedo trabajar otro rato hasta la hora de cenar.

Me despedí de los tonsurados samuráis ibéricos y volví a mis escritos con energías renovadas, lo que me permitió avanzar bastante a lo largo de la tarde.

Después de cenar subí de nuevo a mi celda, pero aún no había cerrado la puerta cuando recordé que no había preguntado a fray Cirilo cómo funcionaba el calentador, así que volví al claustro. Vi a varios de los ancianos que entraban por una puerta y pensé que quizás el hospedero estuviera con ellos, así que me acerqué a la ventana situada junto a aquella entrada. Por la contraventana entreabierta salía luz, me asomé de manera discreta y me sorprendió lo que vi dentro. Cuatro monjes estaban sentados en unos bancos de madera colocados a lo largo de los muros, mientras fray Ignacio balanceaba un incensario que iba dejando una compacta estela de humo. Lo que más me llamó la atención fue la actitud de los religiosos. Su habitual seriedad y circunspección se había tornado espontaneidad, que se convirtió en risas cuando el monje hizo oscilar el incensario ante cada uno de ellos, casi bajo sus narices. Pronto me di cuenta del motivo de su alegría y desenfado, cuando llegó hasta mí el olor que se filtraba por la ventana desvencijada, un olor que conocía muy bien desde mis tiempos en el instituto. Lo que los cinco monjes fumaban de aquella forma tan original no era otra cosa que marihuana. Por un instante dudé qué hacer. Me sentía un tanto violento al verlos en semejante tesitura, así que me di la vuelta y volví a mi cuarto. Ya me apañaría con el calentador, tampoco sería tan difícil encenderlo.

Mientras caminaba hacia mi celda, pensaba en la escena que acababa de presenciar y que me había dejado desconcertado; si no fuera porque lo había visto con mis propios ojos no me lo creería. Un grupo de ancianos, el que más y el que menos con un pie al borde de la tumba, colocándose de semejante manera en aquel apartado monasterio. ¿De dónde habrían sacado la hierba?, ¿se la encargarían también a Fermín?

Capítulo VI

A la mañana siguiente ya no tuve problemas. Había puesto el despertador del móvil a las siete y me dio tiempo a afeitarme, a ducharme con agua calentita y a estar en la entrada del refectorio cuando los monjes terminaron con sus rezos. Un sencillo desayuno a base de café con leche y bizcocho casero, y todos a trabajar. Los monjes por su lado y yo por el mío.

La mañana fue provechosa. Conseguí terminar y pasar al ordenador dos capítulos enteros de mi novela, y lo mejor de todo es que estaba muy satisfecho con el resultado.

He de indicar aquí que un par de meses atrás tuve un problema que a punto estuvo de dar al traste con años de trabajo. Un virus informático borró por completo el disco duro del ordenador de casa y me fue imposible recuperar ni un solo archivo. Por suerte, disponía de una copia de la novela en papel, lo que me salvó del desastre total. Eso sí, no me quedó más remedio que empezar a teclear de nuevo todo desde el principio.

Por lo general prefiero los ordenadores de sobremesa, pero para mi viaje me había comprado uno portátil de segunda mano. Estaba anticuado y tenía poca potencia, pero era más que suficiente para lo que yo necesitaba. Además, dado que soy de los pocos que aún resisten con teléfono móvil sin conexión a Internet, había traído un módem USB para poder realizar consultas en la red desde el ordenador.

Después de más de tres horas de trabajo decidí dar un descanso a mis ojos. A esa hora la temperatura era bastante agradable, con lo que salí a pasear por los alrededores del monasterio. Bordeé la tapia del huerto hasta llegar a la orilla del río, que en realidad casi no merecía ese nombre, pues el caudal no era mayor que el de una acequia. En pocos lugares llegaría al medio metro de profundidad, y no era difícil cruzarlo de un salto por los puntos en que los juncos y los carrizos no se habían adueñado de la ribera, salpicada de chopos y sauces, ahora desnudos.

Siempre me ha gustado pasear solo por el campo, alejado del ajetreo y las aglomeraciones de la ciudad. Esa fue la razón principal por la que, tras mi frustrado intento de ingresar en la Policía Nacional, me presenté a las oposiciones para agente medioambiental de la Comunidad Valenciana. Tuve suerte y aprobé a la primera, aunque, desgraciadamente, el empleo me duró muy poco tiempo. No llevaba ni tres meses desempeñando mi labor en el parque natural de la Sierra de Espadán, cuando a la nueva consejera de Medio Ambiente se le antojó hacernos una visita. En mitad de su soporífero discurso noté que algo corría entre mis piernas y, de forma instintiva, lo aplasté de un pisotón. Cuando levanté la vista me percaté de que la señora consejera había interrumpido su perorata y de que todo el mundo miraba la cola verdinegra que asomaba bajo mi bota y que, tras menearse de forma agónica a un lado y a otro durante algunos segundos, se estiró en un postrer espasmo y quedó quieta. Para mi desgracia, me había tocado en suerte uno de los pocos políticos del país que tenía algo de idea sobre los asuntos a su cargo: la consejera era bióloga, y se percató de inmediato de que el rabo ahora inerte y los menudillos que lo acompañaban rebosando por todo el contorno de mi suela pertenecían a un gallipato, una especie de salamandra muy escasa y, por supuesto, protegida. Al día siguiente me comunicaron mi despido fulminante mediante una carta que no ahorraba en epítetos hacia mi persona, ninguno cariñoso.

Pero bueno, todos cometemos errores en nuestra vida, y aquello pasó hace ya mucho tiempo.

Remonté la corriente unos centenares de metros mientras disfrutaba del frescor y la tranquilidad del paisaje, alterada de pronto por la presencia de un vehículo medio oculto entre las sargas. Al aproximarme me pareció que era el mismo Volvo ranchera de color negro que había visto estacionado frente a la casa rural de Cascajar tres días antes con un tipo calvo en su interior. ¿Qué estaría haciendo allí? Me acerqué más, pero cuando llegué junto al vehículo pude ver otro calvo bien distinto al que yo esperaba. Un culo, blanco como los culos blancos, subía y bajaba rítmicamente entre los torneados muslos de una mujer despatarrada hasta el límite del descoyuntamiento.

Por un momento me quedé paralizado a menos de dos metros del vehículo sin saber muy bien qué hacer ante lo embarazoso de la situación, pero decidí retroceder con discreción desandando el camino que me había llevado hasta allí.

Seguí mi paseo, pensativo, preguntándome si, en efecto, sería la pareja de Cascajar. Supuse que sí porque, hasta donde yo sabía, en Tornajos casi no había más que viejos, y no veía yo a un abuelo dándole a la coyunda de aquel modo en el asiento de un coche; al día siguiente estaría en urgencias del hospital más cercano con pinzamientos en siete vértebras y un esguince de frenillo, si eso fuera posible. En fin, vaya usted a saber.

Aquello me hizo pensar en mi propia vida sexual. No era capaz de recordar la última vez que Lola y yo nos habíamos salido, aunque fuera mínimamente, de la más absoluta de las rutinas. Bueno, y eso por no hablar de que podían pasar semanas y semanas sin que tan siquiera nos rozáramos.

Y como una cosa suele llevar a otra, Lola dejó su sitio en mis pensamientos a Merche. Desde que tres meses atrás comenzara a trabajar en la misma constructora en que yo malgasto mi vida, aquella mujer venía mostrando una clara querencia hacia mi persona, algo que a mi edad y en mis circunstancias se agradece y le sube a uno la autoestima sobremanera. No me resultó difícil imaginarme retozando con ella en aquel coche del modo y manera en que lo hacía la anónima parejita.

El sonido de esquilos y balidos que se acercaban me sacó de mis tórridos pensamientos y me desinfló la bragueta. No tardó en aparecer entre las peñas un rebaño de cabras multicolores, conducidas por un pastor junto al que correteaban dos perros de raza indeterminada.

—¡Buenos días! —le grité mientras, de forma inconsciente, mi mente trataba de contar los animales.

—Buenos días, *sinior* —contestó el cabrero con inconfundible acento árabe.

Vaya, lo último que esperaba encontrarme por estas tierras perdidas era un pastor moro, aunque tampoco es tan raro, ellos van cogiendo los trabajos que nosotros no queremos, y no creo que apacentar cabras

por estos helados secarrales sea un trabajo muy demandado entre los vecinos de la zona.

—¿Qué, *pasiando*?

—Sí, dando una vuelta para despejarme. —«Veintisiete cabras marrones». Mi mente contable volvía a las andadas.

—Usted no es de por aquí, ¿eh? ¿Turista?

—No exactamente, voy a pasar una temporada en el monasterio; pero no, no voy a meterme a monje —contesté, imaginando que me iba a preguntar lo que todos—. Tú tampoco eres de por aquí, ¿verdad?

—No. —Rio—. Soy de Marruecos, pero vivo aquí ya seis *anios*.

—Pues tuviste suerte de encontrar trabajo tal y como están las cosas —«Veintitrés blancas».

—En realidad las cabras son mías, bueno, y de mi mujer; ella es de Tornajos. Me llamo Nouradín, aunque aquí todos me llaman Crispín. —Me tendió la mano.

—Sí, Crispín es más fácil de recordar. Yo soy Faustino —«Y allí un cabrón negro. Mierda, ¿de dónde sale esa chiva gris?».

Me contó que, además de las cabras, su mujer y él tenían una pequeña quesería en su casa, donde elaboraban un surtido de quesos con muy buena acogida en las tiendas de productos artesanos de la capital. Eso les permitía llevar una vida bastante desahogada dentro de lo que eran los estándares del pueblo.

Más adelante me enteré de la historia completa de Crispín y Cecilia, que así se llamaba su mujer. Por lo visto, ella procedía de una familia acomodada del pueblo, pero su padre había trabajado duro a lo largo de toda su vida hasta conseguir gastarse en whisky y putas hasta el último céntimo de la herencia que había recibido de sus mayores. La interminable sucesión de disgustos llevó pronto a la tumba a Pilar, mujer del putero y madre de Cecilia; así que, cuando algunos años más tarde él encaró también el camino al jardín de los cipreses, a Cecilia solo le quedaba ya la casona familiar.

Era la quesera una mujer de cuarenta y tantos largos a la que, aparte de Nouradín y de una relación en su juventud, de la que hablaré más adelante, no se le había conocido ningún otro novio serio, hasta el punto de que las malas lenguas la llegaron a tachar de machorra.

Hace casi seis años apareció por el pueblo Nouradín, justo antes de las fiestas de agosto. Pensó que aquí podría encontrar trabajo como albañil. En estos pueblos siempre hay cubiertas por retejar, paredes que enlucir y suelos que cambiar, mientras que en la costa, de donde él venía, la construcción había pasado a la historia y los obreros en paro se contaban por decenas de miles.

Quiso la casualidad que una viga del tejado de la casa de Cecilia cediera un par de noches antes de la llegada del magrebí, poniendo en peligro toda la techumbre. La mujer se había cansado de buscar un albañil por los pueblos de los alrededores, pero los pocos que aún quedaban estaban a tope de trabajo en las casas de los veraneantes, que aprovechaban sus vacaciones para hacer las obras necesarias que durante el invierno no podían supervisar por culpa de la distancia.

Cuando Nouradín se presentó en la cola del panadero ofreciendo sus servicios y Cecilia lo escuchó, le encomendó el trabajo sin dudarlo un momento.

Hasta aquí nada fuera de lo normal. El problema llegó al cabo de tres días, cuando la tía Venancia, vecina de la quesera y famosa por la velocidad a la que hacía circular las noticias, hasta el extremo que era conocida como «la Agencia EFE», descubrió horrorizada a su vecina galopando desbocada sobre la virilidad del moro. En menos de una hora, residentes y veraneantes de Tornajos y alrededores conocían con todo lujo de detalles el envite amoroso de Cecilia con el recién llegado, del que Venancia no se cansaba de recalcar que estaba muy, pero que muy bien dotado.

Tan pronto Cecilia se enteró de que lo suyo con Nouradín era público, se puso el mundo por montera y propuso matrimonio al marroquí. Antes de finalizar el verano contrajeron nupcias en el juzgado de Milindrillas y durante meses escandalizaron al vecindario con sus más que sonoras muestras de pasión nocturna. Con el tiempo, conforme Cecilia fue controlando sus ardores tantos años contenidos, los decibelios fueron bajando y los vecinos acabaron por asimilar la normalidad de la situación. Ahora Nouradín estaba perfectamente integrado y se les veía una pareja feliz.

El pastor y yo estuvimos charlando un buen rato en un merendero con

dos mesas de madera y bancos a juego cobijados bajo los chopos, a poca distancia del riachuelo. Se me ocurrió que al día siguiente podía continuar allí con mi trabajo. Aunque hacía fresco, tenía más luz que en la celda, y pensé que el aire libre y el paisaje abierto, con el monasterio de fondo, me ayudaría a concentrarme y encontrar la esquiva inspiración.

Por un momento estuve tentado de contarle a Nouradín el descubrimiento que acababa de hacer entre los matorrales, pero pensé que no era asunto mío, ni del moro, dónde se desfogaban las parejas de la contornada, así que me despedí y regresé al monasterio.

Capítulo VII

Aquella tarde disfruté de un rato de conversación con el hospedero, fray Cirilo, que se ofreció a enseñarme el monasterio y a contarme un poco de su historia. Algo que, pensé, podía venirme muy bien para situar mejor mi novela. Al parecer, fue fundado en el siglo XIII, aunque lo habían reformado después en varias ocasiones. La desamortización de Mendizábal estuvo a punto de acabar con él, como con la mayoría de cenobios de España, pero al final se salvó, y ni siquiera durante la guerra civil fue evacuado.

Me habló también un poco de la orden benedictina, a la que pertenecían los monjes que habitaban el monasterio. No quiero aburrirles con todo lo que me contó, solo les diré que fue fundada en Italia por un tal Benito allá por el siglo VI, y que al cabo de un tiempo las autoridades eclesiásticas tuvieron que meter mano, porque sus monjes habían llegado a tal relajamiento que se les había olvidado tanto el *ora* —reza— como el *labora* —trabaja— prescritos por el fundador. Una vez recuperadas las viejas virtudes originales, los «monjes negros» han sobrevivido hasta nuestros días.

Mientras hablábamos me mostró el enorme huerto, ocupado casi en su mitad por dos invernaderos, a los que nos asomamos un momento. Resultaba sorprendente ver la exuberancia de las plantas, verdes y frondosas a pesar del frío invernal. Me explicó que habían encontrado una buena fuente de ingresos en el cultivo de flores y plantas ornamentales, especialmente rentable de cara a la festividad de Todos los Santos. En una parte del terreno no cubierto por los invernaderos cultivaban también verduras y hortalizas para su consumo propio. El resto, si exceptuamos la zona de prácticas con el arco, estaba invadido por yerbajos y matorrales, entre los que picoteaban algunas gallinas marrones. Precisamente, en aquellos momentos nos cruzamos con fray Senén, que cargaba un cestillo con huevos. Al pasar junto a nosotros nos saludó con un movimiento de la cabeza.

—Fray Senén hizo voto de silencio en 1969 —me dijo el monje—, porque el día de san Doroteo de aquel año se cayó por las escaleras

cuando se dirigía a maitines y, mientras rodaba, se le escapó una blasfemia. Prometió que de su boca no saldría una palabra en cincuenta años y lo ha cumplido a rajatabla. Ahora se le ve más contento, porque justo la semana que viene terminará su voto.

Cirilo añadió que, con el tiempo, el monje se había obsesionado un poco con su promesa, ya que ahora trataba de evitar también emitir cualquier sonido, tanto, que se mortificaba con un día de ayuno si se le escapaba un simple estornudo o una ventosidad sonora.

—Con el último constipado perdió dos kilos, el pobre; y la fabada de fray Liborio, ni catarla. Y mire que es el plato preferido de la comunidad.

Continuamos la visita por el claustro, que, como ya dije antes, era lo más reseñable del monasterio y de lo poco que quedaba de la construcción original tras las distintas remodelaciones. De allí pasamos al capítulo, donde se reunían los monjes en algunas ocasiones especiales. Un enorme salón, todo de sillares de piedra desnuda, que se había quedado más que grande para el tamaño actual de la comunidad. Al final del corredor, junto a la esquina, había otra puerta a la que ni nos acercamos.

—Por allí —dijo el monje señalándola—, se entra al refectorio original, el antiguo comedor; pero el techo está en muy mal estado, así que lo tenemos cerrado hasta que consigamos dinero para repararlo, no sea que caiga alguna piedra y nos descalabre. Es muy similar al capítulo pero aún más grande. Ahora utilizamos el comedor que usted ya conoce. Es más cómodo y se calienta antes, y por menos dinero. De todos modos, nosotros al nuevo también lo llamamos refectorio; es la costumbre.

Rodeamos el claustro y entramos en la iglesia, de líneas sencillas y que mostraba un potpurrí de estilos arquitectónicos. Siguiendo el esquema clásico, tenía una alta nave central y sendas laterales más bajas y estrechas, todas cubiertas con bóvedas de crucería. Sobre la puerta de entrada se abría un rosetón de modestas dimensiones pero con un elegante diseño radial de ocho lóbulos. La nave principal estaba interrumpida en su mitad por un pequeño coro de madera, donde se sentaban los monjes en los oficios religiosos. Era un templo grande,

demasiado para un monasterio de aquellas dimensiones; según me dijo el fraile, la razón era que también hacía las funciones de iglesia parroquial de Tornajos, con lo que tiempo atrás se llegaban a reunir allí varios centenares de feligreses.

—Hasta los años treinta tuvimos un hermoso retablo gótico y un órgano imponente, pero los quemaron en la guerra.

—Supongo que aquella sería una época dura para la comunidad.

—Bueno, fueron tiempos difíciles para todos. Este pueblo quedó en zona Nacional prácticamente desde el principio, y así siguió durante toda la guerra, pero aun así el monasterio no se salvó de la locura que se extendió en aquellos días por toda España. Hoy ya no queda ningún monje de los que vivían aquí por entonces, pero durante años fray Santiago no se cansaba de contarnos cómo, al día siguiente del levantamiento de los militares, se presentaron en el monasterio una docena de exaltados, armados con escopetas y liderados por un tal Felipe, *el Colorao*, un anarquista de toda la vida convencido de que había llegado la hora de la revolución libertaria. Entraron en el templo y, mientras unos cuantos subían a la torre de la iglesia con intención de tirar abajo la campana, el resto comenzó a registrar todo el monasterio en busca de cualquier cosa que hubiera de valor. Pero los hermanos habían ocultado los objetos litúrgicos y luego se habían escondido en la cripta de la iglesia. Allí se creían a salvo, pero los salteadores también bajaron al subterráneo, convencidos de que encontrarían enormes riquezas escondidas en algún lugar. «¡Vamos, todos abajo, tienen que estar aquí!, si es necesario abriremos cada tumba hasta que los encontremos», decía el Colorao en referencia a los objetos de valor; pero los hermanos, que se habían ocultado dentro del osario, en lo más recóndito de aquellas catacumbas, pensaron que los buscaban a ellos y, creyéndose perdidos, comenzaron a cantar la misa de difuntos. Cuando los revolucionarios escucharon aquellos lúgubres cánticos surgir de la profundidad de la tierra, creyeron que eran las almas de los monjes allí enterrados y salieron corriendo de la cripta muertos de miedo. Metieron fuego a lo que encontraron más a mano en la iglesia y se largaron.

»Mientras tanto, el padre Tomás, el abad de entonces, había salido de

su escondite e, incapaz de apagar el fuego que se extendía por el templo, subió al campanario para tratar de detener al otro grupo. Como no hicieron caso de sus súplicas, se abrazó a la campana, dispuesto al martirio si hacía falta. «Tendréis que tirarme a mí también», dijo.

»La campana y el padre Tomás cayeron desde lo alto de la torre, haciéndose pedazos ambos contra el empedrado de la calle.

»Cuando las tropas nacionales llegaron unos días después no encontraron a ningún rojo, ni familiar de rojo, ni amigo de rojo o de familiar de rojo, con lo que mataron al Doroteo, el tonto del pueblo. Le ordenaron cantar *el Cara al sol* y el pobre se puso a cantar *La violetera*; eso sí, desfilando con un estilo de lo más marcial calle arriba y calle abajo. Allí mismo le pegaron un tiro en la cabeza. Incluso los más adictos al naciente régimen estuvieron de acuerdo en que aquello había sido una salvajada. Y es que Doroteo hubiera hecho lo mismo si le hubiesen mandado cantar *La internacional* o *Guantanamera*, porque *La violetera* era la única canción que aquel desgraciado había sido capaz de aprenderse en su vida, y le había costado lo suyo.

»Y ahí terminó la guerra en Tornajos —concluyó el monje—. Pero dejémonos de historias tristes. Venga, venga por aquí, que le voy a enseñar nuestra reliquia más curiosa y querida por los feligreses. Se trata, nada menos, que del miembro incorrupto de san Crispín.

—¿El miembro? ¿Se refiere usted al…? —dije incrédulo apuntando mi índice hacia abajo.

—Sí, sí, no se extrañe; es el miembro viril del santo, que murió descuartizado a manos de los romanos en el siglo tercero. Algún devoto lo recogió y hace ya trescientos años que llegó aquí, donado por el conde del Corvejón, que lo regaló en agradecimiento por haberle dado cobijo en un momento de dificultades para él.

—Es que me resulta un poco raro que la gente venga a postrarse ante semejante parte de la anatomía masculina, por mucho que sea de un santo.

—No es tan raro, hombre, no sé si lo sabrá, pero a lo largo de la historia se han documentado en todo el mundo hasta catorce prepucios de Jesucristo.

—Pues no sé qué pensará usted, pero catorce me parecen muchos prepucios, incluso para el hijo de Dios.

El anciano rio con ganas

—Sí, es cierto, pero ya sabe usted que con esto de las reliquias ha habido muchos excesos —reconoció—. Estoy seguro de que si juntáramos todos los fragmentos conocidos de la Vera Cruz, reconstruiríamos, no solo los maderos de Nuestro Señor, sino también los de los dos ladrones y puede que hasta todos los andamios del Jerusalén de la época.

—¿Y qué me dice de las espinas de la corona? —añadí yo—. Los zarzales que juntaríamos seguro que llenaban el Santiago Bernabéu.

El monje se tomó a bien mi chanza, porque era consciente de que en algunos momentos de la historia se había llegado a extremos verdaderamente bochornosos con el trapicheo de supuestas reliquias sagradas.

Abrió la puerta del altarcillo, situado en una de las capillas laterales, y extrajo un bulto envuelto en un paño de terciopelo azul oscuro. Lo depositó sobre un banco y lo descubrió. Dentro de una urna de cristal con el marco de metal dorado había algo parecido a un palo negro y retorcido, sostenido por dos soportes plateados labrados de manera exquisita con motivos vegetales. El supuesto miembro sagrado medía en torno a un palmo y medio.

—Vaya, pues por lo que veo el santo calzaba bien; ¡menudo fenómeno! —En ese momento caí en la cuenta de que al pastor Nouradín no lo habían rebautizado como Crispín por una simple cuestión de dificultad fonética con su nombre. El verdadero motivo lo tenía delante y medía sus buenos cuarenta centímetros.

—Siempre ha sido una reliquia muy querida en la comarca —dijo el monje—. Desde tiempos inmemoriales, todos los veinticinco de octubre, tras la misa, se colocaba la urna en el suelo y los feligreses pasaban por encima. Las mujeres pidiendo fertilidad, y los hombres potenciar su virilidad; pero claro, ahora no hay aquí más que viejos, con lo que lo de la fertilidad les queda ya un poco lejos.

—Bueno, fertilidad no sé, pero una ayudita con la virilidad no creo que les viniera ahora nada mal a ellos.

El monje rio mi ocurrencia.
—¡Cómo es usted, Faustino! Aunque he de reconocer que tiene más razón que un santo. Con perdón.
Mientras hablábamos, me di cuenta de que el monje tenía un importante problema con la caspa, aunque, curiosamente, solo en la barba. Sus hombros permanecían impolutos, sin una sola partícula, pero su pechera aparecía siempre salpicada de motitas blancas, como si se pasara todo el día comiendo magdalenas. Este inconveniente se agudizaba por su manía de acariciarse una y otra vez la cerdosa barbilla.
Salimos de la iglesia y subimos al piso superior, donde, además de las celdas de los frailes y la hospedería, se encontraba la biblioteca. Una enorme sala con las paredes cubiertas de estanterías de madera repletas de libros de todo tipo. Aquello para mí era el paraíso, porque no concibo una casa sin libros; y eso a pesar de que en la mía no haya demasiados. Lola hace años que me prohibió comprar ni uno más porque, según ella, ya había demasiados; en fin…
A lo largo de la parte central se alineaban grandes muebles con cajones, flanqueados a ambos lados por una docena de mesas, cada una con su silla.
—Esos son los escritorios que utilizábamos nosotros para la lectura y el estudio —dijo Cirilo—. Por desgracia, y a pesar de que hemos retirado ya bastantes, siguen siendo demasiados para los hermanos que quedamos. Hoy en día casi el único que sube ya por aquí es fray Daniel, el bibliotecario. Si esto continúa así pronto habrá que quitarlos todos. Pero venga, acompáñeme. Quiero enseñarle algo.
Me llevó hasta el otro extremo de la sala donde, entre las estanterías, había un armario de madera de apariencia más antigua.
—Usted que es escritor sabrá apreciar esto. No crea que se lo enseñamos a cualquiera.
Abrió la pesada puerta con una de las muchas llaves que portaba sujetas por un cordón. En el interior del armario se alineaban cuatro filas de cajones, abrió el segundo de la izquierda y sacó una caja de madera casi negra que colocó con sumo cuidado sobre una de las mesas.

—Mire y disfrute.

Levantó la tapa y extrajo algo envuelto en un paño rojo. Lo depositó a un lado y, al retirar la tela, quedó a la vista un libro que parecía muy antiguo. Estaba encuadernado en cuero marrón, ya oscurecido por el paso de los siglos y el roce de miles de manos, que también habían causado algunos daños en sus cantos y esquinas.

Cuando lo abrió me quedé boquiabierto. Aquel no era un libro normal, sus hojas estaban llenas de bellísimas ilustraciones, algunas a página completa: escenas bíblicas, guerreros a caballo, animales fantásticos... Todas conservaban a la perfección sus colores originales, rojos, azules, verdes y ocres resplandecían como si hubieran sido pintados una semana antes. Algunos detalles, incluso, se habían resaltado con pan de oro.

—Esta es la joya más preciada del monasterio. Se trata del códice de san Pedro. Fue escrito en el siglo XIII, y narra la vida del rey Pedro II de Aragón, el padre del célebre Jaime I, el Conquistador.

El monje pasó algunas páginas casi con veneración, mientras yo observaba la cuidadísima caligrafía gótica y las preciosas letras capitulares, con trabajadas filigranas multicolores.

—De verdad que es impresionante, una auténtica maravilla —dije mientras miraba embobado sin atreverme siquiera a tocarlo.

—Sí, estamos muy orgullosos de él. Además, acabamos de llegar a un acuerdo con una importante editorial para lanzar una edición facsímil. Los amantes de los libros antiguos podrán disfrutar de unas copias muy cuidadas del códice y nosotros ingresaremos algunos euros extra, que buena falta nos hacen.

Allí terminó la visita turística. Fray Cirilo guardó el libro y volvimos a la planta baja. El monje se fue a la portería con sus andares de Charlot y yo hacia mi celda.

No había llegado al pie de las escaleras cuando volvió a sonar el *Higway to Hell* en mi móvil. Era mi jefe. Mala señal.

—*Bon día, Toni. Tot be per allí*[5]? —Con él hablaba siempre en valenciano.

Como me temía, no me había llamado para nada bueno. Sin perder mucho tiempo en preámbulos me dijo que podía alargar mi estancia

en Tornajos todo lo que quisiera, la empresa había prescindido de mis servicios.

Intentaba responder algo cuando vi en el suelo una sombra que se acercaba por detrás, giré en redondo y me topé con fray Serapio, que se abalanzaba sobre mí con la cara desencajada, los ojos de sapo a punto de salirse de sus órbitas y las manos abiertas a poco más de un palmo de mis narices.

—¡Satanás, sal de la morada de Dios! —gritó—. ¡Vuelve al averno!

Pegué un berrido, horrorizado, al tiempo que saltaba hacia atrás, pero tropecé y caí de espaldas entre los arcos del claustro mientras mi teléfono móvil volaba hasta uno de los arriates. Aun así conseguí alejarme, reptando boca arriba para no perder de vista al viejo loco, que trataba de alcanzarme todavía con las manos estiradas hacia mí. Por suerte, la velocidad del nonagenario no pasaría de los trescientos metros por hora, con lo que pude distanciarme lo suficiente para ponerme en pie. Cuando emprendía la huida hacia mi celda, aparecieron el abad y fray Senén, alertados por los gritos.

—¡Ayúdenme, este loco intenta matarme!

—¡Belcebú, abandona ese cuerpo! —dijo el chalado cuando llegó hasta nosotros jadeando por el esfuerzo mientras yo me parapetaba tras el padre Pascual. Las cerdas de su nariz parecían haberse endurecido y alargado como consecuencia de la excitación y las diría a punto de salir disparadas hacia mí como púas de puercoespín.

—¡Serapio, tranquilícese! —cortó tajante el abad—. ¡Aquí no hay ningún demonio, ni ningún endemoniado! ¿Está claro?

—¡Padre, no se deje engañar! Es Él, el Maligno, no tengo ninguna duda. —Aquel tipo estaba obsesionado conmigo, y yo estaba acojonado con él—. Créame, padre, escucha música diabólica, habla lenguas extrañas, y cuando he tratado de imponerle las manos ha huido espantado. Son pruebas irrefutables de que Belial está en él.

—¿Cómo no voy a huir? Creí que quería estrangularme —me defendí —. Y no hablo lenguas extrañas, es valenciano, le recuerdo que soy de Castellón. Y, ¿qué tontería es esa de la música diabólica? El tono de mi teléfono es rock, nada más que rock.

—¡Miente! Padre, no le escuche, el diablo siempre trata de engañar.

Ya lo dijo san Juan: «Porque no hay verdad en él, porque es mentiroso y padre de la mentira».

—Vale, vale, Serapio, conozco las Sagradas Escrituras. Ya me encargo yo; usted vaya a descansar un poco. —Hizo una seña con la cabeza a fray Senén, que se llevó al anciano mientras este renegaba y trataba de convencerlo de mis diabólicas intenciones.

—Siento mucho lo que ha pasado, Faustino. Fray Serapio está un poco obsesionado con la venida del Anticristo y el juicio final; pero no se preocupe, no es peligroso. De todos modos, luego hablaré muy seriamente con él para que le deje en paz.

—Sí, por favor, hágalo, porque yo estoy muy asustado. Ese tío está como una chota.

Recogí mi teléfono y subí a la celda. Temblaba como una hoja, así que me tumbé un rato en la cama hasta que me tranquilicé un poco. Entonces pude pensar en lo que había dicho mi ya exjefe. Me acababa de quedar sin trabajo. También es cierto que no me cogía de sorpresa; hacía tiempo que la constructora pasaba por graves problemas. Los apartamentos se vendían con cuentagotas y yo no era el primer despedido. Pero lo peor de todo era que un tipo de mi edad y con tan escasas habilidades y formación no lo iba a tener nada fácil para conseguir que lo contrataran en ningún otro sitio. Porque si quería vivir de la escritura, lo tenía claro.

Intenté dejar a un lado las preocupaciones y retomé mi tarea. A pesar del incidente con Serapio y la noticia de mi despido, aquella tarde el trabajo avanzó de forma considerable, y al finalizar el día había corregido y pasado al ordenador otros tres capítulos.

Capítulo VIII

Cumpliendo con el propósito que me había hecho, al día siguiente me trasladé al merendero del río tan pronto como el sol comenzó a calentar un poco. En cuanto llegué me felicité por lo acertada de mi decisión. La paz y la quietud eran totales, y aunque hacía un poco de frío, lo cierto era que en mi celda tampoco es que sudara, porque tan solo disponía de un pequeño radiador eléctrico que apenas era capaz de entibiar el cuarto; cosas del ahorro monacal. Además, aquí podía estar seguro de que no iba a tener otro encontronazo con el chalado de fray Serapio.

Coloqué los útiles de escritura y las carpetillas con los papeles sobre la mesa y me dispuse a trabajar. Aún necesitaba encontrar un buen comienzo para mi novela, ya que una de las leyes de oro de la escritura es que hay que enganchar al lector desde la primera página. Sintiéndome inspirado, saqué un folio en blanco y empecé a escribir:

> Estoy muerto, Majestad. Le escribo esta carta desde el báratro, donde me encuentro pagando por mis pecados en vida. Estoy muerto, Majestad; pero no puedo dejar de contarle los hechos que me han traído hasta aquí.

—¡Me gusta! —exclamé en voz alta al ver que las palabras fluían sin trabas de la punta de mi bolígrafo.

—Hola, *sinior*. ¿Nada más tres días aquí y ya habla solo?

—Hombre, Crispín, qué sorpresa. —Me levanté y esperé al pastor, que venía caminando con pachorra seguido de su rebaño y sus perros, que se le adelantaron moviendo el rabo y acercaron sus cabezas a mis piernas para que se las acariciara—. Estaba tan ensimismado escribiendo que no os he oído llegar.

—Ya veo, ya. Hoy ha traído todos papeles.

—Sí, creo que este sitio me ayudará a escribir. Es tranquilo, tengo luz y aire fresco, y el agua del arroyo suena como música celestial.

—Pero ahí *ditrás* tiene sitio mejor, más resguardado —dijo el marroquí señalando un grupo de chopos cercano, rodeado de sauces y eneas.

Lo seguí hasta el lugar que me indicaba. En efecto, había allí otra mesa de madera con bancos muy similares a los que yo estaba utilizando, pero los arbustos los protegían del viento y daban al rincón un aspecto más acogedor.

—Muchas gracias, Crispín, el sitio es ideal. No hay nada como estar todo el día en el campo para conocérselo como la palma de la mano. Ahora mismo me traigo aquí mis bártulos.

Entonces llegó la catástrofe.

Al girarme para volver al lugar donde habían quedado las cosas, descubrí con horror que tres cabras se habían subido en la mesa y rumiaban mis papeles con deleite. Muchas hojas habían caído al suelo, donde otras de su especie daban buena cuenta del inesperado manjar con fruición.

—¡No! —Corrí hacia las cabras todo lo rápido que pude mientras ellas huían sin soltar los folios, que intentaban tragar a la vez que brincaban en todas direcciones—. ¡Fuera, bichos de mierda! ¡Soltad mi novela! ¡Largo!

Me lancé hacia la mesa, donde una de las cabras seguía encaramada, intentando de manera obstinada mascar una carpeta con no menos de cincuenta hojas. Trató de huir con su botín, pero aún pude agarrarla al vuelo por las tetas. Aquello provocó un lastimero balido del animal, que dejó caer la carpeta de la boca. Ya me relamía por mi pírrica victoria sobre la pobre chiva cuando, por el rabillo del ojo, pude ver algo moverse a mi espalda. Me volví justo en el momento en que el macho cabrío, que no podía tolerar que cualquiera viniera a sobarle las tetas a una de sus concubinas, embestía con toda su furia contra mí agachando la cabeza. El tremendo topetazo en el muslo me hizo trastabillar hasta caer de bruces al suelo varios metros más allá, y aún trataba de levantarme cuando recibí un segundo envite en el costado que acabó conmigo de cabeza en el riachuelo.

—¡Quieto, Rachid, vete! ¡Deja *sinior*! —Ahora era Crispín quien acudía corriendo en mi ayuda, apartando de un puntapié al cabrón que, orgulloso, me miraba desafiante desde el borde del agua. Mientras tanto, los perros correteaban ladrando de un sitio para otro, visiblemente nerviosos. A pesar de la proverbial inteligencia de estos

animales, los pobres no tenían muy claro cómo actuar en una situación como esta.

—Lo siento, amigo, perdona animales, ellos no saben… —Crispín entró en el agua helada sin pensárselo dos veces y me ayudó a salir del arroyo, mientras yo sollozaba al ver los restos de la que iba a ser mi gran obra esparcidos por el suelo en cien metros a la redonda.

El pastor comenzó a recoger pedazos de papel y a amontonarlos sobre la mesa, pero era poco lo que se había salvado del desastre. En aquellas condiciones me iba a resultar más que difícil finalizar la novela, y mucho menos en el plazo que me había fijado.

Apilé los papeles recuperados, los agarré de cualquier manera, con los dedos entumecidos y doloridos por el frío, y me dirigí hacia el monasterio sin decir una palabra, tiritando y dejando tras de mí un rastro de agua sucia y folios mordisqueados.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Valía la pena intentar recuperar el trabajo perdido? Quizá me había estado engañando a mí mismo, jugando a ser un gran escritor, alguien importante, cuando en realidad no era más que un mierdecilla al que casi nadie tomaba en serio. Puede que lo mejor fuera olvidarlo todo, hacer el equipaje y volver a casa en el autobús del día siguiente.

—Pero ¿qué le ha pasado? —preguntó fray Cirilo, alarmado al verme llegar en semejante estado—. ¿Se encuentra usted bien? ¡Contésteme, por el amor de Dios!

El monje fue recogiendo los papeles que se me caían mientras caminaba hacia mi celda arrastrando los pies.

—Ahora mismo se pega una ducha bien caliente o pillará una pulmonía. Venga, ya le enciendo yo el calentador.

En aquel momento no tenía ganas de nada, solo de llorar. No sabía qué era lo que quería hacer; ni siquiera tenía muy claras cuáles eran mis opciones.

—Venga, Faustino, a la ducha. Ahora le traigo un calefactor.

Sin decir una palabra, y tan solo por no discutir con el anciano monje, cogí ropas secas y una toalla y me dirigí hacia los baños temblando de forma descontrolada.

Me desnudé despacio ante la estufa, dejando caer en el suelo la ropa

empapada con la sensación de que con cada prenda caía un pedazo de mi orgullo. Me miré en el espejo del lavabo. Hacía tiempo que no me fijaba en mi aspecto con un mínimo de detenimiento. Las entradas de mi frente se abrían paso a través de un pelo ya ralo y cada vez más cano hasta casi unirse en la despejada coronilla, mis tetillas colgaban flácidas, y el diámetro de mi cintura se acercaba de manera peligrosa al que, según los médicos, pronostica futuros problemas cardiovasculares. De otras partes, también flácidas y colganderas, mejor no hablar. Me vi viejo y me sentí derrotado cuando la batalla no había hecho más que comenzar. Mi carrera como escritor había terminado antes de iniciarse, y no había fracasado por culpa de los editores ni del público ni de los críticos literarios, sino a causa de un montón de cabras. Sí, unas putas cabras habían acabado con el sueño de ver una novela salida de mis manos, de mi corazón, expuesta en los estantes de las librerías.

Me metí en la ducha y me quedé inmóvil bajo el chorro. Al principio resultó doloroso, era como si docenas de agujas líquidas se clavaran en mi piel antes de resbalar por el cuerpo helado, pero, poco a poco, conforme recuperaba mi temperatura corporal envuelto en aquella cálida nube de vapor, una sensación de bienestar se fue extendiendo lentamente por todo mi ser, descendiendo desde mi alopécica coronilla hasta la punta de los dedos de los pies.

Aquello hizo que me animara un poco. Los nubarrones que parecían velar mis ojos y ennegrecer mi mente se fueron levantando hasta permitirme entrever el sol. Me recordé a mí mismo que estaba haciendo realidad el sueño de mi vida: dedicarme en cuerpo y alma a la escritura, y que ya sabía de antemano que esto no iba a resultar fácil. También es cierto que era impensable que el principal problema fuera a llegar de la mano de unos ovicápridos (bueno, de sus bocas), pero no podía darme por vencido. ¡No debía darme por vencido! Al menos no tan pronto. Si mañana regresara a casa con el rabo entre las piernas perdería la poca dignidad que me quedaba ante mi mujer. Lola se estaría riendo de mí durante semanas y, lo que es peor, me echaría en cara mi fracaso en cada oportunidad que se le presentara, es decir, a diario. No. No se lo iba a poner tan fácil, no me iba a rendir tan

pronto. Había sufrido un duro revés, sí, pero aquella guerra no había hecho más que empezar, y estaba decidido a luchar hasta el final.

Al fin y al cabo, todo lo que estaba escrito en aquellos papeles había salido de mi cabeza, y allí dentro volvería a encontrarlo. Solo necesitaba trabajar duro, y no iba a esperar para ponerme a ello. Tan pronto saliera de la ducha retomaría mi tarea.

Como si mi nuevo estado de ánimo hubiera atraído algo de positividad a mi alrededor, al salir del baño encontré a fray Cirilo esperándome.

—Mire, Faustino, Nouradín ha traído esto para usted. El hombre está muy apenado y quería pedirle disculpas.

Me entregó un montón considerable de hojas escritas, muchas de ellas mordisqueadas o a medio comer, y todas chorreando babas. Podía imaginarme al marroquí corriendo por el campo detrás de cada cabra hasta conseguir recuperar tal cantidad de papeles.

Pero lo cierto es que no era mucho lo que se había salvado del desastre; entre los folios recuperados y lo que tenía ya pasado al ordenador no llegaría a la cuarta parte de lo escrito. Aun así, estaba dispuesto a dejarme la piel para recuperar el tiempo perdido. En dos meses mi libro estaría terminado y sería yo quien se lo restregara a Lola por los morros.

En aquel momento lamenté no haber numerado las páginas, pero no lo había hecho porque dudaba dónde colocar algunas de las escenas; aunque, pensándolo bien, tampoco me habría servido de mucho hacerlo, porque me acababa de convencer de algo que me llevaba días rondando la cabeza y no quería reconocer, y es que, en el fondo, no terminaba de estar del todo satisfecho con lo que había escrito hasta entonces; algo fallaba, aunque no era capaz de descubrir qué exactamente. Por eso, en vez de tratar de recomponer lo perdido, decidí empezar desde cero, desechando todo lo que llevaba escrito. Aun así, podría releer lo que tenía para utilizarlo como cantera de ideas, que enlazarían la primera versión del libro con la nueva que me disponía a comenzar.

> Sí, Majestad, estoy muerto, y los que causaron mi muerte no dudarían en acabar con la suya si tuvieran la oportunidad y el valor suficientes. Estoy muerto, majestad, por defender su honor y

> hacienda de desleales y corruptos; y mil muertes aceptaría de buen grado si con ello pudiera contribuir al buen gobierno de sus reinos y a la justicia en sus tierras.

Continué escribiendo sin levantar el bolígrafo del papel ni un momento hasta que llamaron a la puerta.

—Faustino, ¿es que no va a comer hoy? —dijo fray Ignacio.

Miré la hora. Se me había pasado la mañana en un suspiro. Era como si la velocidad de mi mano se hubiera transmitido al reloj. Descansaría un rato para recuperar fuerzas; las iba a necesitar.

No lo he comentado antes, pero las comidas se seguían haciendo en el monasterio a la antigua usanza. Mientras la comunidad comía, uno de los hermanos leía fragmentos de las Sagradas Escrituras sentado frente a un atril. Años atrás se hacía desde un púlpito en el refectorio original, pero ahora, al utilizar un comedor más pequeño, el púlpito se había sustituido por un simple sillón.

Tan pronto terminamos de comer, fray Cirilo se acercó a mí con su peculiar manera de caminar.

—Ya veo que se encuentra usted de mejor ánimo que esta mañana. Por un momento pensé que iba a hacer las maletas y marcharse hoy mismo —dijo el religioso.

—Reconozco que he estado a punto. Me lo he llegado a plantear muy seriamente. Ha sido un golpe muy duro ver todo mi trabajo desparramado por el campo, devorado por esa jauría de bestias del demonio. Hay muchas horas y mucha ilusión dentro de esos folios. Pero he estado pensando y creo que, más que la tragedia que me pareció en un primer momento, puede ser un reto, una oportunidad de demostrar a los demás y, sobre todo a mí mismo, que soy capaz de enfrentarme a los obstáculos y superarlos. Como el ave Fénix, he renacido de las cenizas en que esas cabras me habían convertido.

—Me alegro mucho por usted. Ah, otra cosa, aunque no sé si le hará demasiada gracia. Esta mañana he recibido una llamada de teléfono; otros dos hombres van a pasar unos días en la hospedería. Llegarán esta tarde, espero que no le molesten.

—Vaya por Dios.

La noticia me fastidió bastante. Si había elegido este lugar después de

la mala experiencia en Cascajar era porque estaba convencido de que no iba a coincidir con nadie, y ahora resulta que no llevaba ni cuatro días alojado allí y ya tenía compañía. Les dejaría bien claro desde el primer momento que yo no había ido hasta aquel lugar perdido a hacer turismo y que necesitaba tranquilidad y silencio. Estuve a punto de pedir a fray Cirilo que me cambiara a una celda separada de las de los nuevos inquilinos, pero al instante recordé que las únicas habitaciones para huéspedes eran las cinco que conocía, y estaban todas juntas.

—¿Me permite una pregunta, Faustino?

—Claro, hermano; dígame.

—Pues es que siento una gran curiosidad por saber de qué va su libro. ¿Podría contarme algo?

—Por supuesto —dije, encantado de encontrar a alguien que se interesara por mi novela—. Le contaré la idea original, aunque ahora, al rehacerla, seguro que cambiará bastante. Verá, se trata de una historia ambientada en la Castilla medieval. Allí, muere sin descendencia don Arnulfo, señor del condado de Mustiello. Su repentina y más que sospechosa muerte desata las intrigas y da pie a una lucha por hacerse con la herencia del difunto y el poder que otorga el título. Ahí entran en conflicto los dos sobrinos que estarían en la línea sucesoria y buscan apoyos entre la nobleza y la Iglesia. Uno de los aspirantes es Martín, sobrino de la condesa viuda, que lo protege; mientras que el otro es Fernando, hijo de un hermano del difunto, también fallecido. Este último, a pesar de tener una mayor proximidad genealógica y de contar con el respaldo del obispo, tiene en su contra las habladurías que, desde antiguo, apuntan a que en realidad es el resultado de un desliz de su madre con un oficial de la guardia del rey de Aragón. Y abundan en esto los rumores de que el fallecido hermano del conde era impotente, con lo que difícilmente podía haberlo engendrado.

»La cuestión acaba con un choque armado del que, en un primer momento, sale victorioso Martín, apoyado por otros nobles vecinos que no quieren permitir, bajo ningún concepto, que el condado caiga en manos del hijo ilegítimo de un capitán aragonés.

»Cuando todo parece perdido para Fernando, se hace efectiva la ayuda de la Iglesia, encabezada por el obispo Casildo, quien con su influencia consigue que detengan a Martín, al que acusan también de amenazar de muerte a doña Mencía, la condesa viuda, para conseguir que esta apoyara sus aspiraciones.

»También del bando de Martín le llega a Fernando una inesperada aliada. Leonor, la hermana de su enemigo, que descubre que su hermano está detrás de la muerte de don Arnulfo, al que envenenó las torrijas del desayuno. Al final, Fernando consigue los derechos sobre el condado de Mustiello de manos del mismísimo rey y se casa con Leonor.

»Esta sería, *grosso modo*, la historia. Pero ya le digo que ahora habrá muchos cambios, además, faltan por introducir bastantes elementos para crear un poco más de suspense y que no se vea el desenlace hasta el último momento. ¿Qué le parece?

—Hombre, no es que esté mal —dijo el monje rascándose las barbas y provocando una copiosa nevada—; pero el argumento está un poco visto ¿no? Aunque, claro, todo dependerá de cómo la cuente usted —se apresuró a añadir al ver mi cara de desilusión—. En realidad, todas las historias se han narrado cientos, miles de veces. La cuestión es que, dependiendo del modo de contarlas, pasan a ser algo nuevo y sorprendente. En fin, le dejo para que siga trabajando; estoy seguro de que le saldrá una gran novela.

Volví a mi cuarto un tanto decepcionado por las palabras del monje y continué con mi tarea. De vez en cuando cogía al azar pedazos de las hojas recuperadas y las leía. Algunas iban directas a la papelera, pero otras me daban ideas sobre las que seguir trabajando. Lo cierto es que era otra manera de escribir que me estaba ayudando a contar la historia de una forma diferente, más viva y espontánea y que, incluso a mí, me estaba sorprendiendo.

A primera hora de la tarde escuché movimiento y voces en el pasillo. Supuse que serían los nuevos inquilinos. Por una simple cuestión de educación debería haber salido a saludarlos, pero la verdad es que no me apetecía lo más mínimo interrumpir mi trabajo para hablar con unos desconocidos que, sin duda, iban a trastocar mi rutina de una

forma u otra.
Oía a Cirilo dándoles las mismas indicaciones y recomendaciones que me había dado a mí. Unos minutos más tarde se marchaba por el pasillo con paso vivo. Al momento comencé a escuchar las voces apagadas de los recién llegados, casi cuchicheos. Sin duda el monje les había prevenido de mi presencia y de la necesidad de silencio para llevar a cabo mi trabajo, por eso hablaban todo lo bajo de lo que eran capaces. Aun así, me encontré más pendiente de sus susurros que de la escritura. Pediría permiso al abad para utilizar la biblioteca, porque tenía claro que al merendero del río no volvía ni loco. No quería toparme de nuevo con las chivas bibliófagas y el cabrón asesino. Estaba seguro de que no me pondría ninguna pega; además, ni siquiera tenía que utilizar sus libros, tan solo precisaba de un sitio tranquilo y silencioso, y estaba convencido de que aquel era el lugar ideal.
Como los murmullos no cesaban y así no era capaz de concentrarme, decidí salir a tomar el fresco un rato. Podía permitírmelo porque, a pesar de la tragedia con la que había comenzado el día, había escrito bastante y, lo que era más importante, después de releerlo me parecía bueno de verdad. Así que no lo pensé más, cogí la chaqueta y salí a dar una vuelta hasta la hora de cenar.

Capítulo IX

Tan pronto estuve en la calle me acordé de la ermita que había descubierto unos días atrás y me acerqué a verla. Según un cartel medio borrado que había junto a la puerta, estaba dedicada a santa Asumpta y databa del siglo XVIII. Estaba muy descuidada y no le encontré el más mínimo interés, por lo que continué caminando hasta el pueblo. Recorrí la calle principal, pero en lo que duró mi paseo no vi a nadie, aunque el movimiento de los visillos de algunas ventanas indicaba que había viviendas habitadas. Tan solo me crucé con un coche, un Renault 6 conducido por un octogenario que circulaba tan despacio que a un perro le dio tiempo a mearle dos ruedas. Atravesé la plaza y entré en una calleja paralela en la que buena parte de las casas presentaban claras muestras de abandono, con las fachadas llenas de desconchones y la madera de puertas y ventanas resquebrajada y con apenas algún rastro de su pintura original. Llevaba recorrida algo más de la mitad cuando escuché una voz familiar que me llamaba a mis espaldas.

—¡*Sinior*! ¡*Sinior*!

Era Crispín, que venía corriendo hacia mí.

—Hola, *sinior*. ¿Le dieron papeles que llevé a monasterio?

—Sí, gracias; me los trajo Cirilo.

—No sé qué decir para disculpar qué hicieron cabras. Yo tenía que estar más atento.

—No te preocupes, hombre, no ha sido culpa tuya. Son cosas que pasan. Además, creo que al final el incidente no va a ser tan malo como pensaba. He comenzado de nuevo la novela desde el principio y lo que llevo hasta ahora me gusta más que lo que había escrito antes.

—Vaya, *mi* alegro. —El pastor parecía confuso—. Entonces, ¿quiere otras hojas que encontré o las tiro a basura?

—No, no las tires, dámelas. Me dan ideas y me ayudan a retomar la historia.

—*Vinga*, acompáñeme a casa. Le doy hojas y le *prisento* Cecilia, mi mujer.

Le seguí hasta la vivienda y entramos por un ancho portalón de madera. La casa era grande pero no lujosa, aunque se notaba que allí había vivido una familia acomodada. La puerta daba a un amplio zaguán que hacía las veces de garaje y al fondo se abría un patio encalado en el que se entreveía una parra, ahora seca, y algunas macetas con geranios.

Accedimos por un pasillo lateral en el que flotaba ese olor, tan inconfundible como imposible de describir, de las cocinas ajenas. Cecilia salió a nuestro encuentro secándose las manos en un delantal rosa y Crispín se encargó de las presentaciones.

—Mira, Cecilia, este es *sinior* escritor que te dije.

—Nouradín me contó el accidente con las cabras —dijo la mujer mientras me alargaba una mano—. Está muy disgustado, el pobre.

—Ya le he dicho que no se preocupe. En un principio se me cayó el mundo encima, pero ya me he repuesto y he retomado el trabajo con ganas. Es más, creo que sus cabras me van a ayudar a que la novela sea mejor.

—La verdad es que ese macho cabrío tiene muy mala leche. Hace un par de años le cortó a Nouradín un dedo de un bocado y no se lo pudieron reimplantar porque el mal bicho se lo tragó. Si por mí fuera hace tiempo que lo habríamos hecho chuletas, pero él no quiere; le ha cogido cariño.

—Es solo animal; él no piensa —dijo Crispín, con un gesto de comprensión—. Además, hay *pirsonas* más cabronas que él.

La mujer me invitó a pasar a una pequeña salita, amueblada tan solo con una mesa camilla, un sofá y cuatro sillas; y con la única decoración de una fotografía de la pareja, sonriente, el día de su boda. Una gran estufa de leña, situada en una esquina, mantenía la habitación caldeada, casi en exceso.

—Nosotros hacemos la vida aquí —dijo—. Estamos calentitos y podemos ver la tele mientras comemos. El resto del día lo pasamos trabajando, con los animales o en la quesería, con lo que no tenemos mucho tiempo libre. Pero ¿qué le apetece tomar?, ¿vino, cerveza?

—No querría molestar, muchas gracias.

—*Vinga, sinior*; usted no molesta —dijo Crispín.

—Bueno, pues tomaré un vinito.
Cecilia salió hacia la cocina con parsimonia. Además de una más que significativa diferencia de edad a favor de ella, también había entre los dos una considerable diferencia de peso. Aunque su estatura era similar, Cecilia abultaba más del doble que su marido. Se notaba que la mujer disfrutaba comiendo y que no le importaba en demasía que eso se hiciera evidente. Pero, a pesar del sobrepeso, se adivinaban en ella ciertos destellos de coquetería, por ejemplo las largas pestañas y las cejas perfectamente perfiladas; por más que otros detalles, como la forma de vestir o el corte de pelo, daban a Cecilia un aspecto hombruno que durante un tiempo había hecho dudar a más de uno de su femineidad.
No tardó mucho en reaparecer con una bandeja bien cargada. Y es que, además de una frasca de vino y tres vasos, traía un enorme plato con jamón y queso y un cestillo con pan para acompañar. Yo intenté protestar —sin mucha insistencia, todo hay que decirlo—, pero no salí de allí antes de que hubimos dado buena cuenta de la copiosa merienda y de casi toda la botella de vino, lo que ayudó a elevar la temperatura de nuestros cuerpos y el volumen de nuestra conversación.
No pude dejar de fijarme en cómo Crispín atacaba con sumo placer tanto al tinto como al gorrino, con lo que quedaba claro que no había tenido problemas para adaptarse a nuestras costumbres y que lo del integrismo religioso no iba con él.
—Nos alegramos de recibir visitas, Faustino —dijo la mujer—. Por aquí nos tenemos todos muy vistos, demasiado, diría yo. Si no fuera porque el trabajo está tan mal por todas partes hace tiempo que nos habríamos marchado del pueblo.
—Sí, ya me imagino que no habrá por aquí mucha actividad. ¿No hay más posibilidades de trabajo que el campo y los animales?
—En toda la comarca no encontrará otra cosa. Para que se haga una idea, nuestra quesería es la única industria del pueblo y de los de la contornada, y la llevamos entre los dos, imagínese. Esto está completamente muerto. Hace unos años comenzaron a levantar un proyecto muy importante aquí al lado y aquello dio mucha vida al

pueblo, pero con la crisis todo se fue a la porra.

Entre trago y bocado, mis anfitriones me contaron que, con la orgía urbanística que se extendió como una plaga por toda España a comienzos del nuevo milenio, a alguien se le ocurrió la brillante idea de construir allí la Ciudad del Mus. Un proyecto al que, cuando menos, había que reconocerle su originalidad. El complejo tendría como eje vertebrador la Universidad del Mus, un centro de enseñanza para el que se seleccionaría el profesorado entre los más expertos jugadores de los hogares del jubilado de todo el país. La Universidad estaría rodeada por dos mil viviendas, tres hoteles de lujo con salones capaces de acoger a quinientas parejas jugando de manera simultánea y, como una ayuda para que los jugadores se mantuvieran en forma, se proyectaron trescientas pistas de petanca con arena de grano medio que se traería a propósito de las playas de Cambrils. Incluso la casa Fournier había firmado un preacuerdo para construir allí una fábrica capaz de suministrar las más de setecientas barajas que los promotores preveían que se iban a consumir cada día. Las instalaciones se completarían con unos baños termales con aguas procedentes del balneario de Archena y una clínica geriátrica, que incluía una unidad especializada en las lesiones de codo, muñeca y nudillos, por aquello de los golpes sobre las mesas de mármol.

—Los trabajos comenzaron con fuerza —me explicó Cecilia—. Se allanaron más de treinta hectáreas de viñedos y olivares, y se empezaron a construir los tres hoteles, la Universidad y la primera fase de viviendas. En las obras llegaron a trabajar más de quinientas personas. Imagínese lo que supuso aquello; aunque en su inmensa mayoría tuvieron que venir de fuera, porque en los pueblos de la contornada apenas pudieron encontrar una docena de trabajadores por debajo de la edad de jubilación.

»Los sueldos eran buenos y en pocos meses se abrieron en los alrededores dos hoteles rurales, ocho bares, seis restaurantes y nueve puticlubs. Fue una edad dorada para esta comarca como nunca antes se había conocido.

Pero, según siguió contando la mujer, hacía unos seis años, tal como había comenzado, todo terminó. En realidad, parece que las cosas

comenzaron a torcerse un poco antes, cuando los ecologistas metieron baza en el asunto. Desde un principio habían estado en contra del proyecto, así que cuando se les presentó la ocasión de entorpecerlo no la desaprovecharon. La oportunidad se la brindó un ornitólogo aficionado de Calamocha, que quiso la casualidad que sintiera un apretón justo cuando pasaba por la zona. Paró su vehículo y se internó en una viña limítrofe con las obras con ánimo de aliviarse. En ello estaba cuando, según él, vio asomarse por detrás de una cepa lo que aseguró que era un ejemplar adulto de gurriato morrinegro, un ave endémica de esta zona que se consideraba extinguida desde finales de los años cincuenta del pasado siglo. Se armó un gran revuelo y los ecologistas consiguieron que las obras se paralizaran de forma provisional, sin que las autoridades hicieran caso de las quejas de la constructora por las enormes pérdidas económicas que aquello les acarrearía ni por el detalle de que el supuesto testigo tenía treinta y tantas dioptrías de miopía en cada ojo y algunas más de astigmatismo.

—Estuvieron cuatro meses buscando al pájaro —dijo Cecilia—, pero aparte de media docena de gallinas asilvestradas no encontraron más que los bichos habituales de la región.

»Después del parón los trabajos se retomaron, pero de la noche a la mañana la empresa promotora, Órdagos a lo Grande S.A., hizo suspensión de pagos, cerró sus oficinas en la obra y los encargados desaparecieron de la faz de la tierra. Ante la falta de explicaciones y viendo que no iban a cobrar lo que se les debía, los trabajadores vendieron la maquinaria y todo lo que podía tener salida en el mercado. A lo que nadie quiso le metieron fuego.

»En cuestión de pocos meses los obreros desaparecieron, y los bares, restaurantes y puticlubs cerraron.

—La mayoría de las prostitutas se quedaron y se casaron con ancianos de la zona, pero en cuanto unas consiguieron desplumar a los abuelos y otras la residencia legal en España, se largaron también —añadió Cecilia—. Así que, de todo aquello, solo quedan hoy un montón de bloques de cemento que da no sé qué mirarlos. Ni siquiera nuestras cabras se quieren acercar por allí. ¿Verdad, Nouradín?

—Verdad, *sinior*; les da miedo. Cuando yo llegué aquí ya todo estaba

parado. Una pena, sí. Habría sido buen sitio para trabajo mío.
—¿Quién fue la lumbrera que promovió semejante disparate? —interrogué.
—Pues eso es algo que siempre nos hemos preguntado en el pueblo —dijo la mujer—. Por aquí andaban los encargados y de vez en cuando venían algunos jefazos, con sus buenos coches y muy trajeados ellos, pero nunca supimos quién estaba en realidad detrás del asunto. Según los periódicos también había inversores extranjeros, sobre todo rusos y chinos, pero por lo visto ellos solo ponían el dinero. Se cogieron un buen cabreo cuando se enteraron de que lo habían perdido todo. A fin de cuentas los habían estafado.
—Con estas cosas nunca se sabe; igual les hicieron a ustedes un favor —dije yo, más que nada por quitarle hierro al asunto.
La conversación era amena, la comida y la bebida entraban solas, pero se me hacía tarde.
—Bueno, pues yo tengo que volver al monasterio. Allí son muy estrictos con los horarios, y ya os he molestado bastante.
Mis anfitriones protestaron e intentaron retenerme un rato más, pero al ver que me levantaba decidido, me acompañaron hasta la puerta.
—De todos modos, mañana puede que nos *viamos* —dijo Crispín—, me han llamado de monasterio para arreglar goteras. Como soy único albañil del pueblo siempre que monjes necesitan de chapuzas me llaman a mí.
Me encaminé de nuevo a mi hogar temporal a la vez que las últimas luces huían veloces tras los montes rojizos. El vino había hecho efecto en mí, que no estoy acostumbrado a beber, con lo que el frío de la tarde que moría me espabiló un poco y me ayudó en mi empeño de avanzar en línea más o menos recta.
Llegué justo a la hora de la cena y, aunque no tenía ni pizca de hambre, me senté a la mesa por no hacer un feo a los monjes. Debería haber llamado para que no contaran conmigo.
Pero así pude ver por primera vez a los recién llegados. Dos individuos de aspecto muy diferente entre sí, aunque ambos debían de rondar la treintena. Uno era moreno de piel y llevaba el pelo cortísimo. No era muy alto, pero se notaba que hacía ejercicio de forma habitual y, a

pesar del grosor del suéter de lana que vestía, se le marcaba una musculatura más que desarrollada. El otro, sin embargo, era enclenque, tenía la piel muy pálida y cara de susto. Llevaba una media melena castaña mal cortada que me recordó a las sotas de la baraja. La ocurrencia, y el vino de la tarde, me hicieron reír por lo bajini; pero la inquisidora mirada de fray Abundio, que estaba sentado frente a mí, hizo que me concentrara de nuevo en el plato que me acababan de poner delante.

De repente escuchamos un grito y vimos a fray Senén levantarse de un salto mientras se daba manotazos en la nuca.

—¡Me cago en san Filemón y en san Doroteo! —exclamó el monje a la vez que se retorcía, tratando inútilmente de evitar la quemazón de la sopa que fray Liborio le acababa de verter accidentalmente por el hueco entre la casulla y la cerviz.

El contenido de una jarra de agua y otra de vino volaron hacia el espasmódico monje, aunque ninguna fue más allá de su cara y su pechera.

Finalmente se llevaron al anciano, que gemía lastimeramente mientras a su paso las baldosas quedaban sembradas de fideos al huevo del número tres.

Tras el incidente, el recién llegado de la cara de sota parecía más asustado todavía y no dejaba de mirar de reojo a su compañero y al resto de comensales sin levantar en ningún momento la cabeza.

Una vez dimos cumplida cuenta de la sopa y el filete de merluza, salimos todos del comedor. La mayoría de los monjes se reunieron con fray Senén en el claustro, haciendo un corrillo a su alrededor y tratando de consolarlo por haber roto su prolongado voto de silencio cuando le quedaba tan poco para cumplirlo. Descubrí a fray Serapio espiándome desde detrás de una de las columnas, así que me dirigí a toda prisa hacia la hospedería con los nuevos inquilinos.

—Hola, habéis llegado esta tarde, ¿no? Me llamo Faustino —les dije —. Hasta hoy era el único inquilino.

—Yo soy Carlos y él es mi primo, Mario. Ya nos ha dicho el hospedero que había otro huésped alojado aquí y que necesitas silencio. Esperamos no molestarte. Nosotros, en principio, nos quedaremos una

semana más o menos, todavía tenemos que decidirlo. Me acabo de separar, y necesitaba unos días para reflexionar y poner en orden mis ideas. Mario se ofreció a acompañarme.

—¿Qué tal es la vida aquí? —preguntó el primo de cara de sota con una voz aflautada muy a juego con su fisonomía.

—Bueno, depende de lo que busquéis. Si lo que queréis es fiesta y jarana, pues lo lleváis claro; pero si, como yo, necesitáis paz y tranquilidad, como este sitio ninguno.

—¿Suele venir gente por el monasterio? Turistas, vecinos del pueblo, ya sabes.

—Hombre, yo llevo aquí solo tres días, pero en ese tiempo no he visto más que a los monjes.

Llegamos a las habitaciones y nos despedimos, aunque ellos se fueron charlando hacia el fondo del pasillo.

Yo volví a mi trabajo con fuerzas renovadas y no presté atención a mis vecinos cuando, casi media hora después, los escuché entrar en sus habitaciones. No tenía sueño, con lo que pude avanzar en mi historia.

> —Fernando, jamás te ceñirás la corona de conde de Mustiello. ¡Eres un bastardo! Hijo de un aragonés, de un enemigo de este pueblo, y no consentiré que esa sucia sangre gobierne sobre nuestros súbditos.
>
> —¡Perra! ¿Cómo osáis dudar de la virtud de mi santa madre? Si os vuelvo a oír proclamar semejante insidia olvidaré que sois la esposa de mi querido tío, que Dios tenga en su gloria, y mancharé mi espada con vuestra sangre.

Me pareció oír un ruido en la habitación de al lado. Así no había manera de concentrarse. Eran murmullos y luego risas apagadas. Ya estaba bien. Les pediría un poco de silencio, no quería repetir la experiencia de la casa rural. Me levanté en el momento exacto en que una puerta se abría con un desagradable gruñido. Agucé el oído y pude escuchar pasos que se alejaban entre bisbiseos. Aquí había algo raro. Aquellos tipos no se comportaban para nada como quienes andan en busca de paz y sosiego. Demasiadas risitas y cachondeo.

Todo quedó en silencio. ¿Adónde habían ido? Después de la cena ya no se podía salir del monasterio y no estaba la noche como para

pasear por el claustro. Abrí la puerta con cuidado. Los chirridos de las bisagras se habían suavizado mucho después de tres días de continuos cierres y aperturas. Me asomé al pasillo con cautela.

Nada. Caminaba hacia los baños cuando me pareció escuchar algo en la dirección contraria. Paré en seco y presté atención. En efecto, los ruidos venían de alguna de las celdas desocupadas del fondo. Me aproximé despacio y pude escuchar de nuevo los cuchicheos de mis vecinos.

Bajo la última puerta se filtraba algo de luz. ¿Qué coño estarían haciendo allí a esas horas?

Todas las celdas tenían su cerradura, pero a la mayoría les faltaba la llave y esta era una de ellas. Así que me agaché y pegué el ojo a la cerradura.

—¡La madre que los parió! —dije para mí.

En efecto, allí estaban los dos, pero no precisamente meditando ni rezando, aunque Mario sí que estaba de rodillas, pero no en un reclinatorio, sino justo delante de Carlos, que tenía los pantalones del pijama por los tobillos y presionaba la cabeza del primo contra su entrepierna. Este soltaba de vez en cuando lo que tenía en la boca y hacía comentarios que yo no alcanzaba a escuchar, mientras continuaba su faena con la diestra.

En un momento dado, Carlos lo levantó y le hizo darse la vuelta. El otro parecía no estar por la labor, pero al final cedió y se apoyó contra la cama. Carlos le bajó los pantalones y, sin más miramientos, se la endosó por la retaguardia. Así, sin más, ni cremitas ni leches. Estaba claro que ese era un camino que Carlos transitaba con harta frecuencia.

Ya había tenido suficiente. Ver a dos tíos ensartándose no me parecía el espectáculo más gratificante, así que volví a mi celda.

¿Por qué aquellos tipos habían venido a alojarse a un monasterio? No podía entenderlo. A no ser, claro está, que se tratara precisamente de eso, del morbo de dar rienda suelta a sus pasiones en un lugar prohibido y ante unas instancias eclesiásticas que, todo hay que decirlo, no se han caracterizado por una postura demasiado comprensiva hacia la homosexualidad.

Me tumbé en la cama. No me encontraba en condiciones de escribir. Mi mente seguía detenida en aquella celda monástica, donde un fornido rey del basto enculaba sin miramientos a la sota de la baraja.

Y ahora, ¿qué hacía? Podía contárselo a fray Cirilo. Los echarían de inmediato y yo recuperaría la tranquilidad y la rutina que tanto necesitaba. Pero, por otra parte, tampoco me gusta meterme donde no me llaman, y a mí me importa un pimiento lo que cada cual haga con su cuerpo y sus diferentes orificios naturales.

Ya decidiría algo al día siguiente. Estaba cansado, la jornada había sido movida y, entre los vinos de casa de Crispín y el que había tomado en la cena, mi cabeza no estaba en las mejores condiciones para tomar decisiones.

Capítulo X

Por la mañana me dolía la cabeza. El día anterior había excedido, de largo, la dosis de alcohol que mi cuerpo tolera. Pero recordaba con claridad la escena de la celda del fondo del pasillo. Por un momento dudé si habría ocurrido de verdad o si todo había sido un sueño, pero cuando fui al baño y me encontré allí con mis compañeros de alojamiento, pude ver en sus miradas furtivas que no lo había soñado, que todo había sido muy real. Tras la ducha, que me aseguré de tomar en la más absoluta intimidad, y mientras nos dirigíamos al comedor, les hablé sin rodeos:

—Lo sé todo.

—¿Cómo dices? —preguntó Carlos con cara de sorpresa.

—Que sé lo vuestro; anoche os vi en la celda del fondo.

El rostro les mudó a los dos. El de la cara de sota parecía a punto de echarse a llorar.

—Por favor, no digas nada, por lo que más quieras —rogó Mario.

Yo seguí mirándolos pensativo.

—Contestadme solo a una cuestión que me tiene intrigado. Es que no llego a comprender por qué decidisteis venir a alojaros en este monasterio. Si lo que queríais era tan solo un picadero, ¿no hubiera sido mejor cualquier hotel o un apartamento? Allí no tendríais que esconderos; no sé.

—Bueno… —dijo Carlos— En parte tienes razón, aunque…, también hay otros motivos que son difíciles de explicar. —Se miraron los dos —. Quizás en otro momento. Pero, por favor, guárdanos el secreto. Estaremos aquí solo unos días y luego nos marcharemos.

—Vaya por delante que no tenga nada contra vuestra condición sexual, es solo que estoy confuso. Esto está afectando a mi concentración y yo no puedo trabajar en estas circunstancias.

—Te prometo que no te molestaremos. No volverás a oírnos hasta que nos vayamos. Seremos como monjes con voto de silencio —añadió Mario.

Asentí y fui hacia mi sitio en la mesa. «Del voto de castidad no han

dicho nada», pensé.

Después del desayuno recogí mis papeles y subí a la biblioteca. El abad me había autorizado gustoso a que la utilizara con total libertad. Me dijo que la biblioteca era el alma de un monasterio y que el alma de este no se cuidaba como se merecía.

Elegí un escritorio situado junto a un ventanal para tener buena luz. Traté de escoger uno sin signos de estar siendo utilizado por los monjes, aunque al instante me di cuenta de que hacía mucho tiempo que nadie se sentaba allí a trabajar. Una fina cubierta de polvo tapizaba todos y cada uno de los pupitres y sillas de la sala. Solo se salvaba una mesa, de mayor tamaño que el resto, sobre la que descansaban una buena cantidad de libros apilados en cuatro altas torres. Supuse que sería la que utilizaba el bibliotecario.

> —Eminencia, debe usted hacer algo o, con sus malas artes, el sobrino de esa Padilla se hará con el condado y sus tierras, y ya sabe que eso no sería bueno, ni para los intereses de la Santa Iglesia ni para los de su eminencia.
> —Lo sé, Fernando, lo sé. Pero tienes que tener en cuenta que yo no puedo ponerme de tu lado de una manera demasiado evidente. Martín tiene el apoyo de buena parte de los nobles del condado y de otros de fuera, algunos muy poderosos. Comprenderás que tenga que andarme con mucho cuidado.
> —Eminencia, dejémonos de tonterías. Todos tenemos muchas cosas que esconder, y usted el primero.
> —¿Cómo os atrevéis? Si tenéis algo que reprocharme decídmelo a la cara, pero no me amenacéis.
> —Si queréis verdades digamos todos verdades, eminencia, ¿o debo llamaros padre?
> —¿Có... cómo lo sabéis? ¿Quién os lo ha dicho? —El obispo pareció palidecer al tiempo que la voz le fallaba.
> —Mi madre me lo confesó en su lecho de muerte. Y también me dijo que no dudara en recurrir a vos en caso de tener problemas graves. Y creo que estos son lo bastante serios.

Llevaba ya un buen rato escribiendo cuando se abrió la puerta, devolviéndome de golpe al siglo XXI. Entraron fray Cirilo y Crispín.

—Perdone, Faustino, pero Nouradín tiene que subir a la buhardilla y al tejado para reparar unas goteras, y el único acceso es la escalera

que está al otro lado de la sala.
—Tranquilo, no me molestan. ¿Qué tal, Nouradín?
—Buenos días, *sinior*. Como le dije ayer, tengo que arreglar goteras. Intentaré hacer poco ruido.
—No te preocupes. Además, así descanso un rato.
Desaparecieron por una puerta al fondo de la sala y al momento comenzaron a escucharse pasos y crujidos procedentes del piso superior. Las señales de las goteras eran más que evidentes; dos extensas manchas marrones en el techo separadas un par de metros la una de la otra. Si no se atajaban de forma inmediata y el agua de las lluvias llegaba a caer sobre los libros que allí se guardaban, el desastre podía ser mayúsculo. No se trataba tan solo del códice que me había mostrado fray Cirilo dos días antes, allí se guardaban muchos otros libros antiguos. El hospedero me dijo que en los muebles que se encontraban en el centro de la estancia descansaban cientos de volúmenes que formaban los fondos bibliográficos más antiguos, recopilados durante siglos por los monjes del monasterio y muchos de ellos copiados de su puño y letra. No quería ni pensar en el valor de lo que allí se atesoraba.
Paseé un rato por los pasillos y cuando los ruidos cesaron volví a mi escritorio. Al entrar vi que ahora también estaba allí fray Daniel, el calvo bibliotecario, medio oculto tras la muralla de libros que se amontonaba sobre su mesa. Me miró con cara de pocos amigos, aunque no dijo nada. Él sabía que mi presencia allí estaba autorizada por el abad, pero era evidente que no le agradaba mi intrusión en su santuario. Reanudé el trabajo, pero al rato comenzaron otra vez las idas y venidas de Crispín por la buhardilla, así que decidí regresar a mi cuarto.
No había ni rastro de mis vecinos de habitación, con lo que pude trabajar durante varias horas sin molestias. Releí algunos de los fragmentos recuperados y tomé notas; luego pasé al ordenador todo lo que había escrito a mano. Pero a media tarde la cosa se torció. Trabajaba bastante concentrado, ayudado por la suave música que sonaba en el portátil, cuando me pareció escuchar un ruido a mi espalda. Al volverme me encontré a fray Serapio dentro de mi

habitación y, antes de que yo pudiera abrir la boca, me lanzó el contenido de un vaso por encima a la vez que adelantaba hacia mí el crucifijo que llevaba en su mano izquierda.

—¡Satanás, sal de este cuerpo! ¡Te lo manda nuestro señor Jesucristo! ¡Sal de él, espíritu inmundo. Retírate, por la fe y por la fuerza de la Santa Cruz! —Sus globos oculares parecían dos pelotas de pimpón a punto de caer ante mis pies, y las duras hebras que asomaban de su nariz le barrían el labio superior con cada palabra que pronunciaba.

—¡Socorro! ¡Saquen de aquí a este loco! ¡Ayuda! —grité sin saber qué era lo que aquel chalado me había tirado por la cabeza—. ¡Largo, tarado! —De un empujón lo mandé hasta el pasillo, donde cayó de espaldas y quedó pataleando con el escapulario del hábito cubriéndole la cara.

En aquel momento llegaron mis compañeros de hospedería preguntando qué pasaba y mirando perplejos al desmadejado monje sin saber muy bien qué hacer. Les pedí que llamaran al abad y me metí de nuevo en mi celda. Cerré de un portazo y me dejé caer en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta para evitar que aquel perturbado pudiera entrar. ¿Qué le había hecho yo para que se hubiera obsesionado conmigo de aquella manera?

No tardaron en escucharse voces en el pasillo, y al momento llamaron a mi puerta. Era fray Cirilo.

—¿Está usted bien? —me preguntó tan pronto abrí.

Fray Serapio estaba ya de pie, junto a fray Ignacio, mientras la parejita feliz miraba con cara de susto, manteniéndose en todo momento a una prudencial distancia del majara.

—Sí, pero yo ya no sé qué hacer. Ese chiflado la ha tomado conmigo y tengo miedo de que esto acabe mal. Creo que lo mejor será que me marche mañana mismo —dije, en verdad convencido de mis palabras.

—No se precipite, hombre —dijo Cirilo, sinceramente apenado al verme tan compungido—. Verá cómo el abad soluciona este problema.

Dio media vuelta y se llevó a fray Serapio, que seguía renegando. Fray Ignacio se acercó a mí al ver que me olía las manos, aún mojadas.

—No se preocupe, Faustino, es solo agua bendita.

—Bueno, siempre es mejor que ácido sulfúrico, pero me ha tirado un

vaso entero por encima y me ha mojado el ordenador.
—Pues no se queje. Porque, que yo sepa, esta es la segunda vez que Serapio hace algo así, y el otro lo pasó bastante peor que usted: le echó un cazo entero por la cabeza.
—Hombre, tampoco hay tanta diferencia entre un vaso y un cazo; vamos, digo yo.
—Bueno, es que el agua del cazo estaba hirviendo. Ya ve, quería asegurarse de que Satanás abandonaba aquel cuerpo. Dejó al pobre escaldado como un pollo.
El monje me explicó que la anterior víctima había sido uno de los electricistas que estuvieron cambiando la instalación del monasterio una veintena de años atrás. También decía que olía a azufre y hablaba raro, pero claro, es que era búlgaro. Nuestra conversación fue interrumpida por el abad, que entró en la celda con cara de preocupación.
—¿Se encuentra usted bien, Faustino?
Le expliqué lo que había sucedido y mi intención de abandonar el monasterio.
—Tranquilícese, voy a terminar con esto de una vez por todas, y lo voy a hacer ahora mismo. —Noté que el rostro del monje se encendía por momentos—. Acompáñeme, por favor —dijo mientras se daba la vuelta y yo salía tras él sin rechistar.
—Serapio, ven con nosotros. ¡Ya! —ordenó el abad cuando pasó junto al monje, que esperaba al pie de la escalera. Ni siquiera lo miró. Era evidente que estaba enfadado de verdad.
Seguimos todos al padre Pascual, que se dirigió directo a la iglesia con paso vivo. A Serapio le costaba marchar a nuestro ritmo. Una vez en el templo el abad nos pidió que esperáramos junto al altar, mientras él entraba en la sacristía. No tardó en reaparecer con algo en la mano.
—Serapio, ¿sabe usted qué es esto?
—Sí, el aceite de ungir —dijo el monje en un susurro casi inaudible mientras trataba de recuperar el resuello.
—En efecto, aceite bendecido por el señor obispo el pasado Jueves Santo. Acérquese, por favor —me dijo a mí con voz más amable, a la vez que abría el pequeño frasco de cristal e introducía el pulgar

derecho en él—. Por esta Santa Unción, y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo —dijo con voz alta y clara mientras me hacía una cruz en la frente con el dedo pringoso de aceite. Luego repitió la operación en el dorso de cada una de mis manos.

—¿Y esto? —Me atreví, por fin, a preguntar.

—Esto es para que alguien vea que el diablo no está en este monasterio. Le acabo de ungir con los santos óleos dentro de la casa de Dios, y eso es algo que ni Satanás ni ningún otro demonio hubieran soportado ni permitido. Serapio, ¿se han disipado todas tus dudas?

—Sí, padre —dijo en voz baja mientras se miraba las sandalias. El anciano parecía avergonzado; hasta me dio la impresión de que sus ojos de sapo se habían vuelto casi normales y los pelos de la nariz se habían retraído, como buscando refugio en las grutas que los cobijaban.

—Pues como se te ocurra volver a molestar a Faustino con tus tonterías, vas a estar haciendo penitencia hasta la próxima venida de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Te ha quedado claro? Hala, a seguir con tus obligaciones.

El monje salió de la iglesia cabizbajo mientras el abad se volvía hacia mí.

—Creo que no se le ocurrirá volver a acercarse a usted durante el tiempo que esté entre nosotros, pero si tiene el más mínimo problema con él, avíseme, por favor.

Le di las gracias y regresé a mi celda un tanto confuso.

Lo primero que hice fue apagar el ordenador y secarlo con esmero. Lo coloqué a una distancia prudencial del calefactor y crucé los dedos para que no se hubiera estropeado.

Al final decidí quedarme. No terminaba de estar tranquilo al cien por cien, pero confiaba en que la intervención del abad surtiera efecto y cortara de raíz aquellos desagradables episodios antes de que la cosa fuera a más.

El día siguiente, dado que la obra en el tejado continuaba y que tampoco quería cruzarme con Serapio, seguí trabajando en mi habitación.

Tengo la costumbre de escribir siempre a mano y luego paso lo escrito al ordenador; he intentado muchas veces hacerlo directamente, pero no es lo mismo, las palabras solo fluyen con libertad cuando es mi mano y el bolígrafo quienes las buscan, así que ya ni lo intento de otro modo.

Aquella mañana adelanté mucho, pero por la tarde mi curiosidad me llevó a hacer un descubrimiento que hizo que saltaran todas mis alarmas. Ya dije antes que, durante mi visita guiada al monasterio unos días atrás, fray Cirilo me había indicado que el antiguo refectorio estaba en una situación ruinosa, razón por la que se había cerrado para evitar accidentes. Pero hoy, por segunda vez desde mi llegada, había visto monjes saliendo de él. La ocasión anterior, un par de días atrás, no había hecho demasiado caso; podrían haber entrado por cualquier motivo, aunque me había llamado la atención la premura con la que, al verme, habían cerrado la puerta y se habían alejado del lugar; pero esta vez, mientras estiraba las piernas en el pasillo de la hospedería, pude ver a tres hermanos que salían de aquel lugar portando grandes bolsas negras. Lo que me resultó curioso es que el interior estaba bien iluminado, y así quedó cuando salieron a pesar de que ya había oscurecido. Aquello no tenía mucha lógica. Según fray Cirilo, hacía años que el refectorio no se utilizaba, con lo que se suponía que allí no debía haber nada, como mucho algún escombro. No se necesitaban luces, y menos aún dejarlas encendidas.

Me propuse echar un vistazo, allí había algo raro, y hasta que no aclarara de qué se trataba no me quedaría tranquilo. Soy así de cotilla, ¿qué le voy a hacer?

Eran casi las siete y media, y a esa hora toda la comunidad se dirigiría a la iglesia para el oficio de Vísperas; sería el momento perfecto para fisgonear un poco sin temor a ser descubierto. Me coloqué de forma discreta junto a una ventana del pasillo superior que daba al claustro. Desde allí se veía la entrada a la iglesia. Fueron puntuales, como siempre. Tan pronto comenzó a sonar la campanilla llamando a la oración, la corta hilera de religiosos entró en el recinto sagrado. Era mi turno.

Bajé las escaleras deprisa y me encaminé hacia la puerta prohibida.

Por un momento me sentí como la protagonista del cuento Barbazul, a punto de abrir la habitación que escondía las esposas decapitadas. También pensé entonces en mis compañeros de trabajo y en lo que me hubiera gustado que me vieran en mi nueva faceta de investigador, ellos me tenían por un mustio y un parado; estoy convencido de que muy pocos me creerían capaz de hacer lo que estaba haciendo. Al acercarme me llegó un olor que no conseguí identificar aunque estaba seguro de conocer. Como me temía, el portón estaba cerrado con llave. No sabía si aquella sala tenía más entradas, así que decidí probar suerte por el otro lado, el que daba al huerto. Salí al exterior y enseguida lamenté no haberme abrigado. El suave viento llegaba helado desde los montes cercanos arrastrando aromas de tomillo, ajedrea y mierda de cabra. Esperé un poco a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. La luna iluminaba con suavidad los contornos de los invernaderos y dibujaba las líneas horizontales de las tapias. La pared de mi izquierda debía de corresponderse con la del refectorio, con lo que la seguí hasta que encontré otra puerta, también cerrada. Pero junto a ella había una ventana, cubierta por completo con un plástico oscuro. Los bordes habían sido pegados al marco con una ancha cinta adhesiva. Estaba a más de dos metros de altura, pero si encontraba algo a lo que subirme podría despegar una esquina y echar un vistazo. Busqué por los alrededores. En un rincón se amontonaban sin ningún orden útiles del campo y algunos trastos viejos. Entre ellos distinguí una silla de madera desvencijada; aquello podría servirme. La coloqué bajo la ventana y me subí, lentamente y con sumo cuidado, en el inestable andamio, que temblaba amenazando con venirse abajo en cualquier momento. Los crujidos debían de oírse hasta en el pueblo pero, por fin, pude enderezarme manteniendo los brazos extendidos sobre el muro encalado. Alcancé uno de los bordes de la cinta y tiré de él. Un haz de luz proyectó un gran triángulo blanco sobre la pared de plástico de uno de los invernaderos. Con la obsesión que tenían los monjes con el ahorro energético, ¿por qué dejaban las luces encendidas allí dentro mientras ellos rezaban en la iglesia? Pronto lo sabría. La silla no era muy alta, así que tuve que ponerme de puntillas sobre los travesaños laterales

para poder echar un furtivo vistazo al interior. No hizo falta más. Aquello fue suficiente para ver con claridad lo que la sala escondía.

Mi primera sensación fue de sorpresa. ¿Por qué me habían dicho que estaba en ruinas cuando la utilizaban también como invernadero? Pronto me di cuenta de la razón. Al fijarme en la inconfundible silueta de las hojas de aquellas plantas, abiertas como una palma y con los bordes serrados. ¡Era marihuana! Y había cientos, quizá miles de ellas —mi mente trató de calcular su número, pero era imposible—. Las más cercanas a la puerta eran pequeñas y estaban colocadas en sus macetas sobre unas mesas metálicas, pero al fondo de la sala se veían otras muchas en el suelo que pasarían de los dos metros de altura. Colgando del techo se repartían docenas de grandes lámparas metálicas, que iluminaban y daban calor a las plantas, simulando falsas estaciones que se sucedían a toda velocidad. La productividad era la productividad. Algunos ventiladores de pie, situados de manera estratégica, giraban repartiendo su brisa enlatada, haciendo que las hojas se agitasen de forma ordenada y por turnos a modo de una inacabable ola de ida y vuelta. Dos gruesos tubos de aluminio, supuse que extractores, se elevaban hasta el techo en ambos extremos de la nave.

Moví un poco los pies y allí terminó mi sesión de espionaje. Al apoyarlos sobre el asiento este se hundió con un gran chasquido. Caí de espaldas y rodé por la acera de cemento con las piernas trabadas dentro de la destrozada silla. A patadas deshice los cuatro palos que quedaban y me levanté lo más rápido que pude. Empujé los restos hasta el rincón y entré de nuevo en el edificio, escabulléndome hacia el piso superior justo en el momento en que la puerta de la iglesia se abría y la fila de monjes aparecía de nuevo en silencio.

Entré en mi celda y me senté en la cama. Si no lo acabara de ver con mis propios ojos no lo creería. ¡Aquella comunidad de religiosos octogenarios era en realidad una banda de narcotraficantes! Porque estaba claro que semejante número de plantas no se cultivaban para el consumo propio. A pesar de que yo mismo había sido testigo de que los monjes habían cogido afición a fumar hierba, era evidente que tal cantidad de marihuana estaba destinada a un mercado mucho más

amplio; y no solo eso, alguien debería encargarse de la distribución y venta final, alguien de fuera, quizá Fermín. Aquella plantación no era más que el primer eslabón de una cadena y sabe Dios quién controlaría en realidad todo aquello. Ahora sabía por qué me resultaba familiar el olor que salía del refectorio, era el mismo que llegaba hasta mi casa a través del lavadero un par de años atrás. Hasta el día que apareció la Policía y se llevó detenidos a los dos perroflautas que habían alquilado el piso de abajo. Tras ellos sacaron una docena de plantas de marihuana que cultivaban en una habitación vacía.

Pero pasada la sorpresa inicial una idea terrorífica se abrió paso en mi cerebro. Si de algún modo llegaran a la Policía o a la Guardia Civil noticias de la existencia de la plantación y se les ocurriera hacer una redada en el monasterio, ¿de verdad se iban a creer que yo era un simple escritor aficionado que había llegado hasta aquel rincón perdido del mundo por casualidad y solo para intentar escribir una novela? Incluso a mí me sonaba a excusa improvisada. Aquello hizo que me entrara el pánico. Tenía que salir de allí y cuanto antes mejor. Esa noche, sin falta, después de la cena, hablaría con fray Cirilo y le diría que me preparara la cuenta, que me largaba. Sí, eso haría. Esa noche lo dejaría todo listo para salir pitando a primera hora de la mañana. Los incidentes con Serapio habían sido molestos, pero esto era ya demasiado.

No vi al hospedero en la cena. Era raro, porque estaba presente toda la comunidad menos él. Cuando terminamos le pregunté al abad.

—Sí, fray Cirilo ha tenido que salir a atender unos asuntos personales de cierta urgencia. No llegará hasta mañana al mediodía, si Dios quiere.

El monje no me dio más explicaciones ni yo se las pedí; se veía a las claras que no tenía ganas de hablar del tema. El caso es que no le manifesté mi intención de abandonar el monasterio. Podría esperar veinticuatro horas más. También sería casualidad que justo al día siguiente apareciera la Policía.

Capítulo XI

Los dos guardiaciviles charlaban de forma animada con el abad al pie de la escalera. En el momento en que los vi estuve a punto de darme la vuelta y regresar a mi celda sin desayunar, pero había comenzado ya a bajar los dieciséis escalones y uno de los agentes me miraba con curiosidad; supuse que porque yo era el único allí que no vestía uniforme. Así que pasé junto a ellos intentando aparentar la tranquilidad que no sentía.

—Buenos días.

—Buenos días, Faustino. Espere un momento. —Me paró el abad—. Este es el huésped del que les hablaba. Es escritor y pasará con nosotros una temporada mientras finaliza una obra maestra.

—Bueno, tanto como obra maestra no sé yo… Con que sea legible me conformo.

Tan pronto como pude me escabullí y me dirigí al comedor. Conocía poco al abad, pero detecté nerviosismo en su forma de hablar y comportarse. Si yo estuviera en su situación tampoco podría sentirme muy tranquilo.

Todo parecía indicar que la visita de la Benemérita era tan solo rutinaria, pero aquello me hizo pensar que aunque me fuera aquella misma mañana, ellos sabrían que me había alojado allí. Aparte de que me acababan de ver en persona, yo mismo se lo había dicho cuando estuve en el cuartel tras al accidente, y el día siguiente a mi llegada fray Cirilo me había pedido el DNI para rellenar una ficha que, según me explicó, debía enviar a la Guardia Civil cada vez que llegaba un nuevo huésped. Marcharme no serviría de nada si surgían problemas; en cuestión de horas tendría una patrulla en la puerta de mi casa, como mínimo para interrogarme. Además, podía imaginar la cara de satisfacción de Lola si me presentaba de vuelta antes de diez días y, por supuesto, sin haber terminado la novela. Bueno, trataría de tomar una decisión antes de que Cirilo llegara.

Intenté escribir, pero no me concentraba. Mi cabeza volvía una y otra vez al falso bosque estupefaciente del refectorio. Decidí entonces salir

a pasear por la ribera del río. Ya que no podía escribir, por lo menos haría un poco de ejercicio. Quizás así pudiera valorar mi situación con mayor claridad y dar con la decisión acertada. Caminé despacio bajo los chopos desnudos. Arriba, abrazados a sus ramas más altas, se destacaban los nidos de urraca como apretados ovillos. Me senté luego en uno de los bancos de madera que jalonaban el río, eso sí, lejos del lugar donde había tenido el fatídico encuentro con las cabras. Desde allí disfrutaba de una perspectiva diferente del monasterio; no parecía un edificio religioso. Las altas tapias encaladas me recordaban más a un antiguo manicomio de película de terror. No iba muy desencaminado en mis pensamientos, porque lo que estaba ocurriendo allí dentro también era cosa de locos.

Me quedé mirando un picogordo que pasó volando confiado a poco más de un metro de mi cabeza antes de posarse en la delgada rama de un sauce, que se combó hasta quedar suspendida a escasos centímetros del agua. El pájaro me miró desafiante mientras emitía breves silbidos, entrecortados por el gorgoteo del arroyo. Aquel lugar era hermoso de verdad, y debía de serlo aún más en dos o tres meses, cuando la naturaleza despertara de su letargo invernal.

El ruido de un motor me sacó de mi ensimismamiento. Por el lateral del monasterio había aparecido una furgoneta azul que llegó casi hasta la tapia del huerto, dio media vuelta y se detuvo junto a una puerta. Intenté hacerme una composición mental del edificio para saber dónde daba aquella entrada. No necesité más que unos segundos: si no me equivocaba, allí se encontraba el refectorio. Aquello solo podía significar que la visita de la furgoneta estaba relacionada con lo que allí se cultivaba.

Me picó la curiosidad y decidí echar un vistazo más de cerca. ¿Qué se traería aquella gente entre manos? Me agaché y fui acercándome con sigilo, tratando de ocultarme tras las sargas que crecían aquí y allá en forma de grandes arbustos. Me detuve. Los últimos metros hasta el monasterio estaban pelados, ni siquiera había una miserable aliaga tras la que esconderse. Pero tampoco fue necesario aproximarme más. Desde donde me encontraba pude reconocer sin problemas a dos de los hombres que habían abierto el portón de la furgoneta y

descargaban unos paquetes, eran fray Cirilo y Fermín, el tendero de Cascajar. Les acompañaba un tercero quien, por las orejas desabrochadas, bien pudiera ser el carabobo que iba con Fermín cuando casi me atropellan unos días atrás, aunque no podría asegurarlo. Otro monje, creo que fray Senén, había abierto la puerta del edificio desde dentro y les ayudaba a introducir los bultos. Cuando terminaron, Fermín y el orejón se subieron al vehículo y se marcharon, mientras fray Cirilo y el otro monje cerraban el portón desde dentro.

Este asunto se enredaba cada vez más y así era imposible concentrarse en la escritura. Iría ahora mismo a buscar al hospedero y le diría que me largaba. Bastantes problemas tenía yo ya como para que me salpicaran también los de los demás.

Casi tropecé con el monje recién llegado al entrar en el monasterio. Salía del despacho del abad, donde supuse que lo habría puesto al corriente del resultado de su viaje y los negocios que se llevaban entre manos.

—Fray Cirilo, tengo que hablar con usted. Es importante.

—¿Y no puede esperar un poco? —dijo el monje con fastidio—. Acabo de llegar de viaje y querría asearme antes de comer.

—Solo quiero decirle que me prepare la cuenta. En cuanto la tenga lista me marcho.

—Pero, hijo, si el problema con Serapio ya está solucionado. —Su cara reflejaba sorpresa—. ¿Y qué pasa con su libro? ¿No me dirá que tira usted la toalla?

—No, esto no está relacionado con Serapio ni con la novela.

—¿Entonces? ¿Es que no le gusta su alojamiento? Si quiere le puedo dar otra celda. —El monje parecía desconcertado.

Por un momento dudé, pero pensé que lo mejor sería decirle la verdad.

—Mire, le voy a ser sincero. Lo que ocurre es que conozco sus manejos. Sé que tienen una plantación de marihuana en el refectorio. A mí me importa un pimiento lo que hagan ustedes, pero no quiero verme involucrado en algo con lo que no tengo nada que ver. De todos modos, pueden estar tranquilos, no pienso denunciarles. Allá ustedes

con su conciencia.
El religioso se quedó callado, su cara fue mudando de color, primero enrojeció hasta alcanzar un tono cereza y después palideció hasta que pareció que se iba a desmayar delante de mí.
—¿Se encuentra usted bien, Cirilo? ¿Quiere que le traiga un poco de agua?
—No, no, gracias. Venga, vamos a sentarnos un momento.
Nos dirigimos al claustro, el monje agarrado a mi brazo, y nos acomodamos en uno de los cinco bancos de madera que rodean el pozo.
—Faustino, no nos juzgue usted muy duramente. No somos criminales.
—Yo no soy quién para juzgarlos, es solo que no quiero que mañana venga la Guardia Civil y se me lleven detenido a mí también cuando no tengo ninguna relación con ese asunto. Es así de sencillo.
Cirilo volvió a quedar en silencio.
—Solo dígame una cosa —continué—. ¿Cómo se han metido ustedes en este berenjenal? Por lo que vi anoche, la plantación cuenta con todos los adelantos: riego por goteo, calor, ventilación... Sin ánimo de ofender: no los veo yo a ustedes muy duchos en cuanto a las últimas tecnologías. ¿Ha sido Fermín quien los ha enredado? Lo he visto llegar con usted en la furgoneta.
—No, no, en realidad fuimos nosotros quienes lo metimos a él en esto. Necesitábamos a alguien que nos ayudara con el transporte, y como ya utilizábamos sus servicios para los envíos de nuestras plantas y flores, pues se lo propusimos. En estos pueblos las fuentes de ingresos son pocas y las suyas no dejan de menguar conforme sus clientes van siendo llamados por el Señor, así que no nos costó demasiado trabajo convencerlo.
»Pero tiene usted razón, lo de la plantación no fue iniciativa nuestra. Verá, a principios del año pasado tuvimos a un hombre alojado en la hospedería. Una noche el padre abad lo pilló fumándose un porro. En un principio se escandalizó. Las drogas son algo que da mucho miedo, pero también algo sobre lo que hay un gran desconocimiento. Arturo, que así se llamaba aquel hombre, le explicó al Abad las supuestas cualidades medicinales de la marihuana, y que él la fumaba para

calmar los dolores de un cáncer muy avanzado que padecía. Le dijo, además, que esa era la razón que lo había traído hasta aquí, ya que quería poner en paz su alma antes de abandonar este mundo. Aquello ablandó al abad y le hizo bajar la guardia, incluso aceptó a regañadientes la bolsita de hierba que Arturo le dio para que probara sus efectos calmantes.

»Aquella misma noche el abad preguntó a fray Ignacio, gran conocedor de las propiedades de las plantas, si los efectos beneficiosos que el huésped le había dicho eran ciertos. El hermano no solo se lo confirmó, sino que le enumeró otras muchas dolencias para las que el cannabis era, como quien dice, mano de santo: es un potente analgésico y antiinflamatorio, alivia la artritis reumatoide y las migrañas, retrasa la aparición de los efectos del alzheimer y algunos tipos de cáncer, estimula el apetito e, incluso, es un potente afrodisíaco. Obviando el último de los beneficios, que el abad consideró que aquí estaba de más, reconoció que una planta con tantas virtudes no podía ser tan mala, así que decidió probar él mismo la marihuana de Arturo. Hace años que sufre artritis, y los calmantes que le recetaba el médico casi no le hacían efecto. Dio otra pequeña cantidad a fray Ignacio, para que este comprobara si notaba alivio en los dolores de cabeza que sufría casi todas las tardes.

»Los dos se prepararon unos canutos y los fumaron con cierta aprensión. Pero al día siguiente se levantaron encantados, tanto que el abad fue corriendo a preguntarle a Arturo de qué manera podían disponer de más para que todos los hermanos pudiéramos disfrutar de sus beneficios. Había mordido el anzuelo.

»Arturo le contó que tenía en Tarragona una pequeña plantación con otros amigos, por supuesto también enfermos como él, para consumo propio y alivio de sus males, y se ofreció a proporcionarnos las semillas y las instrucciones de cultivo. El abad le comentó que la economía del monasterio era más que precaria, con lo que no teníamos con qué pagarle, pero Arturo le dijo que no se preocupara, que cuando recogiéramos la primera cosecha le compensaríamos entregándole una parte de lo recolectado. Al padre Pascual le pareció un trato justo y acordaron que la semana siguiente nos traerían las

semillas y abonos necesarios. Como la primavera estaba ya cerca pudimos cultivar las plantas al aire libre, en el huerto. Así la inversión fue mínima. Tras el éxito de aquella primera cosecha, y vistos los beneficios para los achaques de los hermanos, no fue difícil convencer al abad de que la producción podría multiplicarse si, en vez de cultivar las plantas en el huerto, lo hacíamos bajo techo, ya que se podrían obtener hasta cuatro cosechas al año. Además, dijeron que ellos nos comprarían lo que no consumiéramos. Primero pensamos en utilizar los invernaderos, pero luego nos dimos cuenta de que era mucho mejor darle uso al refectorio, que llevaba años vacío. Así que Arturo y sus amigos trajeron un montón de tubos, focos de calor, ventiladores y no sé cuántas cosas más para montar la instalación que usted ha visto. La verdad, funciona de maravilla y ya estamos a punto de recolectar la segunda cosecha en interior.

»Además, hay que reconocer que desde que la comunidad descubrió los efectos de la hierba, la salud de la mayoría ha mejorado de forma considerable. También han ideado un sistema para aprovechar solo la parte positiva de la marihuana sin tener que fumarla en cigarrillos, porque ya sabemos los efectos tan nocivos del tabaco y el papel. Introducen el cannabis en un incensario con carbón encendido y así, al quemarse, va saliendo el humo sin otros componentes dañinos —explicó el anciano.

—Lo sé, Cirilo, la otra noche vi a varios hermanos dentro de su particular fumadero. Pero ¿por qué habla en tercera persona? ¿Usted no la consume?

—Lo hacía, pero hace meses que lo dejé por motivos que no vienen al caso. ¿De verdad le parece a usted tan grave lo que estamos haciendo? —preguntó el monje con un punto de vergüenza.

—Lo que creo es que han dado con unos caraduras que se están aprovechando de ustedes y que los van a llevar de cabeza a la cárcel como no acaben con esto de una vez por todas.

—¡Pero ahora no podemos! La inversión que ha hecho esta gente es muy grande y acordaron con el abad que ellos se quedarían con dos terceras partes de lo recolectado durante los próximos cinco años. Además, como nuestra situación económica es tan delicada, después

de cada cosecha Arturo nos entrega una cantidad de dinero en metálico para ayudar al sostenimiento del monasterio.
—Y la electricidad, ¿quién la paga? Porque semejante instalación debe consumir una barbaridad.
—Bueno... —El monje puso cara de circunstancia—. Ellos mismos tuvieron que hacer una instalación provisional desde una torreta que pasa cerca hasta que se pueda arreglar de un modo discreto y...
—Vamos, que se han enganchado a la red de forma ilegal. No sé si lo sabe usted, pero se están metiendo en un agujero del que les va a resultar muy difícil salir. Por si no se han dado cuenta, ya están en las manos de esa gentuza. Si mañana les dijeran que quieren dejarlo, ellos los amenazarían con dar el chivatazo a la Guardia Civil. Y si lo hicieran, pasarían ustedes el resto de sus días en otras celdas bien distintas a las que tienen ahora, y con una compañía bastante menos recomendable.
—¡Pero, Faustino, nosotros no somos delincuentes! —protestó Cirilo.
—Pues según la ley de Dios no lo sé, pero según el Código Penal de los hombres les pueden caer unos cuantos años de cárcel por tráfico de drogas y defraudación de fluido eléctrico. No sé cómo será en su pueblo, pero en el mío, a los que cometen delitos como esos se les llama delincuentes. Por favor, prepáreme la cuenta que mañana me largo. Y no me marcho ahora mismo porque esta tarde no hay autobús. Esto va a terminar mal y no quiero que me pille a mí en medio.
Me fui, dejando al monje cabizbajo y avergonzado. Estaba seguro de que aquellos hombres no habían calibrado el alcance real de sus actos. Me alegré de no estar en su pellejo.
Pasé toda la tarde escribiendo. El hecho de hablar con Cirilo fue como quitarme un enorme peso de encima. Por fin pude volver a concentrarme en mi historia, y cuando me levanté del escritorio para ir a cenar había avanzado más que en los dos días anteriores.
Por las miradas que me lanzaba el abad, era evidente que Cirilo lo había puesto al corriente de nuestra charla. Cuando terminamos de cenar se acercó y me llevó aparte, a un rincón del claustro.
—El hermano Cirilo me ha contado su conversación —dijo—. Y he de

reconocer que tiene usted toda la razón. Los apuros económicos nos metieron en un lío que puede acarrear graves consecuencias para toda la comunidad. La necesidad era acuciante, pero nunca debí llegar a esto. Solo le pido que nos guarde el secreto. Intentaré de todos los modos posibles acabar con esta situación a la mayor brevedad y que sea lo que Dios quiera.

Le deseé suerte, que falta le iba a hacer, y me despedí. Intentaría escribir un poco más hasta que me entrara el sueño.

Capítulo XII

A la mañana siguiente, tan pronto terminé de desayunar, volví a mi celda a preparar el equipaje. El autobús no pasaba hasta las once, con lo que tenía tiempo de sobra.

—¡Faustino!, ¡Faustino! —La voz de fray Cirilo parecía desesperada, así que dejé la ropa sobre la cama y corrí a abrir la puerta.

El monje llegaba con el rostro desencajado, y antes de que pudiera preguntarle qué era lo que pasaba me soltó:

—Ha desaparecido. Se lo han llevado.

—¿El qué? Tranquilícese, hermano. ¿Qué se han llevado?

—El códice, el códice de san Pedro.

Alertados por los gritos, también los otros dos ocupantes de la hospedería salieron al pasillo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó el más joven.

—Ha desaparecido un libro —dije.

—Hombre, tampoco es para tanto…

—No se trata de un libro cualquiera, es un tesoro del siglo XIII de valor incalculable —dijo el monje.

—Y ¿saben cómo han entrado los ladrones? —pregunté—. ¿Han forzado algo?

—No, y eso es lo extraño, no hay nada dañado, ni puertas ni ventanas. Ha debido de ser alguien que conoce bien el monasterio para poder entrar así. —El monje casi lloraba.

—O alguien que ya estuviera dentro —añadí yo sin pensar lo que decía.

Nos miramos los cuatro. Me di cuenta de que aquello nos hacía a todos sospechosos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mario.

—El abad va a avisar a la Guardia Civil. Ese libro es muy importante para nosotros.

—¿La Guardia Civil? —preguntó Carlos, nervioso—. ¿Están seguros de que lo han robado? A ver si lo han guardado en otro sitio y no se acuerdan.

—No, ese libro no lo toca nadie, y solo el bibliotecario y yo tenemos llave del armario donde se guarda, además, claro está, del abad. Precisamente ha sido él quien ha descubierto el robo cuando ha ido a por el códice para preparar su escaneo por la editorial que va a publicar su facsímil.

De inmediato me percaté de que a los ojos de los monjes yo debía ser, por fuerza, uno de los principales sospechosos del robo, si no el principal. Hacía tan solo unos días que me lo habían mostrado y ahora desaparecía. Así que, en cuanto mis vecinos se fueron, invité a fray Cirilo a comprobar que el códice no estaba en mi equipaje ni en mi celda. El monje protestó, pero no dejé que se marchara antes de mostrarle hasta el último rincón de la habitación.

Tras la revisión, fray Cirilo se marchó hacia la biblioteca a toda la velocidad que le permitían sus octogenarias piernas y con sus chaplinianos balanceos aún más exagerados.

De todos modos, yo me quedé muy preocupado. Ahora no podía irme. A la Guardia Civil le resultaría muy extraño que abandonara el monasterio justo el día en que se descubre el robo de un valioso libro cuya existencia yo conocía, lo mismo que el lugar donde se guardaba —y más cuando se suponía que iba a pasar allí dos meses—. Por mucho que hubiera enseñado mi cuarto a Cirilo, eran muchos los indicios que me señalaban, demasiados. Empezaba a estar convencido de que no podía haber elegido peor lugar que aquel para retirarme a escribir. Llevaba casi una semana allí y los momentos de verdadera paz y sosiego se podían contar con los dedos de media mano. En un apartamento en Benidorm hubiera podido concentrarme mejor y trabajar más tranquilo.

De repente me vino a la cabeza la plantación. Si se denunciaba el robo de un objeto histórico de ese valor, los investigadores iban a poner patas arriba todo el monasterio en busca de pruebas e indicios, con lo que no tardarían en encontrar el huerto clandestino del refectorio. Estaba atrapado y las perspectivas no eran nada halagüeñas.

Volví a sacar del *trolley* la ropa que ya había guardado y la colgué de nuevo en el armario, luego intenté seguir pasando los manuscritos al ordenador, que era lo único que podía hacer cada vez que algo o

alguien me hacía perder la concentración, pero me fue imposible, así que decidí bajar a avisar de que no me iba. Encontré al abad caminando de un lado para otro, retorciéndose las manos sin parar e indicando a unos y a otros dónde podían seguir buscando el códice.

—Padre, perdone que le moleste en un momento como este, solo quería decirle que no me iré todavía. Si lo hiciera parecería que he salido huyendo y yo, ni he hecho nada, ni tengo nada que ocultar. Ya le habrá dicho fray Cirilo que en mi celda no está el libro.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Aunque quizá no haga usted bien quedándose aquí. Recuerde lo que estuvimos hablando anoche. Si llamo a la Guardia Civil encontrarán la plantación, y el códice pasará a ser un mal menor.

—A lo mejor deberían intentar deshacerse de las plantas antes de llamar al cuartel.

—Ya lo he pensado, ya. El problema es encontrar el modo de hacerlo, ya vio usted que no son cuatro macetas.

La comida fue más rápida de lo habitual. Era evidente que los monjes estaban nerviosos; no dejaban de cuchichear entre ellos con la cabeza baja. Sabían que se enfrentaban a un problema grave y que se jugaban mucho. Aun así, confiaban en que el abad sería capaz de encontrar una solución.

Pasé toda la tarde trabajando más o menos concentrado, con lo que proseguí tras la cena. Sobre las once decidí tomarme un descanso y salí al pasillo a pasear un poco. Tan pronto abrí la puerta pude ver el humo. Formaba una suave neblina que se extendía por todo el corredor. Me asomé asustado por la ventana que daba al claustro temiendo que fuera un incendio. Una columna de tonos grisáceos se elevaba con giros imposibles desde una chimenea situada en lo alto de la otra ala del edificio. Pero el olor que lo invadía todo era inconfundible: marihuana.

Bajé corriendo las escaleras y enseguida escuché un escándalo de voces, risas y cánticos. Rodeé el claustro y vi que el portalón del antiguo refectorio estaba abierto. Por él brotaba una nube espesa que subía hasta el techo y resbalaba entre los arcos. Cuando llegué a la sala en la que dos días antes había descubierto la plantación

clandestina, me topé con un espectáculo que no olvidaré en mi vida. Todos los monjes estaban allí y una gran hoguera ardía en la secular chimenea, que había recuperado su función después de décadas de olvido; pero la actitud de aquellos hombres estaba muy alejada de la que me tenían acostumbrado y de la que era de esperar en una comunidad religiosa. El abad reía a carcajadas mientras echaba al fuego una gran bolsa de basura que de inmediato ardió como yesca. Era evidente que lo que quemaban era marihuana ya seca que tendrían almacenada en algún lugar. Por lo visto, la última cosecha había sido buena, porque junto a la chimenea se amontonaban todavía bastantes bolsones, además de las macetas con las plantas verdes.

Mientras el abad se afanaba en la quema, los demás monjes se desgañitaban cantando, agarrados uno tras otro formando una hilera encabezada por fray Senén que, aunque no cantaba, movía los faldones de su hábito al ritmo de la tonada mientras avanzaba entre las mesas metálicas. Cirilo me vio y me saludó levantando una mano.

—¡Faustino, venga con nosotros, corra, póngase en la fila! ¡La conga, de Jalisco, va y viene...!

Me maravilló contemplar a aquellos ancianos, aquejados todos de mil alifafes y a los que siempre había visto moverse con dificultad, ayudados varios de ellos con bastones, danzando desbocados y cantando a pleno pulmón. Incluso Serapio parecía haberse olvidado de su pasada obsesión por mí y me miró sonriente mientras las pelotas de pimpón que tenía por ojos giraban de forma harto sospechosa. Hasta los pelos de su nariz parecían mecerse al compás de la canción.

Cuando el abad me vio clavado en la entrada se dirigió hacia mí corriendo y haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Faustino! ¡Qué alegría que haya venido! Como puede ver, ya hemos encontrado una solución para deshacernos de la marihuana. En cuanto acabe con las bolsas empezaremos con las plantas de las macetas. Mañana cuando venga la Guardia Civil no encontrarán ni rastro. Podemos estar tranquilos.

—Si usted lo dice…

Me di la vuelta sin atender a las invitaciones de unirme a la conga y volví a mi cuarto. Aquello era de locos y yo seguía estando en medio.

Eso sí, fue echarme en la cama y me entró la risa tonta al recordar las descompasadas danzas de los ancianos. Bueno, supongo que el humo que había respirado tendría también algo que ver.

A la hora del desayuno las caras de los monjes eran un poema, o más bien un sainete. No pregunté, pero era evidente que aquella mañana no habían celebrado misa. Se notaba que venían directos de la cama. Se sentaron y desayunaron en silencio. Mis compañeros de hospedería no estaban, aunque tampoco era la primera mañana que no aparecían para el desayuno. Se ve que no les gustaba madrugar. Además, desde que los descubrí en la habitación del fondo, apenas se dejaban ver. Al terminar, esperé al abad en la puerta.

—Padre, ¿pudieron destruir toda la hierba?

—Qué va, hijo, qué va. —El monje estaba ronco y tenía el rostro más blanco de lo habitual en él—. Tuvimos problemas con las plantas verdes, que no ardían las condenadas, y eso que les eché más de cinco litros del orujo que destila fray Ignacio, pero ni por esas. Las debimos mezclar con las secas, pero me di cuenta tarde. Al final las hemos escondido en la cripta de la iglesia. Espero que no las encuentren. También hemos llevado al refectorio un montón de plantas de los invernaderos del huerto, para simular que las cultivamos allí y poder justificar toda la instalación que hay montada.

»Ahora mismo llamaré a la Guardia Civil para dar cuenta del robo del códice, y que sea lo que Dios quiera.

Me despedí y me dirigí a mi celda, pero antes le avisé de que su hábito olía a humo de marihuana desde varios metros de distancia. Me alejé mientras el abad se olfateaba la pechera del escapulario, y antes de llegar a la escalera le oí ordenar a toda la comunidad que se ducharan de inmediato, se cambiaran los hábitos y echaran a lavar los que llevaban puestos.

Había pasado poco menos de una hora cuando me interrumpieron unos golpes en la puerta. Era fray Cirilo.

—Faustino, la Guardia Civil está aquí. Quieren hablar con todos los que se alojan en el monasterio. ¿Le importaría bajar un momento?

—Claro que no; ahora mismo voy —dije mientras trataba inútilmente de tranquilizarme. Yo sabía que no había hecho nada ilegal, pero en

cualquier momento podía salpicarme la mierda que me rodeaba.
Mientras apagaba el ordenador y recogía los papeles desparramados sobre la mesa, escuché al monje llamar con insistencia en las habitaciones contiguas.
—¡No están, se han ido los dos!
—¿Cómo que no están? Yo no los he escuchado salir en toda la mañana.
—Pues no están ni ellos ni sus cosas. Le digo que se han largado. ¡Ay, Dios!, que van a ser ellos los ladrones. No han bajado a desayunar, así que se pueden haber ido durante la noche, quizá mientras quemábamos la hierba. Ahora entiendo lo nerviosos que se pusieron ayer cuando les dije que íbamos a llamar a la Guardia Civil ¡Malnacidos! ¡Hijos de Satanás! ¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo han sabido dónde estaba el libro y han podido robarlo sin forzar nada?
Me encogí de hombros. Lo cierto es que no tenía ni idea, pero mucho me temía que no habían dicho una sola verdad desde el día que llegaron.
Abajo esperaba ya el abad junto a una pareja de la Guardia Civil. Uno era el sargento comandante de puesto de Milindrillas del Marqués, que se había dado cuenta de inmediato de la gravedad de lo sucedido. Le acompañaba la guardia más veterana de las dos que nos ayudaron tras el accidente del autobús, la maña. En cuanto llegamos, Cirilo puso a todos al corriente de la desaparición de mis dos vecinos, con lo que, de inmediato, se convirtieron en los principales sospechosos.
—Bueno, tenemos las fichas de Hospedajes con sus nombres, con lo que, al menos están identificados —dijo el sargento.
Sabían también que viajaban en un Ford Fiesta de color gris plata, aunque a nadie se le había ocurrido apuntar la matrícula. Pero para los guardias no sería difícil comprobar si alguno de los dos tenía registrado a su nombre un coche de esas características.
Con aquellos datos y la descripción de los fugados ya podían dar un primer aviso a las patrullas, por si alguna los veía; además, enviarían agentes a buscarlos a sus domicilios. El sargento comunicó también lo ocurrido a sus superiores. Estaba convencido de que aquello iba a traer cola. Sin duda recordaba el follón que se lio en 2011 con el robo

del Códice Calixtino de la catedral de Santiago de Compostela. Si el caso trascendía, mañana estaría en los informativos de todas las cadenas y en las primeras páginas de la prensa. Y, casi con seguridad, los periodistas llegarían al pueblo en busca de carnaza.

—¿Usted no los ha escuchado marcharse? —me preguntó de sopetón el sargento, un hombre alto y delgado de pómulos salientes.

—No, señor, ya le he dicho a fray Cirilo que anoche estuve escribiendo un buen rato después de cenar, y luego he dormido como un bendito toda la noche. No he escuchado nada en absoluto.

—¿Y no ha notado usted ningún detalle extraño en ellos durante estos días, alguna cosa que le haya llamado la atención? ¿No le han dicho los motivos concretos que los trajeron aquí? Porque *se supone* —remarcó las últimas palabras— que usted está escribiendo un libro, pero nadie sabe a ciencia cierta por qué habían venido esos dos.

—En un principio pensé que se trataba de un retiro espiritual, sargento —interrumpió el abad—, han pasado estos cuatro días encerrados en sus celdas, saliendo solo para las comidas, y no a todas, pero si hubiera sido ese el motivo habrían asistido a los oficios religiosos, al menos a algunos, y la verdad es que por la iglesia ni se han asomado. Sin duda hay algo raro en esos dos hombres, estoy convencido.

Se volvieron de nuevo hacia mí. Se suponía que yo era el que más cerca había estado de ellos y casi el único con el que habían hablado. No tenía más remedio que contar lo que sabía. Todo.

—También les pregunté el motivo de su estancia aquí. Me dijeron que uno de ellos se había separado y necesitaba un tiempo para reorganizar su vida y, bueno, que era una historia muy larga de contar.

—¿Una historia muy larga? ¿Y ya está?

—Sí, sargento, pero...

—Pero qué.

—Hay algo más. No creo que tenga nada que ver con el robo, pero he de contarles lo que sucedió la primera noche que pasaron aquí.

Les referí con pelos y señales lo que vi por el ojo de la cerradura de la celda del fondo del pasillo, ante el asombro de los guardiaciviles y el

espanto de los monjes, que se santiguaron repetidas veces durante mi narración.

—Por el amor de Dios. ¡Sodomitas en el monasterio! —exclamó el abad—. ¡En la casa del Señor! ¿Por qué tuvieron que venir aquí a satisfacer sus degenerados instintos?, hay miles de lugares a los que podrían haber ido sin que nadie les molestara, y donde no tendrían que haberse escondido. En esta sociedad enferma cada vez más gente ve esa desviación como normal. ¿Por qué aquí?

—Eso mismo les pregunté yo, pero no me quisieron responder.

—Esto se complica —dijo el sargento resoplando—. Bueno, ya hemos dado cuenta a la superioridad y va a venir personal de Policía Judicial. Ellos son los especialistas y se harán cargo de las investigaciones. Por lo pronto, no quiero que ninguno de ustedes abandone el monasterio. Tanto la biblioteca como las habitaciones de los desaparecidos quedan clausuradas hasta que los expertos saquen huellas o hagan lo que tengan que hacer. ¿Entendido? —Asentimos con la cabeza—. También necesito una relación de todos los monjes y de cualquier otra persona que hubiera podido entrar en la biblioteca últimamente, aunque no haya sido en estos días.

»Por cierto —dijo el sargento, volviéndose desde la puerta de la calle —, desde que hemos llegado estoy notando un olor familiar, pero no termino de saber qué puede ser. Es a humo de algo.

—Sí, sargento, los hermanos han estado quemando esta mañana restos de poda y yerbajos de la huerta —se apresuró a decir el abad.

—Pues eso será —concluyó el sargento, no del todo convencido.

Sobre las doce llegaron otros dos vehículos camuflados con cinco guardiaciviles de paisano, que de inmediato sacaron varios maletines y se enfundaron unos monos de plástico blanco con capucha antes de poner siquiera un pie en el interior del edificio. El abad los acompañó hasta la entrada de la biblioteca, donde se colocaron también guantes de látex y se cubrieron la boca con mascarillas de papel. Aquello se parecía más a un nuevo episodio de la gripe aviar que a una investigación policial, pero había que reconocer que se lo habían tomado en serio. Supuse que con estas precauciones trataban de evitar contaminar la escena del robo.

Mientras tres agentes hacían su labor en la biblioteca, otros dos, más los guardias uniformados, nos acompañaron al comedor, donde se nos tomaron las huellas dactilares a todos: a los frailes, a mí y a Nouradín, que había vuelto como las mañanas anteriores a continuar con la reparación del tejado. El hecho de haber tenido acceso a la biblioteca lo convertía también en sospechoso. El marroquí estaba muy asustado y me confesó que temía que le echaran a él las culpas por ser moro.

También nos tomaron muestras de saliva por si fuera necesario un cotejo del ADN.

—No crean que esto lo hacemos porque sospechemos de ustedes —explicó un guardiacivil—. Lo primero que necesitamos es obtener las huellas de las personas que sabemos que han podido tocar el libro o el armario donde se guardaba. Cuando mis compañeros saquen todas las impresiones dactilares del lugar de los hechos, podremos compararlas y sabremos si hay huellas de otras personas ajenas, es decir, que no deberían estar ahí. Y con las muestras biológicas lo mismo. Más que para encontrar al autor, nos sirven, sobre todo, para descartar sospechosos.

—¿Y cuándo se sabrán los resultados? —preguntó el abad con evidentes muestras de impaciencia.

—Bueno, las huellas dactilares las empezaremos a cotejar nosotros esta misma tarde, con lo que no deberíamos tardar mucho aunque, claro está, todo depende del número de impresiones que localicen mis compañeros. Han de tener en cuenta que entre los monjes, el escritor y el trabajador del tejado, son ustedes diez personas, más los dos huidos, doce. —«Doce personas por diez dedos, ciento veinte, menos el que se le comió el cabrón a Crispín, ciento diecinueve huellas», pensé de forma automática—. Y supongo que aparecerán otras de antiguos monjes o inquilinos. Cotejarlas todas implica un volumen considerable de trabajo y llevará su tiempo. Por lo que respecta a las pruebas de ADN, eso ya no depende de nosotros. Las muestras se remiten a nuestro laboratorio central, en Madrid, que suele estar saturado de trabajo, con lo que, por mucha prisa que se den, siempre van a tardar un poco más.

En circunstancias normales hubiéramos tenido que trasladarnos todos

al cuartel más cercano para que nos tomaran declaración, pero dada la avanzada edad de los monjes y que estos carecían de medios de transporte, los guardias tuvieron la deferencia de hacerlo en el monasterio, lo que nos benefició también a Nouradín y a mí.

Nos llamaron uno a uno al despacho del abad, reconvertido en improvisada sala de interrogatorios. A mí me tocó el segundo, solo después de fray Cirilo. Aquello me hizo pensar que estaba entre los primeros en su lista de sospechosos. Había allí dos agentes de paisano, un hombre y una mujer. Por la forma de hablar, me di cuenta de que era ella la que mandaba, aunque la verdad es que así, sin uniforme, jamás hubiera sospechado que fuera guardiacivil. Con sus grandes gafas de pasta y el pelo moreno con mechas rubias recogido en una corta coleta, me recordaba más a una bibliotecaria que a un mando policial.

—Faustino Polvillo Mangarrán. —Leyó en voz alta el agente masculino mientras examinaba mi DNI—. Nos han dicho que está usted escribiendo una novela. ¿Cómo es que decidió venir a este monasterio?

Les expliqué que en un primer momento no había sido esa mi intención y les conté las circunstancias de mi fallida estancia en Cascajar. También indiqué que podía demostrar con facilidad que lo de acabar en San Acacio fue algo no previsto.

Mis razonamientos parecieron convencerles, con lo que, tras unas pocas preguntas más, dieron por terminado el interrogatorio, aunque me pidieron permiso para registrar mi celda, algo a lo que accedí. No tenía nada que ocultar, y tampoco creí que tuviera otra opción que decir que sí.

Aproveché para enseñar a los agentes que me acompañaron a la habitación la factura del alojamiento en la casa de Apolonio y algunos correos electrónicos que probaban mi reserva en la casa rural un mes y medio antes, y que esta era para dos meses. También les mostré el taco de folios que se suponía que iba a convertirse en mi libro.

—Pues no veo que cuide usted muy bien de su obra, esto es una guarrada —dijo uno de los guardias mientras mantenía en la mano un fajo de folios mordisqueados y manchados de barro seco y verdín.

—Sí, bueno; es una larga historia —respondí yo, sin ganas de dar más explicaciones.

Cuando terminaron conmigo me permitieron volver a mis quehaceres. El interrogatorio del resto les llevó lo que quedaba de la mañana y parte de la tarde, aunque tuvieron que hacer un alto para la comida, a la que también fueron invitados los miembros de la Benemérita.

Tras engullir el menú de fray Liborio en la mitad del tiempo habitual, decidí salir a dar un paseo, más que nada por quitarme del medio. Quizás así pudiera concentrarme más tarde en la escritura. Cuando abandonaba el monasterio me acordé del castillo. Iba a subir a verlo mi primer día en Tornajos, pero la llegada del furgón del panadero había hecho que cambiara de planes. Aprovecharía la tarde para echarle un vistazo.

Ya en el pueblo, y como no se veía ningún sendero que llegara hasta la fortaleza, comencé a subir campo a través. La ladera no era muy empinada, y en aquella tierra abrasada apenas se criaban algunas aliagas y unas pocas matas de romero aquí y allá, con lo que la ascensión era bastante llevadera. Aun así, mi deplorable forma física me obligó a hacer algunas paradas para recuperar el fuelle.

Cuando llegué arriba comprobé que el castillo no solo había sido restaurado a conciencia, sino que también se habían gastado un dineral en embellecerlo y adecuar el entorno para que no desentonara con el edificio. Me planté ante la fachada. Dos pequeños torreones, más decorativos que otra cosa, flanqueaban la amplia puerta de madera barnizada, rematada por un arco apuntado. Delante había una pequeña explanada asfaltada con algunas líneas blancas pintadas en el suelo a modo de aparcamiento. Al pie del muro, unos parterres bien cuidados eran señal inequívoca de que el castillo estaba en pleno uso, es más, al levantar la vista me pareció ver una cara esconderse tras la cortina blanca que cubría una de las estrechas ventanas de la torre del homenaje.

Me disponía a emprender el descenso cuando, por la curva, apareció un coche, en realidad un cochazo, un BMW X-6 nuevecito de color rojo, que frenó justo ante la entrada. Su conductor bajó al verme allí parado y se dirigió hacia mí. Rondaría la cincuentena, aunque bien

llevada; pelo rubio por gracia de la química cosmética y con más dinero en ropa del que yo ganaba en tres meses.

—Buenos días. ¿Quería usted algo? —me preguntó, con más desconfianza que curiosidad.

—No, nada. Estoy pasando unos días en el monasterio y había subido hasta aquí dando un paseo para estirar las piernas. Es un bonito castillo. ¿Es usted el dueño?

—Sí, lo compré hace ya algunos años, aunque entonces estaba en ruinas.

—Qué suerte. ¿Vive usted aquí?

—No; ya me gustaría. Solo puedo venir en vacaciones y alguna vez, de cuando en cuando, para asegurarme de que todo está en orden. ¿Dice usted que está en el monasterio? ¿Acaso va a meterse a monje?

—No, qué va, se trataba solo de encontrar un sitio tranquilo donde poder escribir, nada más —contesté por enésima vez a la recurrente pregunta—. ¿Entonces, el castillo ahora está desocupado?

—Sí, no he venido desde hace un par de semanas. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, por nada. Es que si fuera mío yo no podría vivir en otro sitio, además, tendría miedo de que se me metiera alguien a vivir; ya sabe usted como está el tema de los ocupas. —Él diría lo que quisiera, pero yo estaba seguro de que había visto a alguien en la torre.

—Me alegro de que le guste. Hoy no tengo tiempo, pero si se pasa en otro momento se lo enseñaré encantado.

Le di las gracias por el ofrecimiento, hecho claramente sin ninguna intención de cumplirlo. Volví al pueblo, aunque ahora por la carretera recién descubierta.

Cuando llegaba al monasterio vi varios vehículos en la explanada delantera. Al acercarme más pude identificar el logotipo de Televisión Española en una furgoneta, y junto a ella había otros dos turismos. Estaba claro que la noticia del robo del códice había trascendido.

En aquellos momentos un cámara estaba grabando a una locutora que hablaba al micrófono con el edificio de fondo, mientras que, unos metros más allá, un tipo gordo con una sahariana de camuflaje sacaba también fotos del monasterio.

Tan pronto se dieron cuenta de que iba a entrar en el edificio se acercaron corriendo y comenzaron a preguntarme si era policía o un monje de paisano. De uno de los coches estacionados aún salieron otros dos periodistas, que vinieron también a la carrera hacia mí, uno con una cámara fotográfica y la otra con un cuaderno en la mano. Mientras esperaba a que me abrieran aguanté en silencio el aluvión de preguntas, tal como había visto hacer en la tele a los políticos corruptos.

—Pase, pase, Faustino —dijo Cirilo echándose a un lado para que entrara, a la vez que trataba de impedir que los periodistas se colaran en el edificio—. No sé cómo han podido enterarse tan pronto, pero hace casi media hora que empezaron a llegar. No paran de llamar al timbre y al teléfono. Ya les he dicho que pregunten a la Guardia Civil.

Al pie de la escalinata que subía a la hospedería vi varias cajas y bolsas, y en las escaleras me crucé con fray Daniel, el bibliotecario, que bajaba.

—Buenas tardes, Faustino. Menuda se ha liado ahí afuera. —Parecía de mejor humor que en la biblioteca—. Ya ve, estoy trasladándome de celda. Mucho me temo que va a tener que soportarme usted unos días por aquí. Se ha roto una tubería de nuestro baño y, como mi celda está pared con pared con las duchas, Nouradín la ha tenido que picar para arreglar la fuga. Mañana tapará el agujero cuando vuelva para seguir con las goteras del tejado. Creo que en tres o cuatro días el yeso y la pintura estarán secos y podré volver a mi celda. Espero no molestarle.

—Tranquilo, Daniel, estoy seguro de que no me voy a enterar de su presencia. Además, si le soy sincero, casi prefiero no ser el único inquilino en toda el ala del edificio. Estos pasillos tan antiguos y silenciosos también me dan un poco de respeto. Espere, ya le echo una mano.

Durante la cena comprobé que los monjes mostraban un semblante más relajado, la expresión de sus rostros era por completo diferente a la que tenían por la mañana.

Pero no era más que la calma que precede a la tempestad.

Capítulo XIII

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Los gritos hicieron que me incorporara de un salto en la cama, cegado por la luz de la bombilla que alguien acababa de encender. No sabía ni dónde me encontraba.

—¡Auxilio! ¡Venga por favor!

—¿Qué pasa, Cirilo? ¿A qué vienen esas voces?

—¡Corra, fray Daniel ha desaparecido!

—Bueno, habrá ido al aseo; yo qué sé. No creo que sea para tanto.

—No, Faustino, levántese, tiene que ver esto. ¡Está todo lleno de sangre!

—¿Sangre? ¿Está seguro? —Aquello me despejó de golpe.

—¡Venga, compruébelo usted mismo! ¡Ay, Dios mío!

Me levanté a toda prisa y salí detrás del monje. En el pasillo, un par de metros antes de la celda ocupada por fray Daniel, ya pude ver algunas gotas oscuras sobre el suelo de madera. Pero no estaba preparado para lo que encontré en el interior de aquella habitación. Grandes manchas rojas se repartían por las sábanas y salpicaban el suelo. Incluso la pared contra la que estaba apoyada la cama tenía un chorretón rojo oscuro, casi marrón, que moría en la manta. Era evidente que allí había ocurrido una desgracia.

El sordo rugido que brotó de mi abdomen sobresaltó al anciano, que me miró alarmado.

—Per… perdón; son mis tripas.

Un momento después llegaba el abad seguido de otros dos monjes, alertados por los gritos de fray Cirilo. Se santiguaron repetidas veces, horrorizados ante la escena que tenían delante.

—¡Jesús, María y José! —exclamó el abad—. Pero ¿qué ha pasado aquí? ¿Dónde está fray Daniel?

—¡Ay, padre! Creo que se lo han llevado. Antes de subir he visto algunas gotas junto a la puerta de la calle. Entonces he creído que sería agua y me ha extrañado, pero mucho me temo que sea sangre también. Además —dijo señalando unas sandalias al pie de la cama—,

nadie se va por ahí descalzo en plena noche por su propia voluntad.
—¿Llevárselo? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó el abad, sobrepasado por los acontecimientos—. Esto es de locos, primero el códice, luego los sodomitas y ahora esto. ¿Qué está pasando aquí?
—¡Huelo a cabrón! Os lo dije y no me hicisteis caso. Lucifer está entre nosotros y aquí tenéis otra prueba de su maldad. —Fray Serapio llegó en ese preciso momento vistiendo tan solo unos calzoncillos largos hasta los tobillos aunque, eso sí, con el cuello bien abrigado con una bufanda de lana verde. Mientras hablaba a gritos, los huevos que tenía por ojos alternaban la dirección de la mirada entre las manchas de sangre y mi persona. Me dio la impresión de que podía moverlos de forma independiente, como los camaleones.
—Por favor, que alguien se lleve de aquí a este hombre antes de que él coja una pulmonía y yo acabe igual de loco —dijo el abad con cara de hastío.
—¡El Maligno está entre nosotros! ¡Arrepentíos de vuestros pecados! ¡El final se acerca! —gritaba el monje mientras fray Ignacio se lo llevaba, casi a rastras, escaleras abajo.
Cuando volvió el silencio, el abad continuó.
—Voy a llamar de nuevo a la Guardia Civil.
—Padre, quizás antes deberíamos asegurarnos de que el hermano Daniel no está en el monasterio. Podría estar enfermo o haber sufrido un accidente y haberse desorientado, o estar desmayado en cualquier rincón —dijo fray Cirilo.
—Es verdad —contestó el abad, que parecía haberse recuperado un poco del impacto inicial—. Venga, todo el mundo a registrar el edificio, y no quiero que queden por revisar ni las tumbas de la cripta.
Avisaron al resto de la comunidad, y los hombres se dispersaron por pasillos y salas. Un par de ellos salieron a recorrer el huerto y los invernaderos, otros dos se encargaron de la iglesia. Incluso se inspeccionó a conciencia la buhardilla, que hasta hacía un par de días se había utilizado como secadero de la marihuana, con cientos de plantas colgando de sus vigas de madera.
Pero todos nuestros esfuerzos fueron en vano. No encontramos al monje, ni tampoco el más mínimo vestigio que pudiera darnos alguna

pista sobre su desaparición. Bueno, teníamos el rastro de sangre, seguido por el abad y yo mismo hasta la calle. Pudimos comprobar que las gotas marrones continuaban, más espaciadas, eso sí, atravesaban la explanada frente a la fachada del monasterio y llegaban hasta el comienzo del camino asfaltado que conducía al pueblo. Allí desaparecían.

Por suerte, a aquellas horas no había ningún periodista. Habría resultado muy complicado justificar la presencia de la sangre.

—Aquí termina el rastro —se lamentó el abad—. Puede que taponaran la herida de fray Daniel.

—O que lo subieran a un vehículo —añadí yo.

—Pobre hombre. ¿Qué le habrán hecho, y por qué?

—Padre, ¿cree usted que esta desaparición puede tener algo que ver con la del códice?

—Yo ya no sé nada, Faustino; cada día estoy más confuso. —El monje volvía a sentir sobre sus espaldas el peso de la responsabilidad que tenía sobre su pequeña congregación. De él se esperaba que la cuidara y defendiera, pero los últimos sucesos mostraban a las claras que no estaba haciendo bien su trabajo—. Avisaré a la Guardia Civil. Lo que nosotros podemos hacer ahora es muy poco, solo rezar por él.

Me vino entonces a la cabeza el episodio de *El nombre de la rosa* en que fray Berengario desaparece de su celda dejando unas manchas de sangre y un escalofrío recorrió mi espalda; en la novela, encuentran al monje asesinado.

Cuando el abad volvió del teléfono, repartió de nuevo a los monjes para que registraran por segunda vez el monasterio, más que nada por tenerlos ocupados en algo. Yo mismo acompañé a fray Ignacio en la búsqueda por todas las celdas de la hospedería y las del ala que estaba en desuso. Otros diez cuartos minúsculos, similares a los que ocupaba la comunidad actual, pero que llevaban muchos años vacíos.

De nuevo mis tripas volvieron a rugir y a retorcerse bajo mi piel como si un alien estuviera a punto de surgir de mis entrañas. Me detuve en seco.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el monje.

—Sí, no se preocupe. Es un problema que tengo desde hace muchos

años. Las situaciones de tensión me afectan al vientre.
En realidad era más que eso. Según me decía mi madre, desde niño los nervios se me iban al estómago, pero con la edad el problema se había ido agravando, y después de los retortijones podía pasar cualquier cosa, desde una simple flatulencia a una diarrea repentina o todo lo contrario, un contumaz estreñimiento. El episodio más grave me sobrevino un par de años atrás, cuando nos comunicaron el primer ere en la constructora para la que trabajaba hasta hacía unos días. La expectativa de quedarme en la calle contrajo mis esfínteres durante más de tres semanas, en las que engordé cuatro kilos por la retención de sólidos. Llegó un día en que ya no podía ni levantarme de la cama, y mi mujer decía que no sabía si llamar a una ambulancia o a una cuba de vaciar fosas sépticas. Para colmo de males, a los retortijones se unieron ya hace tiempo ataques de tartamudez, más graves cuanto mayor fuera la tensión que me tocaba soportar. Este fue el motivo concreto por el que no superé las pruebas de acceso a la Policía; aprobé el examen teórico con muy buena nota, pero cuando llegué a la entrevista personal, los nervios me jugaron una mala pasada. Me encasquillé y, para mi desesperación y la del examinador, en un cuarto de hora tan solo fui capaz de decir mi nombre, mi edad y que había nacido en Castellón.
—Cuando acabemos la búsqueda le puedo dar un poco de vino de hinojo —dijo el monje—. Es mano de santo para los gases, y lo hago yo en una pequeña destilería artesanal que monté junto a la cocina.
Se lo agradecí mientras trataba de mantenerme erguido a pesar de los pinchazos en el vientre.
—Pero lo primero ahora es encontrar a Daniel. Pobre hombre. ¿Dónde estará? —concluyó el monje con gesto de preocupación.
Abrimos todas las celdas, pero era evidente que, aparte de los que nos habían precedido un rato antes en la búsqueda, allí hacía mucho tiempo que no entraba nadie. Las puertas estaban medio atascadas, y una gruesa capa de polvo cubría el suelo y los escasos muebles que no habían sido reaprovechados en otras dependencias. Por supuesto, no encontramos a fray Daniel ni ningún indicio que pudiera ayudarnos.
Cuando terminamos, bajamos al claustro. Allí se iban reuniendo los

otros monjes conforme acababan de registrar las zonas que el abad les había asignado. Hablaban entre ellos casi en susurros, pero sus rostros y el movimiento de sus cabezas mostraban a las claras que habían tenido el mismo éxito que nosotros. Fray Serapio me echaba algunas miradas de reojo, pero no se acercó a mí en ningún momento. Pronto estuvimos todos. Ni rastro del bibliotecario. La única pista seguía siendo las gotas de sangre que llevaban hasta la calle. Era evidente que nosotros no podíamos hacer más.

Pese a ser hora de trabajo, los monjes se retiraron para rezar. Podía ver el miedo reflejado en los rostros de todos y cada uno de ellos. Yo me quedé allí, solo, de pie en medio de aquel cuadrilátero cargado de historia desde cuyos capiteles las figuras esculpidas parecían mirarme y cuchichear entre ellas. Caí en la cuenta de que no habían pasado ni diez días desde mi llegada al monasterio, pero era como si llevara allí meses. Repasé en mi cabeza todo lo que había ocurrido en tan escaso intervalo de tiempo: el incidente con las cabras, el descubrimiento de la plantación de maría, el robo del códice, mis problemas con Serapio, la fuga de mis vecinos de alojamiento y ahora esto, un monje que desaparece dejando un reguero de sangre. Aquello era de película. Me quedé un momento pensativo.

—¡Mierda! —exclamé en voz alta antes de taparme la boca mientras miraba alrededor. ¡Quizá no podía rodar una película, pero sí escribir una novela! Llevaba días estrujándome el seso para sacar adelante una historia que, a pesar de los avances, no conseguía encarrilar del todo, cuando tenía ante mis narices material más que suficiente para una novela estupenda. Me dirigí hacia mi celda casi corriendo. Lo había decidido. Ahora mismo aparcaría todo lo escrito hasta el momento y comenzaría de nuevo desde cero otra historia basada en los acontecimientos que estaba viviendo allí. Pasar de una novela histórica a otra policíaca suponía un cambio bastante radical, pero un verdadero escritor ha de saber identificar una buena trama cuando se le presenta. Y esta lo era, y mucho.

Esta vez vinieron más guardiaciviles que el día anterior. No tenía la misma relevancia el robo de un libro, por valioso que fuera, que la desaparición de una persona, y más en las preocupantes circunstancias

en que se había producido esta.
Los agentes volvieron a registrar todo el monasterio de arriba abajo. Yo temía que descubrieran la marihuana escondida en la cripta; aquello, no solo habría puesto en una situación más que delicada a los monjes, sino también a mí.
Con tanto trajín y tantos asuntos rondándome la cabeza resultaba muy difícil concentrarse en el comienzo de la nueva novela. Necesitaba construir un argumento y un hilo conductor que diera estructura a la historia, pero no era capaz de encontrarlo. Tenía muchos sucesos, muchos datos sueltos, y ahora debía organizar todo aquello de una forma coherente. Por eso, en vez de quedarme encerrado en mi cuarto, me dediqué a pasear por el monasterio observando el trabajo de los guardias. Me vendría bien ver cómo actuaban para luego poder describirlo en mi obra.
Había varios agentes en la celda de fray Daniel, todos enfundados en sus monos blancos, pero no permitieron ni siquiera que me acercase, con lo que bajé a la planta baja. Cada gota de sangre hasta la calle había sido numerada con una etiqueta blanca y fotografiada. Cuando llegué al pie de la escalera vi a un agente tomando una panorámica hacia la puerta, en la que se podía apreciar a la perfección la trayectoria que dibujaban en el suelo las pequeñas manchas marrones.
También trajeron un perro de rastreo, un precioso labrador de color canela, que siguió la pista del monje hasta el mismo borde de la explanada. Perdió el rastro justo donde terminaban las gotas de sangre. Aquello parecía confirmar nuestra hipótesis de que lo habían introducido en un vehículo.
Otros dos guardias entraron en la iglesia; al verlos me colé tras ellos. Dentro el ambiente era casi irrespirable. El olor a incienso resultaba más que excesivo, pero, aun así, el incensario colgaba de sus cadenillas, encendido y humeante, balanceándose con lentitud bajo el soporte metálico y extendiendo una suave neblina por el recinto. En un primer momento me extrañó tanto derroche; el incienso es caro y la situación económica de la comunidad no era en absoluto boyante. Pero pronto comprendí el motivo: las plantas de marihuana estaban escondidas en la cripta y, como yo mismo había podido comprobar

días antes junto al refectorio, desprendían un fuerte olor que los guardias conocían muy bien. Con el incienso trataban de enmascarar el delatador aroma de las plantas.

—Oiga, ¿es normal este pestazo? —preguntó uno de los guardias mientras se tapaba las narices. Dudé un instante antes de improvisar una respuesta más o menos creíble.

—Los monjes queman incienso en las ceremonias y, como se pasan el día rezando, es normal que huela un poco —dije tratando de quitar importancia al asunto.

—Es que esto no es un poco. Aquí no hay quien respire.

—Bueno —añadí—, como han redoblado sus rezos pidiendo la aparición de fray Daniel, quizá también hayan aumentado la cantidad de incienso que queman. A modo de ofrenda, ya me entiende.

—Pues no, no lo entiendo; pero si usted lo dice —añadió el otro guardia. Echaron un vistazo rápido y salieron al claustro con evidentes ganas de respirar aire puro.

Poco después me llamó el abad. Iban a interrogarnos a todos para ver si podíamos aportar alguna información útil sobre la desaparición. Como yo dormía más cerca de su celda que nadie sería el primero en prestar declaración.

En el despacho del abad me esperaban los mismos dos guardiaciviles de paisano que me habían interrogado el día anterior: la capitán Mascaró y el sargento Cornejo. Me pidieron que me sentara frente a ellos y me hicieron más o menos las mismas preguntas que en la anterior ocasión, cuando los desaparecidos eran el códice y mis compañeros de hospedería. Recibieron, poco más o menos, las mismas respuestas, aunque a causa de mi tartamudez tardé el doble. Les dije que después de la cena escribí durante un par de horas y luego me acosté sin escuchar nada extraño en toda la noche, ni voces ni golpes, nada en absoluto, hasta que fray Cirilo me despertó por la mañana con sus gritos.

—Pues no tiene usted el sueño muy ligero… —dijo la capitán, suspicaz—. Por lo que veo no se despierta usted ni aunque le explote una bomba debajo de la cama.

Para la hora de la comida todos habíamos pasado por el trance de las

preguntas y los agentes volvieron a abandonar el monasterio. Me asomé con discreción por la ventana. Además de los tres vehículos de la Benemérita, había otros dos con logos de medios de comunicación. Los periodistas habían regresado hacía ya rato, así que, cuando los agentes salieron, varios redactores los rodearon interrogándoles con insistencia mientras una cámara de televisión grababa la escena. Escuché que solo preguntaban por el libro, lo que significaba que aún no se habían enterado de la desaparición de fray Daniel. Los guardias montaron en sus vehículos sin contestar y se marcharon. Poco después, ante la total falta de actividad, los periodistas hicieron lo mismo. En la salida de la explanada se cruzaron con otro coche que llegaba en aquel momento y que paró delante de la puerta del monasterio. De él se bajó una mujer de larga melena rubia.

Escuché la campanilla de la entrada sonar una y otra vez. Bajé en el momento en que fray Cirilo abría.

—Buenos días, hermano, soy Raquel Raposa, del periódico *Mi Mundo*. Nos han llegado noticias de que ha desaparecido un monje. ¿Qué me pueden decir sobre el caso? ¿Está relacionado con el robo del códice?

—Lo siento, señorita, pero no sé de qué me habla. Aquí solo han robado un libro. Si quiere información diríjase a la Guardia Civil.

—¡Los lectores tienen derecho a conocer lo que está pasando en este monasterio! Sabemos que ha habido un secuestro o algo peor.

—Disculpe. No tengo más que decir.

—¡No pueden ustedes ocultar algo así! ¡La vida de una persona puede estar en peligro y tienen el deber de decirle a la ciudadanía lo que ha ocurrido!

Cirilo consiguió cerrar el portalón pese a las quejas de la mujer, que no cejaba en su obstinado interrogatorio.

—No sé cómo ha podido enterarse —me dijo el monje—. La capitán Mascaró nos insistió en que mantuviéramos en secreto la desaparición de fray Daniel para evitar entorpecer la investigación.

Tras la marcha de los guardiaciviles, una relativa calma retornó a la comunidad, aunque había algo extraño flotando en el ambiente. Era como si el aire a mi alrededor se hubiera tornado más espeso y difícil de respirar; lo sentía opresivo, asfixiante. Llegué a la conclusión de

que eran el miedo y los remordimientos, que atormentaban la conciencia de los monjes, sabedores de que habían actuado mal cultivando marihuana para los traficantes. Lo que ninguno alcanzábamos a discernir era de qué manera podían relacionarse los hechos que se estaban sucediendo, porque parecía claro que debía de haber algún tipo de conexión entre ellos.

La vida en el monasterio tiene su propia velocidad. Todo se desarrolla a un ritmo constante e invariable día tras día, mes tras mes; pueden pasar muchos años sin que nada altere ese agradable discurrir del tiempo. Pero, de repente, todo aquel mundo se había puesto patas arriba. Estaba convencido de que en la última semana se habían producido allí más acontecimientos que en los diez años anteriores, y aquello había roto la mecánica armonía que envolvía la existencia de los monjes.

—Dios nos está castigando. —Me sobresalté al escuchar la voz tras de mí. Era fray Cirilo —. Esto es un castigo del Señor por apartarnos del camino recto de la virtud y caer en el pozo del vicio. Esa hierba es obra del diablo, y nosotros hemos caído en su sucia trampa. Por una vez el hermano Serapio tiene razón.

—No sea tan duro consigo mismo, Cirilo. Me dijo usted que todos mejoraron de sus dolencias fumando el cannabis.

—Ese es el cebo que nos pone el Maligno. Nos alivia los males del cuerpo, pero nos enferma el alma. Hay quien ha usado de esa planta mucho más de lo que sus achaques precisaban, y en más de una ocasión he visto a algún hermano al que le costaba aguantarse la risa en el refectorio o, lo que es mucho más grave, durante los oficios sagrados. Como le dije el otro día, yo hace tiempo que decidí no usarla. Le diré por qué: si he de padecer sufrimientos será porque Nuestro Señor así lo quiere. No haré trampas para evitar esos padecimientos que, quizá, solo sean una prueba que el Altísimo me envía. Si ese es el precio que he de pagar por estar a su lado durante la vida eterna, pequeño me parece—. El monje se marchó cabizbajo y con sus andares bamboleantes.

Era la hora de la comida, que discurrió con la pesada sombra de la sospecha muy presente para todos. En varias ocasiones descubrí

miradas furtivas dirigidas hacia mi persona, y ahora no solo ya de fray Serapio. Creí ver alguna forma de acusación o reproche en ellas. No los culpé. Los episodios que estaban sacudiendo la tranquila existencia de aquella comunidad habían comenzado justo con mi llegada. Era comprensible que más de uno considerara que yo tenía alguna responsabilidad en ellos, con o sin la ayuda del diablo.

Capítulo XIV

Tras la comida paseé un poco por el claustro, aunque sin mezclarme con los monjes, meditando en silencio sobre los sucesos que estaba viviendo y preguntándome de qué manera podría convertirlos en una historia atractiva. De pronto apareció el abad, que al verme se dirigió hacia mí con paso decidido.

—Los han encontrado —me dijo sin más preámbulos—. La Guardia Civil ha localizado a los dos inquilinos que desaparecieron tras el robo del códice. Pero, por lo que dicen, no creen que tengan relación con la sustracción del libro.

—¿Y cómo están tan seguros? Es mucha casualidad que se produjera el robo y ellos se largaran a escondidas. A mí no me parece normal. Vamos, algo tendrían que ocultar para actuar así, digo yo.

—Sí, en eso tiene usted razón. Huyeron cuando dije que iba a llamar a la Guardia Civil, pero por otros motivos. Según me ha comentado la capitán Mascaró, nos engañaron para alojarse en la hospedería; la documentación que enseñaron era falsa. Al final resulta que no eran unos invertidos, en realidad el tal Mario es una mujer llamada Sonia. Llegaron hasta el monasterio huyendo de su marido, que es comandante de artillería. Carlos ocupa un puesto de concejal por Podemos en el ayuntamiento de Barcelona, y por lo visto allí se le conoce bastante por sus posiciones antimilitaristas y porque hace años, en una manifestación contra la guerra en Irak, le fotografiaron en pelotas, a cuatro patas y con un clavel en el culo que, incluso, fue portada de no sé qué periódico. Imagínese la situación.

»La cosa es que se enamoraron, pero ella no se atrevió a confesárselo a su esposo que, al parecer, es célebre en su cuartel por la mala leche que se gasta. Así que decidieron largarse por las buenas, y se les ocurrió que este monasterio sería el lugar perfecto para esconderse hasta que las cosas se tranquilizaran y pudieran iniciar una nueva vida juntos.

—Aun así, ¿están seguros de que no tuvieron nada que ver con el robo del códice? —insistí yo—. Sigo pensando que es demasiada

coincidencia, ¿no cree usted?
—Bueno, por lo que me dice la Guardia Civil parece que han dicho la verdad. Además de asegurarse de que no llevaban el libro con ellos, han comprobado toda su historia al detalle, y parece que es verídica en todo, comenzando por lo del artillero cornudo. No han encontrado ningún indicio de que supieran siquiera de la existencia del códice antes de que se produjera el robo. De todos modos, me han dicho que continuarán las pesquisas antes de descartarlos al cien por cien.
—Pues no sé si alegrarme o no de que estos dos no tengan nada que ver con el robo. Al menos antes teníamos dos sospechosos. Ahora estamos como al principio, el libro no ha aparecido y los sospechosos volvemos a ser todos nosotros, sobre todo yo.
—Así es, hijo, así es.
Volví a mi cuarto, pero no hubo pasado ni una hora cuando llamaron a la puerta. Los guardias civiles me requerían de nuevo.
—¿Podemos hablar un momento con usted? —preguntó el sargento Cornejo, el mismo que me había interrogado por la mañana. Lo acompañaba otro agente, también de paisano.
—Sí, claro. ¿Se les olvidó algo esta mañana?
—No, si esta mañana hubiéramos sabido que sus huellas estaban en los efectos del monje desaparecido, le puedo asegurar que usted hubiera venido con nosotros, pero detenido.
—¿Có… cómo dice? ¿Mi… mis huellas?
—Nada más llegar a la comandancia hemos comenzado a cotejar las impresiones dactilares que habíamos recogido en el dormitorio y la primera que hemos identificado ha sido una suya. ¿Puede explicarnos a qué fue usted a la celda del desaparecido?
—Yo… yo no he ido nunca al cuarto de fray Daniel, so… solo cuando me avisaron de que había desapa… parecido, y no toqué nada, se lo a… aseguro.
—Entonces, ¿cómo explica que hayamos encontrado sus huellas entre las pertenencias del monje?
—Pu… pues no tengo ni idea, pero les repito que antes de la desaparición yo no, ha… había entrado en esa habitación.
—Me temo que va a tener usted que acompañarnos.

—Pe… pero si yo no he hecho nada. ¿De verdad me van a de… detener? —pregunté incrédulo mientras notaba cómo mis manos comenzaban a temblar.

—Bueno, eso depende de usted. Lo mejor para todos sería que nos acompañara de forma voluntaria para intentar aclarar el asunto. Si se niega vendrá también, pero en calidad de detenido. Usted decide.

La inesperada situación había resucitado mi tartamudez, acompañada ahora por retortijones y rugidos intestinales, tan violentos que hasta asustaron a los agentes de la Benemérita.

—Pe… perdonen un momento —dije con una mano sobre mis tripas, que parecían haber cobrado vida propia y se retorcían y palpitaban sin cesar.

Tuvimos que esperar casi diez minutos hasta que mis entrañas se tranquilizaron un poco.

Ante las nulas opciones que se me presentaban, cogí una chaqueta y salí con ellos. En la calle, aparte del coche oficial, solo había otro de color amarillo con una pegatina de una empresa de alquiler, era el de la periodista rubia, que nada más abrir la puerta salió del coche, vino hacia nosotros y retomó su interrogatorio con vehemencia. Me cubrí la cara con las manos de manera discreta. Solo me faltaba que me fotografiaran y saliera en los periódicos o en la tele.

—¿Por qué han vuelto? ¿Saben ya dónde está el desaparecido? ¿Quién es ese hombre que les acompaña? ¿Es un sospechoso? Por favor, digan algo.

—Joder y qué tía más pesada —dijo el sargento, mientras la chica se montaba en su coche y salía detrás de nosotros.

Pero yo ya no pensaba en periodistas, ni en las rubias ni en los morenos. Estaba asustado de verdad. Mientras me trasladaban hasta Milindrillas seguí dándole vueltas a lo que me habían dicho, pero no lograba encontrar explicación. Apenas me había asomado a la habitación de Daniel cuando me avisaron de su desaparición, y no había tocado sus cosas, de eso estaba seguro. ¿Cómo iban a estar entonces mis huellas allí? Llegué a pensar en la posibilidad de que el verdadero responsable de la desaparición de fray Daniel y del robo las hubiera puesto allí de algún modo para incriminarme.

Veinte minutos después aparcábamos delante del mismo cuartel que ya conocía de la tarde de mi llegada.

Entramos en un pequeño despacho, ocupado en más de la mitad de su superficie por una mesa de madera cubierta de papeles hasta no dejar apenas sitio para un ordenador que quizá fuera moderno un par de décadas atrás. Me senté y me volvieron a formular las mismas preguntas de la mañana, que yo contesté de idéntica forma. Me insistían y yo volvía a negar una y otra vez, obstinado. No había estado jamás en la celda del monje, ni en la que ocupaba cuando desapareció ni en la suya original, más allá de echar un vistazo desde la puerta, con lo que era imposible que mis huellas estuvieran allí.

—Mire, Faustino —dijo el sargento Cornejo—, llevo más de veinticinco años en la Guardia Civil y hace mucho que dejé de creer en las casualidades así que no creo que sea casualidad que el inicio de los problemas haya coincidido con su llegada al monasterio. Jamás habíamos sido requeridos allí para nada, y ahora, de pronto, en solo tres días, se suceden el robo de un libro valiosísimo y la desaparición de un monje. Eso sin contar el extraño incidente que ocurrió en la carretera el mismo día en que usted apareció por aquí. ¿Casualidad?

—Yo lo ú... único que puedo decir es que no tengo na… nada que ver ni con una co… cosa ni con la otra; y menos aún con lo de la carretera; casi nos ma... matamos.

—Verá —dijo el sargento con los brazos apoyados en la mesa y su cara a un palmo de la mía—, le voy a decir lo que creo que ocurrió. Bueno, no lo creo, estoy convencido. Usted, era muy consciente de que su puesto de trabajo estaba en el aire, y cuando fray Cirilo le enseñó el códice, se le ocurrió una manera rápida y fácil de conseguir una buena suma de dinero que asegurara su futuro. Aún no sé exactamente cómo pudo hacerlo, pero se las arregló para entrar en la biblioteca, abrir el armario y robarlo. Cuando fray Daniel tuvo que cambiarse de celda, descubrió que era usted el ladrón, así que, para que no lo delatara, se lo cargó y se deshizo del cadáver. —Se quedó en silencio, estudiando mi reacción, mientras yo negaba con la cabeza una y otra vez—. Ahora, lo mejor para todos, sobre todo para usted, será que confiese dónde está el cuerpo del monje. Se lo digo por su bien; háganos un

favor y, sobre todo, hágaselo a usted mismo: no alargue más esta situación. Cuanto antes confiese lo que ocurrió, más benévolo será el juez.

—Yo… yo no he hecho nada, y menos ma… matar a nadie. —Estaba cada vez más asustado, y a pesar de que allí hacía frío, notaba que la cara me ardía y algunas gotas de sudor corrían por el centro de mi espalda.

De repente recordé algo.

—Es… esperen un momento, creo que sé lo que pu… pudo pasar. ¿Las huellas estaban en una bo… bolsa grande de plástico? —Los dos guardias me miraban sin intención de contestar—. Verán, me… me acabo de acordar de que anteayer encontré a fray Da… Daniel mudándose a la celda de la hos… hospedería. Iba muy cargado y me ofrecí a echarle u… una mano. Le subí una bolsa a… azul; pesaba mucho y me ayudé con la ma… mano izquierda sujetándola por debajo —dije colocando las manos en la forma que indicaba—. Se la de… dejé en la puerta. Ni siquiera llegué a en… entrar a la habitación.

Los guardias se miraron un instante y salieron. Les escuchaba hablar en voz baja en el pasillo. Luego dejé de oírlos durante más de un cuarto de hora, tiempo que pasé mirando, nervioso, los papeles clavados con chinchetas en dos grandes paneles de corcho fijados en las paredes del despacho —«Nueve en el de la izquierda y doce en el de la derecha; las dos cifras múltiplos de tres»—. Las fotos de desaparecidos y de los delincuentes más buscados se alternaban con instrucciones a seguir en caso de denuncias por violencia de género, horarios de servicio y normas sobre las vacaciones. Cuando ya no me quedaban uñas que comerme volvieron a aparecer mis interrogadores. Contuve la respiración.

—Hemos hecho algunas comprobaciones y lo que usted nos dice parece encajar bastante bien con la forma en que las huellas están situadas. Lo vamos a llevar de nuevo a Tornajos, pero le pedimos que, por ahora, no abandone el monasterio sin avisarnos. Es muy posible que necesitemos hablar de nuevo con usted.

Solté el aire, aliviado.

Al salir del acuartelamiento nos encontramos otra vez a la periodista

rubia, que volvió de nuevo a la carga, asediándonos con las mismas preguntas. Yo la esquivé como buenamente pude. Estaba empezando a resultar cargante.

Me dejaron en la explanada, frente al monasterio, y se fueron. Entré deprisa antes de que me alcanzara la reportera, que nos había perseguido con su coche y llegaba justo en el momento en que fray Cirilo abría la puerta. El monje me acribilló a preguntas. También el abad salió a interrogarme, pero lo único que yo deseaba en aquellos momentos era subir a mi cuarto y estar un rato solo. El abad dijo que lo comprendía. Estoy convencido de que él creía de verdad en mi inocencia.

Aunque el peligro parecía haber pasado, al menos de momento, estaba asustado de verdad. Ahora era de manera oficial sospechoso del asalto a fray Daniel y, por extensión, del robo del códice.

Me tumbé en la cama y cogí el teléfono móvil. Con las prisas me lo había dejado olvidado en la mesita cuando me llevaron al cuartel. Mierda, tenía tres llamadas perdidas de Lola. Aquello no era una buena señal. Desde que había salido de casa nos habíamos estado comunicando de forma regular cada dos o tres días mediante breves correos electrónicos, el último la tarde anterior. ¿Qué querría? Deseé que no hubiera tenido otro encontronazo con mi madre y, sobre todo, que no hubiera ocurrido ninguna desgracia, otra más sería demasiado. Pulsé para devolver la llamada, pero no me dio tiempo a abrir la boca.

—¿Se puede saber en qué follón andas metido? No hace ni dos semanas que te has marchado y me llama la Guardia Civil haciéndome un montón de preguntas sobre nosotros. Que si tenemos problemas económicos, que si te gustan los libros viejos, que si sabía dónde habías reservado el alojamiento. Incluso me han preguntado si eres de Podemos o si tienes amigos o amigas en el ayuntamiento de Barcelona. ¿Qué amigas tienes tú por ahí para que la Guardia Civil me pregunte por ellas?

—Mira, Lola, yo no he hecho nada, es solo que ha desaparecido un monje en el monasterio donde estoy alojado y…

—¿Cómo que un monasterio? ¿Qué coño haces tú en un monasterio? No me dijiste nada de un monasterio, te ibas a una casa rural; me lo

repetiste mil veces.
—Sí, mujer, pero al final tuve que mudarme porque…
—Ni mujer ni leches. No te irás a meter a monje, ¿verdad? Lo sabía, sabía que eras un tragahostias. Mira que me lo advirtieron. Pues te digo una cosa, vuelves a casa rapidito o igual cuando regreses te encuentras la cerradura cambiada. ¿Te queda claro? —Y colgó.
Ahora sabía lo que habían hecho mis interrogadores en el rato que me dejaron solo. También podían haberme dicho que habían llamado a mi mujer. Me hubieran evitado el susto y habría tenido tiempo de prepararme.
Me eché pensativo sobre la cama. ¿Cuándo se torció nuestra relación? Llevamos quince años casados, más otros tres de novios. Recordé cómo nos conocimos en la Nochevieja de 2000. Coincidimos en una discoteca de Benicàssim; yo llevaba en el cuerpo cinco o seis cubatas y ella por lo menos el doble. Bailamos juntos, si es que a mis movimientos espasmódicos podía llamárseles baile. Ella se reía y yo me enamoraba con cada carcajada. Acabamos en el mirador de Oropesa del Mar, viendo amanecer los dos desnudos en mi coche. Yo la miraba de reojo. El que iba a ser el primer polvo del año había resultado el primer gatillazo. A ella no pareció importarle y aquella misma tarde volvimos a vernos. Antes de que nos diéramos cuenta salíamos juntos.
De ella me gustaba su alegría, su espontaneidad y, qué leches, que estaba muy buena. Yo había salido antes con unas cuantas chicas, pero he de reconocer que ninguna de su nivel. Nunca supe qué fue lo que a ella le gustó de mí, si encontró algo no me lo dijo. Reconozco que no soy la alegría de la huerta ni un portento intelectual, y mi físico quizás en aquellos tiempos se llevara un aprobado raspado, hoy ni eso.
Lola había tenido bastantes novios antes. Supongo que conmigo buscaba una cierta estabilidad, pero pronto se cansó. Le faltaba una marcha que yo era incapaz de darle. Para colmo de males, nada más casarnos me enteré de que ella no podía tener hijos; a los diecinueve años le habían practicado un aborto en una clínica ilegal y fue tal la carnicería que la dejaron estéril. La muy cabrona me lo había ocultado. No es que tenga yo el sentido de la paternidad demasiado

desarrollado, pero jode que tu pareja te mienta de ese modo en una cosa tan importante.

Y aún hay algo más. Aunque nunca he disfrutado de un éxito arrollador con las mujeres, tampoco he tenido mayores problemas para relacionarme con ellas. Si me pongo, hasta puedo llegar a ser ingenioso y caer en gracia a alguna que ande un poco necesitada. Ahí está, sin ir más lejos, la nueva limpiadora de la oficina, Merche. Aunque bastante mayor que yo y reconozco que no muy agraciada, su interés por mí salta a la vista. Sin embargo, con Lola siempre ha sido distinto; mis amigos me dicen que soy como Jekill y Hyde; un tipo normal si estoy con otra gente, que se transforma de manera radical cuando mi mujer está delante. La diferencia está en que, en vez de en un asesino implacable, ante Lola me convierto en un pasmarote.

Han sido muchas las ocasiones en que me he propuesto terminar de una vez por todas con esta situación y plantarle cara; a veces, incluso, consigo aguantar el tipo durante un buen rato en nuestras batallas dialécticas, pero aunque en estas broncas suelo ser el que dice las últimas palabras, la mayoría de las veces estas son: «Sí, cariño».

Ahora nuestra relación pasa por un momento especialmente delicado; no me extrañaría que cualquier día me pidiera el divorcio. No sé, quizá sea lo mejor. Es más, cada día que pasa me estoy planteando más seriamente adelantarme y ser yo quien dé el primer paso. Reconozco que me gustaría ver la cara que pone Lola al escuchar que soy yo quien la deja a ella.

En fin, no sé lo que va a pasar con nuestra relación, pero es evidente que no podemos continuar así de manera indefinida; estoy decidido a buscar una solución tan pronto vuelva a casa. Lo que tenga que ser, que sea, y cuanto antes mejor.

Intenté apartar aquellos pensamientos de mi cabeza, ya habría tiempo cuando todo esto se solventase. Ahora debía concentrarme en el presente. Si conseguía arrojar luz sobre los misteriosos acontecimientos que se sucedían en el monasterio, también alejaría las sospechas de mi persona. Y decidí que no iba a esperar a que lo hiciera la Guardia Civil por mí, entre otras cosas porque ellos estaban convencidos de que era el culpable; ya iba siendo hora de que le

echara narices y me enfrentara de cara a mis problemas. Me vino entonces a la mente mi admirado fray Guillermo de Baskerville, el protagonista de *El nombre de la rosa*. Como él, me hallaba ante el dilema de resolver una serie de misterios que aterrorizaban a una comunidad monástica, aunque a diferencia de lo que sucedía en la novela, aquí el principal sospechoso era un servidor. Así que, y a pesar de carecer de un Adso a mi lado que me ayudara, no iba a parar hasta desentrañar lo que allí ocurría; y me pondría a ello de inmediato. Además, ¿no hubo un tiempo en que quise ser policía? Pues ahora tenía la ocasión de ejercer de investigador, y qué mejor motivo para hacerlo que salvar el pellejo propio.

—Piensa, piensa —me dije en voz alta mientras daba vueltas a los datos que tenía. Me senté delante de la mesa y cogí un folio en blanco. Me centré en el códice, porque estaba convencido de que si lo encontrábamos, hallaríamos también al monje desaparecido. En medio de la hoja dibujé un libro, y alrededor puse los nombres de los ocho miembros de la comunidad más el de Nouradín. Me costaba imaginar al pastor robando el códice, pero lo cierto era que él también había tenido acceso a la biblioteca, al menos durante la reparación de las goteras. Además, estoy seguro de que después de tantos trabajos realizados en el monasterio a lo largo de los años, era la persona que mejor conocía el edificio, aparte de los monjes, claro.

Pero me faltaba un móvil lógico. Él tenía una buena vida junto a Cecilia. Se le veía satisfecho y contento con su suerte, le gustaba su trabajo y, aunque no nadara en la abundancia, tampoco le faltaba el dinero.

Tenía que buscar por otro lado. Los monjes estaban allí de forma voluntaria y habían renunciado a todos los bienes materiales. ¿Para qué robar un libro como aquel si no era para conseguir dinero?

Entonces recordé que había otras personas que habían estado también en el monasterio y que, de entrada, eran mucho más propensas al robo y a cualquier otro tipo de delito. Fray Cirilo me había hablado del individuo que los metió en el lío del cultivo de la marihuana. Había pasado varios días en la hospedería y luego había vuelto con algunos de sus hombres. Añadí «narcos» a mi hoja de sospechosos y subrayé la

palabra dos veces. Si tuviera que apostar por alguien me decantaría, sin dudarlo, por estos, aunque no los conociera de nada.

Al bajar de mi celda me encontré a Cirilo haciendo unos agujeros con un taladro en la puerta de la calle.

—Quien sea que ha entrado para robar el códice y atacar al hermano Daniel no ha forzado la puerta. Posiblemente hayan utilizado una ganzúa o una copia de la llave —me dijo—, así que voy a poner un cerrojo en esta puerta, que es la única que se puede abrir desde fuera. Las otras ya tienen cerrojos interiores.

Asentí y me fui al comedor. El miedo comenzaba a hacer mella en los monjes.

Tras la cena, le expliqué al abad las circunstancias de mi comparecencia ante la Guardia Civil y compartí con él mis inquietudes sobre los narcotraficantes.

—No le falta a usted razón, Faustino. En estos días también a mí se me ha pasado por la cabeza en más de una ocasión que fueran ellos los ladrones. La primera vez que vino Arturo se hospedó aquí durante seis o siete días, y después, tanto él como su gente han estado en el monasterio varias veces; la última esta semana, cuando uno de ellos trajo semillas y abono con Fermín. Por lo general solo están un rato, lo justo para cargar o descargar, pero al principio pasaron aquí varios días; primero cuando se hizo la plantación en el huerto, enseñándonos todo lo que necesitábamos saber sobre el cultivo, y después cuando montaron todo el sistema en el refectorio; *«índor»* o algo así lo llaman ellos. Entonces estuvieron cuatro o cinco días alojados en la hospedería. Sí, bien pudieran ser ellos, aunque no me explico cómo supieron de la existencia del códice y dónde se guardaba. Pero, de todos modos, tenemos un problema.

—Lo sé, lo sé. No puede ir a la Guardia Civil y decirles que sospechan del robo del códice y del secuestro de fray Daniel de las mismas personas que les ayudaron a ustedes a montar una plantación de marihuana en el monasterio, y con los que, por cierto, continúan en tratos vendiéndoles parte de la producción. Padre, mucho me temo que se han metido ustedes en un embrollo del que les va a resultar muy difícil salir.

—Maldita sea la hora en que me dejé engatusar, Faustino, maldita sea.
Sentí lástima por aquel hombre que se alejaba cabizbajo y que parecía haber empequeñecido conforme los problemas para su comunidad no hacían más que crecer a su alrededor.
Volví a mi cuarto y escribí hasta que noté que era incapaz de mantener los párpados abiertos. Me metí en la cama, pero todavía no me había dormido cuando escuché un vehículo que se detenía delante del edificio. Me pareció raro a aquellas horas. Los monjes hacía rato que dormían. En un principio pensé que quizá se tratara de una patrulla de la Guardia Civil que se hubiera acercado hasta allí para dar una mayor sensación de seguridad a los monjes después de todo lo sucedido, pero entonces se oyeron unos fuertes golpes. Si no me equivocaba, el sonido procedía de la misma aldaba que yo había utilizado para llamar la noche de mi llegada. Volvió a sonar con insistencia mientras me levantaba y me acercaba a la ventana sin dar la luz. Entreabrí la contraventana. Fuera estaba todo oscuro, pero distinguí la silueta de una furgoneta parada justo frente a la entrada principal. Oí cómo la puerta del monasterio se abría, después un murmullo de voces que no era capaz de distinguir. Abrí un poco la ventana tratando de no hacer ruido. Los suaves chirridos quedaron amortiguados por el silbido del viento helado que bajaba de la sierra cercana. Apenas podía entender algo de lo que aquellos hombres decían. Aun así, escuché a Cirilo negando varias veces. Las voces callaron, y distinguí a dos hombres que se apoyaron en el lateral de la furgoneta mientras la cara de uno se iluminaba levemente al encenderse un cigarrillo. A los pocos minutos salió otro monje del interior del monasterio. Reconocí la voz del abad. La conversación fue subiendo de tono, aunque yo solo podía captar palabras sueltas: «hierba», «semillas», «bolsas», «cabreo», «Guardia Civil»… La conversación terminó de forma brusca con un «nos veremos pronto», que no sonó en absoluto como una despedida cordial. En cuanto se marcharon cerré la ventana y volví a la cama tiritando. Me costó conciliar el sueño.

Capítulo XV

Merche se encontraba desnuda junto a mí sobre aquella inmensa montaña de cañamones. A nuestro alrededor, millones de plantas de marihuana se extendían hasta donde alcanzaba la vista. La mujer miraba al verde horizonte mientras manipulaba mi entrepierna con destreza. Cuando la consistencia de lo que se llevaba entre manos fue de su agrado, saltó sobre mí como si de un potro salvaje se tratara, se ensartó y comenzó a cabalgar con furia a la vez que cantaba la *Macarena* a pleno pulmón. Mientras brincaba y berreaba, sus colganderos senos abofeteaban mis mejillas sin piedad. Para atajar el castigo, la volteé con un enérgico movimiento de cintura hasta ponerme yo encima. La besé con pasión, sintiendo cómo sus piernas desnudas me abrazaban y se enlazaban sobre mis muslos mientras sus manos exploraban mis nalgas. Podía notar los dedos moviéndose libres entre mi vello, recorriendo mi espalda, y sus nudillos que presionaban mis caderas, ¿hurgando en mis riñones? Aquello no cuadraba. Desperté. Notaba el colchón moverse y elevarse levemente bajo mi cuerpo. Un susurro ininteligible me terminó de convencer de que no estaba solo en la habitación. Me incorporé y alargué la mano en busca del interruptor de la luz, pero antes de alcanzarlo alguien la agarró con fuerza, mientras otra mano tapaba mi boca a la vez que me empujaba de forma brusca contra la almohada.

—No te muevas. Si gritas yo mato —dijo el susurro, tan cerca de mi oído que pude notar su aliento cálido y las gotitas de saliva salpicando mi oreja—. ¿Dónde está libro? Si me das no haré daño.

Yo estaba paralizado. ¿Mi libro? ¿Para qué quería aquel tipo mi libro?, y ¿quién coño era? De inmediato pensé en los hombres que un rato antes habían discutido con el abad en la calle. Un rudo zarandeo me sacó de mis pensamientos.

—No vuelvo a preguntar. ¿Dónde está libro?

Intenté hablar, pero tenía aún su mano sobre mi boca. Noté cómo disminuía la presión.

—Si gritas corto cuello.

—Allí, mi… mi libro está allí —dije tratando de señalar en la oscuridad hacia mi maleta, a la que había devuelto el primer manuscrito, el que había abandonado para escribir la nueva historia sobre los acontecimientos que estaba viviendo.

Una pequeña linterna se encendió ante mis ojos, enfocando en la dirección que indicaba uno de los dedos de mi mano, inmovilizada también por aquel animal. Al pie de la cama había un segundo individuo.

Ya más despierto, caí en la cuenta de que lo que aquellos hombres buscaban no era mi novela, sino el códice de San Pedro. De todos modos, decidí hacerme el tonto.

—Mira maleta —le dijo en una especie de gruñido satisfecho. Su acento era claramente extranjero.

Entonces pude entrever al tipo que me sujetaba. Vestía todo de negro y tenía la cabeza y la cara cubiertas por un pasamontañas, también negro. Solo sus ojos quedaban a la vista, aunque la escasa luz no me permitía apreciar ni el más mínimo detalle.

—Aquí no hay ningún libro, solo un montón de papeles sucios —dijo el otro tipo, que vestía igual indumentaria.

—No pases de listo o preguntaré otra manera —dijo mi agresor mientras me zarandeaba con brusquedad.

La mano que tapaba mi boca se movió, y al momento escuché el inconfundible sonido de una navaja que se abría: clac, clac, clac. Aquello era una albaceteña de por los menos siete muelles. Al instante noté la hoja helada sobre mi cuello, justo entre la nuez y la yugular. Aquel tipo sabía lo que hacía; estaba claro que no era la primera vez que amenazaba a alguien de aquella manera.

—Última vez pregunto —continuó—. Si no dices dónde está libro, yo rajo pescuezo como gorrino.

—Los ú… únicos libros que tengo son el que he estado escribi… biendo en esas hojas y los que hay en la mesa. No te… tengo ningún otro —conseguí decir con un hilo de voz.

—No quiero mierda tus libros. Quiero libro viejo. Libro valioso.

—Yo… yo no tengo ese libro. Ta… tampoco está en el monasterio. Lo robaron hace tres días. La Gua… Guardia Civil estuvo aquí; lo están

bu… buscando.
—Arriba de cama. Y calladito o rajo.
Me incorporé muy despacio, siempre con la navaja en el cuello. El otro levantó el colchón de golpe y lo palpó por todas partes a conciencia.
—Aquí no hay nada.
—Busca toda habitación, ¡mierda!, ¡joder! —El segundo tipo, que parecía español, se agachó bajo la cama alumbrando con la linterna y luego registró el armario, tirando toda mi ropa por el suelo. El de la navaja se impacientaba, y comenzó a escupir palabras en un idioma desconocido para mí, aunque por el tono tenían toda la pinta de ser tacos. Por un momento separó la navaja de mi cuello para recolocarse el pasamontañas, que con los movimientos le estaba tapando un ojo. Aproveché la ocasión para propinarle un rodillazo en la entrepierna con todas las energías que pude reunir, a la vez que lo empujaba con fuerza. El gorila cayó sobre su compañero con un profundo gruñido, mientras yo me lanzaba a todo correr por la puerta abierta. Detrás de mí aún pude escuchar una voz a la que parecía faltar el aire:
—¡Hijoputaaa!
—¡So… socorro! ¡Auxilio! ¡Ayúdenme, por fa… favor! —Bajé las escaleras en dos saltos y tres volteretas. Me levanté del suelo como pude y subí de nuevo corriendo a cuatro patas hacia las celdas de los monjes, en la otra ala del edificio. Se encendieron luces, y varias cabezas asomaron por las puertas.
—¿Qué pasa, Faustino? —Era el abad, que salió de su celda descalzo, con cara de horror—. ¿No habrá ocurrido otra desgracia? —dijo santiguándose.
—No, pe… pero casi. —Me detuve junto a él resoplando y sin dejar de mirar hacia la escalera que acababa de subir—. Ha… hay que llamar a la Guardia Civil, me han asaltado do… dos hombres en mi celda. Buscan el códice. Me han a… amenazado con una navaja. Pensé que me ma… mataban —conseguí explicar de forma atropellada mientras trataba de recuperar el resuello.
—¿Dos hombres?, tranquilícese. ¿Está usted seguro? A ver si lo ha soñado.

—Le digo que eran tan… tan… tan reales como usted y como yo. Me han puesto una navaja en el cu… cuello y han registrado toda la celda. Incluso han mirado bajo el co… colchón.

—Por Dios santo, ¿es que esto no va a terminar nunca? Vayamos a ver. Esperemos que no sigan allí.

Agarré un grueso cirio que vi sobre un pie de bronce en una esquina del pasillo y acompañé con muy poco convencimiento a la comitiva de ancianos, que como únicas armas portaban un par de bastones y unas muletas.

Cuando llegamos a la entrada vimos que la puerta de la calle seguía cerrada y con el nuevo cerrojo echado.

—Pues por aquí no creo que haya entrado nadie, porque puedo asegurarles que yo anoche dejé el portón cerrado y bien cerrado —dijo fray Cirilo, encargado de la portería, y, por lo tanto, responsable también de la apertura y cierre de la puerta—. Además, desde la desaparición de fray Daniel, quito la llave todas las noches antes de acostarme, con lo que tampoco se puede abrir desde dentro.

Aun así, abrió y nos asomamos a la calle. Alcanzamos a escuchar el motor de un vehículo que se alejaba hacia el pueblo con prisa. Los asaltantes debían de haber dejado un coche en la carretera de acceso al monasterio, quizás escondido detrás de la ermita de santa Asumpta, a suficiente distancia como para que no pudiéramos verlo.

Subimos todos juntos hasta mi habitación, donde era patente el paso de los asaltantes. El contenido del armario, incluido el de los cajones, estaba desparramado por el suelo y el colchón seguía levantado, apoyado contra la pared y con la funda rasgada. Las hojas de mi inacabada novela volvían a estar esparcidas sin orden por el suelo. Comenzaba a sospechar que aquella obra estaba maldita. Ni siquiera tras renunciar a terminarla podía permanecer guardada y ordenada.

El abad mandó a los monjes a sus celdas, aunque eran casi las seis, la hora de maitines. Cuando nos quedamos a solas le pregunté.

—Padre, los hombres con los que hablaba usted anoche eran los de la marihuana, ¿no?

—Sí, hijo, sí. Venían a recoger la última cosecha, la que teníamos en la buhardilla ya seca. Cuando les dijimos que la habíamos quemado se

pusieron hechos una furia. No querían comprender que la Guardia Civil podría haberla descubierto. Lo curioso es que estaban más preocupados por unas bolsas de semillas que habían dejado aquí que por la hierba. Cuando hace unos días nos trajeron las simientes y el abono para la próxima cosecha, me pidieron el favor de guardarles otras seis o siete bolsas suyas hasta que vinieran a por el cannabis seco; cuando les dije que también las habíamos quemado parecieron volverse locos. Incluso llamaron por teléfono a Arturo, su jefe. De verdad que yo ya no entiendo nada.

—¿Cree usted que puedan ser los mismos que han entrado en mi celda? —pregunté.

—No lo sé, pero no me extrañaría. ¿Puede darme alguna descripción, algún detalle?

—El que me sujetaba era alto y fuerte, y tenía acento extranjero, me ha sonado como de Europa del Este. El otro creo que era español, y me pareció más bajo, pero apenas pude ver su silueta; y los dos vestían de negro. No le puedo dar más datos.

—Los que vinieron con la furgoneta eran españoles y vestían ropa normal de calle, los dos llevaban pantalones vaqueros y no recuerdo nada negro. Pero claro, pudieron haberse cambiado, y también venir algún otro distinto. Yo qué sé. —Se quedó pensativo —. ¿Y dice usted que buscaban el códice?

—Sí. «El libro viejo y valioso», fueron sus palabras exactas. No sé por qué pensaron que lo podía tener yo. Lo normal es que hubieran subido a buscarlo a la biblioteca. ¡La biblioteca! No sabemos si han estado allí.

Corrimos hacia la otra ala del edificio. Junto a la entrada de la calle volvimos a encontrar a fray Cirilo, que seguía inspeccionando la cerradura.

—Pues no me explico cómo han podido entrar y salir —dijo cuando nos vio llegar—. La cerradura y el cerrojo están intactos. Ahora revisaré las demás puertas del monasterio por si se hubieran colado por otro sitio, aunque lo veo difícil.

—Deje eso para luego —dijo el abad con voz autoritaria—. Venga con nosotros.

Subimos los tres, pero la puerta de la biblioteca seguía cerrada, y dentro no se observaba nada fuera de lugar. Nadie había forzado el armario que contenía los libros más valiosos, que seguían en sus cajas.
—Esto no hay quién lo entienda. Aquí está todo en orden —exclamó el abad.
—Y ahora, ¿qué hacemos? —pregunté—. ¿Llamará usted a la Guardia Civil otra vez?
—Como estuvimos hablando ayer, la situación es un tanto delicada. No puedo contarles lo del asalto a su celda y callar la visita que recibí anoche, porque todo parece indicar que ambos asuntos están relacionados. Por ahora no nos queda más remedio que esperar e intentar aclarar la situación. Luego, Dios dirá.
—Sí, porque aquí hay algo que no me cuadra —añadí—. Vamos a ver, alguien roba el códice, luego llegan otros, que no sabían que ya lo habían sustraído, a robarlo también. Y en vez de buscarlo en la biblioteca vienen a mi celda. ¿Por qué iba a estar ese libro en mi habitación? En todo caso, si descartamos la biblioteca, sería más lógico que lo guardara usted en la suya, o que lo tuviera cualquier otro monje. Todos menos yo. ¿Por qué entonces vinieron a mí? —El abad me miraba pensativo.
—A no ser —añadió el padre Pascual—, que ellos piensen que el libro sigue todavía en el monasterio pero no en la biblioteca. ¡Ay madre, que me parece que ya sé dónde querían buscar el códice! Acompáñenme.
Volvimos a descender las escaleras por enésima vez hasta la planta baja, y de nuevo subimos hacia la hospedería. Pero en vez de detenerse en mi celda, ahora el abad se dirigió directo a la que ocupaba fray Daniel cuando desapareció. Entramos. Los hermanos habían limpiado el suelo y quitado las mantas y sábanas, aunque el colchón seguía mostrando los mismos lamparones de sangre que yo había visto el día anterior, y que ahora se habían tornado de un feo color pardusco. También habían intentado limpiar las paredes restregándolas a conciencia, aunque solo habían conseguido difuminar las manchas.
—Ayúdenme a levantar el colchón.

Lo hicimos, pero no había nada debajo. El abad parecía desilusionado. Lo volvimos a colocar en su sitio.

—Espere, padre. Aquí noto algo duro —dijo Cirilo palpando la cara inferior del colchón, en la parte de los pies.

—Deprisa, Cirilo, quita la funda.

El monje abrió la cremallera. Le ayudé a retirar la funda y, de inmediato, vimos que junto a la esquina había un agujero. Cirilo apartó los pedazos de tejido y espuma y, entre los muelles, distinguimos un paquete envuelto en tela blanca.

—Creo que esos hombres se han confundido de celda, Faustino. O mucho me equivoco, o ese fardo contiene el códice.

Fray Cirilo abrió el envoltorio con manos temblorosas y dejó a la vista el valioso libro.

—Alabado sea el Señor —dijo, emocionado, el padre Pascual, mientras se lo arrebataba a Cirilo de las manos y lo abría para comprobar que no hubiera sufrido daños—. Parece que está en perfecto estado.

—Pero no comprendo por qué está aquí ¿Quién ha podido traerlo? —dijo fray Cirilo.

—No se me ocurre otro que Daniel —contesté.

—Pero ¿para qué? —preguntó el monje casi para sí mismo. Los tres nos quedamos callados, sumidos en nuestras propias elucubraciones.

—Bueno —reaccionó el abad—, lo mejor será que cada uno vuelva a su celda. Al menos el libro está a salvo. Luego avisaré a la capitán Mascaró de que ha aparecido.

—Sí. Ahora solo falta encontrar al hermano Daniel. Creo que debería darnos algunas explicaciones, si es que sigue vivo. —añadió fray Cirilo.

Mientras los monjes guardaban el códice en lugar seguro, yo me dispuse a ducharme y a ordenar el desastre de mi cuarto. Solo eché en falta los cartones de Ducados. «Que les aproveche», pensé. Cuando lo tuve todo más o menos recogido, me tumbé un rato a descansar hasta la hora del desayuno, aunque fui incapaz de dormir. Demasiadas emociones juntas.

Capítulo XVI

Ya por la mañana, y como cada vez que me resultaba imposible concentrarme en la escritura, tan pronto terminé el café con leche salí a dar una vuelta por los alrededores del monasterio. Crucé el riachuelo entre la enmarañada espesura de espadañas y me dispuse a subir la pequeña loma que se eleva en la otra orilla. Antes de llegar a lo alto ya pude escuchar el familiar tañido de los cencerros de las cabras de Nouradín.

—Buenos días, *sinior*. Hoy ha salido pronto a *pasiar* —dijo tan pronto me vio aparecer, levantándose de la piedra sobre la que estaba sentado. Me llamó la atención el gesto de dolor en su cara al hacerlo.

—Sí, buenos días; pero veo que aun así tú me has ganado. Seguro que ya llevas un buen rato con los animales.

—A las cabras no puedo hacerlas esperar. Antes que es de día ya estamos en campo. —El pastor se mantenía un tanto encorvado y con la mano se presionaba el costado derecho.

—¿Te encuentras bien, Nouradín?

—Sí, *sinior*. Es solo un poco dolor en barriga estos días. Algo habrá sentado mal. Pero esta mañana tuvieron visita en monasterio, ¿no? —dijo, cambiando de tema—. Vi coche salir muy temprano.

Me quedé helado. ¡Crispín había visto a mis agresores!

—No, que yo sepa —dije tratando de no parecer sorprendido—. ¿Pudiste ver qué coche era? Imagino que sería la Guardia Civil.

—Estaba todavía un poco oscuro, pero era coche grande y no era de Guardia Civil. Estoy casi seguro que era un BMW X-6. Lo sé porque es coche que a mí me gustaría si toca lotería. Me llamó atención por lo de robo del libro y porque iba rápido.

—Sí, has hecho bien en fijarte. ¿Llegaste a distinguir el color? —pregunté, cada vez más confuso, aunque sin perder de vista al macho cabrío, que me miraba con fijeza encaramado a una roca cercana. No sé si eso será posible, pero yo juraría que el cabrón sonreía.

—No estoy *siguro*, pero me pareció era rojo. Aunque ya digo que todavía no había amanecido del todo, a lo *mijor* me equivoco. ¿Sabe

de quién puede ser? Yo no había visto nunca por el pueblo.
—No, no tengo ni idea —mentí—. Era solo curiosidad. Bueno, he de irme. A ver si soy capaz de escribir un poco. Hasta otro rato, Nouradín.
Me dirigí de vuelta al monasterio casi corriendo. Si Crispín no se había confundido, aquel coche era el mismo que yo había visto conducir al dueño del castillo. Parecía que, por fin, tenía una pista; sabía de una persona que quizás estuviera relacionada de alguna manera con todo lo que allí estaba ocurriendo.
A la vez que yo llegaba al monasterio se detenía frente a la entrada el coche de la periodista rubia. Aceleré el paso sin darle tiempo a alcanzarme, pero aún fue capaz de largarme todas sus preguntas antes de que fray Cirilo me abriera la puerta.
—Por favor, ¿qué saben del monje desaparecido? ¿Tienen noticias? ¿Es un secuestro? —El portazo la dejó con las últimas cuestiones en la boca, y a punto estuvo también de dejarla sin dientes por su empeño en meter la cabeza en el interior del edificio.
Empezaba a estar convencido de que aquella tía estaba como una cabra. Eso o que con este reportaje se jugaba su puesto de trabajo, que también podría ser.
En cuanto llegué a mi cuarto me conecté a Internet. Tenía que encontrar algo sobre nuestro adinerado amigo. No sabía su nombre, así que comencé la búsqueda por el castillo de Tornajos. Había bastante información relativa a su historia, y también imágenes de antes y después de la restauración. Por fin, indagando en las noticias, encontré lo que buscaba. En las hemerotecas digitales de algunos periódicos provinciales aparecía el dueño del castillo durante la fiesta que dio unos años atrás con motivo del fin de su rehabilitación y a la que asistieron algunas caras conocidas. Se llamaba Mauricio Mogollón. Al introducir su nombre en el buscador aparecieron muchos resultados. Algunas de las informaciones no eran todo lo favorables que, supongo, a él le hubiera gustado. Había nacido en un pequeño pueblo del Pirineo oscense, pero cuando aún era un niño sus padres se fueron a vivir a Madrid y él con ellos. Allí, en vez de continuar con el bar que montó su padre, prefirió estudiar empresariales. Parece que la

suerte le sonrió, porque siendo bastante joven disfrutaba ya de una situación económica más que desahogada. Entre la información menos amable que encontré, varios artículos relacionaban, de una forma más o menos directa, su fortuna con manejos oscuros junto a cargos políticos de distintos partidos, lo que evidenciaba una más que notable habilidad para el cambio de chaqueta. Pero parece que fue precisamente esa relación con la política la que había hecho que su suerte cambiara en los últimos tiempos.

Por lo visto, hacía cosa de diez años había conseguido que lo nombraran gerente de una empresa pública. Como todos saben, las empresas públicas son esas que crean los políticos en el poder, y que tienen la extraña virtud de funcionar como empresas privadas para unas cosas y como públicas para otras. Por ejemplo, pueden contratar a dedo a todos los afiliados y simpatizantes del partido de turno a los que se deba algún favor sin ningún tipo de proceso de selección, que para eso son empresas privadas; pero si las cosas se tuercen y hay que inyectarles dinero porque la gestión es nefasta o porque tienen en plantilla el doble de trabajadores de los que necesitan, entonces son públicas y entre todos nos rascamos el bolsillo para tapar sus agujeros. Vamos, la cuadratura del círculo. Para ellos, claro.

El caso es que, como decía, lo nombraron gerente de la empresa pública Mi Agüita Amarilla S.A., dedicada a la investigación y desarrollo de un biocombustible a partir de la orina humana. Además de nuestro amigo como máximo responsable, la sociedad contaba con un reputado equipo científico encabezado por un investigador jefe (su cuñado), licenciado en Farmacia, y cuya única experiencia en un laboratorio eran los quince años que se había pasado en la rebotica de una farmacia de la plaza de Chueca de Madrid, donde preparaba un antihemorroidal a base de aloe vera, vaselina filante y aroma de azahar que gozaba de merecida fama entre los vecinos del barrio. Al investigador jefe lo acompañaban en su tarea siete becarias, mientras que en la sociedad figuraban también un administrador, un tesorero, ocho consejeros, quince consejeros de los consejeros y nueve secretarias. También encontré un comentario con una buena dosis de mala baba, pero que me arrancó una sonrisa. En él, un internauta

anónimo indicaba que la plantilla de esta sociedad se completaba con un topógrafo, que nunca abandonaba su GPS, y cuya única misión en la empresa era saber, siempre y en cada momento, en qué dirección se encontraba Cuenca, por si al gerente o a su cuñado se les antojaba poner a alguna de las secretarias o becarias mirando para la bonita ciudad manchega.

Con la llegada de la crisis, esta sociedad fue una de las muchas que se disolvieron, y algunos periódicos relacionaron a nuestro amigo con negocios más bien turbios. Luego se le pierde la pista por un tiempo, y las últimas informaciones no dejan clara su ocupación actual, aunque parece moverse en el mundo de la construcción y la promoción inmobiliaria, ahora más en el extranjero que en España.

Aparte de algunas exageraciones como la del topógrafo, la conclusión a la que llegué fue que el señor Mogollón no era trigo limpio y que se dedicaba a manejos diversos no del todo transparentes. Lo que no sabía era de qué modo podía estar él relacionado con el intento de robo del códice.

Informé al abad de lo que había descubierto y le dije que iba a echar un vistazo por el castillo. Estaba seguro de que allí podría encontrar algunas respuestas

—Por cierto, ¿no tendrá usted por casualidad unos prismáticos? —le pregunté.

—Mucho me temo que no. Lo más parecido que tenemos es el catalejo con el que fray Liborio estudia las estrellas, aunque ya le advierto de que es un poco aparatoso.

—Seguro que me servirá, así podré observar a distancia.

El catalejo no solo era aparatoso, sino que se trataba de una verdadera pieza de museo. Era telescópico, y estaba fabricado todo en bronce. Cerrado medía casi metro y medio, extendido rondaría los tres.

—Cuídelo usted, Faustino, que lo tengo en mucha estima —dijo, casi gimiendo, fray Liborio—. Me lo regaló fray Amancio, que Dios tenga en su gloria, hace más de cuarenta años. Era herencia de su abuelo, que fue capitán en la guerra de Cuba. Me contó que el mismísimo almirante Cervera vigilaba con él, desde el castillo del Morro, a los acorazados americanos que bloqueaban el puerto de Santiago en aquel

infame 1898.
—No se preocupe, que lo cuidaré como si fuera mío —dije mientras lo envolvía con delicadeza en un paño.
Al final tuve que dejar el trípode, porque solo el telescopio pesaba más de diez kilos, y debía acarrearlo unos cuantos kilómetros.
En una bolsa de tela metí una libreta, un par de bolígrafos y una botella de agua, y me preparé para mi aventura de espionaje. Me sentía excitado con esta nueva faceta de investigador a la que había llegado por casualidad, inaugurando una etapa en mi vida en la que había dejado de ser un mero espectador de los acontecimientos que se desarrollaban a mi alrededor para convertirme en actor principal. Un nuevo Faustino había nacido, y estaba seguro de que todo esto sería el germen de una magnífica novela. Con aquellos felices pensamientos me eché al hombro el armatoste, agarré la bolsa con los útiles, y salí a la calle a desfacer entuertos cual Quijote del siglo XXI. Antes de poner un pie en la explanada me aseguré de que la periodista chiflada no estuviera aguardando en la puerta del monasterio, pero no había rastro de ella ni de su vehículo. Con un poco de suerte se había aburrido ya y se había largado para siempre.
Di un pequeño rodeo para evitar el pueblo. Si alguien me veía con aquello al hombro le podría parecer sospechoso y llamar a la Guardia Civil, y a mí me resultaría complicado dar una explicación convincente. Después de casi una hora de caminata, llegué a mi destino resoplando y sudando por todos los poros de mi piel. Había decidido que el mejor punto de observación era un altozano situado frente a la cara norte del castillo, al otro lado de un pequeño barranco que había protegido la fortaleza por aquel costado durante siglos. Desde allí no se veía la entrada y apenas se atisbaba un pequeño tramo de la carretera de acceso, pero tenía la gran ventaja de que era el único punto desde el que se alcanzaba a ver algo del interior, ya que en aquel lateral la muralla no había sido reconstruida en toda su altura. En vez de eso, habían aprovechado que el muro estaba en parte derruido para construir allí una amplia terraza, elevada sobre el suelo de la montaña por unos tres metros de la muralla original y protegida por una reja metálica terminada en puntas de lanza.

Deslié el enorme catalejo y lo apoyé con cuidado en una almohada que hice con el mismo envoltorio de tela. Me tumbé entre los matojos y me dispuse a observar. Me sorprendió que, a pesar de la vetustez del instrumento, la óptica era en verdad excelente, y no solo pude estudiar el castillo con todo lujo de detalles, también una parte del pueblo y, al fondo, más allá del caserío, el monasterio. Sus muros encalados resaltaban entre los marrones y ocres del invierno aragonés, y desprendía una engañosa sensación de paz y serenidad. Eché también un vistazo en la dirección contraria. A mi espalda se distinguían con claridad los esqueletos de hormigón que la disparatada Ciudad del Mus había dejado desparramados por el llano y que, poco a poco, iban siendo reclamados por la naturaleza. Los matorrales lo invadían ya todo y algunos arbolillos habían conseguido abrirse paso entre las planchas de cemento del suelo.

Me concentré en el castillo. A la izquierda del conjunto se levantaba la torre, de un tamaño relativamente modesto. En la cara que miraba hacia mí se abrían cuatro ventanas en dos filas superpuestas. Las dos de arriba eran bastante más grandes, y el color más claro de la piedra que las rodeaba delataba que se habrían abierto durante la restauración.

A la derecha de la torre se encontraba el edificio principal de la fortaleza, compuesto por la planta baja y una altura. El piso inferior se abría a la terraza que yo tenía enfrente a través de dos enormes ventanales acristalados. Sendos maceteros rectangulares la flanqueaban por los laterales, cerrados por muros grisáceos. En el centro descansaban una mesa baja de piedra y cuatro sillones de ratán cubiertos con unos cojines azulados, clara señal de que allí había gente viviendo.

El primer piso del edificio tenía tres ventanas de madera oscura con contraventanas exteriores. Dos de ellas estaban cerradas, mientras que la situada en el extremo derecho las tenía abiertas de par en par. Supuse que aquella sería la habitación que ocupaba el propietario o quien fuera que estuviera allí alojado.

Me pareció apreciar actividad dentro del cuarto y ajusté bien el ocular. En efecto, una mujer había aparecido envuelta en un albornoz

de tonos azulados y con una toalla a juego enrollada en la cabeza. Con la tranquilidad de quien se sabe sola se desnudó, dejando a la vista un cuerpo estupendamente proporcionado y con un moreno que en la época en que nos encontrábamos solo podía ser artificial. Yo me encontraba tumbado boca abajo, con lo que la erección que me sobrevino de forma instantánea resultaba bastante molesta, casi dolorosa; pero por nada del mundo tenía intención de quitar la vista ni un instante del catalejo. La mujer comenzó a ponerse crema por el cuerpo. Primero en el cuello, bajó a los hombros, los pequeños pechos de pezones sonrosados que, aunque ya empezaban a acusar el paso de los años, se mantenían aún en un estado más que apetecible; el vientre y el pubis, en el que no pude apreciar el más leve asomo de vello. Las piernas quedaban ya fuera del alcance de mi vista, aunque lo cierto es que no me importó en absoluto.

De pronto se volvió. Alguien había entrado en el dormitorio, pero la mujer no trató de cubrirse. El recién llegado la abrazó y ella colgó los brazos de su cuello. Lo reconocí al instante, era el dueño del castillo, el tal Mauricio. Se besaron con pasión. Él se separó un poco, agarró un seno con cada mano y los besó varias veces, por turnos. Empujó a la mujer hacia atrás, supongo que sobre la cama, y se echó encima, quedando ambos fuera de mi vista. Ahí terminó por el momento mi sesión de voyerismo a distancia.

Me puse de lado. Mi abultada bragueta estaba manchada de tierra marrón, en especial la parte donde la presión contra el suelo había sido más fuerte. Me la sacudí (la tierra) y continué observando. No parecía haber nadie más en la casa. Al menos no se apreciaba ninguna actividad en las zonas que yo tenía dentro de mi campo visual.

Por el rabillo del ojo percibí un movimiento a la derecha del castillo. Levanté la vista. Un coche blanco subía por la carretera de acceso. Debió de parar en la explanada que había delante de la entrada, porque dejé de escuchar el motor.

Al momento vi que Mauricio se levantaba, desnudo y con el pene erecto. Le habían fastidiado el polvo. Sonreí para mí, envidioso. Se vistió y desapareció. La mujer también se levantó, pero ella no tenía ninguna prisa. Ya no llevaba la toalla en la cabeza. Supongo que la

perdió en la refriega carnal. Se puso frente a la ventana a secarse el pelo, con lo que pude disfrutar de su cuerpo desnudo un rato más, en el que volvió la dolorosa erección contra el suelo.

En la planta baja, uno de los ventanales de la terraza se abrió, deslizándose hacia un lado, y salieron tres hombres, cada uno con un botellín de cerveza en la mano. El primero era Mauricio y supuse que los otros dos serían los que acababan de llegar en el coche blanco. Se sentaron alrededor de la mesa de piedra.

Pude observar con detenimiento a los recién llegados. No los había visto en mi vida. Uno era bastante alto y corpulento, con la cabeza rapada y un enorme bigote curvado hacia abajo que sobrepasaba las comisuras de los labios —me recordó al motero de los Village People — y andaba de una forma peculiar, como encogido. El otro era bastante más bajo, moreno y con el pelo muy corto, aunque no tanto como su compañero. Hablaban serios, y el anfitrión parecía llevar la voz cantante. Varias veces le vi negar con la cabeza y hablar de manera enérgica mientras apuntaba con el dedo índice a los recién llegados, que callaban. Juraría que les estaba echando un buen rapapolvo.

Apareció la mujer de la habitación, ahora ya vestida, con una falda floreada que le llegaba justo por encima de las rodillas y un jersey beige que la protegía del frescor de la mañana. Llevaba un vaso en la mano y se sentó junto a los tres hombres. Ahora parecía ser ella la que había tomado la iniciativa. Hablaba mientras los otros asentían o hacían breves comentarios. En varias ocasiones la mujer señaló en dirección a la torre. Miré hacia allí, pero no vi nada.

Los hombres apuraron sus cervezas, se levantaron y salieron. Ella siguió sentada, dando pequeños sorbos al vaso.

Caí entonces en que aquellos dos hombres bien pudieran ser los mismos que me habían atacado la noche anterior: el que me había sujetado, alto y fuerte, y el otro, de complexión más normalita. Además, coches como el de Mauricio no creo que hubiera ninguno más en toda la comarca, con lo que era más que probable que hubiera sido él quien trasladara a los matones hasta el monasterio. Me acordé de los andares encogidos del grandullón y me reí para mis adentros.

Muy grande y muy fuerte, pero le dolía un rodillazo en las pelotas como a todos.
El coche en el que habían llegado los dos hombres apareció por un momento en mi campo de visión mientras se alejaba por la carretera.
Mauricio se reunió de nuevo con la mujer en la terraza y reanudaron la charla mientras bebían del mismo vaso. Él posó su mano sobre el muslo de ella y la subió hacia partes más interesantes, pero la mujer se la retiró sin miramientos. Después de la inoportuna interrupción se le habían quitado las ganas. El hombre se levantó y entró en la casa. Ella siguió sentada unos minutos hasta que terminó su bebida y desapareció también. No podía quitarme de la cabeza que la cara de aquella mujer me sonaba de algo, pero no era capaz de recordar de qué ni de dónde.
Durante un buen rato seguí espiando sin ver nada de interés, ni el más mínimo movimiento en todo el castillo. Se acercaba la hora de la comida, así que decidí recoger mis bártulos y volver al monasterio. Tenía un buen paseo hasta allí.
Por el camino tuve tiempo para meditar sobre lo que había observado. Aparte de una tía que estaba como un tren, tenía a un millonario con un coche que pudiera haber sido visto justo después de la visita nocturna a mi celda, en la que unos matones buscaban un libro que se suponía robado, pero que en realidad estaba escondido dentro del colchón de un monje que, ese sí, había desaparecido sin dejar rastro. Bueno, dejando un rastro de sangre, pero sin dejar pistas sobre su paradero. Y todo indicaba que los tipos que me habían asaltado eran los mismos que acababa de ver con el millonario. ¡Vaya follón!
Tenía que descubrir lo que ocurría, e intuía casi hasta el convencimiento que el meollo de la cuestión se ocultaba en el castillo del que me alejaba con paso vivo espoleado por el hambre. Aquel edificio guardaba las respuestas que necesitaba, por lo menos algunas, así que me dije a mí mismo que volvería y que no me detendría hasta resolver el enigma. Pero ahora lo que necesitaba era comer algo, mis tripas no conocen de misterios.
Llegué al monasterio con el tiempo justo para pegarme una ducha rápida antes de la comida. Por suerte ya no había allí ningún

periodista. Cuando terminamos, puse al día al abad de mis últimos descubrimientos, que lo dejaron aún más confundido de lo que ya estaba.

—¿Y qué tienen estos que ver con la marihuana? —preguntó.

—Pues, por ahora, yo no encuentro ninguna relación, aunque también es cierto que es demasiada casualidad que todo esto se haya producido a la vez. Por lo pronto, estoy decidido a volver al castillo. Allí están pasando muchas cosas, y creo que con un poco de paciencia podemos encontrar respuesta a algunas cuestiones.

—Sobre todo, tenga cuidado. No sabemos qué se trae esta gente entre manos y ya tenemos bastantes problemas.

Nos marchamos cada uno por nuestro lado.

Trabajé en mi libro durante toda la tarde, pero cuando volví a mi cuarto después de la cena, sentí un escalofrío que me recorrió el espinazo como una descarga eléctrica. La noche anterior me habían asaltado unos desconocidos en aquella misma cama, y un par de noches antes, a muy pocos metros de mi habitación, un hombre había sido también atacado mientras dormía indefenso. ¿Cómo podía estar seguro de que no iba a ocurrir de nuevo algo similar? Miré la puerta con cierta aprensión. En la cerradura no había llave y, por supuesto, no tenía cerrojo ni pestillo. Pensé en alguna manera de bloquearla, y no se me ocurrió nada mejor que arrastrar la mesa contra ella. Era consciente de que así no impediría entrar a nadie, pero si alguien lo intentaba al menos lo oiría y no me pillarían desprevenido otra vez.

Seguí escribiendo un buen rato hasta que me resultó imposible mantener los párpados abiertos. Me fui a la cama, pero antes coloqué la silla sobre la mesa con las patas justo en el borde. Si empujaban la puerta, el ruido de la silla al caer me despertaría. También descolgué el enorme crucifijo que presidía el dormitorio y lo dejé apoyado contra la pared junto a mi cabecero. En caso de problemas podría servirme como arma.

No sé qué hora sería cuando me desperté. El viento soplaba con fuerza, y algunas gotas de lluvia golpeaban a intervalos contra el cristal de mi ventana. Me estaba meando, pero con el frío que hacía me daba una pereza enorme levantarme. Además, para poder llegar al

baño tendría que desmantelar la barricada que había construido ante la entrada. Eché de menos un orinal. Pero no podía aguantar más, tenía la vejiga a punto de explotar, así que me levanté. Me puse las zapatillas de felpa y, a falta de batín, me coloqué el albornoz, que seguía húmedo. Con aquel frío allí no se secaba nada. Retiré la mesa y la silla que bloqueaban la puerta y fui corriendo al baño, mientras los relámpagos de la tormenta que se alejaba proyectaban fugaces sombras en el pasillo. Pasé junto al espejo sin mirarlo. Siempre he sentido un absurdo terror a los espejos por la noche. Durante más de medio minuto alivié mi vejiga, pero cuando abrí la puerta del aseo para volver a mi celda algo hizo que me detuviera en seco, petrificado por el terror. Ante mis narices pasaba un monje con la casulla del hábito cubriéndole la cabeza.

—¡Me cago en la leche! ¡Menudo susto me ha dado! —exclamé.

Pero, aparte de dar un ligero respingo, el monje no se inmutó ni dijo nada. Siguió caminando con paso contenido, como si tal cosa. El repentino sobresalto hizo que de nuevo mis entresijos lanzaran un gruñido casi animal. Entonces sí, el encapuchado volvió ligeramente la cabeza hacia mí cuando ya se disponía a bajar las escaleras, aunque con la escasa luz de la única bombilla del pasillo no pude ver más que una negra sombra donde debía encontrarse el rostro.

—¿Qui… quién eres? ¿Qué… qué haces aquí? —pregunté casi en un susurro, temiendo incluso molestarle.

Pero el monje siguió bajando despacio, sin que yo me atreviera siquiera a dar un paso tras él. Me asomé por la ventana del pasillo y lo vi atravesar el claustro con un caminar más vivo. De pronto, un golpe de viento empujó su casulla hacia atrás y descubrió su cabeza. Ese mismo viento había liberado por un instante a la luna de su pantalla de nubes y unos rayos brillaron sobre la cabeza del monje. Estaba calvo por completo.

—¡Ay, Dios! —Me santigüé sin pensarlo.

Solo había un monje calvo en el monasterio: fray Daniel, el único que no podía estar allí. Entonces… lo que acababa de ver unos segundos antes, ¿era una persona de carne y hueso o un espectro? Entré corriendo en mi celda, volví a atrancar la puerta con todo lo que tenía

a mano y me metí en la cama. Agradecí la tibieza que todavía conservaban las sábanas. Mi cuerpo temblaba de forma incontrolada, y no solo de frío. Estaba aterrorizado por lo que acababa de ver; porque no hay peor miedo que el que nos infunde aquello que somos incapaces de comprender. Una parte de mi cerebro me decía que seguro que habría una explicación sencilla, pero había otra que no lo tenía tan claro.

Quizá debería haber avisado entonces al abad, pero en aquellos momentos lo último que deseaba era volver a pasearme solo por aquellos pasillos oscuros. Mañana sería otro día.

Capítulo XVII

Tras la fantasmal visita, llegó la hora de levantarme sin haber podido conciliar el sueño. Tan pronto desayunamos me volví a llevar al abad aparte y le conté lo ocurrido.

—¿Está usted seguro de lo que me está diciendo? Porque, vaya, ya es lo único que nos faltaba, tener que vérnoslas también con apariciones.

—Mire, yo a estas alturas ya no estoy seguro de casi nada, pero le digo que lo vi a él anoche igual que lo estoy viendo a usted ahora.

—¿De dónde dice que venía?

—No lo sé. Cuando abrí la puerta él estaba a la altura de los baños; supongo que vendría de las celdas del fondo del pasillo.

—Pues vamos a echar un vistazo. Pero mucho me temo que la cabeza le haya jugado una mala pasada. Todos estos sucesos seguidos, y encima la tormenta…

Subimos a la hospedería y nos dirigimos a la celda que había ocupado fray Daniel. Si había regresado al monasterio, ya fuera en cuerpo o en espíritu, lo lógico sería que hubiera ido a su habitación.

Al abrir la puerta nos llevamos una desagradable sorpresa. El día anterior los monjes habían terminado de adecentar la celda. Por la mañana habían limpiado todo y pintado las paredes. Ya por la tarde habían cambiado el colchón y habían hecho la cama, borrando cualquier huella del sangriento y aún inexplicado suceso que había ocurrido allí tres días antes. Pero lo que nos encontramos al entrar en la habitación fue un completo desbarajuste. El colchón estaba otra vez levantado, con la funda abierta y las sábanas y mantas en el suelo. Hasta el armario tenía las puertas de par en par.

—Esto no lo hace un fantasma —dije.

—No, hijo, no —dijo el abad pensativo—. Y creo que los dos sabemos lo que el supuesto espectro buscaba.

—Sí. Sea quien sea el que quiere el códice, se ha dado cuenta de su error de hace dos noches y ha vuelto a buscarlo al sitio correcto.

—¿Y dice usted que lo vio cruzar en dirección a la iglesia? ¿No salió por la puerta?

—No sé por dónde salió. Lo vi dirigirse hacia la iglesia, pero entonces me fui a mi cuarto, no sé lo que él haría después.

Bajamos hasta la puerta de la calle.

—Anoche llovió. Si hubiese entrado por aquí, habría alguna huella, y el suelo está limpio como una patena —dije mirando al trasluz.

—Sí. Y la puerta no parece forzada —añadió el abad, descorriendo el cerrojo y abriendo con su propia llave, que giró con suavidad. En la calle no se veía nada raro.

Después nos dirigimos al otro lado del claustro, por donde se supone que el monje había cruzado la noche anterior en dirección a la iglesia. Allí encontramos algo: en las losas de piedra del suelo se distinguían de forma clara unas huellas de pisadas, aunque distintas a las de los otros monjes.

—No calzaba nuestras sandalias —dijo el abad—. Son huellas de zapatos normales de calle. Mire. —A la vez que decía esto pisaba en el suelo mojado y luego en la piedra del claustro, su huella era lisa por completo, mientras que la del monje fantasma era rallada en su parte delantera y se apreciaba de forma clara un ancho tacón.

—¿Para qué entraría en la iglesia? ¿Se puede abrir el portón exterior desde dentro? —pregunté.

—Debería estar cerrado con llave, con lo que sería imposible, pero vamos a comprobarlo y ya de paso intentaremos seguir las pisadas.

Entramos en el templo por la puerta lateral hacia la que se dirigían las huellas. El abad encendió las luces, media docena de bombillas que no sirvieron más que para esparcir una tenue luz amarillenta a nuestro alrededor, así que fue a por una linterna a la sacristía, pero las pisadas se iban haciendo menos visibles conforme avanzaban hacia el centro de la nave hasta desaparecer por completo. Comprobamos la puerta de la calle: cerrada con llave. Además, las huellas se perdían en dirección a un lateral del edificio, no hacia el portalón.

—Pues esta es la única salida a la calle desde la iglesia —dijo el abad, pensativo, mientras se acariciaba la barba—. En la nave lateral no hay puertas, solo tres capillas. Esto carece de lógica, y si la tiene yo no se la encuentro. Al final va a ser un fantasma de verdad…

Llegados a aquel callejón sin salida, nos separamos. El abad se dirigió

a su despacho y yo volví a mi cuarto a intentar escribir.
No llevaba ni media hora delante de los folios cuando el cansancio de la noche en vela me venció. Me eché en la cama, vestido, y me dormí como un bendito.
Después de comer ya pude concentrarme en la escritura. Estuve haciendo esquemas de la posible trama de la novela, que poco a poco iba tomando forma, al menos por lo que respecta al argumento. La idea era escribirla en primera persona, narrando mi experiencia de una forma más o menos ajustada a lo que estaba sucediendo en la realidad, aunque novelada. Ahora había que rellenar ese esqueleto argumental de manera coherente y atractiva, y aquella era otra cuestión muy diferente.
Poco después de las cinco, mientras los monjes se afanaban en sus quehaceres habituales, yo volví a echarme al hombro el decimonónico telescopio y rehíce el camino hacia el castillo. En esta ocasión había sido más previsor. Conseguí que me proporcionaran un par de bocadillos y una pieza de fruta. También había logrado que me dejaran una llave de la puerta de entrada al monasterio y que no echaran el cerrojo interior. No me fue fácil convencer al padre Pascual, pero tras insistirle en que los monjes necesitaban descansar, accedió a prestármela. Era probable que llegara tarde y no quería tener que aporrear la puerta para que me abrieran, los pobres ya habían tenido bastantes sobresaltos en los últimos días. Lo que no le dije era que tenía intención de colarme en el castillo a poco que tuviera una oportunidad. Había estudiado bien la parte del edificio que espié el día anterior y estaba convencido de que podía trepar hasta la terraza. Otra cosa sería entrar en la casa; pero esa era una cuestión que tendría que solventar si conseguía escalar lo que quedaba de muralla.
Cuando llegué a mi punto de observación me volví a acomodar en el suelo, pero esta vez sobre una manta. Me había preparado para el frío de la noche con un pijama y un chándal bajo los pantalones vaqueros, y otras dos camisetas y una chaqueta de chándal bajo el chaquetón, además de unos gruesos guantes de lana que me había prestado el abad. El sol se puso poco después de mi llegada entre nubes

arreboladas, y centré mi atención en la única luz que se veía encendida en el castillo, la de los ventanales que suponía se correspondían con el salón principal. Dentro se movía la parejita que había visto pegarse el revolcón el día anterior; pero no tardaron en salir por una puerta al fondo y las luces se apagaron tras ellos. Al momento escuché el motor de un vehículo que arrancaba y lo vi circular en dirección al pueblo. Se habían marchado. No tendría mejor oportunidad para entrar en el edificio, así que, sin pensarlo dos veces, me encaminé hacia el castillo, dejando en el sitio el telescopio y el resto de mi impedimenta.

Un cuarto de hora más tarde me encontraba al pie del muro, justo bajo la terraza que había espiado. Pero una vez allí me di cuenta de que no iba a ser tan fácil entrar como yo había pensado. Casi tres metros de muralla separaban el suelo de la verja, y no había quedado sin rejuntar ni una grieta entre las piedras, con lo que era del todo imposible trepar a no ser que fuera uno Spiderman, lo que no era mi caso.

Recorrí la base de la muralla a la luz de la luna. Bajo la esquina oeste de la terraza descubrí que el cemento entre dos sillares parecía suelto. Busqué por el suelo y no tardé en encontrar una varilla de hierro de las que se utilizan en los encofrados. Estaba claro que los obreros de la rehabilitación no habían sido muy cuidadosos. Además del hierro, aún podían verse entre los matojos restos del papel de los sacos de cemento y trozos de ladrillo. Bendita dejadez.

La varilla no era muy larga, pero bastó para alcanzar el pegote de cemento, que se desprendió sin dificultad. Con cuatro piedras sobre las que subirme y ese punto de agarre pude trepar hasta alcanzar la verja de hierro, que salté sin mayores problemas. Estaba en la terraza. Quedaba entrar en la vivienda.

Probé a correr los ventanales pero, como me temía, estaban cerrados. En un lateral había otra ventana mucho más pequeña y con cristales traslúcidos. Probé y la hoja se deslizó con suavidad hacia un lado. Perfecto. Acerqué uno de los sillones de ratán y me subí colocando un pie sobre cada brazo. El ventanuco daba a un pequeño cuarto de baño. El hueco que dejaba la hoja corredera era muy estrecho, demasiado,

pero a fuerza de retorcerme conseguí pasar los hombros y deslizarme hacia dentro, aunque no había contado con que los tres pantalones que llevaba puestos habían aumentado el perímetro de mi cadera de una forma considerable. El resultado fue que me quedé atascado por la cintura con el tronco colgando sobre la taza del váter. Me retorcí como había hecho antes para pasar los hombros, pero ahora la maniobra resultó inútil. Estuve luchando durante casi un cuarto de hora mientras juraba y maldecía hasta que me rendí, agotado, a la evidencia. Traté entonces de volver a subir, pero mis manos no encontraron dónde apoyarse, con lo que también me resultó imposible. Notaba mi cara a punto de explotar por la sangre acumulada y comenzaba a dolerme la cabeza. No podía quedarme allí enganchado hasta que regresara el dueño, así que descansé unos minutos y me dispuse para un último intento. Enderecé el torso todo lo que pude y empujé con fuerza con los brazos. Finalmente, la ventana cedió con un fuerte chasquido y, al quedar liberado, caí por mi propio peso junto al cristal, que se rompió con estruendo.

Temí haberme quebrado algún hueso, porque apenas pude protegerme la cara con los brazos antes de golpear en la cisterna y caer hecho un ovillo entre el bidé y el lavabo, pero supongo que las muchas capas de ropa que llevaba me sirvieron de protección. Me incorporé como pude, sacudiéndome los cristales. Era evidente que mi visita no pasaría desapercibida.

Salí del baño con precaución. No se oía nada. Si no había aparecido nadie ya, con el escándalo que había formado, podía estar seguro de que en la casa no quedaba un alma.

La vivienda estaba completamente a oscuras, así que saqué mi llavero, que tenía una pequeña linterna led. No alumbraba mucho, pero era suficiente para ver por dónde andaba. Además, así sería más difícil que alguien descubriera la luz desde fuera.

En realidad no sabía lo que buscaba, con lo que me dispuse a echar un vistazo por toda la casa. Si me daba tiempo subiría también a la torre.

Recorrí el salón, amplio y apenas amueblado en lo que se suele llamar ahora un «estilo moderno y funcional». El techo era muy alto, casi el doble de lo habitual, y en la pared de la izquierda, a una altura de

algo más de dos metros, se abría sobre la sala una puerta con una especie de balconcillo.

Eché un vistazo a los cajones de los muebles. No encontré más que cubiertos, mantelerías, servilletas y trastos inútiles. La puerta del extremo era la del bar, bien surtido de licores, todos de primeras marcas.

Del salón pasé al amplio hall de entrada; a la izquierda había una escalera, y a la derecha se abría otra puerta. Era la cocina, donde no encontré nada interesante aparte de un jamón ibérico de cinco jotas en su jamonero y cubierto por un paño azul. No pude evitar la tentación y corté un par de lonchitas. Había que aprovechar la oportunidad. «Qué bien se cuidan los ricos», pensé mientras disfrutaba del inesperado bocado. Por un momento estuve tentado de descorchar una de las botellas de Vega Sicilia del botellero y darme un homenaje, pero recordé que el dueño del castillo podía regresar en cualquier momento y me obligué a centrarme en lo que me había llevado hasta allí. Eso sí, corte una gruesa tajada del Jabugo para amenizar la inspección.

Subí por la escalera mordisqueando el jamón hasta llegar a un ancho pasillo. A la izquierda había un baño, y a la derecha tres habitaciones. Supuse que se correspondían con las tres ventanas que se veían en la fachada. Los dos primeros cuartos estaban desocupados. Tenían las camas hechas, pero los armarios y cajones estaban vacíos. Si no me equivocaba, la habitación del fondo era la que ocupaba la retozona parejita.

Aquel dormitorio era mucho más grande que los otros, y disponía de un baño y un vestidor incorporados. Aquí sí que tenía trabajo. Comencé por los cajones de las mesitas de noche. En el primero solo encontré calzoncillos y calcetines de rombos, que aproveché para limpiarme la grasa de los dedos, mientras que el del otro lado resultó ser más interesante, aunque también de escasa utilidad para el caso. Junto a unas esposas de hierro forradas de falso pelo blanco, había un enorme consolador de látex negro, tan realista que hasta tenía vello enroscado alrededor de las pelotas, modeladas a tamaño natural. A su lado había otro vibrador mucho más corto y fino, que supuse estaba

destinado a otras cavidades naturales. Esparcidos entre los juguetitos había varios condones Billy Boy talla XXL, lo que, tras recordar que había visto a su presunto usuario en pelotas, me confirmó que este castillo también tenía su fantasma. Completaba el set erótico-festivo un tubo de lubricante al agua, no graso. Cerré el cajón notando el bulto que crecía bajo mis tres pantalones, mientras me preguntaba por qué Lola nunca había consentido usar aquellos artilugios. Recordé cuando, algunos años atrás, por un aniversario de bodas, se me ocurrió comprar uno de esos huevos vibradores. «Como se te ocurra acercarte con eso, te lo meto a ti por el culo», me soltó. Al instante lo tiré a la basura sin haber llegado siquiera a abrir el envoltorio. «En fin —pensé—, los hay con más suerte que yo».

El vestidor no era muy grande, aunque para ser una vivienda ocasional estaba bastante bien surtido, con ropa y calzado tanto de hombre como de mujer. Lo registré a fondo, pero no encontré nada interesante.

Mi teléfono comenzó a vibrar. Me alegré de haberle quitado el sonido. Era mi hermana de nuevo.

—Hola, Yesi, ¿cómo va todo? —dije apenas en un susurro, aunque tratando de aparentar normalidad.

—Pues mal, Faustino, muy mal. Te hice caso y he ido dos veces al psicólogo ese que me recomendaste. ¿Sabes lo que me ha soltado hoy? —No me dejó contestarle—. Que no vuelva por allí, que lo estoy volviendo loco. ¿Tú te crees? Que lo estoy volviendo loco, dice el gilipollas; pues no creo que mi situación sea tan rara. Vamos digo yo… —Preferí no arriesgar con juicios de valor, así que improvisé una respuesta más o menos diplomática.

—Claro que no, hermana, lo vuestro es de lo más habitual hoy en día. Ya hablaré con él cuando vuelva; no te preocupes. Pero ahora te tengo que dejar, que me pillas en un mal momento. Ya te llamo en cuanto pueda.

—Pero, Faustino es que quería decirte que…

—Hasta otro rato, Yesi —Y corté. Mi hermana tenía la rara virtud de llamar o aparecer siempre en el momento más inoportuno.

Continué con mi clandestina visita, y tras echar un rápido vistazo al

baño salí de nuevo al pasillo. Junto a la escalera había otra puerta que antes me había pasado desapercibida. La abrí. Daba a un pequeño espacio de apenas cuatro metros cuadrados con dos puertas. Una se abría al mirador sobre el salón que había visto antes desde abajo. La otra daba al descansillo de una escalera de piedra desnuda, era el acceso a la torre. Subí hasta el piso superior, donde había otras tres puertas. Tras la primera encontré una pequeña habitación con algunos muebles viejos colocados de cualquier manera. La otra, sin embargo, estaba siendo ocupada por alguien. La cama aparecía hecha con pulcritud. Había una chaqueta y un pantalón plegados con sumo cuidado sobre una silla. Abrí el armario, pero allí no había más que una camisa y otro pantalón. Estaba claro que el que se alojaba allí no tenía, ni de lejos, el nivel de los del dormitorio principal de la casa. Salí temiendo que me iba a ir de allí con las manos vacías. Abrí la última puerta del pasillo, que se correspondía con otro baño. Lo que encontré me dejó boquiabierto: de la barra de la cortina de la ducha colgaba una percha de plástico con un hábito negro, idéntico al que llevaban los monjes del monasterio. Lo toqué, estaba húmedo; sin duda lo habían puesto a secar allí tras lavarlo. En el suelo, junto al lavabo, encontré una papelera de plástico azul y dentro varias gasas empapadas de sangre seca. De inmediato me vino a la cabeza fray Daniel. El hábito y la sangre no podían pertenecer a otro, pero ¿dónde estaba el religioso? Y lo más inquietante, ¿seguiría vivo? Porque todo indicaba que había estado en aquella misma habitación, pero ahora esta se encontraba vacía, y mientras espiaba desde fuera yo no lo había visto ni una sola vez.

Seguía todavía elucubrando sobre mi hallazgo cuando escuché un ruido. Me pareció una puerta que se cerraba. Apagué la linterna y salí al pasillo. La torre estaba casi a oscuras, solo unos pocos rayos de luna conseguían colarse por las estrechas troneras que se abrían en los muros a intervalos regulares. Bajé la escalera casi a tientas y entré en el pequeño espacio que conectaba con el pasillo del primer piso de la vivienda. Desde allí se escuchaba a varias personas hablando en el salón. Recordé el balconcillo que se encontraba a mi lado y abrí un poco la puerta, temiendo que me escucharan desde abajo; pero cedió

sin el más mínimo chirrido. Una línea de luz se dibujó en la pared situada a mi espalda. La estrecha rendija fue suficiente para poder ver la escena que se desarrollaba un par de metros por debajo.

«¡La madre que lo parió!», exclamé para mí. Junto a Mauricio y la mujer se encontraba fray Daniel, vestido con unos pantalones azules, jersey de lana y chaquetón negro. Llevaba un apósito sobre la ceja derecha, y una gorra de cuadros cubría su calva. Lo que más me extrañó fue que hablaba con la pareja con aparente tranquilidad. Era evidente que no estaba allí a la fuerza, porque se sentaron en el sofá y se pusieron a charlar. Desde mi atalaya apenas podía escuchar lo que decían, solo palabras y frases sueltas, pero pude entender que hablaban del códice. Incluso, debieron de hacer algún comentario jocoso, porque la pareja sonreía relajada; no así fray Daniel, que se mantenía serio. Poco a poco el tono de la conversación fue subiendo, con lo que pude escuchar mejor.

—Mira que equivocarse de libro, Daniel. ¿Para qué quiero yo los discursos completos de Juan Pablo II? —La mujer rio con ganas, mientras el monje permanecía con el semblante grave.

—Si ustedes se hubieran dado el golpe que me di yo, también se habrían equivocado. Parece que se olvidan de que estuve a punto de desangrarme.

—No exagere, Daniel, que tampoco fue para tanto. Lo que no me explico aún es cómo pudo pegarse usted semejante porrazo —señaló la mujer, divertida.

—Ya se lo dije el otro día, y no tengo intención de repetirlo para que se burlen de mí. Pero les recuerdo que cuando me vieron aparecer sangrando del modo en que lo hacía no se reían ustedes tanto.

Mauricio se puso serio de nuevo.

—Lo que tenemos que pensar es de qué manera podemos hacernos con ese libro de una puñetera vez. El comprador está empezando a ponerse nervioso.

—Pues ya me dirá usted cómo —dijo Daniel—. En mi cuarto no está. Deben de haberlo encontrado y escondido. Con la que se ha liado no me extrañaría que estuvieran esperándonos por si volvemos, y no me refiero a los hermanos, sino a la Guardia Civil.

—Lo sé, lo sé. Es evidente que a estas alturas ya sabrán lo que buscabais tú y mis hombres y lo habrán puesto a buen recaudo.
—¿Sus hombres? Menudo par de inútiles. Les dije bien claro que buscaran en el tercer dormitorio del pasillo y van y se meten en el segundo. Si no son capaces ni de contar hasta tres ya me dirá usted qué se puede esperar de ellos. No quiero ni imaginar el susto que le darían a Faustino. Espero que sus gorilas no le hicieran daño.
—No se preocupe tanto por su amigo, que aquí el único que resultó lastimado fue Goran. El tal Faustino le puso las pelotas como dos mandarinas. Pero más le vale que no se lo vuelva a encontrar, porque le tiene ganas.
Tragué saliva mientras Mauricio se levantaba y se dirigía al baño por el que yo había entrado.
—¡Mierda! —exclamó el hombre en el momento en que abrió la puerta.
—¿Qué pasa? —preguntó la mujer, alarmada.
—La ventana está rota. Alguien ha entrado en la casa mientras hemos estado fuera.
—Quizá solo la han roto de una pedrada o algo así —dijo ella mientras se levantaba y se acercaba al cuarto de baño.
—De eso nada. Con una pedrada no se arranca una ventana. Mira. —Señaló la hoja rota. Los rieles estaban combados por la presión—. Hay que hacer mucha fuerza para doblar esto así.
El monje también se asomó.
—¿Y si quien ha hecho eso estuviera todavía aquí? —preguntó fray Daniel con cara de preocupación mientras echaba una ojeada a su espalda.
—Eso lo voy a averiguar ahora mismo. Registraré la casa. Vosotros esperadme aquí.
—Te acompaño —dijo la mujer.
Mauricio trató de disuadirla, pero fue inútil. Daniel, por su parte, no mostró la más mínima intención de unirse a la pareja.
El hombre fue a la chimenea que presidía el salón y agarró un atizador de hierro. Lo golpeó con fuerza contra un tronco apagado, no sé si para sacudirle la ceniza o para darse ánimos, y se dirigió hacia la

puerta.

La cosa se ponía fea. Empezaba a arrepentirme de haber entrado en aquel lugar, aunque ahora ya era tarde para lamentaciones. Por un momento me pregunté qué habría hecho fray Guillermo de Baskerville en mi lugar, pero no esperé a encontrar una respuesta. Me arrastré con cuidado hacia atrás y volví al pasillo de los dormitorios. Primero pensé en esconderme en una de las habitaciones vacías, pero allí no había dónde meterse, así que entré en el dormitorio principal. Me pareció que el vestidor sería el lugar más apropiado; quizá pudiera ocultarme tras la ropa. Lo había visto hacer en muchas películas. Entré, pero de inmediato me di cuenta de que era imposible permanecer oculto detrás de ocho o diez vestidos, algunos de ellos más que escuetos, cinco pantalones y media docena de camisas.

Entonces se me ocurrió que lo mejor sería salir corriendo en cuanto viera una oportunidad. Antes de que me alcanzaran podía haber saltado por la terraza. Pero había un problema: fray Daniel me conocía, incluso Mauricio había hablado conmigo y quizá me recordara. Y los dos sabían dónde encontrarme. Tenía que taparme la cara. Haría como los atracadores, me cubriría la cabeza con una media. Estaba en un vestidor con ropa de mujer y antes había visto ropa interior; sería fácil. Pero pronto me di cuenta de lo equivocado que estaba. Comencé a abrir cajones y solo encontré calcetines de hombre y pantis tobilleros. Aquello era desesperante. Necesitaba localizar algo que me sirviera, y hacerlo rápido. Seguí buscando; ya que no encontraba otra cosa mejor, unas simples bragas que evitaran que me reconocieran serían suficientes. Abrí un cajón lleno de lencería que en otras circunstancias hubiera hecho mis delicias, pero que en aquel momento me hizo cagarme en mi mala suerte. Allí solo había tangas. «Da igual —pensé—. Algo es algo». Me puse uno en la cabeza, pero solo me cubría media nariz. Añadí un segundo, y un tercero, y un cuarto… Necesité siete para que mi rostro resultara irreconocible ante el espejo. Aunque con algunos inconvenientes: el ojo izquierdo lo tenía cubierto por una prenda casi transparente de color verde manzana, mientras que en el derecho tenía otra fucsia, con lo que parecía que llevara puestas unas gafas 3D baratas.

Salí con precaución del vestidor y me dirigí a la puerta del cuarto justo cuando Mauricio y la mujer llegaban al pasillo.

—Empezaré por las habitaciones vacías. —Escuché que decía él.

—Yo echaré un vistazo en nuestro dormitorio, si veo algo raro te aviso —dijo la mujer, dirigiéndose de cabeza hacia donde yo me encontraba.

Por un instante me quedé paralizado sin saber qué hacer, mientras mis tripas comenzaban su particular centrifugado. Lo primero que pensé fue meterme bajo la cama, pero era un modelo de esos modernos cerrados hasta el suelo. Necesitaba algo que me sirviera como arma y lo necesitaba ya. Abrí el cajón más cercano, agarré lo primero que encontré y me coloqué tras la puerta justo en el momento en que esta se abría. Cuando la mujer entró la asalté por la espalda, tapándole con fuerza la boca con la mano izquierda mientras le colocaba en la nuca la única arma que había encontrado: el enorme consolador negro.

—Si te *movés* estás mu… muerta —le dije casi en un susurro, intentando imitar un acento extranjero, aunque me salió algo que sonaba como un argentino de Lugo—. Te… *tenés* una pistola apuntándote a la cabeza. Si *gritás* te ma… *mató*. *¡Carallo!* Y ahora *caminá* de… despacio.

Salí al pasillo andando lentamente con ella agarrada. Cuando estábamos llegando a la escalera apareció Mauricio, que terminaba de registrar la segunda habitación.

—Pero ¿qué coño? —dijo dirigiéndose hacia nosotros.

—Si te *acercás* le vu… vuelo la cabeza. *¡Boludo!* —dije mientras comenzaba a bajar tratando de ocultar de su vista mi «pistola». Él se mantuvo alejado, no sé si asustado por la supuesta arma o por mis pintas.

—Tranquila, cariño. No te pasará nada. ¡Como le hagas el más mínimo daño, tartaja de mierda, te juro que te mato, cabrón! ¡Te encontraré y te mataré! ¡Tú no sabes con quién te la estás jugando! ¡Tú no me conoces!

Cuando terminó su perorata yo ya estaba en el piso inferior. Pasamos al salón, donde fray Daniel se quedó paralizado al vernos entrar.

—Tú, *abré* la pu… puerta de la terraza.

El monje se levantó de un brinco y abrió el ventanal sin rechistar. Salí con la mujer al exterior.

—*Cerrá* o… otra vez y *alejate*.

Daniel obedeció y se fue hacia el otro extremo del salón justo en el momento en que entraba Mauricio.

—Tranquila —le dije a ella—. No hagas ninguna to… tontería y no te pasará nada. Ahora te voy a soltar y me… me largaré. Pon las manos sobre la nuca y no te… te gires cuando te suelte. ¿Entendido? —Me di cuenta de que me había olvidado de deformar la voz —. *¿Entendés?*

—Sí —dijo ella en un susurro, mientras hacía movimientos afirmativos con la cabeza.

La liberé y me dirigí corriendo a uno de los extremos de la terraza. Me apoyé en un macetero y salté la verja como buenamente pude, aunque mi más que escasa agilidad, ayudada por mi nueva visión multicolor, provocaron que me enganchara el dobladillo del pantalón en la punta de lanza de uno de los barrotes. Aquello hizo que me desestabilizara y cayera de cabeza sobre las aliagas que, aunque amortiguaron mi caída, convirtieron mi cuerpo en un auténtico alfiletero. Salí de allí a trompicones, dejando en lo alto de la valla uno de mis tres pantalones con los camales ondeando al viento, como el gallardete más hortera que jamás deshonró castillo alguno.

Capítulo XVIII

Por un momento dudé hacia dónde dirigirme. Tenía el telescopio y el resto de mis cosas en el cerro frente al castillo, pero no estaba mi ánimo para subir hasta allí y acarrear aquel mamotreto todo el largo camino de vuelta. Al día siguiente ya vería lo que hacía.

Llegué al monasterio agotado después de la aventura, pero todavía más confuso con lo que allí había visto. Ahora estaba confirmada sin ningún género de dudas la implicación de fray Daniel en el intento de robo del libro. Traté de recomponer en mi cabeza lo e ocurrido según lo que había escuchado. Parece ser que el monje se hizo con el códice y lo escondió hasta que llegara el momento de la entrega, entonces se produjo el accidente que él mismo había comentado. Por lo visto se golpeó la cabeza y, con la conmoción, se equivocó de libro.

Lo que no sabía era cómo se habían metido en aquello Mauricio y su amiguita, porque todo indicaba que eran ellos los instigadores del robo. Encima, habían dejado bien claro que querían el códice y que no habían desistido de su objetivo de conseguirlo. Por un momento recordé al grandullón al que golpeé en las pelotas y las palabras de Mauricio. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. El-motero-de-los-Village-People no se había olvidado de nuestro encuentro nocturno y estaba deseando echarme el guante. Tendría que guardarme de él.

En cuanto llegué a mi cuarto me conecté de nuevo a Internet. Necesitaba conocer mejor a mis enemigos. Tras mucho buscar encontré una noticia que contestaba buena parte de los interrogantes que se agolpaban en mi cabeza. Iba acompañada de una fotografía de Mauricio Mogollón en una feria del libro de Madrid, cuando aún era gerente de Mi Agüita Amarilla S.A. En ella se le veía hojeando la versión facsímil de un beato iluminado con unas coloridas imágenes.

Pero lo interesante de verdad era el pie de foto. En él se indicaba que Mauricio era un reconocido bibliófilo, interesado principalmente en libros medievales. Al parecer, los compraba por todo el mundo y tenía una importante colección. Y, por lo que acababa de oír de su propia boca, no solo los compraba y coleccionaba, porque al menos en este

caso no tenía ninguna intención de pagar por el códice; y también había dicho de forma expresa que no era para él, sino que tenía un comprador esperándolo.

Más difícil me resultaba alcanzar a comprender los motivos por los que Daniel había accedido a proporcionarle el libro. Tenía que haber poderosas razones para que el monje actuara así; me costaba creer que fuera tan solo una cuestión de dinero. De repente, otra foto me hizo soltar una exclamación no muy adecuada para el lugar en que me encontraba. En la instantánea se veía a Mauricio charlando con un grupo de personas, y entre ellas reconocí a la mujer que lo acompañaba en el castillo, aunque aquí tenía el pelo corto y parecía un poco más jamona. La imagen estaba fechada siete años atrás, y se la identificaba como Sibila Torda, propietaria de una importante agencia inmobiliaria de Teruel. Una búsqueda de su nombre en Google me dejó pasmado. Ya decía yo que su cara me sonaba de algo. Era la presidenta del CIPOHTE (Los Ciudadanos Podemos en Huesca y Teruel), un nuevo partido político de los muchos que habían surgido de la nada en los últimos años y que, incluso, había llegado a conseguir representación en el parlamento regional de Aragón.

Como en las anteriores elecciones autonómicas ningún partido había conseguido mayoría suficiente para gobernar, el suyo había sido uno de los doce grupos que habían pactado para formar el ejecutivo. En el reparto de sillones que siguió, a ella le había tocado una de las diecisiete consejerías que conformaban el nuevo gobierno. En concreto, fue durante cuatro años consejera de Políticas de Igualdad en los Jardines de Infancia. Importantísimo cargo para el que se rodeó de un competente equipo formado por ocho directores generales, cuarenta y uno jefes de servicio y cincuenta y cuatro asesores; elegidos todos por sus méritos y capacidades y, como no podía ser de otro modo, repartidos por sexos de una forma escrupulosamente paritaria, excepto en el caso de los jefes de servicio, que por ser impares contaron con un hombre más, aunque en favor del elegido habría que señalar su gran afición al transformismo, y que sus imitaciones de la Martirio causaban verdadera sensación.

Dejando de lado la información política, busqué con insistencia

vínculos entre Sibila y Mauricio, pero no encontré nada en absoluto. Estaba claro que los periodistas todavía no habían descubierto su relación amorosa, lo que por otra parte hubiera sido un bombazo, ya que ambos estaban casados, cada uno por su lado, se entiende; Mauricio con Valeria Echegaray, una conocidísima modelo venezolana veinte años más joven que él, y Sibila con Federico Alcántara, un reputado ingeniero sevillano famoso por haber construido un puente de ciento veintisiete metros sobre el Guadalquivir sin ningún punto de apoyo y, sobre todo, por haberlo hecho ajustándose de manera escrupulosa a lo inicialmente presupuestado, sin un solo euro de sobrecoste, algo jamás ocurrido en una obra civil española.

Entre unas cosas y otras se había hecho muy tarde, lo mejor sería que me acostara. Al día siguiente pondría al abad al corriente de mis sorprendentes averiguaciones y le pediría más información sobre fray Daniel. Pero antes de irme a la cama aún me pasé casi media hora quitándome espinas de aliaga con unas pinzas. Muchas estaban incrustadas bajo la piel y fue imposible extraerlas, con lo que allí las tuve que dejar. Y es que, a pesar de las muchas capas de ropa que llevaba, no pocas agujas consiguieron atravesarlas, incluso hasta llegar a puntos tan inverosímiles como las cuatro que me quité del escroto.

Me levanté dolorido por los porrazos de la noche anterior y por los pinchos, repartidos al tresbolillo por todos los rincones de mi cuerpo.

Tan pronto dimos cuenta del desayuno me retiré con el abad a su despacho.

—Faustino, ¿qué le ha pasado en la cara? ¿Le ha sentado algo mal o han sido pulgas? La lleva toda llena de puntos rojos.

—No, son solo pinchazos de aliaga.

—¿Qué? ¿Averiguó usted algo anoche? —preguntó con impaciencia.

Le conté mi aventura con todo lujo de detalles; bueno, obviando los aspectos más escabrosos. El pobre no pudo ocultar su estupor cuando le expliqué que fray Daniel se encontraba bien, pero que no solo estaba implicado en el robo, sino que, además, parecía actuar de forma voluntaria.

—Me deja usted de piedra —dijo—. Después de haber encontrado el códice bajo su cama ya lo sospechábamos, pero estaba seguro de que

si se había metido en esto habría sido a la fuerza.
—¿Lo conoce usted desde hace mucho tiempo? —pregunté.
—Sí, claro, desde que llegué a este monasterio, hace veintitrés años. Él ya estaba aquí.
—¿Nunca ha notado nada extraño en su comportamiento?
—Nada en absoluto. Yo siempre he conocido a fray Daniel en la biblioteca. Por lo que sé, primero fue ayudante de fray Cosme, el anterior bibliotecario, y después, cuando este murió hace casi veinticinco años, heredó su puesto, que siempre ha desempeñado de manera ejemplar. No me lo puedo explicar, la verdad. Aunque, si le soy sincero, tampoco me hubiera podido explicar algo así de ningún otro hermano.
Estuvimos un buen rato hablando, tratando de encontrar una razón a la actitud de fray Daniel o alguna posible relación de este con Mauricio y Sibila, pero fue inútil, no encontramos nada en absoluto.
Nuestras elucubraciones fueron interrumpidas por fray Cirilo.
—Perdone que les moleste, padre, pero la capitán Mascaró quiere hablar con usted.
Nos miramos con cierta preocupación. El abad no estaba seguro de la conveniencia de que la Guardia Civil conociera los detalles que yo había averiguado en una incursión en la que acumulé todo un catálogo de infracciones penales. Sería mejor que nos los guardáramos para nosotros, al menos por ahora. Lo importante era que se había recuperado el libro y que sabíamos que fray Daniel se encontraba bien.
—Dígale que pase. Luego seguiremos hablando usted y yo, Faustino.
Abandoné el despacho y en el pasillo me crucé con los guardiaciviles, que me miraron con desconfianza. Deseé que la visita no guardara relación con mi persona.
Aproveché para volver a recoger los trastos que había dejado la noche anterior frente al castillo, y un par de horas después estaba de vuelta con el enorme catalejo al hombro.
Tan pronto llegué, busqué al padre Pascual. Le devolví el telescopio y escuché un resumen de la visita de la Benemérita.
—Querían comunicarme que ya tienen completos los estudios de las

huellas, y hoy mismo han recibido de Madrid los resultados de los análisis biológicos. Lo cierto es que hay algunas sorpresas. Por lo visto, en el interior de la caja del libro ha aparecido una huella de Cecilia, la mujer de Nouradín, y eso, de entrada, debería ser imposible, porque las mujeres tienen prohibido el acceso a cualquier dependencia del monasterio, con la excepción, claro está, de la iglesia. Pero aún hay más. Han podido identificar su huella porque ya estaba fichada por la Policía debido a un incidente que tuvo en Madrid hace muchos años. Y ¿a que no sabe con quién estaba allí? —Lo miré con total desconcierto—. Ni más ni menos que con fray Daniel, que en aquel momento aún no había ingresado en la orden.. Por lo visto tenían una relación amorosa.

Me quedé atónito. No podía imaginar una pareja más dispar. La gorda hombruna fabricante de quesos y el monje culto encargado de una biblioteca única.

—Supongo que la Guardia Civil habrá ido ya a ver a Cecilia para que les explique el origen de esas huellas en la caja —dije.

—No, me han dicho que vinieron a verme porque querían inspeccionar de nuevo el armario donde se guardaba el libro y saber de primera mano si era lógica la presencia de esa huella en la caja, pero tenían que volver sin falta a la capital a declarar en un importante juicio. Hablarán con Cecilia mañana o pasado.

—Entonces me voy a adelantar yo. —Me levanté sin más y me dirigí a la puerta—. Le haré una visita y trataré de sacarle información. Creo que aquí hay algo más de lo que vemos a simple vista.

—No sé si hace usted bien en ir a verla, pero si va tenga cuidado. Mucho me temo que estamos tratando con gente peligrosa.

Me dirigí sin tardanza al pueblo. Encontré a la mujer de Crispín en la quesería instalada en la parte trasera de su casa.

—Hombre, Faustino, qué sorpresa. ¿Qué le trae por aquí? Nouradín no está, salió temprano con las cabras. Por cierto, ¿qué le ha pasado en la cara?, ¿le ha sentado algo mal o le han picado las pulgas? —Ignoré las preguntas sobre mi jeta.

—Ya sé que su marido no está, pero es a usted a quien vengo a ver. —Ella me miró con semblante serio. Dejó el requesón que estaba

metiendo en unos moldes de plástico blanco, se limpió las manos en el delantal y se acercó.

—¿Ha pasado algo? ¿Está bien Nouradín?

—Tranquila, lo que me trae por aquí no tiene nada que ver con él.

Le expliqué lo que la Guardia Civil había contado al abad y le dije que Daniel había desaparecido. Me ahorré el resto de detalles.

—¡Ay, Dios mío! Pobre Daniel. Espero que no le haya pasado nada malo. Es un buen hombre.

Lo que le dije pareció afectarle de verdad y, por la forma en que temblaba su labio inferior, pensé que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Cuándo estuvo usted en la biblioteca del monasterio? —le pregunté. Ella me miró sorprendida.

—Nunca. No he pasado jamás de la iglesia, como el resto de mujeres del pueblo.

—Pero encontraron sus huellas en la caja del códice. Para tocarlo tuvo usted que llegar al lugar donde se guardaba.

—No, no. Daniel me lo trajo a casa una noche. De eso hará ya por lo menos veinticinco años. Él acababa de ser nombrado bibliotecario y quería que yo viera la joya más preciada del monasterio.

—¿Se acostaba con él entonces? —pregunté a bocajarro.

Ella me miró, sorprendida por una pregunta tan directa. Luego agachó la cabeza.

—Sí. Nos conocemos desde hace muchos años, casi desde niños. Él es de Cascajar, y en aquellos tiempos todos los chavales de estos pueblos íbamos al instituto de Milindrillas, el más cercano. Salimos durante unos años. —Se detuvo un momento, mientras se miraba lo dedos y se quitaba los restos de requesón pegados en el dorso de las uñas—. Pero pasemos a la casa, allí podremos hablar más cómodos.

Entramos en la misma salita donde habíamos merendado unos días antes y nos sentamos.

—¿Qué pasó en Madrid? La Guardia Civil ha podido identificar sus huellas en la caja del códice porque ya estaba fichada. Por lo visto, usted y Daniel tuvieron un problema en la capital.

Noté que Cecilia se ruborizaba pero, a la vez, una tierna sonrisa

suavizó aquel rostro curtido por el sol y el tedio.
—Verá, Faustino, yo no he sido siempre así. —Hizo un ademán con la mano, como queriendo señalarse de arriba abajo. Se levantó con trabajo del sillón y abrió la puerta del mueble sobre el que descansaba el televisor. Había allí por lo menos una veintena de álbumes de fotografías. Hojeó varios, escogió uno de ellos y se volvió a sentar. Lo abrió y pasó unas cuantas páginas—. Mire, esta era yo hace treinta años. —Me quedé boquiabierto mirando a aquella preciosa muchacha de larga melena negra, que posaba con un escueto biquini blanco que resaltaba un cuerpo en verdad voluptuoso—. Aquí tenía yo diecisiete años y acababa de empezar a salir con Daniel. Es este. —Señaló al chaval enclenque que ocupaba el extremo derecho del grupo. Muy delgado, con anchos hombros huesudos, el pelo corto, con un poco de tupé y sin patillas. Sonreí al recordar fotos mías con un estilismo capilar muy parecido. A diferencia de lo que ocurría con Cecilia, a Daniel se le reconocía bastante bien, su cara no había cambiado demasiado.
»Me preguntaba usted por Madrid. Eso pasó en… —Dudó un momento —, creo que en 1988, unos meses después de la foto que le he enseñado. Michael Jackson daba allí un concierto. ¿Le gustaba a usted Michael Jackson?
Asentí.
—Creo que somos casi de la misma edad. Yo también viví aquellos años y también tuve diecisiete.
—Bien, pues entonces comprenderá que para nosotros era lo más, así que decidimos ir a verlo. El problema era que, aunque para entonces yo ya había cumplido los dieciocho, en casa no me iban a dejar ir sola a Madrid ni de coña. Así que nos inventamos una falsa acampada en la laguna de Gallocanta. Yo les dije a mis padres que estaría con dos amigas, y ellas les dijeron a los suyos que estarían conmigo. Daniel y sus amigos hicieron otro tanto, con lo que al final nos fuimos a Madrid dos parejas: Daniel conmigo, y mi amiga Pili con Fermín, un amigo de Daniel. La otra pareja se pasó el fin de semana retozando en casa de la abuela de él, que había fallecido poco antes.
—¿Fermín, el de la tienda de Cascajar?

—Sí. ¿Lo conoce?
—Sí, precisamente fue él quien me recomendó venir al monasterio.
—Por aquel entonces era el mejor amigo de Daniel. El caso es que nos fuimos en autobús hasta Madrid. Ya allí nos tomamos tres o cuatro cervezas y, junto a las taquillas del Vicente Calderón, unos tipos nos vendieron unas pastillas de *speed*. Ni Daniel ni yo habíamos tomado nunca drogas y los efectos fueron desastrosos. Casi no nos enteramos del concierto ni de las horas siguientes. El caso es que, colocados como íbamos los dos, acabamos a las cinco de la mañana bañándonos desnudos en la fuente de Cibeles. Apareció la Policía, y como no salíamos nosotros, entraron ellos a buscarnos. Imagínese el espectáculo, Daniel y yo en pelotas corriendo por la fuente muertos de la risa, la pareja de maderos detrás y un montón de borrachos alrededor aplaudiendo. Al final terminamos revolcados los cuatro en el agua. Cuando la policía que me sujetaba fue a echar mano de la porra lo que agarró fue el mango de Daniel, al que las pastillas le habían provocado una erección que no había manera de bajar. —La risa le hizo interrumpir la narración—. Total, que acabamos en comisaría, detenidos por un delito de desobediencia y otro de escándalo público. —Se detuvo un momento pensativa.
»Creía que aquello habría quedado ya en el olvido, pero parece que no, que nuestros errores de juventud nos acompañan de por vida. —Su rostro cambió de repente. La sonrisa melancólica desapareció de golpe para dar paso a una expresión de dureza que no le había visto hasta entonces—. Esto es todo, Faustino. Creo que ya es hora de que se vaya antes de que llegue Nouradín. Él no sabe nada de esto. —Se levantó en una clara invitación a que yo hiciera lo mismo—. Y preferiría que siguiera sin saberlo.
Me levanté también.
—No se preocupe por eso. Solo una última pregunta, Cecilia. ¿Hasta cuándo se estuvo usted acostando con Daniel? ¿Sigue haciéndolo?
—¡No! —contestó airada—. Soy una mujer casada. Todo terminó hace muchos años, cuando…
—¿Cuándo qué? —pregunté, viendo por la expresión de su rostro que estaba a punto de contarme algo importante.

—Faustino, pasaron cosas... —Sus manos comenzaron a temblar sin control mientras su voz casi se rompía—. Cosas que es mejor no recordar. Hágame caso, deje en paz este asunto. Adiós.

Salí de allí con más preguntas de las que había llevado. ¿A qué asunto se refería? Había ido a hablarle del códice y de Daniel, pero ella los había relacionado también con otra cosa. Algo que yo desconocía, pero que también afectaba al monje de forma directa, algo tan grave que su solo recuerdo la había descolocado del todo. Quizás aquello pudiera explicar el comportamiento de Daniel y también ayudarme a llegar al fondo de aquel turbio asunto. Y si lo hacía no solo podría completar el argumento de mi novela, sino, y lo más importante, que alejaría de manera definitiva las sospechas que aún pesaban sobre mi persona.

Mi principal problema era que me resultaba muy difícil obtener información en un sitio en el que no conocía casi a nadie. De pronto escuché la bocina de un vehículo que se acercaba. Lo reconocí al instante, era la furgoneta del panadero. Entonces tuve una idea. Me dirigí a la plaza, donde los parroquianos hacían ya cola de forma ordenada, y esperé paciente mi turno.

—Hombre, pero si es el escritor. ¿Qué pasa? ¿Los monjes le han vuelto a dejar sin desayuno? Por cierto, lleva la cara hecha un mapa. ¿Le ha sentado algo mal o han sido pulgas?

—Ni una cosa ni la otra. Mire, quería pedirle un favor. ¿No irá usted por casualidad a Cascajar? Necesito acercarme allí, pero no tengo medio para desplazarme; esta mañana no hay autobús.

—Sí, claro. Venga usted conmigo. Así tendré compañía y podré charlar con alguien distinto. No se imagina lo monótono que puede llegar a ser mi trabajo —dijo el hombre, sonriente—. Eso sí, antes de Cascajar he de parar en El Bubillo; aunque tardaremos poco, porque aún vive menos gente que aquí.

—No se preocupe, me viene de perlas.

Subimos a la furgoneta y nos pusimos en marcha. Me fijé en el conductor. Debía de tener más o menos la misma edad que Daniel y Fermín.

—¿De qué pueblo viene usted? —le pregunté.

—De Milindrillas del Marqués. Pero no me hables de usted, hombre, que me haces más viejo, je, je. Está a solo dieciocho kilómetros de Tornajos. Ya de pequeño solía acompañar a mi padre, que vendía fruta por estos mismos pueblos así que, como no me gustaba estudiar, en cuando tuve edad, heredé su trabajo, aunque cambié la fruta por el pan.

—Entonces, ¿eres nacido allí?

—Sí, y soy de los pocos que no emigró de joven. Algunas veces he dudado si hice bien quedándome, pero ahora no me arrepiento, ¿sabes? Tengo un trabajo que me da para vivir de forma digna con mi familia, soy mi propio jefe y me quito del estrés de las ciudades. Además, con la crisis mira cómo han acabado muchos. ¿Y tú, de dónde eres?

—Yo de Castellón. Allí tampoco sufrimos mucho estrés. Es una capital pequeña, casi parece más un pueblo grande, pero para mí es un sitio perfecto para vivir; tenemos todos los servicios, la playa a un paso y sin los agobios de las capitales grandes. —Cambié de tema aprovechando el ambiente más distendido—. Entonces, por esta zona conocerás a todo el mundo.

—Sí, claro. A todos los que viven aquí y a muchísimos de los que se marcharon.

—Yo empiezo también a conocer gente de estos pueblos. A Fermín, el de la tienda de Cascajar, a Cecilia y a su marido, a fray Daniel, que también me dijo que era de Cascajar…

—Los conozco a todos. Fuimos juntos al instituto. Además, coincidíamos a menudo en las fiestas de los pueblos de la zona. Por cierto, no te lo vas a creer pero Daniel, antes de meterse a monje, salía con Cecilia.

—¡No me digas! —Me hice el sorprendido.

—Lo que oyes. Claro, que la Cecilia de entonces no tenía nada que ver con la de ahora. Era una hembra de bandera y nos traía a todos de cabeza, aunque al final fue Daniel el que se la llevó al huerto. Total para nada, ya ves, para hacerse cura a los cuatro días y dejarla para vestir santos. Pero lo más raro de todo fue el cambio que pegó ella de sopetón unos años más tarde. Todavía no me lo explico.

—¿Cómo que cambió de sopetón?
—Lo que te digo. Una cosa extrañísima, porque cuando eso ocurrió ya hacía bastante tiempo que Daniel se había metido a monje y ella todavía se mantenía soltera y de muy buen ver. En realidad, siempre pensé que esperaba que Daniel se cansara del monasterio y volviera con ella. Pero, de repente, de un día para otro, hará veintitantos años, Cecilia dejó de arreglarse, se cortó el pelo al estilo que lo lleva ahora y empezó a engordar. En pocos meses estaba irreconocible.
—Pues sí que es raro, sí. ¿Y no se sabe el motivo?
—Nada; hubo muchos rumores en aquel momento. Que si se le había ido la cabeza, que si se iba a meter ella también a monja... ¡Bah!, tonterías que se dicen en los pueblos. Incluso, como no se le conoció ningún otro novio después de Daniel, hubo algunos convencidos de que le iba más la pluma que el pelo.
—¿Cómo dices?
—Que se había vuelto tortillera, para que me entiendas.
—Ah.
Hicimos una breve parada en El Bubillo, donde Rufino, que así se llamaba el panadero, no tardó ni diez minutos en atender a los ocho parroquianos que esperaban pacientes en una plaza con menos interés aún que la de Tornajos. Yo, mientras tanto, trataba de poner en orden mis ideas. Lo que me había contado el panadero parecía confirmar mis sospechas de que un suceso importante había alterado de forma radical la vida de Cecilia muchos años atrás.
—Y tú que conocías a Cecilia —continué cuando Rufino volvió a subir su corpachón a la furgoneta con un resoplido—, ¿qué piensas que le pudo ocurrir?
El hombre dudó antes de contestar, mientras se pasaba la mano por el pelo, más amarillento que cano.
—Verás, ahí tuvo que haber algo raro, ¿sabes? Antes del cambio repentino ya había rumores.
—¿Rumores de qué?
—Movimientos extraños. Coches que venían a recogerla a las tantas, gente desconocida que llegaba y se iba… Yo qué sé. Se llegó a hablar hasta de sectas. Pero todo aquello se terminó al mismo tiempo que

Cecilia cambió. Así que estoy convencido de que ocurrió algo muy gordo que hizo que Cecilia decidiera darle la vuelta a su vida de aquel modo. Te veo muy interesado en el tema.
Me puse en guardia.
—No, qué va. Es que los escritores tenemos el vicio de estar siempre buscando historias; nunca sabes cuándo vas a encontrar material útil para una novela. Me ha intrigado el asunto este, nada más.
—Pues mucho me temo que aquí no encuentres ni para un cuento —dijo mientras nos deteníamos en mi destino—. Por cierto, ¿cómo vas a volver?
—No te preocupes, esta tarde pasa un autobús, y no tengo prisa. Muchas gracias por todo.
Bajé de la furgoneta y me dirigí directo a la tienda de Fermín. Había estado pensando en cómo sacarle el asunto, y al final pensé que lo mejor sería atacar de frente, sin rodeos. El tendero estaba arreglando una estantería cuando entré, y me reconoció al instante.
—Hombre, buenos días. ¿No me diga que se ha cansado también del monasterio y se vuelve a casa de Apolonio? Ah, y perdone por el susto del otro día en el camino, la verdad es que iba demasiado deprisa.
—No se preocupe, no pasa nada. Verá, en realidad he venido porque quería hablar con usted de otra cosa —Al verme serio el tendero se puso alerta.
—Pues usted dirá.
—Tengo entendido que era usted amigo de fray Daniel, ¿no es así? —La cuestión le pilló por sorpresa.
—Sí, claro, de chavales éramos de la misma pandilla, y fuimos juntos al instituto. ¿Por qué lo pregunta?
Le conté lo de la desaparición, incluyendo el detalle de la sangre para hacerlo más dramático. Por supuesto, no le dije que lo había visto y que se encontraba bien, tampoco que estaba al tanto de que él andaba metido en el asunto de la marihuana del monasterio. La noticia le afectó de manera visible.
—Pero ¿qué me dice?, ¿Daniel? —Se sentó en una silla. Estaba pálido y parecía a punto de desmayarse.
—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí; gracias —dijo—. Ya estoy mejor. Es que me deja usted de piedra. Ahora teníamos poco contacto —mintió—, pero fuimos muy buenos amigos. ¿Y dice usted que estaba todo lleno de sangre?

—Sí, había manchas en el colchón, por el suelo, incluso en las paredes. Las gotas llegaban hasta la calle y allí desaparecían. La Guardia Civil está investigando qué le pudo pasar. Verá, Fermín, me gustaría que me hablara usted de Daniel y de Cecilia.

—¿Cómo dice?

—Sí, sé que los dos estuvieron saliendo juntos bastante tiempo, y tengo la impresión de que aquella relación pudiera estar vinculada de algún modo con la desaparición de Daniel. —Fermín pareció dudar. Se quedó en silencio unos segundos.

—Vamos, le invito a una cerveza —dijo mientras se levantaba y me seguía hasta la calle. Colocó en la puerta un cartel que decía: «Vuelvo en 5 minutos», y cerró.

Caminamos en silencio hasta el bar de la plaza, pedimos las bebidas y nos sentamos en una mesa al fondo del local.

—¿Qué quiere usted exactamente de mí? —me preguntó, serio.

—Cecilia y Daniel siguieron viéndose después de que él ingresara en el monasterio, ¿no?

Fermín miró al camarero, que dejó ante nosotros dos tercios y un plato con aceitunas. Cogió su botellín, le dio un sorbo y comenzó a darle vueltas sobre la mesa.

—Sí. Lo habían dejado poco antes de que Daniel entrara en la orden, pero los dos seguían enamorados, y cuando él regresó al pueblo volvieron a verse a escondidas.

—Entonces, ¿por qué Daniel se metió a monje? No lo entiendo; lo lógico sería que hubieran seguido juntos, que formaran una familia, hijos... Vamos, lo típico.

—Bueno, no es tan fácil. Cecilia no ha sido siempre tal y como usted la conoce.

—Sí, ya lo sé, ella misma me ha enseñado fotos de cuando era joven. Un bellezón. Razón de más para que Daniel se hubiera quedado con ella.

—No, no me refería solo a eso. Por supuesto que era una mujer de las

que quitan el hipo y de las que todos los hombres quisieran tener en su cama; y ese era precisamente el problema, que Cecilia no les decía que no.

—¿Me está diciendo que Cecilia le era infiel a Daniel?

—En realidad no le era infiel porque él sabía que había más hombres en su vida, pero es que ella no se conformaba con otro, ni con otros…

—Vamos, que era bastante ligerita de cascos, por decirlo de una forma suave —sinteticé yo.

—Bueno, yo no lo diría así. Es solo que le gustaba disfrutar de su cuerpo al máximo y de todas las formas posibles. Aunque creo que llegó un momento en que perdió el control y ya no le satisfacían las relaciones habituales; siempre quería más. Empezó a hacérselo también con mujeres, parejas... Incluso llegó a desplazarse a Madrid algún que otro fin de semana, a clubs liberales de esos en los que se montan bacanales multitudinarias.

—Lo veo muy enterado. ¿Se acostó usted también con ella? —Fermín bajó la cabeza, mirando la botella, que no cesaba de girar en sus manos.

—Sí, bastantes veces. Incluso la acompañé alguna vez a estos clubs en Madrid.

—Traicionando a su amigo.

—No, qué va. Fue el mismo Daniel quien me animó a que me acostara con ella. Y más cuando él profesó los votos. Era consciente de que Cecilia necesitaba sexo como el comer. —Dudó un momento—. Incluso, antes de que Daniel ingresara en la orden, llegamos a acostarnos los tres juntos en más de una ocasión.

Me quedé boquiabierto.

—¿Me dice usted que hacían tríos?

—Sí, y ya le digo que ella no los hacía solo con nosotros. A veces quedaba con otras gentes de fuera, hombres y mujeres que iban a verla a Tornajos. Por lo visto llegó a organizar en su casa orgías más que considerables, con un montón de hombres y mujeres para ella sola.

—Y de repente todo aquello se acabó y su vida dio un giro radical. ¿Qué ocurrió? —Fermín estaba muy nervioso. Se le volcó el botellín

sobre la mesa.
—Mire, Faustino —dijo mientras trataba de empapar la cerveza derramada con varias servilletas de papel —. Hay asuntos que es mejor no remover. Si de verdad tiene en alguna estima a Daniel y a Cecilia, deje las cosas como están y no hurgue en el pasado. Podría hacerles daño a ellos y a otros que nunca hemos querido causar ningún mal a nadie. Déjelo estar, Faustino.
—Pero ¿qué pasó? Solo busco datos, pistas que me permitan averiguar qué le ha ocurrido a Daniel. No se lo he dicho, pero para la Guardia Civil yo soy uno de los principales sospechosos de su desaparición, si no el principal. Me he visto involucrado en un asunto con el que no tengo nada que ver y que me puede acarrear muy serios problemas. — De repente la cara de Fermín cambió. Se puso muy tenso mientras la puerta del bar se abría. Me giré. Para mi sorpresa, pude reconocer al Motero-de-los-Village-People y a su colega, los hombres que había visto hablar con Mauricio en la terraza del castillo y los mismos que me habían asaltado en mi dormitorio unas noches antes—. ¿Quiénes son esos? ¿Los conoce?
—Solo de vista, están alojados en casa de Apolonio —dijo.
—No tienen pinta de españoles. ¿No serán amigos de los alemanes que se hospedaban cuando yo estuve? —pregunté con intención.
—No lo sé; el primero es español y el grandullón extranjero, me parece que croata. Bueno, debo irme, tengo la tienda cerrada. Hágame caso, Faustino, no revuelva más el pasado. Hay cosas que están mejor olvidadas.
Nos levantamos y salimos ante la escrutadora mirada de los recién llegados, que se habían sentado en otra mesa. Al pasar a su lado traté de taparme la cara haciendo como que me rascaba la frente con la esperanza de que no me reconocieran; aunque la verdad es que sería difícil, a fin de cuentas solo me habían visto unos momentos a la luz de una linterna.
—Por cierto, si quiere volver a Tornajos y no le apetece aguardar al autobús, puede ponerse junto a la carretera y esperar a que pase algún coche que le lleve. Así lo hacemos nosotros. Aquí la gente todavía suele parar. Y, por favor, piense con tranquilidad en todo lo que le he

dicho. Adiós.
El tendero se fue calle arriba sin mirar atrás.

Capítulo XIX

Hice caso a Fermín y me senté en un escalón junto a la carretera. Como me había percatado de que difícilmente podría volver al monasterio para la hora de la comida, le había comprado a Rufino, el panadero, una botella de batido de vainilla y una torta de manzana de esas que solo se encuentran ya en los pueblos. Me dio tiempo a terminar con todo antes de que, casi media hora más tarde, se detuviera ante mí un Volvo ranchera que hacía años que estaba pidiendo a gritos la jubilación. Lo conducía una mujer, que se ofreció a llevarme de vuelta a Tornajos y que comenzó a hablar tan pronto cerré la puerta del vehículo.

—Recuerdo que cuando era joven y vivía aquí nos movíamos siempre así por estos pueblos —me dijo.

La mujer se presentó como Adriana. Tendría poco más de cuarenta años, aunque muy bien llevados. Olía a gel de ducha del de toda la vida, no de esos modernos de yogur o de aloe vera. Me llamó la atención su pelo, moreno y muy corto, casi masculino. Lo cierto es que su cara me resultaba muy familiar.

No paramos de charlar en lo que duró el trayecto. Le conté lo de mi estancia en el monasterio y le dije que no, que no era mi intención meterme a monje; ella me contó que era historiadora del arte y que había ido a Cascajar a visitar a unos amigos alemanes que estaban alojados en una casa rural. Entonces caí en la cuenta de que era la mujer que había visto en casa de Apolonio sentada con Günter en mi fugaz estancia en Los Robles, por eso me sonaba su cara. Cuando se lo dije, ella también se acordó de mí. No sé, pero me dio la impresión de que, al darse cuenta de quién era yo, su rostro cambiaba de expresión, me pareció que se ponía tensa. Luego se relajó un poco, pero noté que su locuacidad había disminuido de forma más que considerable.

—Lamento mucho que te tuvieras que ir por culpa de mis amigos. Me siento un poco responsable porque fui yo quien les buscó alojamiento aquí. Günter me dijo que le gustaría pasar unos días en un lugar tranquilo después de visitar Barcelona. Le recomendé Cascajar porque

es el pueblo donde nací, aunque hace años que me fui a vivir fuera.
—No te preocupes; al principio me sentó un poco mal, pero he de reconocer que un monasterio era el lugar más apropiado para escribir una novela como la que me llevaba entre manos. —«Siempre que unas cabras no te jodan el trabajo y unos cabrones no te asalten en plena noche», pensé, pero me lo callé.
—Pues ahora los pobres están muy disgustados —dijo—; hace unos días a Günter le robaron la cartera en la capital. Imagínate, aparte de trescientos euros, llevaba toda su documentación, las tarjetas de crédito… Menos mal que su mujer tenía las suyas, si no, me habría tocado, incluso, dejarles dinero para volver a Alemania. Los tuve que acompañar al cuartel de la Guardia Civil de Milindrillas a poner la denuncia, más que nada por si el malnacido que se la quitó utilizaba su documentación para hacer alguna trastada.
En mi fuero interno me alegré. Por su culpa se habían trastocado mis planes y casi me mato en un accidente de tráfico. «Jódete, cabeza cuadrada».
Caí entonces en la cuenta de que, si ese era el coche negro que esperaba unos días atrás delante de la casa de Apolonio con un tipo calvo dentro, probablemente fuera también el mismo que encontré junto al río con una pareja dándose una alegría en su interior, y, por lo tanto, mi conductora sería la mujer que vi despatarrada en el asiento que ahora ocupaba yo. Traté de apartar de mi cabeza la más que sugerente imagen para evitar la reacción de mi entrepierna.
Poco después me dejó en la travesía de Tornajos y me dirigí al monasterio, aunque mi intención era regresar de nuevo a mi punto de vigilancia frente al castillo. Cada vez estaba más convencido de que la fortaleza era el centro de todo aquel enredo. Debía averiguar quiénes estaban metidos en el ajo y hasta qué punto actuaba Daniel por voluntad propia.
Le conté al abad mis averiguaciones, que Daniel y Cecilia habían continuado su relación, al menos de forma esporádica, después de que este hubiera profesado sus votos, aunque todo indicaba que de eso hacía ya mucho tiempo. Me reservé los aspectos más peliagudos de la nada comedida vida sexual de la quesera; tampoco era necesario

entrar en detalles.
—Vaya por Dios. Está visto que para algunos resulta muy difícil mantener el voto de castidad. Quizá, si Daniel no hubiera estado en su pueblo y viendo a menudo a su antigua novia, le hubiera sido más fácil resistir la tentación, pero así… Además, por lo que sé, durante sus primeros años en el monasterio Daniel fue también el cillerero, el encargado de surtir a la comunidad de las provisiones, herramientas y demás, con lo que era quien más contacto tenía con los del pueblo.
Tras nuestra conversación le pedí otra vez el telescopio y le dije que iba a volver a espiar a los ocupantes del castillo.
—Por favor, ni se le ocurra meterse otra vez allí; anoche estuvo usted a punto de acabar muy mal.
—Tranquilo, que ya tuve bastante. Además, creo que vi todo lo que necesitaba ver allí dentro, no hay que tentar a la suerte más de lo necesario. Ahora me interesan más los movimientos de personas que entren y salgan a visitar a nuestros amigos.
Por orden del abad me prepararon un bocadillo. Añadieron medio litro de vino y un pequeño termo con café.
—Me he encargado de echarle un poco de gasolina. Ya sabe, para que no pase mucho frío —dijo fray Ignacio guiñándome un ojo.
Abrí el abollado termo metálico, que debía contar no menos de cincuenta años. El tufo a coñac casi me tumba, mientras el monje reía con ganas.
—Es de elaboración artesanal; le sentará bien.
—Vaya con mucho cuidado, por favor —me dijo el abad con semblante serio.
—No se preocupe, soy el primer interesado en volver de una pieza.
Alcancé mi punto de observación cuando el día daba sus últimos estertores. Me acomodé lo mejor que pude y me serví el primer café, que me hizo toser al notar la quemazón en la garganta.
—¡Joder! —dije en voz alta—. Este Ignacio ha puesto media botella de coñac aquí dentro.
Apunté el telescopio hacia el castillo y eché una primera visual. Todo estaba en calma, y la única luz encendida era la del dormitorio principal. No vi a nadie. Pero apenas habían transcurrido unos

minutos cuando escuché el ruido de un motor que se acercaba por el oeste hacia el lugar donde yo me encontraba. Retiré la vista del objetivo. No podía ver el vehículo, pero sí el polvo que levantaba tras los cerros cercanos. De pronto el sonido cesó. «Espero que no sea la Guardia Civil —pensé—. A ver cómo explico yo qué hago aquí con este trasto». Por si las moscas, traté de camuflarme lo mejor que pude entre las matas de espliego. Quedaba poca luz, pero la suficiente para que pudieran verme desde una cierta distancia.

De repente alguien coronó una loma que se encontraba a un centenar de metros a mi izquierda y se agachó. La cosa se ponía fea. El tipo se quedó allí quieto detrás de los matorrales, así que, con mucho cuidado, apunté el telescopio hacia él.

Lo reconocí al instante. Era el grandullón rubio con coleta que conducía el coche que chocó contra mi autobús y nos amenazó con una navaja el mismo día de mi llegada a Tornajos. Tan solo había cambiado el abrigo hortera de cuadros por un chaquetón negro. Pero lo más curioso era que miraba hacia el castillo con unos prismáticos.

Yo estaba completamente desconcertado. ¿Quién era en realidad aquel tipo? ¿Por qué podría interesarle también lo que pasaba en la fortaleza?

La luz del día no tardó en extinguirse por completo, aunque la excelente óptica del catalejo me permitía seguir distinguiendo la silueta del coletas. Observó durante casi media hora, pero al final pareció aburrirse, porque vi su sombra marcharse colina abajo por donde había llegado. Al momento escuché el coche arrancar el motor y alejarse. Respiré aliviado; estaba solo de nuevo.

A pesar de que me resultaba difícil, traté de calmarme y olvidar a aquel fulano para centrarme en la tarea que me había llevado hasta allí. Enfoqué el catalejo directamente a los ventanales del salón, que ahora tenían la luz encendida, aunque no se veía a nadie. Supuse que quien fuera que hubiera allí estaría sentado en alguno de los sillones que había frente a la televisión o la chimenea, que quedaban a la derecha de la sala, fuera de mi vista. Aproveché la falta de movimiento en la casa para hacer un nuevo reconocimiento de los alrededores y asegurarme de que aquel tipo no había vuelto. No

terminaba de estar tranquilo. Solo y a oscuras en lo alto de un cerro aislado, sin nadie a quién recurrir en caso de problemas... Luego enfoqué por un momento el telescopio hacia el cielo. El sol hacía ya rato que se había puesto y las estrellas brillaban con fuerza. No me extraña que fray Liborio hubiera sucumbido cautivado por un espectáculo tan fascinante como sobrecogedor. El cielo de aquel lugar perdido, limpio y transparente, sin el menor atisbo de contaminación, hacía aún más seductora la observación de la bóveda celeste y nos recordaba nuestra insignificancia en aquella inmensidad salpicada de estrellas que parecían palpitar al ritmo de mil corazones.

No tengo ni puñetera idea de astronomía, pero, recordando mis años del colegio, fui capaz de identificar la Osa Mayor, la Osa Menor y la Estrella Polar, en el extremo del varal del imaginario carro. Luego dirigí el telescopio hacia la luna que, pese a estar ya en fase menguante, aún conservaba visible una parte importante de su superficie, en la que se apreciaban con claridad sus innumerables cráteres. Algunos se veían como simples puntos oscuros, mientras que otros marcaban el centro de profundos radios, labrados en el momento del impacto de los meteoritos que los formaron. En eso me distraía cuando una luz se reflejó en la lente. Aparté el ojo del objetivo y pude ver un vehículo que se acercaba al castillo por la carretera. Me pareció una furgoneta, que debió de detenerse en la explanada ante la entrada de la fortaleza. Pocos segundos después Mauricio cruzaba el salón hacia la puerta, y al momento volvió a aparecer junto a un hombre, que no era otro que Fermín, el tendero de Cascajar. Los vi discutir de forma acalorada. Fermín parecía muy alterado. Incluso golpeó con el puño sobre el mueble de la televisión. Mauricio trataba de calmarlo. En ese momento apareció Sibila seguida de Daniel. Fermín se dirigió hacia el monje y lo cogió por los hombros. Resultaba evidente que había quedado aliviado al verlo sano y salvo después de lo que yo le había contado por la mañana. ¿Qué pintaba Fermín en esta historia? Quizá fuera el nexo entre esta gente y los narcotraficantes. Eso o que estaba metido en todos los berenjenales, que también podía ser. En vez de aclararse, este asunto cada vez se complicaba más, y cada día que pasaba aparecían más y más implicados. ¿Es que no había nadie

normal por estos pueblos?
Los vi sentarse, ahora más relajados. La mujer sacó unas bebidas y se acomodó en el sofá. Hablaron largo rato. El que llevaba la voz cantante era Mauricio, mientras que Daniel negaba con la cabeza cada poco y a veces replicaba gesticulando, momentos en los que la mujer intervenía, al parecer tratando de calmar los ánimos. En todo el rato Fermín apenas abrió la boca.
Así pasaron casi dos horas, tiempo en el que Sibila colocó algunos platos con comida sobre la mesa central, de los que todos picaban mientras Mauricio parecía explicarles algo, incluso con la ayuda de un papel en el que hacía dibujos.
Entre tanto me comí el bocadillo y me bebí el medio litro de vino y todo el café con coñac. Cuando ellos se despidieron, traté de levantarme para irme también. Pero solo conseguí caer de bruces sobre un frondoso arbusto de romero. Estaba completamente borracho. La consecuencia directa es que tardé casi tres horas en volver al monasterio después de equivocarme siete veces de camino. Cuando por fin llegué a mi habitación me derrumbé en la cama vestido. Antes de que mi cara tocara las sábanas ya dormía como un tarugo.

Capítulo XX

Al día siguiente me levanté con una resaca de campeonato, pero lo primero que hice fue poner al día al abad de mis averiguaciones. Le comuniqué que Fermín estaba implicado en todo lo que allí pasaba y que Daniel seguía en el castillo. También que yo no era el único al que interesaba lo que allí ocurría. Aquello lo dejó preocupado.

—¿Está usted seguro de que era el mismo tipo del accidente?

—Estaba anocheciendo, pero lo vi bastante bien y no tengo ninguna duda de que era él. Tipos con su aspecto no creo que haya muchos por esta zona.

—Pues será mejor que no vuelva por allí, Faustino. No sé qué buscará esa gente, pero me da muy mala espina.

Cuando terminamos la charla aún pude escribir durante varias horas. No hubo distracciones y en uno de mis descansos, incluso, decliné la invitación de fray Cirilo para participar en su sesión de Kyudo. Eso sí, me aseguré de no salir de mi celda hasta que no terminaron con sus prácticas de tiro. Estimo mi vida.

Después de la cena y tras un rato de meditación, algunos por el claustro y la mayoría en el «ahumadero», apurando los pocos cogollos que se habían salvado de la quema, los monjes se dirigieron a la iglesia para completas.

Pasee un rato entre las seculares piedras, dándole vueltas a mi historia. De pronto, escuché unos fuertes golpes. Era la aldaba de la puerta. ¿Quién sería a aquellas horas? Me acerqué a la entrada. Volvieron a aporrear con fuerza.

—¡Abran a la Guardia Civil! —dijo una potente voz al otro lado del portalón.

—Un momento, por favor, que yo no tengo llave, voy a avisar al abad —dije, alarmado por la presencia de los agentes. «Espero que no traigan malas noticias, sobre todo para mí», pensé mientras entraba en la iglesia casi corriendo ante el asombro de los monjes, que murmuraban sus oraciones sentados en el coro. Me dirigí directo al abad y le comuniqué en voz baja la llegada de la Benemérita.

—Vaya por Dios. Esto no me gusta un pelo. No creo que vengan a estas horas para nada bueno —dijo mientras nos dirigíamos con paso rápido hacia la entrada acompañados por fray Cirilo, con la llave en la mano y bamboleándose ante nosotros como a cámara rápida.

El monje abrió la puerta a los agentes que esperaban fuera. Por si las moscas, me quité de en medio, aunque me quedé cerca, oculto por los claroscuros tras la escalera. Quería saber los motivos de una visita tan inquietante como a deshora.

—Buenas noches, soy el abad de la comunidad. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Podemos entrar? —dijo uno de los guardias casi como un mero formulismo, porque mientras preguntaba ya había puesto un pie en el interior.

—Sí, sí, claro —contestó el abad, echándose a un lado.

Los dos agentes entraron, y en ese momento el padre Pascual se dio cuenta de que no había ningún coche fuera.

—No me digan que han venido ustedes andando. ¿Aún siguen con los recortes? —preguntó el abad, extrañado.

No le dio tiempo a decir más, porque justo entonces los guardiaciviles desenfundaron sus pistolas y apuntaron con ellas a los dos monjes.

—Ahora calladitos los dos y para adentro —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre aquí? ¿Qué hacen ustedes? ¿Por qué nos apuntan con sus armas? Nosotros no somos delincuentes —dijo el abad, que por un momento debió de pensar que habían descubierto lo de la plantación de marihuana y habían venido a detenerlos.

—Calla, viejo; ya te enterarás en su momento —dijo el segundo hombre con un fuerte acento sudamericano, a la vez que le empujaba —. ¿Dónde están los otros?

—En… en la iglesia —dijo el abad con voz entrecortada—. Ustedes no son guardiaciviles.

—Vaya, pero qué listo el vejestorio. Se ha dado cuenta él solito. Venga, con los demás, y en silencio —dijo el primero mientras empujaban a los dos hasta la entrada lateral del templo.

El resto de la comunidad se debió de quedar de piedra cuando vieran aparecer al abad y a Cirilo encañonados por los falsos guardias.
—¡No quiero ver moverse ni a una mosca! ¡Si todos os portáis bien no os pasará nada! ¡En caso contrario es posible que nosotros también nos pongamos nerviosos y podría haber una desgracia! —gritó uno de los dos matones desde la misma puerta mientras el otro desaparecía dentro.
Tras decir esto, el que había hablado sacó un teléfono móvil y volvió al claustro en el que yo me encontraba, aplastado contra las sombras del muro, tratando de pasar desapercibido. Ya me había parecido a mí raro ver guardias con tricornio en estos tiempos. Era un burdo disfraz.
—Vía libre, voy a abrir. —Se dirigió a la puerta. Tan pronto la franqueó entraron otros cuatro individuos que estaban esperando fuera.
—Sacadme al abad —dijo uno de los recién llegados, y que, sin duda, era el que mandaba.
—¡Pero Arturo! ¿Se puede saber qué significa esto? ¿Por qué han venido con armas a una comunidad de hombres de Dios como nosotros? —preguntó el abad cuando lo sacaron, casi a rastras, agarrado por la casulla del hábito.
«Vaya, parece que se conocen», pensé.
—Muy sencillo, Pascual, tienen ustedes una deuda conmigo y he venido a cobrarla.
—Creo que están sacando las cosas de quicio. Ya les dije a sus hombres que quemamos la marihuana para que no la descubriera la Guardia Civil. No nos quedó más remedio. Se trataba de evitar un mal mayor. En poco tiempo estará lista otra cosecha y se la daremos toda entera, ya no quiero más para nosotros...
—¡Viejo estúpido! —le cortó Arturo dándole en el pecho con el dorso de la mano—. No te enteras de nada. No os queda vida para sacar cosechas suficientes con las que pagar lo que me habéis hecho perder. Pero ya te digo que he venido a cobrar, y cobraré.
—No entiendo a qué te refieres. Solo hemos quemado unos cuantos kilos de marihuana y unas pocas semillas, nosotros…
—¡Imbéciles! En esas bolsas que os dejamos había algo más que

semillas, nada menos que veinte kilos de cocaína. ¡Veinte! ¿Sabes cuánto valen veinte kilos de coca pura? No, claro, ¿qué coño vas a saber tú? Pues ya te lo digo yo. Más de un millón de euros. ¡Un millón! Esa es la deuda que tenéis conmigo y que he venido a cobrar.

—¿Cocaína? ¿Un millón de euros? ¿De qué me habla usted? ¿Quiere decir que hemos estado guardando su droga sin saberlo?, ¿y cocaína, nada menos? Nos han utilizado; han abusado de nuestra confianza. Nos podían haber metido en un grave problema. Una cosa son unas plantas de marihuana y otra muy diferente veinte kilos de cocaína.

—No me vengas con cuentos ni moralinas y empieza a rebuscar por los cajones, porque no me iré de aquí sin mi dinero.

—Pero, alma de Dios. ¿De dónde vamos a sacar nosotros un millón de euros, si sabe usted que casi no tenemos para pagar las facturas de la luz?

—Déjate de lloriqueos. Lo que sé de sobras es que este monasterio, como todos, guarda a buen recaudo sus tesoros. Generación tras generación de ricachones y beatas han limpiado de mierda sus conciencias a base de donaciones de oro, plata y piedras preciosas. Eso es lo que he venido a buscar.

—Arturo, por favor, no profane esos objetos sagrados que durante siglos de devoción se han entregado a la casa de Dios.

—Te vuelvo a decir que no quiero tus sermones, te los puedes guardar para tus meapilas. Yo solo quiero dinero o lo que se pueda convertir en dinero. Vamos, llevad a toda esta panda al comedor; es más pequeño y allí podremos tenerlos más controlados.

Mi organismo no pudo soportar la tensión acumulada, y un rugido como el de un león en celo surgió de mis entrañas.

—¿Qué fue eso? —preguntó uno de los falsos guardiaciviles, dirigiéndose con la pistola por delante hacia donde yo me encontraba.

Me apreté aún más contra el muro. En aquel momento hubiera deseado que las piedras me absorbieran y me hicieran parte de ellas, pero lo único que conseguí fue que transmitieran a mis riñones una parte del frío que les sobraba. El sicario seguía acercándose. No tenía escapatoria.

—¡Sal de ese cuerpo, Belcebú! ¡Te lo ordena Dios nuestro Señor! —Se

escuchó de repente.
—¿Qué carajo ocurre? —preguntó el amenazante guardiacivil de pega, volviéndose cuando estaba ya a menos de tres metros de mí.
Y lo que ocurría era que fray Serapio había encontrado en el carabobo de las orejas de soplillo a un nuevo candidato a alojar al Maligno en su interior, y, además, se había empeñado en sacárselo a bastonazos.
Un bastonazo, dos, tres…
—¡Viejo chiflado! ¡Quitádmelo de encima, que me mata! —gritaba el presunto endemoniado entre las carcajadas de sus compinches.
…Cuatro, cinco, seis…
—¿Cómo se te ocurrió tatuarte los tres seises en el brazo, conchudo? —Se reía otro.
Pero a una señal de Arturo las carcajadas cesaron en seco y, tras el octavo garrotazo, dos de los intrusos ayudaron a su apaleado compañero a inmovilizar al anciano, que no se calló hasta que no estuvo perfectamente amordazado con su propia bufanda verde.
En esta ocasión, la locura de Serapio me había salvado. Deseé de todo corazón que no le hicieran daño.
Me quedé en mi escondite viendo cómo los asustados ancianos eran conducidos a empellones hasta el comedor, al otro lado del claustro. A Serapio lo llevaban sujeto con las manos a la espalda mientras el pobre trataba de gritar tras su improvisado bozal. Aproveché para desplazarme en sentido contrario, alejándome de ellos. Entonces me pareció ver algo moverse en la puerta de la iglesia, una cabeza se asomaba temerosa. A la luz de la luna pude ver que se trataba de Cirilo. Supongo que aprovechó el momento de confusión creado por fray Serapio para escabullirse de los asaltantes.
—Cirilo —lo llamé casi en un susurro, tratando de que no me oyeran desde el comedor. Él se quedó quieto un momento, sorprendido—. Soy yo, Faustino. —Me acerqué deprisa, agachado, y entramos en el templo.
—Faustino, gracias a Dios que se ha podido esconder usted también. ¿Ha visto que cuadrilla de sinvergüenzas? Quieren saquear el monasterio. ¡Un millón! Piden un millón de euros. Aunque reuniéramos todos los objetos de culto no se llegaría a esa cantidad ni

de lejos. ¿Qué podemos hacer?
—Llamar a la Guardia Civil —dije—. Da igual si descubren lo de la marihuana. Esto es muy serio. Son gente muy peligrosa y no creo que duden en hacerle daño a algún hermano con tal de salirse con la suya.
—Sí, tiene usted razón. Que sea lo que Dios quiera —dijo, santiguándose.
—El problema es que han dejado a uno de esos cabrones junto a la entrada, donde está el teléfono, y yo tengo el mío en mi celda; a ver cómo subimos.
—No se preocupe por eso, podemos llegar hasta la hospedería sin que nos vean, yo sé cómo. Pero antes debemos hacer algo. Acompáñeme.
Seguí al anciano hacia la sacristía. Allí sacó el manojo de llaves que siempre llevaba encima y abrió un armario. Dentro se guardaban los objetos de culto más valiosos, los que buscaban los ladrones. Había varios cálices dorados, unos lisos, más sencillos, y otros con perlas y piedras preciosas engastadas; media docena de patenas para guardar las sagradas formas, relicarios de oro y plata que encerraban minúsculos fragmentos de tela, hueso o pelos de santos, y una caja muy vieja de madera repleta de joyas de todo tipo y antigüedad, sin duda ofrendas de fieles devotos. Comprendí que lo que el monje pretendía era poner a salvo todas aquellas riquezas.
—Supongo que esos sinvergüenzas vendrán a buscar esto. Tenemos que esconderlo.
—Sí —dije—, pero ¿dónde?
—Eso déjelo de mi cuenta. En un monasterio como este hay mil escondrijos. Venga, ayúdeme.
Sacó de otro armario un gran bolso de tela y tiró al suelo las ropas que contenía
—Esto nos servirá —dijo, y comenzó a envolver a toda prisa los valiosos objetos con aquellas mismas prendas.
En pocos minutos habíamos vaciado el armario y salimos con el pesado bolso. En aquel momento oímos abrirse la puerta de la iglesia y entraron varios hombres. Volvimos corriendo a la sacristía. Desde allí pudimos distinguir la voz del abad.
—Os lo pido por favor. No os llevéis esos objetos, por lo que más

queráis. Cultivaremos marihuana para vosotros, os entregaremos las cosechas enteras, hasta la última hoja, pero no nos despojéis de los objetos de culto. Para nosotros no son solo oro y plata, poseen un enorme valor espiritual y sentimental. Si os los lleváis dañaréis a muchas personas.

—Sí, sí, eso ya nos lo has contado. Ahora sé un buen chico y llévanos a donde los guardáis. Para rezar no hace falta tanto oro —dijo el tal Arturo en tono condescendiente.

—Supongo que se podrá decir misa igual con un plato y un vaso de Duralex, ¿no? —dijo otro soltando una risotada que fue imitada por los demás.

Salimos a toda prisa por una segunda puerta, que comunicaba con el otro lado del altar mayor.

—¿Adónde vamos? —pregunté en un susurro.

—Ahora le digo, pero lo primero es esconder la bolsa; pesa demasiado para llevarla con nosotros.

Cuando los hombres entraron en la sacristía aprovechamos para llegar a toda prisa hasta el coro. Ahora yo también me bamboleaba, contagiado por los andares de pato del monje.

—Ayúdeme a levantar esto —dijo Cirilo.

Entre los dos conseguimos elevar por un lateral la base del atril de madera donde antiguamente se colocaban los enormes libros de partituras. Cirilo metió debajo el bolso y devolvimos el aparatoso mueble a su posición original tratando de evitar cualquier ruido. Escuchamos entonces gritos que llegaban desde la sacristía. Acababan de descubrir que nos habíamos adelantado.

—Deberíamos subir a mi cuarto lo antes posible para llamar. ¿Por dónde podemos ir?

—Tenemos que llegar al otro extremo de la iglesia. Allí hay una escalera que sube al piso de arriba.

Hasta nosotros llegaban ruidos de golpes y de maderas rotas. Aquellos bárbaros estaban destrozándolo todo en busca de las joyas y objetos desaparecidos.

—Dios quiera que no le hagan daño al padre Pascual. Pero estoy seguro de que él, en el fondo, se habrá llevado una gran alegría al

encontrar el armario vacío.
Agachados entre los bancos conseguimos atravesar toda la iglesia y llegar hasta el pie de la nave, donde se encuentra la puerta de la calle por la que entran los fieles del exterior.
—Es una pena que no lleve encima la llave del portón, pero es de las antiguas, enorme. A ver quién es el guapo que la carga todo el día.
A la izquierda de la entrada había otra pequeña puerta, medio oculta en la pared de una capillita dedicada a santa Casilda.
—Por aquí es —dijo el monje.
Empujó la portezuela con cuidado, para evitar que chirriara. La habían disimulado pintándola del mismo color que el muro, para que no desentonara. Solo se apreciaba una estrecha ranura marcando el contorno, que se fue ensanchando al abrirse hasta descubrir una angosta escalera de caracol, que se enroscaba sobre sí misma dejando un pequeño hueco por el que subimos tras cerrar la puerta detrás de nosotros. Era tan bajo y estrecho que tocábamos con la cabeza y los hombros en los muros encalados. Nos detuvimos a media altura y nos asomamos por un pequeño ventanuco sin cristales que daba a la nave.
—Mire —dijo fray Cirilo—. Ahí están esos malnacidos.
Por el estrecho hueco pudimos ver como tres sombras se movían sigilosas entre los bancos en dirección al coro pero, de pronto, se agacharon al oír los gritos que volvían a llegar desde la sacristía.
—Qué raro —dije—. ¿Por qué se esconden de los suyos?
—Vaya usted a saber. Venga, continuemos.
Seguimos subiendo hasta que, después de veintisiete escalones, salimos al piso superior, donde se encuentran las celdas y la biblioteca. Entramos en mi habitación y cogí mi teléfono. Tenía once llamadas perdidas de mi hermana. Ella siempre tan oportuna. No podía entretenerme, así que marqué el 062, el número de emergencias de la Guardia Civil.
—¿Oiga? Buenas noches, llamo del monasterio de San Acacio, en Tornajos. Unos individuos han asaltado el edificio vestidos de guardiaciviles, han secuestrado a los monjes y quieren robar todos los objetos de valor. No, señor, no estoy de cachondeo. No, señor, no he bebido. Bien, de acuerdo. Muchas gracias.

—¿Qué pasa, no le han creído? —preguntó Cirilo.
—Bueno, en un principio se han pensado que era una broma, pero me han dicho que enviarían una patrulla.
—Perfecto, ahora solo queda esperar, pero este lugar no es seguro. Supongo que lo registrarán todo buscando los objetos que hemos escondido. Será mejor que bajemos otra vez al piso inferior. Allí hay más vías de escape. Casi todas las estancias se comunican por pasajes subterráneos.
Llegamos a un pequeño cuarto al fondo del pasillo de la hospedería en el que solo había un par de cubos de plástico y una escoba. Tenía aspecto de no haberse utilizado nunca como celda. Allí se abría otra puerta.
—Por aquí no nos encontraremos a nadie al bajar —dijo mientras entrábamos en una escalera de caracol muy parecida a la que habíamos utilizado para subir, y por la que descendimos en completa oscuridad hasta llegar a otra puerta. Curiosamente, la escalera tenía dos peldaños menos—. Estamos junto al despacho del abad. Esta puerta da al pasillo del claustro —me susurró Cirilo mientras la entreabría con cuidado.
Nos asomamos con sigilo. En el suelo había un tricornio tirado; era de plástico, de los que venden para carnavales. Aquellos cabrones no se habían esmerado demasiado con los disfraces. De pronto escuchamos unos fuertes timbrazos.
—Entre, rápido —dijo Cirilo, empujándome de nuevo al fondo del minúsculo descansillo. Luego cerró la portezuela—. Es el teléfono de la portería, suena a la vez aquí y en el despacho del abad —añadió en un susurro.
Oímos pasos y alguien descolgó el escandaloso aparato.
—¿Dígame? ¿La Guardia Civil? ¿Qué si han asaltado el monasterio? Ja, ja. No, señor, aquí todo está tranquilo, sería un bromista. Sí, se ha perdido el respeto hasta por lo más sagrado. No se preocupe, estábamos ya en la cama pero no pasa nada. Vaya usted con Dios. Buenas noches.
—¿Quién era? —Reconocí la voz de Arturo, el jefe.
—La Guardia Civil. Alguien les ha llamado diciendo que unos tipos

habían asaltado el monasterio disfrazados de guardiaciviles.
—¡Me cago en mis muertos! Eso significa que hay alguien más aquí y dispone de teléfono móvil. Porque desde estos no han podido llamar. Estamos al lado y lo habríamos oído. De todos modos, arráncalos de la pared, los dos, y dile a Lenin Gilberto que encienda ahora mismo el inhibidor de señales de la furgoneta; así será imposible que quién sea que nos quiere joder vuelva a llamar. Y ahora hay que encontrar a ese cabrón. Seguro que es el mismo que se ha llevado nuestro oro. Encerrad a los monjes con llave, con uno que se quede vigilándolos será suficiente. Los demás a buscar a ese chivato y el oro. ¡Pero ya!
—Subamos otra vez —dije en un susurro. Ya arriba saqué el teléfono y volví a marcar el 062—. Sí, he llamado hace un momento desde el monasterio de San Acacio, en Tornajos. ¿Sí? ¿Oiga? ¿Oiga? ¿Me oye? Mierda, han debido de conectar ya el inhibidor, porque se ha cortado la comunicación. ¿Qué hacemos ahora? ¿Dónde podemos escondernos?
—Bajemos de nuevo. Ya le he dicho que abajo hay un buen sitio.
Descendimos por segunda vez los veinticinco empinados escalones hasta llegar a la base.
—Mire —dijo Cirilo echándose hacia atrás y empujándome contra la pared—Aquí hay una trampilla. Es la entrada a los pasadizos de los que le hablé antes. Hay una igual en casi todas las dependencias de la planta baja. Venga, ayúdeme.
Se agachó y con el extremo de una llave limpió la tierra y suciedad acumuladas, que ocultaban una argolla metálica empotrada en el suelo de piedra. Tiramos entre los dos y no tardó en ceder.
—Ahora es cuando nos vendría bien una linterna, o una simple vela —se lamentó el monje.
—Tengo algo que puede servirnos —dije, y saqué mi llavero minilinterna—. No da mucha luz, pero menos es nada.
En aquellos momentos lamenté no haber hecho caso a todos los que me habían dicho mil veces que ya era hora de que cambiara mi viejo teléfono móvil por uno algo más moderno. Y no lo digo por la conexión a Internet o la cámara de no sé cuántos megapíxeles, sino por la linterna, que nos hubiera venido de perlas. Pero no era

momento para lamentaciones.
Enfoqué el negro agujero que se abría a nuestros pies. No era profundo, pero la luz apenas llegaba hasta el fondo, donde un débil reflejo indicaba que había agua.
—Baje usted primero —dijo fray Cirilo —. Yo sujetaré la trampilla.
Me metí por el angosto agujero, que apenas permitía el paso de mis hombros, y bajé por una oxidada escalera de hierro empotrada en los sillares de la pared. Al momento me siguió Cirilo, que cerró la trampilla sobre él. El pozo desembocaba en una estrecha galería que se prolongaba por ambos lados más allá de lo que la luz de mi miserable linterna era capaz de alcanzar.
—Creo que lo mejor será que nos quedemos aquí. Este agujero es tan bueno como cualquier otro —dije, sin el más mínimo interés por recorrer aquellas catacumbas.
—De acuerdo. Siempre estaremos a tiempo de cambiar de sitio.
Nos sentamos a esperar, con el culo apenas apoyado en una pequeña repisa de no más de cuatro dedos de anchura que recorría la galería por ambos lados, a unos veinticinco centímetros del suelo. Resultaba difícil evitar meter los pies en el agua, que formaba pequeños charcos aquí y allá. Noté que mis tripas comenzaban a revolucionarse. Como no tenía nada mejor qué hacer, me entretuve contando los segundos que iban pasando: un elefante, dos elefantes, tres elefantes…
Esperamos a oscuras y en silencio, pero justo cuando llegué al paquidermo doscientos ochenta y siete escuchamos ruidos por encima de nuestras cabezas. Aguantamos la respiración. Se oyeron pisadas sobre la trampilla.
—Aquí hay una escalera que sube a saber a dónde —dijo uno de los sicarios—. Esto es un puto laberinto.
—Da igual, tira para arriba, ya has oído al jefe.
—Me cago en todo lo que se menea. Como pille al chupapijas del teléfono me las va a pagar.
—¡Espera, Chingaviejas!
—¿Qué te pasó ahora?
—Mira al suelo. Hay una trampilla. La han levantado hace poco; la tierra de los bordes está suelta.

—Lo que me faltaba, si no me apetecía subir escaleras ahora me toca bajarlas. ¡Y deja ya de llamarme Chingaviejas, conchudo!
—Deja tú de quejarte de una puta vez, y ayúdame a levantar la trampilla, aquí hay una argolla.
En cuanto escuchamos a aquellos tipos nos incorporamos y nos largamos a toda prisa por el corredor. Yo trataba de no pisar al monje, que corría delante de mí. Perdí la cuenta de los elefantes.
—¿A... adónde vamos ahora? —pregunté, asustado, apenas en un susurro.
—Estoy pensándolo. Ya le dije que casi todas las dependencias se comunican. Hay que elegir una en la que no nos vayamos a encontrar a nadie cuando salgamos. Quizá la más segura sea la cocina. Vamos.
—¡Mi… mierda! —exclamé en un tono más alto de lo debido.
—¿Qué pasa ahora? —preguntó Cirilo.
—Que de… dejamos unas huellas que las podría seguir hasta un ciego. Mi… mire. —Enfoqué el suelo con la linternita. Allí no había agua, pero se podían distinguir con claridad nuestras pisadas en la capa de suciedad acumulada a lo largo de décadas o siglos. Nuestros perseguidores no iban a tener ningún problema para encontrar el rastro.
—No se ponga nervioso y sígame.
Llegamos a una bifurcación y giramos a la izquierda. Nos detuvimos cuando encontramos una escalera fija en la pared idéntica a la que habíamos utilizado para bajar al túnel.
—¿Vamos a salir por aquí?
—No. Ahora haga usted lo que yo, mire.
El monje me quitó la linterna de la mano y subió un pie sobre cada uno de los rebordes que había a ambos lados de la galería.
—Ahora tenemos que volver al túnel anterior, pero sin pisar en el suelo, deprisa.
Entonces comprendí lo que el monje pretendía. Los sicarios seguirían las huellas hasta la otra escalera y pensarían que habíamos salido por allí. Así estarían un rato entretenidos y nosotros ganaríamos tiempo.
A pesar de tener que caminar despatarrados, el anciano se movía a una velocidad más que considerable para su edad y con bastante más

soltura que yo, aunque todavía me recordaba a Chaplin, la verdad. Pronto escuchamos de nuevo la voz de nuestros perseguidores, ahora frente a nosotros. Cirilo apagó la luz.

—No… no nos va a dar tiempo a llegar —susurré yo.

—Calle y dese prisa. —Seguimos a toda la velocidad de la que éramos capaces y, justo cuando llegábamos a nuestro desvío, vimos aparecer la luz de una linterna al fondo del túnel. Giramos y avanzamos a oscuras. Me dolían los pies y los tobillos de mantenerlos presionados sobre los pequeños escalones laterales.

—Aquí es.

Escuché demasiado tarde, y choqué contra el monje, que se había detenido en seco, haciéndole poner los pies en el suelo.

—Pero ¿qué hace?

—Pe… perdón, no puedo ver na… nada —le dije mientras notaba cómo el anciano subía por la escalera. Llegó arriba, y lo oí empujar y resoplar—. ¿Qué pasa?

—No se abre —dijo. Las voces se acercaban y la luz iluminaba ya débilmente la entrada de nuestra bifurcación.

—¿Qué ha… hacemos? Ya llegan.

—Siga rápido para adelante, hasta el fondo, y si sabe rezar, rece. Yo me pegaré a la escalera tanto como que pueda y que sea lo que Dios quiera.

Continué por el pasadizo, tratando de correr todo lo deprisa que podía en aquella posición tan incómoda. Y no paré hasta que me di de bruces contra una pared. Allí se acababa el túnel. Caí al suelo de espaldas justo en el momento en que los dos hombres pasaban por la intersección, y allí me quedé, inmóvil y aturdido. Mis tripas no pudieron encontrar peor momento para lanzar uno de sus rugidos, que en el silencio sepulcral del túnel sonó como un perro rabioso. La luz se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo uno—. Ha salido de este túnel.

—Será un desagüe. Tira adelante; las huellas siguen por ahí.

Echaron un vistazo rápido al pasadizo en que nos encontrábamos, pero su linterna tampoco era muy potente, con lo que no llegó a iluminar el punto donde yo seguía tumbado panza arriba, sintiendo

cómo la sangre brotaba de mi nariz y resbalaba por mi cara. Al trasluz había podido ver que Cirilo no estaba ya en la escalera. Había conseguido salir. En cuanto pasaron me incorporé y volví sobre mis pasos tal y como había llegado. Estaría a menos de un metro de la salida cuando escuché la voz del monje llamarme.

—Aquí, Faustino. He podido abrir la trampilla. —Subí por la escalerilla. Arriba se veía algo de luz, cosa que agradecí sobremanera.

Cuando salí me encontré debajo de una de las grandes mesas de acero inoxidable que había en el centro de la cocina. Si a Cirilo le había costado tanto levantar la trampilla, además de por la mugre que la sellaba, se debía a un saco de veinticinco kilos de patatas colocado justo encima. Lo primero que hice fue coger un trozo de papel de cocina y hacer dos bastoncillos que me introduje por las inflamadas fosas nasales para cortar la hemorragia.

—¡A la despensa, rápido! —dijo Cirilo—. Allí nadie nos buscará.

Fue abrir la puerta y algo largo y duro salió de la oscuridad y me golpeó en la frente con la fuerza de una coz de mulo. Vi una especie de explosión multicolor que se expandía ante mis ojos para luego difuminarse hasta desaparecer, mientras notaba cómo las fuerzas abandonaban mis piernas, que se doblaban como si fueran de plastilina. Antes de tocar el suelo ya había perdido el conocimiento, con lo que no pude sentir el cabezazo que pegué contra una cacerola de acero inoxidable de cuarenta litros, y que sonó con la fuerza de la campana mayor de la catedral de Toledo. Pero de eso no me enteré hasta que me lo contaron un rato más tarde.

Desperté al notar el agua helada correr por mi cara y oír una voz femenina que me llamaba por mi nombre.

—Tino, despierta por favor. Venga, abre los ojos.

—¿Qué… qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? —pregunté, aún aturdido.

—Gracias a Dios que está usted bien. Nos temíamos lo peor —dijo fray Cirilo mientras me sujetaba la cabeza.

—*Sinior*, ¿se encuentra bien?

Estaba cada vez más confuso. Eran las voces de mi hermana Yesi y Crispín. Pero era imposible que ellos estuvieran en el monasterio.

—Estoy soñando —dije—. Dejadme dormir. —Me dejé caer tratando de evitar los besos de mi hermana onírica, tan pegajosa como la real.
—No, Faustino, no duerme. Beba un poco de agua. Su hermana y unos amigos han venido en nuestra ayuda.
Resultaba difícil beber de la botella y a la vez intentar separar a Yesi, que se había abrazado a mi cuello como una cría de koala.
—Tino. ¿Qué te ha pasado en las narices, estás herido? —dijo al ver los pedazos de papel ensangrentados.
—No es nada, un pequeño accidente. ¿Y a ti qué te ha pasado en la boca? —Yesi tenía los labios tan inflamados, que el superior le tocaba la nariz y el inferior casi le cubría la barbilla—. Si te pareces a Carmen de Mairena. ¿No te habrás metido silicona o alguna guarrada de esas?
—No, *sinior;* he sido yo —dijo Crispín antes de que mi hermana pudiera abrir la boca—. Salió de esquina corriendo como loca, no me dio tiempo a frenar y la atropellé con coche. —Yesi hacía pucheros e hipaba, tratando de no llorar.
—Tenía mucho miedo. El autobús me dejó en mitad de la calle y no sabía hacia dónde ir. Estuve dando vueltas por el pueblo y aporreando todas las puertas, pero no me abrió nadie. También te he llamado un montón de veces al teléfono, pero no lo cogías; y un coche que pasó tampoco me hizo caso, así que cuando vi venir otro vehículo no me lo pensé dos veces y lo paré como pude.
—Sí, con los morros —remató Cecilia, que también se encontraba allí.
Entonces Cirilo me contó que lo que me había golpeado cuando abrimos la despensa no fue otra cosa que una caña de lomo embuchado de dos kilos impulsada por el poderoso brazo de Cecilia, que pensó que éramos los asaltantes. Y como vemos, la quesera no había venido sola. Además de Yesi, la acompañaban también Crispín y fray Daniel.
—¿Alguien me va a decir qué leches hacéis todos vosotros aquí? —pregunté al fin.
—Hemos venido a ayudarles —dijo Daniel. Yo le eché una mirada asesina.
—Creo que usted ya nos ha ayudado bastante. ¿Con quién está, con nosotros o con los ladrones?

—Tranquilo, Faustino —me interrumpió Cirilo—. Ya hemos hablado sobre eso. Pronto quedará todo aclarado. Ha venido a echarnos una mano.
—¿Y tú? —pregunté a mi hermana— ¿Se puede saber qué haces aquí?
—Tenía que verte, Tino —contestó Yesi—. El otro día me cortaste, y no pude decirte que iba a venir a pasar unos días aquí. Necesito poner en orden mi cabeza y mis sentimientos, no sabes lo mal que lo estoy pasando; resulta que Sebastián…
—Vale, vale, Yesi, ya me lo contarás en otro momento, ahora tengo la cabeza a punto de explotar. —Mi hermana se calló y me miró con lágrimas en los ojos. Esta vez ni siquiera hubo pucheros, se echó a llorar sin más. Le pasé un brazo por los hombros tratando de consolarla, pero no la animé para que me contara sus problemas, ahora no.
Miré a nuestro alrededor. Estábamos en una pequeña habitación con paredes de piedra desnuda y sin ninguna ventana, aunque bien iluminada por la potente linterna que manejaba Crispín. Unos anchos bancos corridos, también de piedra, ocupaban los cuatro laterales, dejando tan solo espacio para dos puertas. Hacía mucho frío y sentía que la humedad empapaba mi cuerpo como si fuera una esponja de ochenta kilos.
—¿Dónde estamos? —pregunté al fin entre tiritones.
—En el antiguo pudridero de los monjes —dijo Cirilo.
—¿El qué?
—El pudridero. Tiempo atrás, cuando alguien en la comunidad moría, se dejaba el cuerpo sobre estos bancos, cubierto de cal, durante veinticinco años, hasta que la carne se descomponía y solo quedaban sus huesos. Entonces los restos se trasladaban a la cripta. Así se evitaban los malos olores.
Me levanté de un salto sacudiéndome el culo y la espalda, pensando que cientos de gusanos debían de estar ya trepando por mis ropas. Pero un tremendo pinchazo en la sien izquierda me hizo trastabillar de tal modo que me tuvieron que ayudar a sentarme de nuevo. Mi hermana siguió dando saltos pegándose manotazos en la falda.
—Tranquilos, que hace más de treinta años que no se utiliza —dijo

Cirilo—. No hay lugar más seguro que este en todo el monasterio; solo los monjes sabemos de su existencia. Como ve, tiene dos entradas —me explicó—, la de la izquierda da a la cripta, y desde allí hay una salida a la iglesia por la capilla de san Celedonio. La de la derecha sale detrás del altar mayor y la sacristía, pero como hace tanto tiempo que no se usa se colocó un mueble delante de la puerta. Nadie que no la conozca encontraría la entrada. Esa es la que hemos utilizado nosotros.

»Verá, Faustino —continuó Cirilo muy serio—, en vez de solucionarse, los problemas se complican cada vez más. Los narcotraficantes de la marihuana no son los únicos que han decidido asaltar el monasterio esta noche. También está aquí la persona que ha intentado robar el códice. Se trata del dueño del castillo del pueblo, un tal Mauricio. —Él no sabía que yo ya lo sabía—. Y esta vez ha venido dispuesto a llevárselo de la manera que sea, por eso se ha traído con él a dos matones.

De inmediato me vinieron a la cabeza los tres individuos que vimos escondiéndose entre los bancos de la iglesia cuando subíamos a buscar mi teléfono a la celda.

A continuación me resumieron cómo habían llegado hasta allí nuestros acompañantes. Me contaron que a primera hora de la noche, cuando Mauricio y sus hombres salieron hacia el monasterio, dejaron a Daniel encerrado en la torre del castillo, vigilado por Sibila. No se terminaban de fiar de él.

—Conseguí convencerla de que me estaba dando un ataque de asma y necesitaba ayuda —dijo el bibliotecario—. Cuando abrió la puerta me abalancé sobre ella, le até las manos con unos calcetines y la dejé encerrada en mi lugar. Luego me dirigí al pueblo con el coche de Mauricio. El problema es que no sé conducir. Hasta ahora solo he aprendido a arrancar, meter la primera y poco más; así que cuando he bajado la cuesta no he podido frenar a tiempo, y ahora ese coche rojo tan bonito está en la acequia que hay junto al antiguo lavadero.

Como no sabía a quién recurrir, fui a casa de Cecilia y le conté lo sucedido. Ella se ofreció a ayudarme y Nouradín no quiso dejar sola a su mujer, así que se vino también. Por el camino fue cuando

atropellamos a su hermana. —Miró de reojo a Yesi, que seguía buscándose gusanos en el dobladillo de la falda—. Cuando nos dijo quién era la trajimos con nosotros.

—Daniel —dije mirando al monje a los ojos—, lo que no me explico es cómo un hombre culto y cabal como usted ha podido ayudar a esta gentuza a robar el códice. ¿Qué le ofrecieron para convencerlo?

Daniel dirigió una mirada fugaz a Cecilia antes de hablar.

—No estoy en absoluto orgulloso de lo que he hecho, pero las cosas no son tan sencillas; es una vieja historia…

Cecilia puso su mano sobre el brazo del monje para que callara y continuó ella:

—Faustino, no podemos echarle la culpa de lo que está pasando solo a él. —Se detuvo un momento para mirar a Crispín—. Como bien dice Daniel, es un asunto que viene de hace mucho tiempo, y yo tengo una buena parte de culpa. Verá, como pudo usted comprobar el otro día, yo no he sido siempre así. Hubo un tiempo en que tuve a los hombres a mis pies. Unos y otros se me insinuaban y… bueno, pues yo tampoco sabía decir que no. Reconozco que llegó un momento en que la situación se me fue un poco de las manos y, como suele pasar con todo en esta vida, los excesos se pagan. Una noche ocurrió una desgracia. —Ella se calló con lágrimas en los ojos, mirando el gesto, a medio camino entre la sorpresa y el enfado, que se reflejaba en el rostro de su marido, que no sabía nada de aquel episodio—. Mientras estaba en mi casa con Daniel y otros dos hombres, uno de ellos sufrió un accidente y murió.

—Imagínese la situación. Nos asustamos muchísimo y no sabíamos qué hacer —continuó Daniel—, así que yo mismo propuse ocultar el cadáver en la cripta del monasterio, justo ahí al lado —dijo señalando la puerta que teníamos a nuestras espaldas.

—A ver, a ver, que yo me aclare. ¿Nos estáis diciendo que se muere alguien y no se os ocurre otra cosa mejor que callaros y traer al difunto aquí? —preguntó Cirilo incrédulo—. Pero, si fue un accidente, ¿por qué no avisasteis a la Guardia Civil?

—Bueno —siguió Cecilia—, un monje y dos hombres casados compartiendo cama con una misma mujer no era algo como para ser

pregonado. Y menos cuando uno de ellos acaba muerto. Pensamos que si nos deshacíamos del cadáver y callábamos nadie lo averiguaría jamás. Ahora está claro que cometimos un gravísimo error.

—¿Y cómo metisteis el muerto en la cripta sin que nadie os viera? —preguntó Cirilo—. Las únicas llaves del monasterio las tengo yo, y no se la dejo a nadie sin un buen motivo.

—Utilizamos el mismo pasadizo que hemos usado hoy. Verás, hermano, cuando esto ocurrió yo era ya el bibliotecario de la comunidad y llevaba tiempo revisando los fondos para actualizar los catálogos. En un legajo había encontrado unos planos del monasterio levantados en el siglo XVIII. En ellos figuraban algunos detalles del edificio que ahora ya no existen, pero también otros que estaban ocultos. Entre estos espacios secretos descubrí un pasaje que unía la iglesia del monasterio con la ermita de santa Asumpta. Tras mucho buscar, encontré la entrada detrás del altar de la capilla de san Cucufato. Entonces yo mantenía relaciones con Cecilia, y pensé que una salida secreta me podía ser de mucha utilidad, así que no dije nada al abad y estuve usando el pasadizo para mis lúbricos fines. Creo que por ello recibí el castigo de Dios.

—¿Quiere decir que metieron el cadáver por el mismo túnel que utilizaba usted para sus correrías nocturnas? —pregunté sorprendido.

—Sí. De ese modo era imposible que nadie nos viera. Trajimos el cuerpo hasta aquí aquella misma noche, lo metimos en un nicho y le echamos por encima dos sacos de cal para hacerlo desaparecer antes. Luego abandonamos su coche en la capital y quemamos todas sus pertenencias para no dejar rastros.

Por lo visto no eran ellos los únicos que habían utilizado aquel pasadizo últimamente. Mauricio y sus dos secuaces habían entrado por allí esta misma noche, después de que fray Daniel se lo revelara en el castillo. También lo usaron los dos matones que me atacaron en mi celda; y el bibliotecario la noche que yo lo vi y lo confundí con un fantasma. «Este pasadizo tiene más tráfico que la estación de metro de Sol —pensé—. De secreto tiene más bien poco».

Por un momento nos quedamos todos en silencio.

—Toda esta historia es la mar de interesante —dije después de pensar

un poco—. Pero ¿me puede alguien explicar qué tiene que ver con el robo del códice?

—Por desgracia, los dos asuntos están enlazados —continuó Daniel—. Con posterioridad al incidente del muerto, Fermín mantuvo una relación sentimental con Sibila, la amiga de Mauricio Mogollón, que entonces era dueña de una importante inmobiliaria en Teruel. Como Fermín se mueve mucho por todos estos pueblos haciendo portes, se había convertido en su agente para captar casas y terrenos a la venta en la zona. Bien, pues una noche en la que él se excedió con las copas, le contó lo del muerto a Sibila. En aquel momento ella no hizo nada, pero tomó buena nota de la información por si en alguna ocasión le fuera de utilidad. Y ese momento le llegó hace poco.

—Sigo sin encontrar la relación entre todo esto, al revés, cada vez se enreda más —dijo Cirilo, que empezaba a perder la paciencia.

—Verás, hermano —continuó Daniel—, yo tampoco tenía muy claro cómo habíamos llegado a esta situación, pero en los cuatro días que he pasado con esta gentuza he atado cabos. Al final, la culpa de todo la tienen la corrupción y el puñetero dinero, que emponzoña todo lo que toca.

»Todos conocéis el fallido proyecto de la Ciudad del Mus. —Todos asentimos con la cabeza, menos mi hermana, que no sabía de qué hablábamos—. Pues bien, por lo que he podido saber, Mauricio fue su principal impulsor y promotor, aunque siempre desde la sombra. De ese modo lo controlaba todo y, de paso, podía irse de rositas si la cosa se torcía, como al final ocurrió.

»A través de testaferros, había conseguido comprar diversas fincas con la excusa de construir un gran huerto solar —continuó Daniel—, pero necesitaba también de ayuda externa para poder llevar a efecto su plan. Había que recalificar los terrenos, obtener licencias administrativas… y esa ayuda solo podía proceder de las autoridades. Al parecer, tanteó a políticos de todo signo, por supuesto prometiéndoles que sería generoso, tanto con ellos como con sus familiares y partidos, pero por entonces la cosa ya se estaba poniendo fea para esos trapicheos. Después de tantos casos de corrupción, los políticos se habían colocado en el punto de mira de todo el mundo. Ni

siquiera los propios partidos parecían dispuestos a hacer la vista gorda como habían hecho durante tanto tiempo.

—Resuma, por favor —volví a interrumpir.

—Entonces Mauricio ya estaba liado con Sibila y fue a ella a quien se le ocurrió una solución. Le propuso crear un partido político desde cero con el que poder influir y presionar en las instituciones a favor de sus intereses. Incluso se ofreció para ser la cabeza visible. Ella se encargaría de la organización y de todo lo demás, pero necesitaba la influencia y, sobre todo, el dinero de Mauricio para poder darse a conocer. Le prometió que lograría sacar adelante su proyecto, y que antes de que terminara la legislatura habría recuperado el dinero invertido en su promoción con creces. Ella, por su parte, conseguiría ver satisfechos sus deseos de poder e influencia.

—Joder con la Sibila, zorrón y manipuladora —comenté yo antes de que la mirada de Cirilo me fulminara—. Perdón hermano, siga, siga.

—Fue así como ella fundó un nuevo partido, para el que escogió un nombre que no pasara desapercibido, nacía el CIPOHTE. Su estrategia funcionó a las mil maravillas, supo manejar las polémicas y explotar un discurso populista, de modo que muy pronto la mujer estaba en todas las tertulias de radio y televisión, primero a escala local y regional y poco después incluso a nivel nacional. Al final pasaba más tiempo en Madrid que en Teruel, y no tardó en ser tenida en cuenta en las encuestas.

»Pero a pesar del ruido mediático, en aquellas elecciones autonómicas el partido recibió poco más de trece mil votos; muchos menos de los esperados y los justos para conseguir un escaño en la asamblea regional que, por supuesto, ocupó Sibila. En circunstancias normales no hubiera podido hacer gran cosa, pero como nadie obtuvo la mayoría absoluta, el CIPOHTE fue uno de los doce partidos que se unieron para formar gobierno. Aquello ayudó a Sibila a allanar el camino a la Ciudad del Mus de Mauricio.

»El problema fue que, cuando todo el proyecto se vino abajo por culpa de la crisis, Mauricio reclamó a Sibila que le devolviera la cantidad que había invertido en dar a conocer al nuevo partido. No se había hecho millonario tirando su dinero y quería recuperar su inversión lo

antes posible; pero Sibila no tenía un duro y Mauricio no estaba dispuesto a cobrarse solo en carne. El CIPOHTE se había quedado muy lejos de las previsiones, con lo que también había recibido mucho menos dinero en subvenciones del que esperaban. Esto imposibilitaba que pudiera saldar su deuda con Mauricio. Para colmo de males, en las últimas elecciones sacó aún menos votos, con lo que la mujer perdió su escaño, que era ya su principal fuente de ingresos.

—No sé adónde quieres llegar, Daniel, ve al grano, por favor —le cortó Cirilo, que se irritaba por momentos. El enérgico mesar de su barba fue seguido de inmediato por la correspondiente nevada sobre el hábito.

—Voy, voy, no te impacientes, hermano —continuó Daniel—. Ya dije que fue Fermín quien le contó a Sibila el secreto del muerto en casa de Cecilia, pero resulta que también le mencionó el valiosísimo códice que se guardaba en el monasterio, del que yo mismo le había hablado a él. Ella sabía de la pasión de Mauricio por los libros antiguos, así que cuando este le exigió que le devolviera un dinero que ella no tenía, se le ocurrió que podría pagarle con el códice, y la muy arpía sabía el modo de presionarme para que yo se lo entregara.

»Se suponía que la cosa iba a ser fácil y rápida. Como soy el bibliotecario, tengo libre acceso a todos los fondos, incluidos los más valiosos. Solo debía cogerlo, salir por el pasadizo y entregárselo a Mauricio; pero la cosa se complicó cuando él tuvo que acudir a una reunión inesperada en Madrid el mismo día previsto para la entrega, con lo que tuvimos que retrasarla. Yo había pensado que tardarían varios días en descubrir el robo, pero la casualidad quiso que aquella misma mañana el abad decidiera preparar el libro para su escaneado por la editorial que se había interesado por él, con lo que se dio cuenta de que no estaba.

»Escondí el códice en mi cama a la espera de que me dieran una nueva fecha de entrega. Por suerte, cuando la Guardia Civil vino tras la denuncia del robo no registró nuestras celdas. ¿Cómo iban a pensar que el ladrón era un monje? Para colmo de males, se produjo la fuga de agua y me tuve que mudar de celda con el libro. Aquello fue lo que causó el desastre.

—Pero ¿qué te ocurrió? ¿De qué era toda aquella sangre? —preguntó Cirilo—. Nos asustamos muchísimo.

—Ay, hermano, en los treinta años que llevo en este monasterio siempre he ocupado la misma celda que tú bien conoces. Durante treinta años me he levantado siempre por el lado izquierdo de la cama, porque en el derecho estaba la pared. Cambiar de celda es sencillo, pero cambiar los hábitos después de tanto tiempo no tanto.

»Como sabes, la nueva celda tiene la cama en el otro lado, así que cuando me levanté de madrugada para entregar el libro a Mauricio, por fuerza de la costumbre, traté de hacerlo por el lado izquierdo y me di de bruces contra la pared. Aunque el golpe fue muy fuerte, en realidad sólo me hice una pequeña brecha en la ceja —dijo señalándose la tirita que cubría aún la herida—, pero también me reventé las narices. No te puedes imaginar, sangraba como un gorrino. Además, por un momento me quedé aturdido por el porrazo, sabía que tenía que coger un libro pero no recordaba cuál, así que agarré el que había en la mesita. Ni siquiera me acordé de que tenía que salir por el pasadizo, por eso utilicé la puerta principal. Mauricio y sus hombres me esperaban junto a la ermita, y cuando me vieron caminando descalzo por la explanada me recogieron. Se asustaron al verme sangrando de aquella manera y me llevaron con ellos para curarme. En realidad, creo que si me ayudaron fue solo porque me vieron confuso y pensaron que si regresaba así al monasterio podía contar lo ocurrido y ponerlos en un aprieto. Y eso es todo. El resto ya lo sabéis —Nos quedamos en silencio por un momento.

—Pues menuda has liado, hermano —dijo Cirilo.

—Ya lo sé, Cirilo, ya lo sé. Y no te imaginas cuánto lo siento. Sobre todo por los problemas que os he causado a vosotros, que no tenéis culpa de mis pecados de juventud.

—Bueno, mucho lamentación, pero ¿qué hacemos ahora? No podemos quedar aquí por siempre y yo estoy hasta mismísimos de tanto bla, bla, bla —dijo Crispín, al que se le había puesto el gesto mohíno tras conocer el ajetreado pasado sentimental de su mujer.

—Sí —añadí—, tendríamos que buscar una forma de largarnos de este agujero. ¿Qué salida sería más segura? —Yo tampoco veía el momento

de marcharme de allí.
—Creo que podríamos intentarlo por la de la cripta, es más difícil que nos topemos con alguien —opinó Daniel—. Saldríamos detrás del altar de la capilla de san Celedonio, por una trampilla que hay disimulada en el suelo. Aunque tenemos un problema: os recuerdo que en la cripta siguen las plantas de marihuana verde que había en el refectorio. Me parece que va a ser difícil cruzar por ahí.
—Tampoco pasa nada por unas plantas —dijo Crispín poniéndose en pie, dispuesto a salir de allí fuera como fuera.
—Es que no son solo unas plantas, Nouradín —explicó fray Cirilo—. La cripta está llena de marihuana hasta el techo.
—Lo intentaremos de todos modos —dije yo mientras me levantaba también—. Podríamos salir primero Nouradín y yo a ver si está despejado —Todos estuvieron de acuerdo menos mi hermana, que quería venir conmigo a toda costa. Me costó convencerla, pero al final cedió—. Vamos.
Entre todos pudimos abrir la puerta, que gruñó como solo lo hace una puerta que lleva cerrada décadas. Enfocamos con la linterna lo que parecía un ancho pasillo de cinco o seis metros de longitud, cerrado al fondo por un muro verde formado en realidad por cientos de plantas de cannabis, unas cortadas y ya mustias y otras todavía en sus macetas, aunque también agostadas por el frío y la falta de luz y agua. En las paredes, a ambos lados del pasillo, se alineaban nichos alargados en tres filas superpuestas. La mayoría estaban tapiados y tenían grabados en el enlucido de yeso, ahora negruzco, los nombres de sus inquilinos, todos ellos frailes muertos décadas o siglos atrás. Pero había algunos en los que el cierre no había resistido el paso del tiempo y se había desmoronado, dejando al descubierto su lúgubre contenido. A la luz de la linterna podíamos distinguir los huesos amarillentos entre montones de harapos negros deshilachados que una vez fueron hábitos. Hileras de dientes blancos en eterna sonrisa bajo las casullas deshechas que velaban ojos cerrados mucho tiempo atrás. Me pregunté en cuál de ellos descansaría el viajante que había causado todo aquel embrollo.
—Escritor —dijo Crispín con un susurro—, ¿cómo vamos a atravesar

esa muralla de *kiff*[6]*?* —Ya no se le veía tan dispuesto como unos minutos antes, en la seguridad del pudridero y rodeado de gente conocida.

—No sé, Nouradín, probaremos arrimándonos a la pared.

Por los laterales la masa verde no era tan compacta, así que pudimos abrirnos paso con nuestros cuerpos pegados literalmente al muro de la derecha, donde a cada poco nos encontrábamos una cara que parecía mirarnos con ojos vacíos y una mueca risueña de dientes podridos. El hedor era repugnante, una mezcla de humedad, carne reseca carcomida por los insectos y marihuana pudriéndose desde hacía días. Por el movimiento de sus hombros me pareció que Nouradín tenía arcadas.

—Menudo pestazo —dijo yo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, *sinior*. Es por culpa de maldita tripa, todavía tengo molestias.

Por fin llegamos al pie de las escaleras que llevaban hasta la salida. Nos costó más avanzar esos últimos metros, porque los monjes habían tenido que comprimir las plantas para poder meterlas todas. Levantamos la portezuela que salía a la capilla del santo. Para nuestra sorpresa se abrió sin demasiado ruido. Crispín apagó la linterna.

—Si no te encuentras bien, puede que sea mejor que me esperes aquí —dije—. Yo echaré un vistazo. Si me ocurriera algo, regresa al pudridero y avisa a los demás para que no salgan —El marroquí asintió con un susurro, y creo que también con alivio.

Asomé la cabeza. La iglesia estaba a oscuras y en completo silencio; solo la ligera claridad de la luna se filtraba a través del colorido rosetón creando una extraña atmósfera de penumbra multicolor. Salí a la nave lateral. Por un momento dudé. Tenía que avisar de lo que allí ocurría, pero, como comprobé al sacar mi teléfono móvil, el inhibidor de los narcos impedía utilizarlo, y sabía que el teléfono fijo estaba inutilizado. La única opción era ir al pueblo y pedir ayuda. Para ello pensé en usar el mismo pasadizo por el que habían entrado mi hermana y los demás. Me habían explicado cómo encontrarlo, así que avancé a oscuras por el templo. A los pocos pasos el suelo crujió bajo mis pies. Me detuve. Las losas de piedra estaban cubiertas de cristales. Los ladrones habían roto las urnas de las reliquias e imágenes

buscando joyas y objetos de oro y plata. De repente, una sombra salió de detrás de un pilar y me agarró por el cuello antes de que yo pudiera reaccionar.

—Vaya, vaya, pero si tenemos visita —dijo una voz con marcado acento sudamericano—. Estate quietecito, *comemielda*, y a lo mejor sales de esta con vida. —Pero mientras decía esto presionaba mi garganta con su antebrazo cada vez con más fuerza, tanta que me pareció oír cómo mis vértebras crujían al descoyuntarse. Me resistí y forcejeé, pero pronto me di cuenta de que era inútil tratar de zafarme de aquellos poderosos brazos. No aflojaba, así que hice ruidos como de estar asfixiándome y me dejé caer, simulando que quedaba inconsciente. Al notar el peso muerto, mi atacante me soltó y caí al suelo como una canal de ternera, golpeándome la cabeza contra las piedras con tanta fuerza que el falso desmayo a punto estuvo de convertirse en verdadero.

—Vaya *mielda* de güevón. Estos gallegos no aguantan nada —dijo el tipo casi para sí, decepcionado por mi nula resistencia.

Al momento noté sus dedos hurgando en mis bolsillos. Supuse que quería aprovechar la oportunidad para desplumarme y sacarse un sobresueldo. Pero cuando acercó su cara a mí, tratando de ver si la cadena que colgaba de mi cuello era de oro, aproveché para propinarle un fuerte cabezazo. Oí cómo su nariz crujía, rota por el tremendo testarazo, y casi en el mismo instante sentí el calor pegajoso de su sangre que comenzaba a gotear sobre mi cuello. Traté de rodar para apartarme de él y tener así una oportunidad de huir, pero me resultó imposible. Su mano derecha cayó de nuevo sobre mi garganta como una garra, y me aprisionó contra el suelo de piedra con la fuerza de una prensa hidráulica.

—¡Te voy a *matal,* pelotudo, hijo de mil putas! —bramó aquella bestia mientras se llevaba la mano izquierda a la maltrecha nariz. Ahora, además de su zarpa en mi tráquea, tenía una rodilla en mi vientre y la otra clavada en mi muslo izquierdo. Yo no podía mover el tronco, aunque seguía teniendo las manos libres. Pero mis puñetazos no tenían más efecto que el que tendría un martillo de gomaespuma. La cosa se estaba poniendo fea de verdad, así que extendí los brazos

tratando de encontrar algo con lo que defenderme entre los restos que habían dejado aquellos animales tras el saqueo. Tanteé lo que parecía un largo palo. Lo agarré y le golpeé, cruzándole la cara con todas las fuerzas de que fui capaz. Lanzó un alarido casi animal y me soltó el cuello para tratar de sujetar mi mano armada. Aproveché el momento para retorcerme y desembarazarme de su peso, pero cuando pude ponerme en pie él ya se había incorporado y empuñaba una navaja automática. La hoja se abrió en su mano lanzando un destello gris.

—Te vas a *enteral, güevón*. Aprovecha y reza lo que sepas, porque nadie le parte la cara al hijo de Lucesita Jaramillo.

Apreté el palo con fuerza y en ese momento me percaté de que lo que empuñaba no era otra cosa que el miembro incorrupto de san Crispín. Aquellos energúmenos habían roto su urna para robar los soportes de plata de la reliquia y luego la habían tirado al suelo. No pude dejar de pensar que el santo estaría de mi parte en aquel lance. Iba a necesitar toda la ayuda posible, incluida la del cielo. Blandí ante los ojos de mi enemigo aquella verdadera «verguita mágica» como si de un momento a otro lo fuera a tocar con ella y a convertir en sapo.

—¿Es que me vas a hacer un conjuro, pendejo? —dijo a la vez que me lanzaba un navajazo directo al cuello y que esquivé como buenamente pude. Al mismo tiempo que me apartaba le azoté de nuevo, esta vez en los riñones, con el santo miembro. Cuando se volvió lleno de rabia le ataqué con la tiesa verga de punta, como si de un estoque se tratara. El endurecido cipote se le clavó en el ojo izquierdo más de cuatro dedos. Y con tanta fuerza embestí que mi arma se partió, quedando un pedazo en mi mano y el otro sobresaliendo del ojo del sicario, que había dejado caer la navaja y lanzaba tremendos alaridos.

Aproveché para echar a correr hacia la capilla de san Cucufato, pero en aquel momento escuché un estampido. Al mismo tiempo, un fogonazo iluminó parte de la nave central y del banco que había junto a mí saltaron astillas. Tenía a un tipo disparándome desde muy cerca de la entrada al pasadizo por donde pensaba salir. Mi plan se iba al garete así que, mientras sonaba un segundo disparo, di la vuelta y corrí de nuevo hacia la portezuela de la cripta, que seguía levantada. No vi a Crispín por ningún lado, con lo que me tiré de cabeza por el

hueco, que se abría en el suelo como una minúscula piscina de color verde marihuana. Pero mi perseguidor había corrido detrás de mí e hizo lo mismo que yo, con lo que al momento escuché otras dos detonaciones seguidas, ya dentro de la cripta, que la espesa vegetación fue incapaz de atenuar. Aquel imbécil estaba disparando a ciegas, y con la suerte que yo tenía seguro que me daba. Levanté un poco la cabeza hasta que toqué el techo. Apenas quedaba un hueco de un palmo desde las plantas. Al instante sentí un cuerpo caliente junto a mí. A tientas, localicé su brazo entre las ramas y traté de sujetarlo, mientras con la otra mano agarraba la pistola. Forcejeamos y sonó otro disparo, aunque conseguí arrebatarle el arma, que cayó entre las plantas. Pero entonces noté unas manos alrededor de mi cuello, otra vez. La vegetación entorpecía mis movimientos, con lo que me resultaba difícil defenderme. Sus pulgares presionaron mi tráquea y el aire dejó de llegar a mis pulmones. Ahora sí veía que mi final estaba muy cerca.

—¡Hijo de puta! ¿Creías que nos ibas a joder? Este sótano va a ser tu tumba. No te quejes, por lo menos estarás en tierra sagrada —En aquel momento se oyó un grito desesperado y un fuerte golpe, tras el que las garras que aprisionaban mi garganta se aflojaron, dejando que el aire llenara de nuevo mi pecho cuando ya había perdido toda esperanza.

—*Sinior*, *sinior*, ¿está bien?

—Crispín. Qué alegría oírte —dije en un susurro tras coger aire, y volví a desmayarme.

De nuevo me desperté tumbado en el pudridero con las mismas caras a mi alrededor. Mi hermana me besaba la frente sin parar.

—Vaya, Faustino, por lo que veo es usted de fácil desmayar —dijo fray Cirilo —. Ya van dos veces.

—Gracias por llevarme la cuenta, no sé qué haría sin usted —contesté con sorna—. ¿Llevo mucho rato inconsciente?

—No, apenas diez o quince minutos. Aunque Nouradín las ha pasado canutas para sacarlo de ese herbazal —contestó Cecilia.

—Sí, *sinior*, pesa usted como camella preñada —corroboró Crispín.

—Muchas gracias, si no es por ti ese hijoputa me mata. ¿Cómo has podido librarme de él? —pregunté.

—Golpeé cabeza cabrón con primero que encontré. Cuando encendí la linterna vi que era hueso de pierna de monje muerto.
—Gracias de todos modos. Bueno, ¿habéis pensado ya alguna otra manera de salir de aquí?
—Visto lo visto, lo más seguro será usar la misma puerta que al entrar, no vaya a ser que alguien nos espere en el acceso a la cripta —dijo fray Daniel—. Además, esta vez nos iremos todos. Yo no aguanto aquí encerrado ni un minuto más. ¿Puede usted andar?
—Creo que sí —dije incorporándome.
Subimos la escalera y, con sumo cuidado, abrimos la puerta, que tuvo también el detalle de no chirriar demasiado fuerte. El dolor en el cuello al moverlo y en la garganta al tragar saliva me recordaban los episodios sufridos unos minutos antes. Salimos a la girola de la iglesia, justo detrás del altar mayor. Intentaríamos alcanzar el claustro y cruzarlo hasta el antiguo refectorio. Si conseguíamos llegar hasta allí podríamos salir por la misma puerta que utilizaron días atrás los monjes para introducir las semillas de cannabis.
Por fortuna, ya no se encontraba allí el individuo al que acababa de saltar un ojo con el palote sagrado, aunque mucho me temía que los gritos hubieran alertado a sus compinches, que supuse estarían deseando echarnos el guante, sobre todo a mí. Pero, extrañamente, no se oían voces y la iglesia parecía en calma. La única señal de la pelea que había tenido lugar allí veinte minutos antes era el rastro de sangre que el reciente tuerto había dejado al salir por la misma puerta que nosotros estábamos a punto de abrir. Pero, justo antes de alcanzar el picaporte, el portón se abrió bruscamente. Quedamos aterrorizados, esperando ver aparecer a un sicario con un miembro reseco por ojo, pero en vez de eso lo que nos encontramos fueron tres tipos vestidos de negro de arriba abajo, con guantes y la cabeza cubierta por pasamontañas. Uno de ellos llevaba en sus manos una caja de madera oscura que yo recordaba muy bien: era la del códice de san Pedro. A pesar de que no podíamos ver sus rostros, en un primer momento los tres hombres parecieron tan sorprendidos como nosotros, aunque al instante reaccionaron como suelen hacer los malos: sacando sus armas. Bueno, las sacaron los dos que flanqueaban al que llevaba la

caja. Sendos pistolones plateados que no invitaban a la tranquilidad.
—Buenas noches, señores —dijo el del centro—. Espero que no tengan inconveniente en dejarnos salir. Si es así nadie resultará herido. Quizá ni siquiera muerto.
Reconocí la voz de Mauricio Mogollón, con lo que supuse que los dos hombres que lo acompañaban serían los matones que me habían asaltado en mi habitación, los mismos que había visto en el castillo junto a su jefe. Miré con aprensión al más alto, al que le había dado el rodillazo en la entrepierna. Deseé que hubiera olvidado sus ansias de venganza, aunque lo dudaba. Por suerte no le veía la cara, supongo que no me hubiera tranquilizado lo más mínimo ver la expresión de su rostro. Por lo pronto me percaté de que, aunque éramos seis personas, su pistola me apuntaba a mí desde el principio.
—Deje ese libro. No le pertenece. —Fray Cirilo se adelantó con sus andares de pato, decidido a arrebatarle el códice, pero Mauricio dio un paso atrás mientras sus hombres, y sus pistolones, daban un paso adelante. Sujeté al monje.
—Ci… Cirilo, no lo haga. No creo que tengan ningún escrúpulo en pe… pegarle un tiro. Deje que se lo lleven. Ta… tarde o temprano lo recuperaremos.
—Viejo, hágale caso a su amigo el tartaja y no habrá más desgracias —dijo Mauricio—; aunque yo no estaría tan seguro de que lo vayan a recuperar.
Me percaté de que los dos secuaces portaban a sus espaldas sendas mochilas, en apariencia muy pesadas. Mucho me temía que estuvieran llenas de libros. Ya dije que el códice no era el único libro valioso de la biblioteca del monasterio; allí había verdaderos tesoros, y los había por docenas. Todo indicaba que aquellos animales habían aprovechado la ocasión.
—Por cierto —dijo Mauricio dirigiéndose a mí—. Me parece que tú y yo tenemos una cuenta pendiente. —La puta tartamudez me había delatado—. No me gusta que cualquier mierdecilla entre en mi casa, registre mis cosas y asuste a mi chica.
—Por favor —le cortó Daniel—, devuélvanos ese libro. Para usted es solo dinero, pero para nosotros es mucho más. Su valor espiritual está

muy por encima del económico.
—Cállate, Daniel. Me parece que no eres el más indicado para dar lecciones de decencia ni de moralidad. ¡Ah!, y, no sé cómo has podido salir del castillo y llegar hasta aquí, pero más te vale que no le hayas hecho daño a Sibila, porque entonces…
—¡Quietos todos! ¡Vosotros, soltad las armas! Las manos bien arriba. —La conversación había sido interrumpida por dos guardiaciviles que aparecieron por nuestra espalda y nos apuntaban también con sus pistolas—. ¡No os lo voy a repetir!
Los tres enmascarados dejaron sus armas en el suelo con lentitud. Por un momento me sentí aliviado por la presencia de los agentes, aunque la sensación duró poco.
—Vosotros, quitaos los pasamontañas, los tres. —Los hombres obedecieron. No fue ninguna sorpresa descubrir los rostros de Mauricio y mis agresores—. Las mochilas y la caja. ¡Venga! Dejadlas en el suelo y retiraos.
En cuanto escuché el acento sudamericano del segundo guardiacivil me di cuenta de que eran los mismos que habían engañado a los monjes para que les abrieran la puerta del monasterio a primera hora de la noche. La cara de Cirilo mostraba a las claras que estaba en lo cierto, él había estado junto a ellos.
—¿Están *soldos*, *pal* de *mieldas*? —gritó el falso guardiacivil— ¡Dejen las mochilas!
Al dejar los macutos en el suelo, uno de los antes enmascarados hizo un rápido movimiento y alcanzó a coger su pistola, a la vez que saltaba a un lado, tras una columna, y los falsos picoletos comenzaban a disparar. El momento de desconcierto fue aprovechado por todos, cada uno a su manera. Mauricio sacó una pequeña pistola escondida en la parte trasera del pantalón, mientras su otro compinche recuperaba también la suya del suelo. Todos disparaban y nosotros nos tiramos cuerpo a tierra, atrapados entre dos fuegos, temerosos de que alguna bala perdida nos encontrara por casualidad.
Empujé a Yesi y comenzamos a reptar, para alejarnos lo más rápido posible del lugar del tiroteo mientras mi cerebro se empeñaba inútilmente en llevar la cuenta de los disparos. De inmediato nuestros

movimientos fueron imitados por el resto, y al momento los seis nos arrastrábamos con más o menos garbo y agilidad hasta la capilla de santa Úrsula, donde creímos que estaríamos a salvo. Pronto descubrimos nuestro error, cuando vimos que uno de los falsos guardiaciviles corría hacia nosotros con la pistola en la mano. Por fortuna, un disparo le dio de lleno en la espalda antes de que nos alcanzara. Su cuerpo aún llegó deslizándose por la inercia hasta quedar a menos de un palmo de la cara de Yesi. No movía ni un músculo. Estaba muerto o se lo hacía muy bien; pero, por si las moscas, mi hermana lo comprobó metiéndole un dedo en un ojo con insistencia. No se inmutó, así que le quité la pistola, que seguía en su mano, y me la guardé en un bolsillo de la chaqueta del chándal.

—Faustino —me llamó Cecilia—, vuelvo a tener línea en el móvil. Telefoneo a la Guardia Civil. —Asentí con la cabeza—. Estamos en el monasterio de San Acacio, en Tornajos. Por favor, manden a alguien, rápido; lo han asaltado unos delincuentes. ¿No oye los disparos? —Calló un momento mientras seguían escuchándose las detonaciones, ahora algo más alejadas—. No lo sé seguro, seis o siete, se disparan entre ellos. Sí, tienen pistolas, y ya hay muertos. Vengan enseguida, por favor.

—¿Qué te han dicho? —pregunté.

—Me ha dado la impresión de que no les extrañaba lo que les decía. Es como si ya lo supieran. Me han preguntado cuántos son y las armas que llevan.

—Bien, eso es que ya estaban sobre aviso. Pero les va a resultar difícil entrar, porque todas las puertas están cerradas y nosotros lo tenemos complicado para abrirles con todos estos tíos pegando tiros por ahí. Cecilia, llama otra vez a la Guardia Civil. Diles que vayan a la ermita de santa Asumpta y los metéis por el mismo pasadizo por el que habéis entrado vosotros. Será mejor que Yesi, Daniel y tu marido te acompañen. Cirilo y yo trataremos de ayudar al resto de monjes; a ver si podemos liberarlos.

—¡Y una mierda! —soltó mi hermana—. Yo me quedo contigo.

Intenté convencerla para que se marchara, pero cuando Yesi se pone cabezona no hay manera de que cambie de idea. No me quedó más

remedio que ceder, aun a sabiendas del peligro y de que iba a ser un estorbo.

Mientras los otros tres se dirigían hacia la capilla de san Cucufato para salir por el pasadizo, Cirilo, mi hermana y yo tratamos de llegar hasta el comedor, donde seguían encerrados los demás miembros de la comunidad. Ya no se oían disparos, pero no sabíamos por dónde andarían los asaltantes ni cuántos quedaban vivos. Si no había más muertos que el falso picoleto que se habían cargado delante de nuestras narices, ni más heridos que el tipo que yo había entuertado y el que Crispín había descogotado de un huesazo, aún quedaría Mauricio con sus dos «operarios», el otro falso guardiacivil, el narco que vigilaba el comedor y su jefe. Seis malos armados seguían siendo muchos malos, demasiados. La parte positiva era que ellos también tenían que cuidarse los unos de los otros, lo que nos daba una pequeña ventaja.

Ahora teníamos que volver a intentar cruzar el claustro para llegar hasta el comedor.

—Será mejor que nos separemos —le dije a Cirilo—. Usted vaya por la izquierda y nosotros iremos por la derecha. Le cubriré con la pistola.

No había recorrido más que unos metros, con mi hermana agarrada a la chaqueta, cuando vi en el suelo una de las mochilas que antes llevaban los hombres de Mauricio. La abrí. Como suponía, estaba llena de libros antiguos. La volví a cerrar y la escondí entre los setos de uno de los arriates.

—Vaya, vaya, pero ¿quién tenemos aquí? Si es amigo mío, el que dedica a repartir rodillazos en cojones. No puedes imaginar ganas tenía de volver a verte. —La voz era casi un susurro, pero hasta en la oscuridad pude reconocer sin problemas al Motero-de-los-Village-People, el mostrenco que me había asaltado días atrás en la celda y que en ese preciso instante salía de su escondite en el fumadero de los monjes.

Me giré con la pistola en la mano y apreté el gatillo antes de que él me alcanzara. Pero aparte de un clic no pasó nada en absoluto. Bueno, algo sí ocurrió: aquella mala bestia cayó sobre mí lanzándome una sucesión de puñetazos que fui incapaz de esquivar. Sus brazos giraban

igualito que las aspas de un molino de viento, y a cada vuelta yo recibía un golpe en una parte diferente de mi anatomía. —«Siete con la derecha, cinco con la izquierda…», contaba—. También era mala suerte que para un arma que caía en mis manos se hubiera quedado sin munición. Yesi trató de ayudarme agarrando a aquel tipo por un brazo, pero solo hizo falta un bofetón para que la pobre fuera a parar de cabeza dentro del seto después de dar tres vueltas como una peonza, y allí se quedó pataleando con medio cuerpo metido entre las ramas y las piernas desnudas en el aire.

—Ahora vas a aprender respetar pelotas ajenas. ¡Gilipollas! —seguía diciendo mi agresor, mientras yo me limitaba a cubrirme la cara como buenamente podía —«Doce con la derecha, diez con la izquierda...».

De repente se oyó un disparo y los golpes cesaron. El croata se desplomó sobre mí, y los dos caímos al suelo. De una puerta situada junto al fumadero salió otro hombre, que se acercó con una pistola en la mano.

—No… no dispare, nosotros no tenemos nada que ver con esto. Yo so… solo me alojo aquí, y ella es mi hermana. Este tipo quería ma… matarme.

—Levántate y calladito, *comemielda* —dijo el recién llegado, que no era otro que el falso guardiacivil de acento sudamericano.

—Sí, se… señor, lo que usted mande.

—¡Y levanta a esa, *pendiolo!*

Me puse en pie tan pronto como pude retirar a un lado los ciento veinte kilos de grandullón que me aplastaban y ayudé a Yesi a salir de su trampa vegetal. Luego nos dirigimos de nuevo hacia la iglesia delante del arma del recién llegado. Por el rabillo del ojo pude ver una sombra que se deslizaba bamboleante junto al antiguo refectorio en dirección al comedor. Era Cirilo. Cuando entramos otra vez en el templo escuchamos voces que venían del pie de la iglesia, cerca de la puerta de la calle. Al momento apareció Arturo, el jefe de los narcos, acompañado por otro de sus secuaces, que llevaba agarrados a Mauricio y al único de sus hombres que había sobrevivido, aunque cojeaba de forma ostensible.

—Jefe, me he *calgado* al *glandullón.* Solo he encontrado a estos vivos.

Él dice que está aquí alojado. No parece cura. Y se supone que ella es su *helmana*.
—No, no tienes tú mucha pinta de religioso —me dijo—. ¿Se puede saber qué coño pintáis vosotros aquí?
—Solo estoy pa… pasando una temporada alojado en la hospedería del mo… monasterio intentando escribir una novela. Soy es… escritor.
—¿Escritor? ¡Vaya! Pues no sería esta una mala historia para un libro, no. Lástima que no podamos dejarte marchar para que lo escribas, ni a tu hermana para que lo cuente.
—He encontrado esta mochila; la habían escondido entre las plantas. Está llena de libros viejos —dijo quien nos había conducido hasta allí.
—Trae para acá que le eche un vistazo. A ver si al final sacamos algún beneficio de este puto sitio. Por cierto —dijo de repente Arturo—, si a los monjes los teníamos encerrados y controlados, vosotros debéis de ser los hijos de mala madre que llamaron a la Guardia Civil.
—No… no, señor, nosotros no hemos lla… llamado a nadie.
Arturo se acercó tanto a mi cara que bizqueé tratando de mantenerle la mirada. Me habló muy despacio.
—Mira, amigo, hemos tenido un mal comienzo. Así que vamos a intentarlo de nuevo. Alguien ha llamado a la Guardia Civil y me ha creado muchos problemas, pero estoy dispuesto a olvidarlo todo si nos ayudáis a encontrar lo que nos ha traído hasta este agujero de mierda. Tengo fundadas sospechas de que sois vosotros los que habéis escondido las riquezas de los monjes, así que ya podéis decirme dónde están antes de que pierda la paciencia, porque entonces puedo ponerme un poquito antipático. ¿Está claro?
—De ve… verdad, no sé de qué me… me habla.
El bofetón me hizo caer de espaldas después de que mi cabeza rebotara con fuerza contra el lateral de un confesionario. Arturo se frotó contra el muslo la mano con la que me había pegado mientras mi hermana trataba de zafarse del tipo que la sujetaba.
—Me parece que no has entendido mi pregunta. Te la voy a repetir otra vez más despacito. ¿Dónde, cojones, está, el oro, del monasterio?
—Espere, jefe; déjeme a mí. Yo sé cómo hacer que este gilipollas hable —dijo el esbirro más bajo dirigiéndose directo hacia Yesi—. O quizá

prefiera ver lo que le pasa a su hermanita si él no colabora.
El sicario empujó a mi hermana contra la pared y la sujetó por el cuello con una mano, mientras la otra fue directa a sus tetas.
—Vaya, menudas peras gasta la monjita —dijo sobándola sin reparos, mientras Yesi intentaba retirarle la mano—. Ahora veamos lo que guarda debajo de esta faldita.
«Ay, Dios», pensé, imaginándome lo que vendría a continuación.
Tan pronto como aquel tipo llegó a la entrepierna de mi hermana y palpó lo que escondía, retiró la mano como si le hubiera alcanzado una descarga de mil voltios.
—*¡Cagontó!* ¡Es un tío! —soltó, y no le dio tiempo a decir más.
—¡Un tío lo será tu puta madre! —gritó Yesi mientras le lanzaba un puñetazo directo al ojo izquierdo en el que concentró toda la testosterona que quedaba en su organismo, haciéndolo trastabillar hacia atrás. Aun así, Yesi se abalanzó sobre él con las uñas por delante.
Conseguí sujetarla antes de que le arrancara los ojos al sobón que, aún aturdido por la sorpresa, no había podido reaccionar.
De repente se oyó una voz procedente del coro.
—¡Soltadlos y tirad las armas!
Volví la cabeza y vi una fila de sombras. ¡Eran los monjes! Cirilo había conseguido liberarlos. Pero ¿qué llevaban en sus manos?
—Vaya, qué miedo. Los curitas se han enfadado —dijo Arturo con sorna—. Y si no lo hacemos, ¿qué nos pasará? ¿Nos haréis rezar cinco padrenuestros? —El sicario que no se rascaba el ojo rio la gracia de su jefe—. ¡Matad a esos vejestorios!
Pero no llegaron a cumplir la orden. Justo en aquel momento me di cuenta de qué era lo que los monjes llevaban en la mano. ¡Los arcos de kyudo! Vi que se disponían a disparar así que, sin pensármelo dos veces, pegué un empujón a mi hermana y me tiré al suelo en el preciso instante en que las flechas comenzaban a silbar buscando carne enemiga. Al mismo tiempo empezaron a sonar disparos. Los narcos respondían con sus pistolas al arcaico ataque de los monjes.
Quizá debería haber aprovechado el desconcierto para saltar sobre nuestros atacantes y tratar de desarmarlos, pero estaba demasiado

ocupado intentando escabullirme entre los bancos de madera con Yesi pegada a mis talones soltando gritos. Lo cierto es que, después de haber sido testigo del tino de los monjes con los arcos, casi temía más a sus flechas que a las balas de los narcotraficantes. Flechas que seguían repiqueteando por el suelo de piedra, rebotando entre los bancos. Supuse que estarían lanzando ya sus segundas saetas, las femeninas, esas que giran en el sentido contrario a las agujas del reloj, o incluso unas terceras, que a saber cómo girarían.

Tras unos instantes de caos que se me hicieron interminables, todo quedó en silencio. Cesaron los disparos y el silbido de las flechas. Supuse que se habían quedado todos sin munición. En el momento en que tanto los narcos como Mauricio y su compinche comenzaban a levantarse, no sé si para huir o para hacer alguna de las suyas, se oyó otra voz:

—¡Guardia Civil! ¡Suelten las armas y pongan las manos sobre la cabeza!

Desde mi posición horizontal pude ver entre las patas de los bancos cómo, de la capilla de san Cucufato, donde se encontraba la salida del pasadizo de la ermita, emergían varios guardiaciviles, supuse que de los de verdad, linterna y pistola en mano. Tras ellos cerraban la comitiva Cecilia, Nouradín y Daniel.

Como me había figurado, todos los malos habían agotado sus cargadores en el tiroteo, con lo que, uno a uno, fueron alzando los brazos.

—¡Las manos bien visibles! ¡Eh, vosotros, no tratéis de esconderos, levantaos y con los demás! —Por supuesto, esos «vosotros» éramos nosotros.

Uno de los monjes encendió las luces de la iglesia mientras nos poníamos en pie.

—Teniente, esos son de los nuestros —dijo el abad—. Él es un huésped alojado en el monasterio y ella su hermana.

Nos incorporamos, pasamos raudos ante la fila de guardiaciviles y nos colocamos junto a los monjes, que seguían con los arcos en la mano.

Los guardias cachearon y esposaron uno a uno a todos los asaltantes que encontraron, luego los reunieron en el claustro.

Había varios heridos. El más grave era el sicario al que yo había clavado el incorrupto cipote de san Crispín. Lo encontraron tumbado sobre un banco del huerto, lamentándose y pidiendo ayuda a gritos. Otros dos presentaban heridas de bala.

La única baja por nuestra parte era fray Serapio, que había sido alcanzado por una flecha en la coronilla, justo en el centro de la tonsura; un disparo casi imposible se mirara como se mirara. Por suerte para él, la punta apenas había penetrado en el hueso y no había dañado el cerebro, con lo que el monje se encontraba de pie, acariciándose los pelos de la nariz como si tal cosa, a pesar de tan inusual tocado.

Quince minutos más tarde se oyeron las sirenas de varias ambulancias. Los guardias las habían avisado antes de entrar al saber que ya había heridos y que no era descartable que se produjera alguno más durante la intervención policial. Salimos todos a la explanada frente a la entrada principal. Junto a las ambulancias llegaron otras dos patrullas de refuerzo.

Con los malos ilesos a buen recaudo, y mientras los médicos atendían a los heridos, el teniente Serrezuela nos explicó que tras nuestro primer aviso telefónico, y a pesar de que el supuesto monje que había contestado el teléfono dijo que no ocurría nada, habían enviado una patrulla para comprobar si, efectivamente, todo estaba en orden. Pero el religioso que les abrió la puerta ya les resultó sospechoso. Tenían entendido que allí solo había viejos, y aquel no llegaba a los cuarenta. Además, uno de los guardias era deportista y le resultó extraño ver al monje calzando unas Nike Air Max Zero, que cuestan casi doscientos euros. Así que pidieron refuerzos y, mientras los esperaban, inspeccionaron los alrededores del monasterio. En un lateral del edificio descubrieron una furgoneta con un hombre dentro que fue incapaz de dar una explicación lógica de su presencia allí. Al identificarlo, resultó tener un largo historial de antecedentes por robos y tráfico de drogas. Por si eso fuera poco, le encontraron un inhibidor de señales de radio de los que utilizan los delincuentes para impedir el funcionamiento de las alarmas y los teléfonos móviles y, además, activado. Cuando todavía no habían llegado los refuerzos comenzaron

a oírse disparos en el interior del edificio. Esposaron al más que presunto delincuente al volante de la furgoneta y volvieron a llamar a la puerta del monasterio, pero ya nadie les abrió. Fue entonces cuando, desde su central, les avisaron de la llamada de Cecilia indicándoles que se dirigieran a la ermita de santa Asumpta para poder entrar en el cenobio. Allí se reunieron con las patrullas que habían acudido a su llamada y entraron todos juntos. Llegaron en el momento exacto en que finalizaba el intercambio de proyectiles entre monjes y delincuentes.

—Lo importante es que, aparte del hermano de la flecha en el cogote, que parece que no está grave, solo hay heridos entre esa gentuza —concluyó el teniente.

En aquel momento salió por la puerta del monasterio otro individuo. Se bamboleaba como si estuviera borracho, manteniéndose en pie a duras penas. La sangre seca le cubría la cara y le manchaba también la camiseta. Si no me equivocaba, se trataba del narco que había estado a punto de asfixiarme entre la marihuana de la cripta, y al que Crispín había dejado fuera de combate con un certero golpe de fémur.

Los guardias le apuntaron con sus armas.

—¡Eh, usted, levante las manos! ¿De dónde sale?

Por suerte, era tal la conmoción que llevaba encima que apenas podía articular palabra. Bastante trabajo le costaba mantenerse en pie. Dos guardias fueron a su encuentro.

—Mi teniente, este debe ser un porrero de cuidado, porque huele a marihuana que tira de espaldas —dijo uno de ellos, mientras yo me olfateaba una manga con discreción.

Lo esposaron y lo trasladaron a una de las ambulancias, donde se amontonaban ya los heridos.

Vimos entonces acercarse más luces azules. Otros tres coches de la Guardia Civil, estos camuflados, llegaron por la carretera y pararon junto a nosotros. De ellos salieron seis o siete guardiaciviles de paisano. De inmediato reconocí a algunos de los que nos habían interrogado tras el robo del códice y la desaparición de fray Daniel, entre ellos la capitán al mando de la investigación. Se dirigieron a los coches oficiales junto a los que estaban sus compañeros. La capitán

Mascaró saludó al teniente que había llegado primero. Hablaron durante unos minutos, en los que las miradas hacia el punto donde nos encontrábamos eran constantes. Aquello me estaba poniendo nervioso. Luego vinieron hasta nosotros.

—Buenas noches, señores —dijo la mandamás—. Veo que han pasado una noche movidita.

—No lo sabe usted bien, capitán, por un momento pensé que no lo contábamos —dijo el abad—. ¿Quién iba a imaginar que algo así pudiera pasar en nuestro monasterio?

—Bueno, usted quizá no, pero creo que para alguno no ha sido tanta sorpresa —añadió la oficial.

—¿A qué se refiere? —preguntó el padre Pascual—. ¿Qué insinúa?

—No insinúo nada, porque estoy en condiciones de afirmar que alguien de la comunidad estaba muy al corriente de lo que aquí iba a ocurrir ¿No es así fray Daniel? —El abad miró al monje aludido, que bajó la cabeza, mirándose los zapatos. Lo sabían todo.

—Daniel Arbizu Revueltas, queda usted detenido como autor del hurto del códice de san Pedro. —Daniel no se inmutó al oír las palabras de la oficial—. De todos modos, sabemos que no estaba usted al tanto de todo lo que se llevaba esta gente entre manos. También nos consta que actuó chantajeado por alguno de los que están ahí —dijo, y señaló con la cabeza los coches en los que esperaban los detenidos—, amenazado con la divulgación de algo que pasó hace muchos años. Un incidente en el que, por lo visto, murió un hombre, y del que hablaremos cuando lleguemos al cuartel.

El mismo guardia que lo cacheó y engrilletó le leyó sus derechos mientras lo conducía a un coche oficial.

—Ustedes —dijo la capitán mirándonos—, pueden volver al monasterio; necesitarán descansar. Pero les tengo que pedir que no anden para arriba y para abajo. Mañana por la mañana, bueno, dentro de un rato, se hará la inspección ocular de todo el edificio y se les tomará manifestación. Lo ideal sería que no fueran más allá de sus celdas y el comedor. Por supuesto, la iglesia ni pisarla. Algunos de mis hombres se quedarán con ustedes.

Entramos en el monasterio lentamente y en silencio, todavía

conmocionados por lo ocurrido. Uno de los coches oficiales llevó a su casa a Crispín, a Cecilia y a mi hermana, a pesar de que ella seguía empeñada en quedarse conmigo. Se necesitó la intervención del abad, que le recordó la prohibición absoluta de que las mujeres permanecieran en el interior del monasterio, para que se decidiera a acompañar a los queseros, que se ofrecieron a alojarla en su casa hasta que al día siguiente se marchase.

Subí a mi celda, muerto de cansancio; pero aun así me resultó difícil conciliar el sueño. Demasiadas emociones, demasiadas cosas en qué pensar, demasiadas respuestas por encontrar. Pero al final el agotamiento ganó la partida y me dormí en un sueño intranquilo del que desperté en no pocas ocasiones.

Capítulo XXI

Una semana después de haberme visto arrastrado por unos acontecimientos tan disparatados como imposibles de prever, las aguas van volviendo poco a poco a su cauce habitual.

Daniel fue puesto en libertad con cargos tras declarar ante el juez; este consideró que había actuado coaccionado y que no existía riesgo de fuga, con lo que no encontró motivos para trocar una celda por otra.

Aunque me costó trabajo, conseguí que mi hermana accediera a volver a Barcelona con su marido gestante. La acompañé en autobús hasta Teruel, y así, por el camino, pudimos hablar largo y tendido acerca de sus miedos y preocupaciones. En realidad, lo único que Yesi necesitaba era desahogarse y que alguien la escuchara sin tratar de darle lecciones de nada. Regresó a casa mucho más relajada y conforme.

En Tornajos, poco a poco las cosas se fueron aclarando y conocimos detalles a cada cual más sorprendente, por lo menos para mí. Por fin sé cómo se produjo la trágica muerte de aquel viajante que provocó que Cecilia abandonara su vida de desenfreno sexual y sufriera la metamorfosis física que tanto sorprendió a sus convecinos. Por lo visto, aquel día maldito, Cecilia se encontraba en la cama con Daniel, Fermín y el viajante, que nadie ha sabido explicarme con precisión cómo llegó a meterse en aquello. El encuentro sexual se desarrollaba con toda normalidad, dentro de las circunstancias. Cecilia disfrutaba de lo lindo con tres hombres atacándola desde todos los ángulos posibles. Todo eran brazos y piernas que se entrelazaban y estremecían en una melé en la que muchas veces, en la penumbra de la habitación, resultaba difícil saber a quién pertenecía cada miembro, dicho sea esto en un sentido amplio. En un momento dado en el que Cecilia yacía boca arriba, con Daniel entre sus piernas y Fermín entre sus mandíbulas, el pobre viajante, que se había hecho una raya de coca al comienzo del encuentro, trataba desesperadamente de encontrar un hueco, dicho también en sentido amplio. Los encontró todos ocupados, por lo que al pasar tras Daniel no se lo pensó dos

veces y embistió al monje. El bibliotecario, que no se esperaba semejante ataque a traición y por la retaguardia, aparte de experimentar el *coitus* más *interruptus* de la historia, se incorporó como un resorte. Eso provocó que el viajante, menudo de carnes, volara por los aires, con tan mala fortuna que en el aterrizaje dio con el cuello en el borde de un aparador situado al pie de la cama. La muerte fue fulminante.

Como ya nos había contado Cecilia, una orgía de semejante naturaleza, y que termina así no era algo de lo que estar orgullosos, así que resolvieron echar tierra sobre el asunto. Pero tenían un problema, se llamaba Nicanor y estaba de cuerpo presente en el dormitorio. Fue entonces cuando decidieron trasladarlo a la cripta del monasterio; pensaban que, con un poco de suerte, no lo encontrarían hasta pasados unos cuantos siglos, y así hubiera sido de no ser por todo lo que ocurrió después.

Ya dijimos antes que fue Fermín quien habló del códice a Sibila y también el que le contó lo ocurrido aquella aciaga noche en casa de Cecilia. La ambiciosa política le propuso al tendero el robo del valioso libro, para lo que éste tendría que presionar a Daniel. Al principio, el monje se negó en redondo, pero temía acabar en la cárcel y, sobre todo, que Cecilia, por la que todavía sentía verdadero cariño, tuviera el mismo final.

Decidió consultarlo con ella, que en un primer momento se opuso a semejante trato pero, para su sorpresa, la mujer cambió de opinión poco después y le dijo que temía que todo se supiera y que lo mejor para ambos sería que accediera a lo que le habían propuesto.

Está claro que ninguno de ellos sopesó lo suficiente las consecuencias de aquella decisión.

En los siguientes días mi novela avanzó de forma considerable. Las circunstancias y pormenores de aquel enrevesado caso se fueron aclarando, y el hecho de dejar de ser sospechoso me ayudó a centrarme en la escritura. Pero entonces mi hermana me contó algo que me desconcertó. La llamé por teléfono para ver qué tal se encontraba y charlamos un rato sobre la noche del asalto al monasterio. Me contó de nuevo lo mal que lo pasó cuando llegó a

Tornajos y se encontró sola y perdida; pero mencionó un detalle nuevo que me resultó muy extraño: al parecer, en el rato que estuvo buscando a alguien por el pueblo para que le indicara cómo llegar al monasterio, antes de que Crispín la atropellara, solo se cruzó con un vehículo que, a pesar de que la vio, no hizo ningún caso a sus indicaciones de que parara. Se trataba de un Mercedes oscuro y, un momento antes, había visto bajarse de él a un individuo bastante obeso. Como el coche no paró, Yesi corrió para alcanzar al gordo, pero cuando llegó a la esquina por la que se había marchado, el tipo había desaparecido. Supuso que había entrado en alguna casa cercana, pero, aunque llamó a todas las puertas, nadie le abrió.

Le pregunté si podía recordar el lugar aproximado donde había ocurrido aquello, pero fue incapaz. Solo se acordaba de que en la esquina por la que giró aquel tipo había un árbol muy grande. Me quedé un momento pensativo. Durante mis paseos por el pueblo solo había visto un árbol grande aislado, y estaba justo detrás de la casa de Crispín y Cecilia, junto a la entrada de la quesería. Una idea, en principio descabellada, tomaba forma en mi cabeza.

—¿Estás segura de que el gordo era un hombre?, ¿no podría ser una mujer?

—Bueno, estaba bastante oscuro, pero tenía el pelo corto y, por la forma de moverse, me pareció un hombre. ¿Por qué lo preguntas?

—No lo puedo asegurar al cien por cien, pero quizás haya alguien que no nos ha contado todo lo que sabe sobre este asunto.

Llevaba poco tiempo en Tornajos, pero estaba casi seguro de que había visto ya a todos y cada uno de sus habitantes. Y no recordaba más gordos que a Cecilia. Si de algo pecaban aquellas gentes era precisamente de lo contrario, la mayoría eran solo hueso y pellejo. Estaban consumidos después de una vida de mucho trabajo y pocos excesos.

Además de esto, había un detalle de todo lo que nos habían contado que no terminaba de cuadrarme: ¿por qué Cecilia había cambiado de idea y había animado a Daniel a acceder al chantaje de Sibila? No le encontraba ninguna lógica. Así que, después de meditarlo con detenimiento, decidí que lo mejor sería visitar de nuevo a la cabrera

para tratar de sonsacarle.

Ya en el pueblo, al girar la esquina de la quesería, paré en seco y me escondí tras un tractor. Delante de la entrada, justo bajo el enorme ailanto, había un impoluto Mercedes gris oscuro con los cristales tintados y, a su lado, un individuo que hablaba por su teléfono móvil a voz en grito. Lo reconocí al instante: el rubio de la coleta que había chocado contra el autobús y al que había vuelto a ver días atrás espiando el castillo. ¿Qué demonios hacía allí otra vez aquel tipo? De inmediato, me vino a la cabeza el coche que mi hermana había visto la noche de su llegada y que no quiso parar: ella aseguraba que era un Mercedes; recordaba perfectamente la estrella en el morro. Este asunto se enmarañaba cada vez un poco más.

El hombre caminaba con pasos cortos alrededor del coche mientras no paraba de hablar y reírse, pero poco a poco se movió en dirección contraria a donde me encontraba, con lo que aproveché para colarme en una carrera dentro de la quesería.

—¿Cecilia? —dije casi en un susurro. Pero no hubo respuesta. Todo estaba en silencio. Seguí hacia dentro, y al pasar a la siguiente estancia me pareció oír voces. Me asomé por la puerta entornada y pude ver a Cecilia charlando con un hombre trajeado de manera elegante al fondo de la sala en la que elaboraban los quesos. Desde allí no alcanzaba a oír nada, pero no me pareció que trataran del encargo de una partida de cuajadas.

A mi izquierda vi una escalera de hierro sujeta a la pared y decidí subir por ella. Daba a un falso techo sobre la sala en la que se encontraban Cecilia y su visitante. Si me deslizaba con cuidado por allí, podría acercarme a ellos y escuchar algo.

Me arrastré con sigilo, tratando de apoyarme solo en la gruesa viga de madera. La escayola de los lados no hubiera aguantado mi peso. En menos de dos minutos estaba situado justo sobre la pareja. Por una rejilla de ventilación podía verlos y escucharlos con claridad. Hablaban muy serios.

—Tú no te preocupes, mi amor —decía Cecilia—. Antes o después conseguiremos ese libro. Solo necesitamos un poco más de tiempo. Está todo muy reciente y los monjes estarán a la defensiva. Pero ellos

confían en mí; les ayudé a detener a aquella gentuza y nadie sabe de nuestra relación. Ten un poco de paciencia.
—Ya, pero todo puede *torrcer*. Ya sabes cómo son negocios. Hay que *aprovecharr* momento. Eso hace muchos años que aprendí en Rusia.
—Tranquilo; ahora más que nunca debemos ser pacientes. Antes de que te des cuenta estamos los dos juntos tomando el sol en la playa y con el códice a buen recaudo.
—Sí, pero aún tenemos problema tu *marrido*.
—Eso déjalo de mi cuenta. Te prometí que no llegaría vivo a fin de mes, y yo siempre cumplo mis promesas.
—Eso *esperro,* mi *amorr*. Te *quierro* solo *parra* mí.
De pronto el tono de voz del hombre cambió de forma radical. Se hizo más meloso.
—¿Por qué no aprovechamos que volvemos a vernos después tantos días y jugamos un poco? No sabes cuánto echado de menos a ti —dijo mientras le acariciaba un seno.
Ella remoloneó.
—No seas loco, Vladimir. Mi marido podría llegar en cualquier momento y descubrirnos —dijo ella con una media sonrisa que más parecía tratar de animar a su acompañante que detenerlo.
—Tonta, sabes que tu *mohamé estarrá* en campo *tirrándose* alguna oveja. Además, si viene, Dimitri tiene órdenes de avisarme y entretenerlo un poco. Venga, juguemos a la cabrita —dijo mientras la sobaba, ahora a dos manos—. Sabes es mi juego *favorrito*.
—¿A la cabrita aquí, ahora? Estás loco. —Cecilia siguió remoloneando unos instantes, aunque no tardó en ceder.
—Venga, vale, pero solo un momento, ¿eh?, no sea que se presente alguien.
Se desvistieron deprisa y en cuestión de segundos la cabrera se quedó tal como Dios la trajo al mundo, bueno, con unas cuantas arrobas más; mientras que el ruso solo conservó puestos los calzoncillos, un elegante modelo con estampado de camuflaje azul y las iniciales de un famoso diseñador en la cinturilla. Cecilia se puso a cuatro patas, de modo que los enormes pechos casi rozaban el suelo. Su amante se arrodilló a su lado y comenzó a estrujarle una de aquellas ubres con

ambas manos.
—Cabrita mala, que no me *quierres* dar tu lechita. Si no portas bien tendré que castigarte. —Y la azotó en el trasero. El palmetazo creó en la superficie de la piel dos ondas sísmicas simétricas que se desplazaron por el tejido adiposo de la nalga en direcciones opuestas; una pasó al muslo y la otra a la espalda, que recorrió hasta llegar al cuello. Cecilia soltó una risita nerviosa.
Siguieron con el divertimento durante unos minutos más: magreo, cachete, magreo, cachete… hasta que el ruso dio un giro al juego.
—Quizá si doy algo de *comerr* te portas mejor —dijo—. ¿Qué tal *zanahorria*?
Aquello fue demasiado para mi organismo. El tremendo rugido de mi estómago llegó justo en el momento en el que el ruso se bajaba los calzoncillos para sacar su hortaliza, así que me di la vuelta como pude y traté de salir de allí lo más rápido posible.
—¿Qué *serr* ese ruido arriba?
No dio tiempo a que el ruso dijera nada más. Con las prisas apoyé la rodilla en el falso techo, que cedió con un fuerte chasquido mientras la escayola y yo caíamos al vacío.
Por suerte, estaba justo sobre el tanque del requesón, con lo que el aterrizaje, aunque un tanto pringoso, resultó de lo más suave. Eso sí, una lluvia de suero y queso a medio cuajar bañó la totalidad de la sala y a los que en ella se encontraban. Salí del depósito como pude, consiguiendo a duras penas mantenerme en pie sobre el resbaladizo suelo, convertido, ahora sí, en algo parecido a una sala de ordeño, con tanto derivado lácteo esparcido por el piso.
Una vez se recuperaron de la sorpresa inicial, la juguetona parejita consiguió ponerse en pie.
—¿Y tú quién coño *erres,* hijoputa? —soltó el frustrado ruso mientras se subía los calzoncillos a toda prisa.
—¡Faustino! ¿Pero qué hace usted aquí? —dijo la cabrera tratando inútilmente de cubrirse con las manos—. Lo conozco —dijo al ruso—. Está alojado en el monasterio. Es el escritor del que te hablé.
—Yo… pasaba por aquí y de… decidí entrar a saludar a Nouradín.
—¿Por falso techo? Tú espiando qué hacemos.

—Creo que ha oído todo lo que decíamos, Vladimir; no podemos dejarle marchar.
—Yo… yo no he oído nada, de verdad, Ce… Cecilia. Yo me vuelvo para el mo… monasterio y vosotros seguís con vuestras co… cosas.
—Tú no vas ninguna *parrte* —dijo el ruso avanzando hacia mí. En aquel momento recordé lo eficaz que había resultado aquella técnica la noche del asalto a mi celda, con lo que en cuanto lo tuve a tiro le propiné un puntapié en la entrepierna con toda mi alma tratando de pillarlo desprevenido.
El ruso se encogió con un profundo gemido, pero cuando pensaba que iba a caer doblado al suelo se enderezó y me miró a los ojos, regalándome su sonrisa de hiena.
—*Francotirrador* voló cojones en guerra Chechenia. *Ahorra* voy arrancar tuyos y colgártelos de *orrejas*.
Reculé hasta el tanque de requesón mientras mi atacante se lanzaba con furia contra mí. Con tan mala suerte para él que sus pies descalzos resbalaron en el charco de suero, haciéndole caer de espalda y darse un cogotazo monumental en el suelo de cemento, que resonó como un mazazo en las paredes desnudas de la sala. Quedó tendido en medio de aquel lodazal, inmóvil, con los ojos muy abiertos. Fui hacia él dispuesto a rematarlo de una patada en los ijares, pero no hizo falta, estaba frito.
En aquel momento, una avalancha blanca y vociferante cayó sobre mí y me arrastró como un alud níveo de consistencia gelatinosa, me tiró al suelo y me sepultó por completo. Solo parte de las piernas y los pocos pelos que me quedan en la coronilla sobresalían bajo la inmensa masa corporal de la mujer. No podía respirar. Al enorme peso que oprimía mis pulmones había que añadir que mi cara estaba sepultada por aquel desmesurado tetamen, que taponaba por completo mis vías respiratorias.
Por si aquello fuera poco, la quesera se empeñaba en golpear mi cabeza contra el suelo, algo del todo imposible por estar mi testa aplastada bajo su cuerpo. Aun así, me agarraba con ambas manos por las orejas y tiraba contra ella, tratando de levantar mi cabeza para poder golpearla. Por supuesto, solo consiguió aplastar mi cara, todavía

más, contra su pecho y dejarme las orejas como dos palmatorias.
El aire me faltaba y estaba inmovilizado de pies y manos. Si no hacía algo de forma inmediata perdería el conocimiento en menos de un minuto, y entonces quedaría a su merced. Notaba algo duro, como acartonado, que me pinchaba en el ojo derecho, supuse que sería un pezón, así que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguí mover la cabeza un poco hacia atrás hasta que lo noté arañándome el labio. Mordí con furia el apéndice mamario, que llenó mi boca con su consistencia leñosa.
La mujer lanzó un alarido y se echó a un lado, liberando mis pulmones, que se rellenaron de aire mientras la mujer huía a gatas hacia el interior de la casa. La visión de sus cuartos traseros desde la posición en que yo me encontraba, tumbado en el suelo boca arriba, es algo que me acompañará en mis pesadillas el resto de mis días.
—Pero ¿qué pasar aquí? ¿Quién gritar? *Golova*[7].
—El rubio de la coleta acababa de entrar chapoteando por la puerta y se agachó junto al cuerpo inerte del ruso—. Has matado jefe. ¡Cabrón! Ahora toca a ti —dijo sacando su navaja, la misma que ya conocía de cuando el accidente, y que abrió con un suave chasquido. Dio un primer paso hacia mí que también fue el último, porque se escuchó un fuerte ¡clonc! y el ruso cayó como un saco, sin decir «este vodka es mío».
Siempre me ha maravillado el manejo que los pastores hacen de sus garrotes. El golpe de Crispín fue magistral, qué tino, qué precisión. El bastonazo incidió con exactitud quirúrgica entre la vértebra C-1 y los cóndilos occipitales. El efecto resultó fulminante.
—Faustino, ¿qué ha pasado aquí? ¿Dónde está mi mujer, se encuentra bien?
No me dio tiempo a contestarle. Cecilia apareció de repente detrás de su marido y, sin decir palabra y antes de que yo pudiera avisarle, le golpeó en la cabeza con una sartén de hierro fundido. No podría concretar con exactitud el punto donde le dio el sartenazo, más o menos en mitad del colodrillo; el caso es que Nouradín cayó redondo, como un fardo marroquí sobre el saco ruso.
La mujer pasó por encima de los tres cuerpos inertes, avanzando

amenazadora con la mano derecha crispada sobre su improvisada arma —«Un paso, dos, tres…», conté para mí. La imagen no podía ser más aterradora. El odio se reflejaba en cada milímetro de su rostro, enmarcado por un pelo lacio, mojado aún y salpicado de cuajarones de requesón que le chorreaban por la cara.

—Hijo de puta —dijo arrastrando las sílabas y en voz muy baja, como si no quisiera que nadie más la escuchara—. Por fin había encontrado quién me sacara de este agujero de mierda. Alguien que me iba a dar la vida que yo merezco, que no es ordeñar un montón de cabras día tras día. Alguien que me iba a tratar como una reina y a colmarme de atenciones. Y llegas tú, un imbécil que se cree Pérez-Reverte, y lo jodes todo. —Mientras hablaba, seguía avanzando con lentitud hacia mí. «Cuatro, cinco, seis…»—. Yo reculé hasta llegar a la puerta del fondo. Traté de abrirla, pero la mala pécora la había cerrado por dentro cuando huyó en mitad de la refriega. Aquel iba a ser mi final, me iba a matar a sartenazos en un charco apestoso de queso líquido. Con cada paso, la mole de carne y grasa se estremecía de arriba abajo, sus enormes senos, que colgaban con los pezones apuntando al suelo, se balanceaban a uno y otro lado del ombligo. Por un momento me pregunté dónde estaría su sexo; supuse que en algún lugar en la vertical de aquel ombligo, oculto tras el pliegue de grasa que le colgaba hasta mitad de los muslos, como si de un delantal se tratara.

—Pero ahora estás solo, en mis manos, y ha llegado la hora de que juguemos tú y yo.

—Po… po… por favor, a la cabrita no. —Fue lo único que se me ocurrió decir, apenas en un susurro.

La quesera levantó la sartén, dispuesta a descargar el golpe fatal, pero en aquel momento se oyó una potente voz femenina a sus espaldas.

—¡Guardia Civil! ¡No se mueva! Deje el arma en el suelo muy despacio. ¡Obedezca!

Cecilia se quedó un momento con el brazo en alto, paralizada por la sorpresa, pero por fin cedió y depositó la sartén a sus pies, ofreciendo a los guardias una espléndida visión de sus posaderas y entresijos.

—¡Incorpórese, por el amor de Dios! —dijo con asco la capitán Mascaró mientras por detrás se oía lo que parecían unas arcadas—.

Ponedle las esposas y que alguien traiga algo para taparla. ¡Deprisa, lo que sea!

Como sus ropas estaban empapadas en el suelo, un agente arrancó un tapiz con dibujos de cabras saltando por un verde prado que había en una de las paredes de la sala anterior. Le dieron dos vueltas con él, tratando de dejar la menor superficie corporal a la vista.

—Cecilia Lupiérrez Cazón —dijo la capitán—, queda usted detenida por intentar asesinar a su marido y también por planear el asesinato de Mauricio Mogollón. Y ya veremos ahora qué más le imputamos cuando aclaremos lo que ha pasado aquí.

—Mi capitán, los grilletes no sirven. No le caben las muñecas —dijo uno de los guardias.

—Pues buscad cualquier cosa, ¡coño! Aunque sea una cuerda.

Al final le pudieron inmovilizar las manos con el collar de uno de los perros pastores, que encontraron junto a la entrada.

—Hombre, Antúnez, ¿es que no había otro sin cascabeles? —El guardia aludido se encogió de hombros.

Los agentes me ayudaron a llegar hasta la calle. Tenía el cuerpo molido después de haber soportado encima semejante peso, sobre todo el hombro izquierdo, que me dolía horrores. Ya fuera, me dejaron una toalla para limpiarme un poco, y una manta térmica que aliviara el frío de mi cuerpo empapado.

—Le llevaremos al monasterio para que se dé una ducha y se cambie. Luego nos tendrá que acompañar al cuartel para tomarle declaración. Tiene que explicarnos esta escabechina. Pero antes un médico debería verle ese hombro.

Asentí sin decir nada y me dejé acompañar hasta uno de los coches oficiales, mientras Cecilia era conducida hacia otro vehículo arrastrando los pies y sollozando, pero dejando tras de sí un alegre tintineo.

Capítulo XXII

Dos días después de la trifulca en la quesería me acerqué en autobús hasta Teruel para visitar a Nouradín, que seguía ingresado en el hospital Obispo Polanco. También para despedirme de él, porque había decidido volver a casa. Al final llegué a la conclusión de que era mejor dejar la novela para otro momento. Después de todo lo ocurrido en aquellos días mi cabeza no estaba en las mejores condiciones para crear historias ni aventuras. Me había convencido de que seguir allí no sería más que una pérdida de tiempo. Tenía claro que la iba a terminar, costase lo que costase, pero no en aquel momento. Tampoco podía dejar de pensar en Lola y en nuestro matrimonio; la situación de tensión y continuo enfrentamiento no podía continuar de forma indefinida, así que había decidido planteárselo a ella directamente. Estaba harto de broncas y de tener que pedir permiso hasta para ir a mear. De una forma u otra aquello debía terminar.

Pero volvamos a nuestra historia. Al final, el que se llevó la peor parte fue el guardaespaldas del ruso, al que el garrotazo de Crispín le ensanchó el *foramen magnum* más de la cuenta. La muerte fue instantánea. Su jefe, Vladimir, tuvo más suerte, solo sufrió una momentánea conmoción por el cogotazo en el suelo. Pocas horas después estaba recuperado, y ayer pasó a disposición judicial.

Nouradín, por su parte, se recuperó pronto. El sartenazo de su mujer no le causó lesiones graves, aunque los médicos aún estudian su caso con asombro, ya que no se explican cómo su cerebro no sufrió daños por un impacto tan fuerte que el hueso occipital, convexo en todo el mundo, Crispín ha pasado a tenerlo plano. Pero al marroquí lo que de verdad le dolía y le cabreaba era la traición de su esposa. No solo lo había engañado con el ruso, sino que los análisis que le practicaron al ingresar en el hospital detectaron una fuerte concentración de oleandrina en la sangre. Su mujer lo había estado envenenando con infusiones de hojas de adelfa. Por fin supo el origen de sus molestias intestinales.

Yo escapé mejor, aunque el ataque de Cecilia me produjo una fisura

en el omóplato izquierdo.
Mientras estaba en el hospital llegó el sargento Cornejo para interesarse por la salud del herido y aclarar algunos puntos de su declaración.
—Venga —propuso cuando terminó con Crispín—, tomemos un café y charlemos un poco. Supongo que le interesará conocer algunos detalles de todo este embrollo que a punto ha estado de costarle la vida.
Estuvimos un buen rato hablando. El sargento me explicó lo que habían averiguado, completado con las declaraciones de Cecilia. Por lo visto, tras la trágica muerte del viajante ocurrida veinticinco años atrás, la cabrera había eliminado el sexo de su vida de forma total, pero los años pasaron y las necesidades de la mujer regresaron, aunque con una intensidad muy alejada de sus tiempos de desenfreno. Algunos años más tarde, se hizo usuaria habitual de páginas pornográficas en Internet, donde pronto descubrió numerosas webs en las que las protagonistas eran mujeres que, como ella, doblaban en peso y talla los cánones dictados por los gurús de la moda, para regocijo de muchísimos hombres que no consideran el exceso de kilos un defecto sino un elemento erótico de primer orden.
Una de aquellas páginas era www.jamonasycachondas.com, a la que se animó a enviar algunas de sus propias fotos, cada vez más ligera de ropa y en actitudes más y más provocativas. La buena acogida la alentó a subir un primer vídeo de ella autocomplaciéndose. Fue tal el éxito que siguió enviando grabaciones cada vez con más frecuencia y muy pronto tuvo su propio canal, con multitud de seguidores que esperaban ansiosos las sucesivas entregas de Conejita XXXL, que fue el nombre artístico que adoptó. Al comenzar su relación con Nouradín, grabó a escondidas algunos de sus encuentros en la cama. Cuando los subió a la red su audiencia se disparó. Pronto, el cibersexo se convirtió en una importante fuente extra de ingresos para ella; ingresos que, por supuesto, ocultaba a Nouradín.
Convenció a su marido de que grabaran sus sesiones sexuales, ahora ya de una forma deliberada, diciéndole que eran para el disfrute personal de ambos, pero, sin él saberlo, aquellos vídeos acababan en

las pantallas de miles de onanistas repartidos por todo el mundo. Quizás a Crispín le hubiera gustado leer los numerosos comentarios alabando sus más que generosas medidas y su habilidad para la coyunda, lo que no sabemos si le habría agradado es el nombre artístico que su mujer eligió para él: la Anaconda del Magreb; huelga decir el motivo del apodo.

Uno de los más ardientes ciberseguidores de nuestra Conejita XXXL era Vladimir Soloviov, un ruso afincado en Marbella que manejaba mucho dinero de procedencia más que dudosa. Vladimir había sucumbido por completo a los encantos que Cecilia exhibía con semejante abundancia, tanto es así que comenzó a visitarla en persona, animado de una forma más o menos explícita por la rijosa quesera. En su tercer encuentro nacía el juego de la cabrita.

Durante una de estas visitas, Vladimir le confesó que era un enamorado de los libros antiguos y que había pagado verdaderas fortunas por algunos ejemplares. Cuando Daniel le dijo a Cecilia que le habían propuesto el robo del códice, ella recordó lo que le había contado el ruso y vio la posibilidad de dar un vuelco a su vida y abandonar aquel villorrio, que hacía tiempo que se le había quedado pequeño. Ese fue el motivo por el que cambió de opinión y animó al monje a aceptar el trato que le habían ofrecido por robar el códice. Y no solo eso, además de contárselo todo al ruso, se encargó de reunir la información necesaria para hacer que este coincidiera con Mauricio en la Feria del Libro de Madrid. Allí, en un acto de una editorial especializada en facsímiles de libros antiguos, el ruso entabló conversación con Mauricio, al que hizo ver que estaría dispuesto a pagar cualquier precio por un buen libro antiguo. Aquel día comieron juntos. Vladimir invitó a Mauricio al Zalacaín, y en una mesa apartada pudieron hablar de la pasión, casi obsesión, que compartían ambos por aquellos pergaminos encuadernados. Para los postres, Mauricio ya había mordido el anzuelo como el besugo que era. Le ofreció al ruso el códice que iba a «adquirir» e, incluso, le puso precio: cinco millones de euros.

Otra cosa que Mauricio desconocía era que en las gestiones que Vladimir había encargado sobre él antes de aquel encuentro descubrió

algo que primero le hizo enrojecer de ira y luego le provocó una sonrisa que iluminó su cara de un modo que solo el olor del dinero y la venganza podían conseguir en él.

Resulta que el ruso había sido uno de los afectados por el fiasco de la Ciudad del Mus, en la que había invertido diez millones de euros. El negocio se suponía redondo, y le habían prometido que doblaría su capital en muy poco tiempo. Además, con aquella operación podría lavar una importante cantidad de dinero procedente de sus negocios internacionales. Pero de la noche a la mañana todo aquello se fue a la mierda, la burbuja del mus explotó y él perdió lo invertido. Vladimir se sintió estafado y juró venganza, y ahora, años después y de forma casual al investigar al vendedor de un libro, sus hombres descubren que Mauricio Mogollón había sido el principal responsable del proyecto que le había birlado su dinero.

Había llegado el momento de cobrar. Y como el libro no cubría sus diez millones, Mauricio pagaría la diferencia con su vida. Bueno, en realidad lo habría matado igual, ya no era una cuestión de dinero, sino de algo personal. Aquel era el motivo por el que el coletas vigilaba el castillo; el ruso quería tener a Mauricio controlado. Ya se la había jugado una vez y no estaba dispuesto a perder la oportunidad de ajustar cuentas con él.

Durante los preparativos del intercambio, Vladimir hizo partícipe a Cecilia de sus planes, y decidieron acabar con Mauricio en la quesería de Tornajos, lugar donde se haría la entrega del códice. Cecilia le dijo que había un pozo seco bajo las antiguas cuadras, allí nadie encontraría el cuerpo jamás. La mujer no dudó en ningún momento en prestar su apoyo al ruso. Por un lado, estaba convencida de que un tipejo como Mauricio, que no tenía escrúpulos a la hora de engañar y chantajear a la gente del modo en que estaba haciendo con Daniel, no merecía seguir en el mundo de los vivos; y por otro lado tenía muy en mente el medio millón de euros que el ruso le entregaría como pago a sus servicios. Aunque Mauricio no lo sabía, su detención por la Guardia Civil le había salvado la vida.

Pero había algo más, algo mucho más importante para la quesera que el dinero, y que había terminado de convencerla. Vladimir le había

propuesto que se fuera a vivir con él a Marbella; quería tener las rotundas formas de la mujer en exclusiva para él. Aquello de compartirla con miles y miles de internautas se iba a terminar. Ella aceptó gustosa la proposición, aunque había algo que se interponía en sus planes. Nouradín seguía siendo su esposo. Cecilia no quería divorciarse, ella era muy tradicional para esas cosas, así que se decidió por otra opción también muy tradicional: matarlo. Por eso había tratado de envenenarlo. Lo que ella no sabía era que las toxinas de la adelfa no son acumulativas, y que los únicos efectos que tenían en Crispín, además de los retortijones, eran que le hacían cagar verde y soltarse unas ventosidades que hacían huir a sus cabras despavoridas.

El sargento Cornejo me dijo que habían llegado hasta Vladimir al analizar el registro de llamadas del móvil de Mauricio. A partir de ahí consiguieron autorización judicial para intervenir su teléfono, y fue así como supieron de su relación con Cecilia y sus planes de asesinar a Mauricio y a Nouradín.

Por último, me dijo que, aparte de que todo indicaba que había sido un fatal accidente, la muerte del viajante ya había prescrito, con lo que nadie iba a ser condenado por aquel desgraciado suceso.

Cuando terminó de contarme la historia yo respiré aliviado; no había hecho alusión en ningún momento a la plantación de marihuana. Supuse que los narcos no habían dicho nada de un asunto que les podía causar más problemas a ellos que a los monjes. Salimos del hospital y nos despedimos. El sargento tenía que volver a su trabajo y yo al monasterio a terminar de hacer mi equipaje. Caminé despacio hacia la parada de autobús pensando en lo asquerosa que podía llegar a ser la vida. Hoy estás tan campante y mañana la persona en quien más confías te ha envenenado y estás criando malvas. Me vino a la cabeza mi mujer. ¿Sería capaz de envenenarme igual que Cecilia había hecho con Crispín? Lo cierto es que nuestra relación no pasaba por su mejor momento y Lola tenía cojones para eso y para más, pero pensé que ella no ganaría nada con mi muerte. Que yo supiera...

EPÍLOGO

A la misma hora en que Faustino subía a aquel autobús de vuelta a Tornajos, una pareja atravesaba las puertas de acceso al aeropuerto del Prat, en Barcelona. Costaba reconocer a fray Daniel, vestido con unos vaqueros gastados y camisa blanca entallada por fuera del pantalón. Unas gafas de pasta negra y una gorra gris completaban su indumentaria. La mujer que lo acompañaba llevaba un vestido azul floreado y una chaqueta de punto a juego. El sombrerito y las enormes gafas ayudaban a enmascarar su verdadera fisonomía. Cada uno arrastraba una Samsonite de un tamaño más que considerable. Se detuvieron ante el gran panel de información de salidas y se dirigieron al mostrador que exhibía en su frontal el número de vuelo que buscaban: NZ3377 a Milán-Malpensa, aunque sus billetes indicaban un destino final mucho más lejano, Auckland, en Nueva Zelanda, vía Singapur. Una vez en las antípodas, aún les quedaría un último trayecto hasta Nukualofa, capital del exótico reino de Tonga.

Después de facturar las maletas se dirigieron al control de seguridad, que pasaron sin mayores complicaciones.

—El punto más delicado será la salida de Milán —dijo Daniel en voz baja—. Allí nos mirarán los pasaportes.

—No te preocupes, cariño, le encargué el trabajo a los mejores. Nadie notará que son falsos.

—Eso espero, por la cuenta que nos trae. Además, nuestro buen dinero hemos pagado por ellos.

Se dirigieron a una cafetería a esperar a que abrieran la puerta de embarque. Adriana apoyó su cabeza en el hombro del monje.

—Por fin. Los años de espera han terminado. No podía soportar más esta situación, viéndonos tan poco y siempre a escondidas. Ahora ya no tendremos que volver a ocultarnos más, ni a hacer el amor en el coche como una pareja de adolescentes.

—Bueno, lo del coche tampoco estaba tan mal, ¿eh? —dijo él rozando la oreja de la mujer con los labios—. Pero tienes razón; ahora somos libres, y podremos estar juntos para siempre sin tener que escondernos

de nadie. Por cierto, aún estamos a tiempo de quedarnos en Singapur, tampoco tiene tratado de extradición con España.
—Prefiero Tonga —dijo la mujer—. He leído que aquellas islas paradisíacas y casi desiertas están entre los mejores lugares del mundo para vivir.
—Con dinero en el bolsillo cualquier país es bueno para vivir.
El sonido del teléfono de la mujer interrumpió la conversación, pero ella sonrió y guiñó un ojo a Daniel al ver el largo número que aparecía en la pantalla.
—*Hi, míster Cash*[8].
La conversación en inglés apenas duró un par de minutos, en los que la mujer anotó dos cifras en un pequeño bloc que sacó del bolso mientras hablaba.
—La transferencia por los tres libros que vendimos al catarí ya está en la cuenta —dijo mientras guardaba el teléfono—. Nos han quedado limpios noventa y seis mil cuatrocientos dólares. Eso nos da un saldo total de dos millones quinientos cincuenta y tres mil setecientos veinte dólares —dijo mirando las anotaciones de la hoja, a la vez que en su rostro se dibujaba una amplia sonrisa.
—Perfecto —dijo Daniel—. Entonces, si no me equivoco, solo nos quedan por colocar nueve libros ¿no?
Ella pareció calcular un momento mentalmente.
—Sí. Con estos tres llevamos liquidados cincuenta y cuatro, más los nueve que estamos moviendo ahora, los sesenta y tres que has sacado. Pero Günter tiene otros dos casi vendidos, y estoy convencida de que en un par de meses el resto estarán colocados también.
Los dos quedaron de nuevo en silencio. Adriana había vuelto a apoyar su cabeza sobre el hombro de Daniel.
—¿En qué piensas? —preguntó el monje.
—En el día en que acompañé a Günter al cuartel a poner la denuncia por el robo de su documentación y oí a los guardias hablar de tu desaparición. Lo de la sangre me asustó muchísimo. Llegué a pensar que aquellos cabrones te habían matado —Daniel rió—. ¿De qué te ríes? Yo no le veo la gracia.
—Me estaba acordando de tu interpretación de la reportera ávida por

conseguir información sobre el secuestro. Creo que hasta los periodistas de verdad se lo tragaron. Por cierto, me han dicho que de rubia estás mortal.

—Sí —Por un momento la sonrisa volvió a los labios de la mujer—. No veas cómo picaba la puñetera peluca, se notaba que era del chino —Su rostro volvió a ponerse serio—. Pero lo hemos pasado muy mal estas últimas semanas, los dos.

—La verdad es que sí. También fue mala pata que a esta gentuza se le ocurriera robar el códice justo en ese momento, cuando lo teníamos todo a punto para largarnos.

—Y que te metieran a ti por medio —añadió ella.

—Sí, pero por suerte ya terminó todo, ahora no tenemos que preocuparnos de eso, cariño. Y aunque me fue un poco justo, tuve tiempo de terminar de maquillar los inventarios para ocultar los libros que faltan —Daniel se detuvo un momento, y continuó casi en un susurro—. Pero sí que es cierto que estuvo a punto de irse todo a la mierda.

—¿Estás seguro de que no lo descubrirán? En cuanto se den cuenta de que te has marchado van a revisar la biblioteca con lupa.

—No creo que encuentren nada, los libros que he ido sacando ya no figuran en ningún inventario y me aseguré de seleccionar ejemplares discretos. No eran los más valiosos, pero tampoco creo que llamen la atención allá donde han ido a parar. Confío en tu buena mano y en la de Günter para elegir a los compradores. Además, por algo hemos escogido para vivir un país sin tratado de extradición con España.

—No sé, sigo pensando que quizás hubiera sido mejor que hubieras pedido la dispensa en vez de largarte por las buenas.

—Sí, pero ya te dije que ese es un proceso largo, y yo no puedo esperar más. Demasiado tiempo hemos aguantado así.

Por los altavoces se escuchó un tono musical seguido de una voz femenina.

—Pasajeros del vuelo NZ3377 destino Milán-Malpensa, pueden embarcar por puerta B-39.

—Es el nuestro —dijo Daniel—, vamos.

Se levantaron de los asientos y se dirigieron con tranquilidad hacia la

puerta de embarque sin soltarse de la mano. Pronto no fueron más que otra pareja de enamorados que se confundían entre la fila de viajeros anónimos que desaparecían tragados por el *finger*.

FIN

NOTA: Estimado lector, si estás leyendo esto es porque has finalizado la novela, algo que te agradezco de corazón. Espero que hayas pasado un buen rato de lectura y que, al menos, haya conseguido arrancarte una sonrisa. Solo me queda pedirte que dediques unos minutos de tu tiempo para dejar una valoración sincera en Amazon y así poder ayudar a elegir a futuros lectores.
Mil gracias y te espero en mi próxima novela.

AGRADECIMIENTOS

A mis primeros lectores, tanto a los de siempre: mis hermanos Marisol y José Luis, como a los nuevos: Nuria, Ángel, Teloseditamos y, muy especialmente, a Adonis. Vuestros comentarios y sugerencias me han ayudado a hacer este libro un poco mejor.

[1] Los niños se llaman Amara y Burke

[2] Quizá prefieras hablar en inglés

[3] Niños

[4] Buenos días

[5] Buenos días, Toni. ¿Todo bien por allí?

[6] Nombre que se da en Marruecos a un preparado a base de cannabis

[7] Jefe

[8] Hola, señor Cash (dinero en metálico)